ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

LA NUEVA PROFECÍA



CREPÚSCULO



Los nuevos territorios suponen nuevos desafíos para los feroces gatos guerreros. Los antiguos aliados empiezan a comportarse de un modo extraño y hostil, y entre las sombras del crepúsculo acechan peligros desconocidos, obstáculos a los que jamás se habían enfrentado.

A medida que la división entre los clanes se agudiza, las hijas de Estrella de Fuego deberán tomar decisiones muy comprometidas. Es un asunto importante, pues de ellas dependerán las futuras generaciones. Así pues, con un enemigo inesperado dispuesto a atacar, la astucia y el coraje de las jóvenes gatas serán más necesarios que nunca para la supervivencia del Clan del Trueno.



Erin Hunter

Crepúsculo

Los gatos guerreros: La nueva profecía - 5

ePub r1.0
Titivillus 07.09.2017

Título original: *Twilight (Warriors: The New Prophecy # 5)*
Erin Hunter, 2006
Traducción: Begoña Hernández Sala
Diseño de cubierta: Johannes Wiebel

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Gracias en especial a Cherith Baldry

Filiaciones



CLAN DEL TRUENO

• Líder

— ESTRELLA DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

• Lugarteniente

— LÁTIGO GRIS: gato de pelo largo y gris.

• Curandera

— CARBONILLA: gata gris oscuro.

— Aprendiza: HOJARASCA ACUÁTICA

• Guerreros *(gatos y gatas sin crías)*

— MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

— TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro.

— NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.

— FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

— Aprendiza: ZARPA CANDEAL

— ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.

— CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

— ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

— CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

— ORVALLO: gato gris oscuro de ojos azules.

— HOLLÍN: gato gris de ojos ámbar.

— ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro de ojos verdes.

— ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

• **Aprendices *(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)***

— HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada marrón claro de zarpas blancas y ojos ámbar.

— ZARPA CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

• **Reinas *(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)***

— FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro, madre del único cachorro superviviente de Manto Polvoroso.

— ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

• **Veteranos *(antiguos guerreros y reinas, ya retirados)***

— FLOR DORADA: gata de pelaje rojizo claro.

— RABO LARGO: gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.

— MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

CLAN DE LA SOMBRA

• **Líder**

— ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

• **Lugarteniente**

— BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

• **Curandero**

— CIRRO: atigrado muy pequeño.

• **Guerreros**

— ROBLEDO: pequeño gato marrón.

— CEDRO: gato gris oscuro.

— SERBAL: gata rojiza.

— Aprendiz: GARRUNDO

— TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

• **Reina**

— AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

• **Veteranos**
— GUIJARRO: gato gris muy flaco.

CLAN DEL VIENTO

• **Líder**
— ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado marrón.

• **Lugarteniente**
— PERLADA: gata gris.

• **Curandero**
— CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

• **Guerreros**
— OREJA PARTIDA: gato atigrado.
— MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.
— CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro, casi negro, de ojos azules.
— CÁRABO: gato atigrado marrón claro.
— NUBE NEGRA: gata negra.
— TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

• **Reinas**
— COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

• **Veteranos**
— FLOR MATINAL: reina color carey.
— TORRENTE: gato marrón claro.

CLAN DEL RÍO

• **Líder**
— ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Lugarteniente**

— VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

• Curandera

— ALA DE MARIPOSA: preciosa gata atigrada dorada.

• Guerreros

— PRIETO: gato negro grisáceo.

— Aprendiz: FABUCO

— ALCOTÁN: gato marrón oscuro de barriga blanca y ojos azules como el hielo.

— MUSGAÑO: pequeño gato atigrado marrón.

— GOLONDRINA: gata atigrada oscura.

— PIZARRO: gato gris.

— JUNCAL: gato negro.

— Aprendiz: TORRENTINO

• Reinas

— MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

— FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

– Cachorros: PALOMETA (negra) y GUIJEÑO (gris)

• Veteranos

— PASO POTENTE: corpulento gato atigrado.

— HIEDRA: gata atigrada marrón.

LA TRIBU DE LAS AGUAS RÁPIDAS

— RIVERA DONDE NADA EL PEQUEÑO PEZ (RIVERA): gata atigrada marrón.

— BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar.

OTROS ANIMALES

— HUMAZO: musculoso gato blanco y gris que vive en un granero cerca de las caballerizas.

— DALIA: gata de pelo largo color tostado que vive con Humazo.

— PELUSA: pequeña gata gris y blanca que vive con Humazo y Dalia.

— PIPO: terrier blanco y negro que vive con los Dos Patas cerca de las caballerizas.

— MEDIANOCHE: tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.



Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
Zona de ocio de los Dos Patas
Casa de los Dos Patas abandonada
Laguna Lunar
Viejo Sendero Atronador
Casa de los Dos Patas
Camino de los Dos Patas
Camino de los Dos Patas
Medio puente
Campamento del Clan del Trueno
Campamento del Clan de la Sombra
Roble centenario
Medio puente
Pequeño Sendero Atronador
Zona de ocio de los Dos Patas
Medio puente
Lago
Campamento del Clan del Viento
Medio puente roto
Isla
Arroyo
Campamento del Clan del Río
Granja y viviendas de los Dos Patas
Cercado de los caballos
Sendero Atronador



Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Laguna Crystal
Carretera de la cantera (abandonada)
Villa Sanctuary
Cantera
Bosque de Sadler
Bosque de Hare
Carretera de Littlepine
Centro de vela de Littlepine
Colinas de Hare
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Río Alba
Carretera de Whitchurch
Arboleda Knight
Caballerizas de Hare
Carretera de Hare
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE



Prólogo

—¡No! ¡Debe de haber algún error! —La gata levantó la cabeza desde donde estaba, sentada al borde del agua, y su pelaje brilló bajo la luz de la luna—. ¡Todavía me queda mucho por hacer!

Una gata de cara ancha y de pelo gris azulado rodeó la laguna. Su mirada estaba cargada de compasión.

—Lo lamento —maulló—. Sé que esperabas pasar muchas lunas más con tus compañeros de clan antes de reunirte con nosotros.

La otra gata bajó la vista hacia el agua. El reflejo de la luna temblaba como una hoja flotante, y la superficie de la laguna resplandecía con la luz estelar que emitían las incontables figuras relucientes que ocupaban la hondonada. Por un instante, el único sonido fue el de la cascada que caía por la parte rocosa más escarpada. Los gatos del Clan Estelar aguardaban en un silencio expectante, como si todos y cada uno de ellos compartieran su pesar.

—Has servido a tu clan con más lealtad de la que algunos gatos muestran en toda una vida —continuó la gata de pelaje azulado—. Debe de parecerte muy injusto tener que dejar a los tuyos.

La aludida alzó su resplandeciente mirada hacia la guerrera estelar.

—Estrella Azul, sé que esto no es culpa tuya. No tienes por qué disculparte.

Estrella Azul sacudió la cola.

—Por supuesto que tengo que hacerlo. Has de saber cuánto te debe tu clan.

—Todos los clanes —apostilló un gato blanco y negro de larga cola, que se levantó y rodeó la laguna para situarse junto a Estrella Azul—. Y también el Clan Estelar. Ninguno de nosotros habría encontrado un nuevo hogar sin tu ayuda. —Inclinó la cabeza con gesto respetuoso, y la luz de las estrellas que

brillaba en el agua se estremeció.

La gata parpadeó levemente.

—Gracias, Estrella Alta. Todos hemos cometido errores, pero yo siempre he intentado hacer lo que consideraba correcto.

—El Clan Estelar no les pide más a sus guerreros. —Un gato negro y delgado se acercó a ella por las rocas cubiertas de musgo—. Si pudiéramos cambiar tu destino, lo haríamos.

—Pero recuerda —le advirtió Estrella Azul—, ni siquiera el Clan Estelar puede rechazar el abrazo del destino, por mucho que en ocasiones lo desee.

La gata que se hallaba junto al agua asintió.

—Lo comprendo. E intentaré afrontarlo con valentía. ¿Podéis decirme cuándo…?

Estrella Azul negó con la cabeza.

—Ni siquiera nosotros podemos ver el futuro con tanta claridad. Lo sabrás cuando llegue el momento, y nosotros estaremos esperándote.

Un cuarto guerrero se puso en pie y, desde la ladera, descendió entre las resplandecientes hileras del Clan Estelar. Era un atigrado claro con la mandíbula torcida.

—Siempre que el Clan Estelar cuente historias sobre el gran viaje, honrará tu nombre —prometió.

—Gracias, Estrella Doblada —maulló la gata.

Los cuatro guerreros resplandecientes se agruparon a su alrededor. Todos ellos habían sido líderes de clan cuando sus patas pisaban la tierra.

—Has de saber que la fuerza del Clan Estelar estará contigo —maulló Estrella Azul—. No dejaremos que te enfrentes a esto tu sola.

La gata alzó la vista para encontrarse con la intensa mirada azul de la líder.

—El Clan Estelar siempre ha estado conmigo.

—¿Y dices eso, a pesar de lo dura que ha sido tu vida? —Estrella Alta parecía sorprendido.

—Por supuesto. —Los ojos de la gata centellearon bajo la luz de las estrellas —. He hecho buenos amigos en todos los clanes. He visto nacer a muchos cachorros, y he visto a tantos otros veteranos emprender su último viaje hacia el Manto Plateado. He podido vivir el largo viaje hasta el nuevo hogar de los clanes. Creedme, no cambiaría ni un solo día de mi vida. —Hizo una pausa y volvió a mirar hacia la laguna—. Sé que no tenéis el poder de concederme más tiempo con mi clan, pero no puedo evitar querer más…

Estrella Azul entornó los ojos.

—Cuando un gato joven es llamado a reunirse con el Clan Estelar, todos lo lamentamos. Sé que tú seguirías sirviendo lealmente a tu clan durante muchas estaciones más.

Su voz se quebró, llena de tristeza, y la gata la miró, alargando una pata en un gesto de consuelo.

—No te apenes, Estrella Azul. Sé que mi clan estará bien cuidado cuando me vaya.

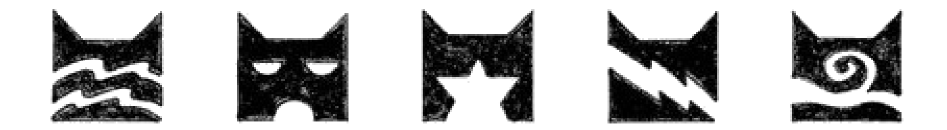
Por toda la hondonada se elevó un murmullo de respeto. Estrella Azul inclinó la cabeza hacia la gata, bañando con su aroma su pelaje iluminado por la luna.

—Siempre estaremos a tu lado —maulló.

Uno por uno, los demás se inclinaron ante ella añadiendo su aroma a su pelaje y llenando el aire con el olor de las estrellas, el hielo y la brisa nocturna. Otros guerreros los imitaron —una grácil gata parda moteada, un corpulento gato marrón rojizo, una atigrada de pelaje plateado…—, envolviendo a la gata con el valor y la fuerza del Clan Estelar.

Sus voces se elevaron en un agudo lamento de pesar que flotó hasta las estrellas. Las relucientes figuras comenzaron a desvanecerse una por una, hasta que la hondonada se quedó vacía.

Y las estrellas brillaron sobre un único felino, la gata que permanecía inmóvil al borde de la laguna.



1

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas acudan al pie de la Cornisa Alta para una reunión del clan!

Esquiruela se despertó sobresaltada cuando el aullido del líder del Clan del Trueno resonó por toda la hondonada rocosa. Nimbo Blanco ya estaba abriéndose paso a través de las ramas espinosas que protegían la guarida de los guerreros, y su compañera, Centella, se desperezó en su lecho musgoso y lo siguió.

—¿Qué quiere ahora Estrella de Fuego? —masculló Manto Polvoroso, poniéndose en pie con esfuerzo y sacudiéndose trocitos de musgo del pelaje, antes de salir al exterior, irritado y con las orejas hacia atrás, siguiendo a sus compañeros.

Con un interminable bostezo, Esquiruela se incorporó y se atusó el pelo a toda prisa. Aquella mañana, parecía que el mal genio de Manto Polvoroso era todavía peor de lo habitual. Por los torpes movimientos del guerrero, la joven se dio cuenta de que todavía le dolían las heridas del enfrentamiento contra Enlodado. La mayoría de los gatos del Clan del Trueno aún mostraban algún que otro zarpazo de los rebeldes. Incluso ella misma tenía un corte en el costado. Todavía le escocía, y se lo limpió con rápidos y reconfortantes lametazos.

Enlodado había sido el lugarteniente del Clan del Viento hasta que los clanes llegaron a su nuevo territorio, alrededor del lago. Sin embargo, el anterior líder, Estrella Alta, decidió nombrar a Bigotes su sucesor apenas unos minutos antes de morir, y Enlodado, furioso, había encabezado una rebelión contra Bigotes antes de que éste recibiera sus nueve vidas de manos del Clan Estelar. Alcotán, del Clan del Río, lo había ayudado. Esquiruela sintió una oleada de rabia al

recordar que Zarzoso seguía insistiendo en confiar en su medio hermano, incluso después de ver que el hijo de Estrella de Tigre estaba metido hasta las orejas en la traición de Enlodado.

«Gracias al Clan Estelar, el Clan del Trueno descubrió la conspiración a tiempo y se unió a la batalla contra Enlodado y sus seguidores», pensó Esquiruela. El Clan Estelar había demostrado quién era el verdadero líder al derribar con un rayo un árbol que cayó sobre Enlodado y lo mató.

Con un último lametón a su pelaje rojizo, Esquiruela se deslizó entre los arbustos y salió al claro, estremeciéndose con el frío aire del exterior. El pálido sol de la estación sin hojas acababa de asomar por encima de los árboles que rodeaban la hondonada en la que el Clan del Trueno se había instalado al final del largo viaje. Una ligera brisa sacudía las ramas desnudas, pero allí abajo todo estaba quieto. El aire olía a fresco, y la escarcha todavía ribeteaba de blanco la hierba y los arbustos. Aun así, Esquiruela adivinaba ya leves indicios que indicaban que la estación de la hoja nueva estaba a punto de llegar.

Clavando las uñas en el suelo, se desperezó con placer. Su padre, Estrella de Fuego, estaba sentado fuera de su guarida, sobre la Cornisa Alta, a cierta altura en la pared rocosa. Su pelaje rojo llameaba bajo los oblicuos rayos del sol, y sus ojos verdes centelleaban con orgullo contemplando a su clan. Esquiruela pensó que no parecería tan tranquilo si tuviera que advertirles de algún peligro.

Los gatos se congregaron en el claro. Musaraña y Flor Dorada salieron la una tras la otra de la guarida de los veteranos. La veterana reina iba guiando al ciego Rabo Largo, posando la punta de la cola sobre su lomo.

—Hola. —Hojarasca Acuática, la hermana de Esquiruela, se le acercó y entrechocó la nariz con la suya—. ¿Cómo van esos cortes? ¿Quieres un poco de caléndula?

—No. Estoy bien, gracias —respondió. Hojarasca Acuática y su mentora, Carbonilla, habían estado muy atareadas desde la batalla, buscando las hierbas adecuadas y tratando las heridas de los combatientes—. Hay muchos que la necesitan más que yo —añadió.

Hojarasca Acuática olfateó las heridas de su hermana y asintió, satisfecha.

—Tienes razón. Están curándose bien.

Un chillido de emoción surgió de la maternidad cuando Betulino salió a toda prisa de allí, tropezando torpemente con sus propias patas, y se situó al lado de su padre, Manto Polvoroso. Su madre, Fronda, salió tras él, se sentó junto al cachorro y le dio unos lametazos para alisarle el pelo alborotado.

Esquiruela ronroneó divertida. Su mirada se desvió entonces hacia el túnel que cruzaba la barrera de espinos, en la entrada del campamento, y sintió cómo su pelaje se erizaba levemente. Al parecer, la patrulla del alba acababa de regresar: Zarzoso apareció por el túnel de espinos, seguido por Tormenta de Arena y Orvallo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Hojarasca Acuática.

Esquiruela contuvo un suspiro. Ellas dos estaban mucho más unidas que la mayoría de los hermanos, y la una siempre percibía lo que estaba sintiendo la otra.

—Es Zarzoso… —respondió de mala gana—. No puedo creer que siga siendo amigo de Alcotán, después de que apoyara a Enlodado.

—A Enlodado lo apoyaron muchos gatos —señaló Hojarasca Acuática—. Y lo hicieron porque creían de verdad que Bigotes no era el gato apropiado para liderar al Clan del Viento. Tras la caída del árbol, Alcotán admitió que se había equivocado, y contó que Enlodado lo había engañado para conseguir su ayuda. Bigotes ya lo ha perdonado, tanto a él como a todos los que se opusieron a su nombramiento.

Esquiruela sacudió la cola.

—¡Alcotán mintió! Él participó en el complot desde el principio. Yo pude oír lo que dijo Enlodado antes de morir: que Alcotán estaba intentando ganar poder para ser nombrado líder del Clan del Río.

La afligida mirada de Hojarasca Acuática pareció atravesar a su hermana.

—No tienes pruebas de eso, Esquiruela. ¿Por qué deberíamos creer a Enlodado en vez de a Alcotán? ¿No crees que quizá estés juzgando a Alcotán sólo por ser hijo de quien es?

Esquiruela abrió la boca para replicar, pero no había nada que pudiera decir.

—Recuerda que Estrella de Tigre también es el padre de Zarzoso —continuó Hojarasca Acuática—. Quizá Estrella de Tigre fuera un traidor y un asesino, pero eso no significa que sus hijos tengan que seguir sus pasos. Yo no me fío de Alcotán más que tú, pero sin pruebas no podemos dar por hecho que sea tan malvado como su padre. Además, aunque Alcotán sea peligroso, eso no significa que Zarzoso tenga que ser como él… o como Estrella de Tigre.

La guerrera sacudió la cola, incómoda.

—Supongo que tienes razón… —Los tres guerreros atigrados estaban entrelazados como los zarcillos de un espino, y Esquiruela se preguntó si alguno de los hijos de Estrella de Tigre podría liberarse alguna vez del traicionero

legado de su padre—. Es sólo que… ¡Zarzoso no escucha nada de lo que le digo! —exclamó—. Alcotán parece importarle mucho más que yo. No comprendo cómo puede confiar más en ese gato que en mí.

—Bueno, Alcotán es su hermano, ¿no? —le recordó Hojarasca Acuática. Su mirada ámbar era cálida y comprensiva—. ¿No te parece que deberías juzgar a Zarzoso por lo que hace ahora, en vez de por lo que hizo su padre… o por lo que temas que pueda hacer en el futuro?

—¿Crees que estoy siendo injusta? —preguntó Esquiruela.

En el viaje al lugar donde se ahoga el sol, cuando el Clan Estelar los envió a descubrir el peligro que amenazaba a todos los clanes, ella había confiado ciegamente en Zarzoso. Pero al observar la creciente amistad del joven guerrero con Alcotán, su medio hermano, la gata sentía que su confianza se estaba evaporando como el rocío.

—Creo que te angustias por nada —contestó Hojarasca Acuática.

—No estoy angustiada. —Esquiruela no soportaba admitir, ni siquiera ante su hermana, el dolor que sentía en su interior al pensar en lo que había perdido—. Me preocupa el clan, eso es todo. Si Zarzoso prefiere largarse con Alcotán, no es asunto mío —gruñó.

Hojarasca Acuática posó la punta de la cola en el lomo de su hermana.

—No finjas que te da igual… —maulló—. Y menos aún conmigo. —Su voz era suave, pero su mirada se mantenía firme.

—¡Hola, Esquiruela! —Cenizo la saludó antes de que la joven guerrera pudiese responder a su hermana, y le hizo un gesto con la cola—. Ven a sentarte a mi lado.

Esquiruela se acercó al joven guerrero de pelaje gris, consciente de cómo brillaban sus ojos azul oscuro al mirarla. Hojarasca Acuática la siguió y le dio un lametazo en la oreja.

—Intenta no preocuparte —murmuró—. Todo irá bien. —Luego saludó a Cenizo amablemente y fue a sentarse con Carbonilla, al pie de la Cornisa Alta.

Con el rabillo del ojo, Esquiruela vio que Zarzoso daba unos pasos hacia ella, indeciso. La expresión del gato se ensombreció al ver que la joven se sentaba al lado de Cenizo, y el guerrero se volvió entonces bruscamente para colocarse junto a Fronde Dorado y Acedera. Esquiruela notó un hormigueo en el lomo, aunque no supo decir si era de alivio o de desilusión. Cuando Estrella de Fuego comenzó a hablar, ella miró hacia delante, sintiendo la ardiente mirada ámbar de Zarzoso sobre ella.

—Gatos del Clan del Trueno, han pasado tres días desde la batalla contra Enlodado —maulló el líder—, y en el exterior de nuestro campamento aún yacen los cuerpos de los dos guerreros que murieron aquí. Ahora que hemos recuperado fuerzas, debemos devolvérselos al Clan de la Sombra.

Esquiruela sintió un escalofrío. Había descubierto aquella hondonada rocosa al caer en ella, mientras exploraba por primera vez el bosque con otros cuatro gatos. Fue pura suerte que la parte del barranco por la que cayó fuera demasiado baja como para hacerse daño. Durante la batalla, sin embargo, dos gatos del Clan de la Sombra se habían precipitado por el punto más elevado del barranco y se habían roto el cuello al estrellarse en el claro.

—¿Crees que el Clan de la Sombra los querrá? —preguntó Nimbo Blanco—. Al fin y al cabo, estaban ayudando a ese traidor de Enlodado.

—No es cosa nuestra decidir la lealtad de otro clan hacia sus guerreros —repuso Estrella de Fuego—. Enlodado no era un traidor cualquiera. Incluso miembros de otros clanes creían que era el verdadero líder del Clan del Viento.

Nimbo Blanco agitó la punta de la cola, claramente insatisfecho, aunque Esquiruela vio que Zarzoso asentía, como si estuviera pensando en Alcotán.

—Los gatos muertos eran guerreros del Clan de la Sombra —continuó Estrella de Fuego—, y sus compañeros querrán honrarlos en su viaje hacia el Clan Estelar. Una patrulla debe trasladar los cuerpos hasta la frontera de su territorio.

—Yo iré —se ofreció Espinardo.

—Gracias. —Estrella de Fuego inclinó la cabeza—. Fronde Dorado, tú también irás, y…

El líder del Clan del Trueno pareció vacilar, y miró indeciso a sus guerreros más experimentados. Esquiruela comprendió que esa misión podía ser peligrosa. Aunque en la conspiración sólo se habían involucrado unos pocos gatos del Clan de la Sombra, su líder, Estrella Negra, podría culpar al Clan del Trueno de la muerte de sus guerreros y usarlo como excusa para lanzar un ataque.

—Manto Polvoroso y Nimbo Blanco, vosotros iréis con ellos —decidió al cabo—. Llevad los cuerpos hasta la frontera del árbol muerto, y luego localizad a una patrulla del Clan de la Sombra y contadles lo sucedido. Pero no busquéis problemas —añadió, mirando fugazmente a Nimbo Blanco, como si temiera que el impetuoso guerrero blanco pudiese decir algo inapropiado—. Si el Clan de la Sombra se muestra hostil, salid de allí a toda prisa.

Espinardo se levantó y llamó a los demás componentes de la patrulla con un

movimiento de la cola. Todos juntos se encaminaron al túnel de espinos. Los cuerpos de los guerreros del Clan de la Sombra yacían a pocos metros de la entrada al campamento, ocultos en una densa extensión de zarzas, donde estaban a salvo de zorros y otros carroñeros.

Estrella de Fuego esperó hasta que las ramas dejaron de moverse tras el paso de la patrulla.

—Anoche, Bigotes debería haber ido hasta la Laguna Lunar para recibir sus nueve vidas y su nombre de líder. Pero su liderazgo no será firme hasta que sea aceptado por todos los miembros de su clan. Voy a encabezar una patrulla hasta el territorio del Clan del Viento para comprobarlo.

—¡Eso es sin duda un problema del Clan del Viento! —protestó Musaraña—. Los guerreros del Clan del Trueno ya se han dejado la piel una vez para ayudar a Bigotes. ¿No hemos hecho bastante?

A pesar de que notó una punzada en su costado herido, Esquiruela no estaba de acuerdo:

—Pero, si hemos arriesgado nuestras vidas por Bigotes —replicó—, ¿por qué no asegurarnos de que el esfuerzo ha valido la pena?

Musaraña la miró, ceñuda, pero Estrella de Fuego sacudió la cola para detener la discusión antes de que llegara demasiado lejos.

Carbonilla se levantó.

—No sé quién encabezará esa patrulla, Estrella de Fuego, pero desde luego no serás tú. Te dislocaste el hombro en la batalla, y debes permanecer en el campamento hasta que se te haya curado.

El líder erizó el pelo del cuello, pero luego dejó que se alisara de nuevo e inclinó la cabeza ante la curandera.

—Está bien, Carbonilla.

—¡Yo dirigiré la patrulla! —exclamó Zarzoso, levantándose de un salto.

—Gracias, Zarzoso —maulló Estrella de Fuego—. Aunque será mejor que no entréis en el territorio del Clan del Viento. Debemos demostrar que respetamos sus lindes. Lleva la patrulla a lo largo de la frontera, a ver si encontráis a alguno de sus gatos.

Zarzoso asintió.

—No te preocupes, Estrella de Fuego. Me aseguraré de que nadie traspase la frontera.

Zancudo, que estaba sentado al otro lado de Cenizo, soltó un resoplido.

—Esa bola de pelo mandona… —masculló mirando a Zarzoso—. ¿Quién se

cree que es? ¿El lugarteniente del Clan del Trueno?

—Es un buen guerrero —respondió Cenizo—. No tiene nada de malo que quiera ser lugarteniente…

—Tal vez no, si el Clan del Trueno no tuviera ya un lugarteniente… —replicó Zancudo.

—Pero Látigo Gris no está aquí. Y, antes o después, Estrella de Fuego tendrá que decidir cuánto tiempo está dispuesto a esperarlo.

Una punzada de pena atravesó a Esquiruela. Los Dos Patas habían capturado al lugarteniente del Clan del Trueno justo antes de que todos se vieran obligados a huir del bosque que había sido su hogar. La joven guerrera todavía recordaba la angustia que había sentido al ver cómo se llevaban a Látigo Gris en uno de aquellos monstruos rugientes y cubiertos de barro. Nadie sabía qué le había sucedido, pero Estrella de Fuego se negaba a aceptar que estuviera muerto, y más aún a nombrar a otro lugarteniente que lo sustituyera.

«¿De verdad Zarzoso desea ser lugarteniente?», se preguntó Esquiruela. No pudo evitar pensar «igual que Estrella de Tigre», y recordó lo lejos que había estado dispuesto a llegar el sanguinario atigrado para colmar su ambición.

Estrella de Fuego llamó su atención, devolviéndola al presente.

—Esquiruela, irás con Zarzoso al territorio del Clan del Viento. Y vosotros también, Cenizo y Orvallo.

La joven irguió las orejas; una carrera por el bosque dispersaría esos inquietantes recuerdos. Cenizo ya se había puesto en pie, con la cola bien erguida.

—¡En marcha! —exclamó Esquiruela, corriendo hasta Zarzoso.

—Todavía no —contestó Zarzoso tajantemente, mirando a Esquiruela y a Cenizo como si apenas los conociera—. Quiero quedarme hasta el final de la reunión.

Fulminándolo con la mirada, la joven volvió a sentarse.

—También tenemos que organizar patrullas de caza —prosiguió Estrella de Fuego—. Tormenta de Arena, ¿te encargas tú de eso?

—Por supuesto —respondió la guerrera, que se hallaba al pie de la pared rocosa—. Pero querría decir algo antes de que des por terminada la reunión. —Hizo una pausa, y Estrella de Fuego le indicó con un gesto que continuara—. Ahora mismo, el Clan del Trueno cuenta con un único aprendiz, Zarpa Candeal, y así es muy difícil conseguir que se lleven a cabo todas las tareas.

El hermano de Acedera, Hollín, agitó la cola.

—Sí. Yo estoy harto de recoger musgo para los lechos. Ése no es un trabajo propio de guerreros —se quejó. Era guerrero desde hacía tiempo y, obviamente, había esperado que sus obligaciones de aprendiz terminaran para siempre una vez que Estrella de Fuego lo ascendiera.

—Pues qué pena —repuso Estrella de Fuego con voz firme, mirando a Hollín—. No pretenderás que una sola aprendiza lo haga todo.

—Zarpa Candeal se deja las garras trabajando —intervino Musaraña—. Se merece un poco de ayuda.

La pequeña aprendiza bajó la cabeza y arañó el suelo. Esquiruela notó que no se esperaba un elogio de la fibrosa veterana marrón, cuya lengua era más afilada que sus uñas.

—¡Yo ayudaré! —se ofreció Betulino, entusiasmado—. ¡Soy lo bastante mayor para convertirme en aprendiz!

—No, no lo eres —lo contradijo su madre, Fronda, con dulzura—. Te falta una luna.

—Me temo que tu madre tiene razón, Betulino —coincidió Estrella de Fuego—. Pero no te preocupes: llegará tu día, y todavía habrá muchas cosas que puedas hacer. Mientras tanto, Tormenta de Arena repartirá las tareas para que nadie haga más de lo que le corresponda. ¿Te parece bien?

La gata melada aceptó inclinando la cabeza.

—Por supuesto, y me aseguraré de que Zarpa Candeal también disponga del tiempo suficiente para entrenar con su mentor. Ésa es otra cuestión —añadió—. Sin aprendices a los que entrenar, no estamos practicando nuestras habilidades de lucha tanto como solíamos. Si hay otra batalla, podríamos tener problemas.

—No va a haber otra batalla —maulló Zancudo—. Enlodado ha muerto, así que ¿dónde está la amenaza?

—Sí, ya tenemos todos bastantes cosas que hacer… —masculló Hollín.

—¿Es que Enlodado es el único gato que ha causado problemas alguna vez? —preguntó Musaraña mordazmente, agitando los bigotes con desdén—. Cuando hayáis vivido tanto como yo, sabréis que siempre hay algún tipo de amenaza.

—Así es, Musaraña —maulló Estrella de Fuego—. Los cuatro clanes están separándose de nuevo, y antes o después descubriremos que no tenemos más remedio que pelear. Necesitamos que alguien se responsabilice de mantener al día nuestras habilidades guerreras.

Cenizo abrió la boca para ofrecerse voluntario, pero, antes de que pudiera hablar, Zarzoso exclamó:

—Yo puedo encargarme de eso, Estrella de Fuego.

Esquiruela sintió un hormigueo. Por lo general, sería el lugarteniente del clan quien se encargaría de esa clase de trabajo; cada vez estaba más claro que Zarzoso pretendía ocupar el puesto de Látigo Gris.

—Empezaré mañana —continuó diciendo el joven atigrado—. Puedo hacer ejercicios con dos o tres gatos cada día. Cenizo y Zancudo, comenzaré con vosotros.

Cenizo entornó sus ojos azules.

—¿Con las uñas envainadas?

Zarzoso lo miró fijamente.

—Con las uñas envainadas, pero eso es todo. No somos cachorros jugando a luchar.

—¡Cenizo no ha dicho que lo fuéramos! —Esquiruela se levantó de un salto, erizando el pelo del lomo—. Yo lucharé contigo, ¡y a ver si te parece que estoy jugando!

Zarzoso se volvió hacia ella.

—Estoy seguro de que Cenizo no necesita que tú pelees por él, Esquiruela. ¿Por qué no dejas que hable por sí mismo?

Esquiruela ignoró por completo a Cenizo, que le rozó el hombro con la cola a modo de advertencia. Estaba demasiado furiosa para recordar que se hallaba en medio de una reunión del clan.

—Estás convencido de que eres magnífico, ¿eh, Zarzoso?…

—¡Ya basta! —aulló Estrella de Fuego sacudiendo la cola. Su mirada verde abrasó a Esquiruela, que, avergonzada, se sentó de nuevo.

—Ya te había dicho que Zarzoso era una bola de pelo mandona —le susurró Zancudo a la joven guerrera.

—Gracias, Zarzoso —maulló Estrella de Fuego—. Asegúrate de que todos los gatos tengan la oportunidad de practicar lo antes posible.

El líder del Clan del Trueno paseó la mirada por los congregados, como si estuviera valorando todos los zarpazos y heridas, calculando cuánto tardarían en volver a estar listos para combatir.

Centella se levantó.

—No muy lejos de aquí hay un claro resguardado —maulló, apuntando con la cola—. Ayer estuve cazando allí. El suelo es plano y musgoso. Podría ser un buen lugar para entrenar, como la hondonada arenosa del bosque.

—Suena ideal —respondió Estrella de Fuego—. Cuando termine la reunión,

iremos a verlo. Zarzoso, no te olvides de informarme en cuanto regreses del territorio del Clan del Viento.

El guerrero atigrado asintió con brío y se volvió hacia Esquiruela.

—Ya podemos irnos, si estás preparada.

Esquiruela se puso en pie de un salto, entornando los ojos.

—No me pises la cola, Zarzoso.

—Pues entonces empieza a comportarte como una guerrera, no como una aprendiza descerebrada. ¿O acaso crees que Estrella de Fuego debería haber elegido a otro gato para dirigir esta patrulla?

Su voz era tan fría como su mirada, y Esquiruela sintió una punzada de antipatía. Aquél no era el mismo gato que había ido con ella y los demás hasta el lugar donde se ahoga el sol. En aquel viaje, Zarzoso había sido su mejor amigo, y la joven guerrera había llegado a sentirse mucho más cercana a él que a los otros. Ahora, sin embargo, apenas podía reconocerlo.

—Estrella de Fuego puede escoger a quien le parezca —replicó, escupiendo las palabras como si fueran arena—. Al fin y al cabo, eres uno de sus guerreros más experimentados…

—Pero eso no es lo que tú piensas, ¿no? —le espetó Zarzoso, que agachó las orejas con rabia, echando chispas por los ojos—. Crees que soy desleal porque tengo familia en otro clan. Vi cómo me observabas cuando estaba con Alcotán junto al lago.

—¡Y menos mal que lo hice! —replicó Esquiruela—. De lo contrario, nadie sabría que Alcotán estaba tramando convertirse en lugarteniente del Clan del Viento y apoderarse luego del Clan del Río. Pude oír cómo lo decía Enlodado.

—¡Enlodado estaba mintiendo! —bufó Zarzoso con furia, erizando el pelo del cuello—. ¿Por qué deberíamos creer a ese traidor?

—¿Y por qué deberíamos creer a Alcotán? —Esquiruela hundió las garras en el suelo, frustrada.

—¿Y por qué no? ¿Porque es hijo de Estrella de Tigre? ¿Igual que yo?

—Eso no es justo —protestó Cenizo, situándose junto a la joven—. Esquiruela no ha dicho…

—¡Tú no te metas! —Zarzoso se encaró al guerrero gris, sacudiendo la cola —. ¡Esto no tiene nada que ver contigo!

Esquiruela desenvainó las uñas; estaba a punto de darle un zarpazo en el hocico a Zarzoso, pero justo en ese momento vio que Estrella de Fuego se dirigía hacia el túnel de espinos con Centella, y pensó en cómo se enfadaría si sus

guerreros comenzaran a pelearse entre sí. De modo que hundió las garras en el musgoso suelo.

—¡Me tiene sin cuidado quién sea o deje de ser el padre de Alcotán! —bufó—. No me fío de él porque planeó asesinar a Bigotes. Haría cualquier cosa por conseguir poder. Eso podría verlo hasta un erizo ciego.

Zarzoso la fulminó con la mirada.

—Eso es lo que dices, pero no tienes ni una sola prueba. Alcotán es mi hermano. No voy a darle la espalda cuando no ha hecho nada malo.

—¡Pues perfecto! —exclamó Esquiruela—. Estás tan encandilado con él que no reconocerías la verdad ni aunque saltara delante de ti y te diera un mordisco. ¿Por qué no te unes también al Clan del Río, si eso te hace más feliz? Es evidente que no te importa el Clan del Trueno… ni te importo yo.

Zarzoso iba a replicar con dureza, cuando de pronto Betulino perdió el equilibrio mientras se perseguía la cola y cayó entre las patas delanteras del atigrado. Se le pusieron los ojos como platos al ver cómo los dos adultos se miraban furibundos, sacudiendo la cola con el pelo erizado.

—¡Lo siento! —chilló el pequeño, y salió corriendo hacia la maternidad.

Zarzoso dio un paso atrás, arrugando el hocico.

—Vamos, estamos perdiendo el tiempo. A este paso, no llegaremos al territorio del Clan del Viento antes del anochecer.

Sin esperar a ver si el resto de la patrulla lo seguía, se volvió de golpe y se encaminó hacia la entrada con grandes zancadas y la cola bien alta.

Esquiruela intercambió una mirada con Cenizo, y vio preocupación y dulzura en sus ojos azules. Después de la hostilidad mostrada por Zarzoso, fue como agua fresca en un día caluroso.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el guerrero gris.

—Estoy bien —afirmó la joven, y echó a andar tras Zarzoso. Pasó junto a Orvallo, que estaba mirándola como si le hubieran salido orejas de conejo—. Deprisa, o no lo alcanzaremos.

Zarzoso no los esperó. Se limitó a internarse en el túnel de espinos sin mirar atrás y, cuando desapareció entre las ramas temblorosas, Esquiruela sintió un vacío en su interior; era casi como si Zarzoso estuviera saliendo deliberadamente de su vida. ¿Volverían a ser amigos alguna vez? Lo dudaba, después de un enfrentamiento como aquél.

Tenía que empezar a aceptar que lo que habían tenido, la amistad que se había fraguado en aquel largo viaje, era cosa del pasado.



2

Era la primera vez que Esquiruela salía del campamento desde la batalla contra Enlodado, y se encontró disfrutando de la sensación de la brisa en su pelaje y del crujido de las hojas secas bajo las patas. Aquí y allá captaba señales tempranas de la estación de la hoja nueva: unas pálidas campanillas de invierno debajo de un árbol, y una única flor precoz de fárfara que destacaba en un musgoso tronco verde como una salpicadura de sol. La joven guerrera se dijo que debía contarle a su hermana dónde hallar esa planta. La fárfara era un buen remedio para los problemas respiratorios.

En cuanto estuvieron lejos del campamento, Zarzoso se detuvo.

—¿Por qué no abrís camino vosotros? —propuso, dirigiéndose a Cenizo y Orvallo—. Veamos lo bien que conocéis el territorio.

—Por supuesto —aceptó Orvallo entusiasmado, y echó a andar.

Cenizo, sin embargo, miró con dureza al atigrado antes de desaparecer entre los helechos tras Orvallo. Esquiruela entendió la razón.

—¿Por qué has dicho eso? —le soltó malhumorada a Zarzoso en cuanto se quedaron solos—. Los estás tratando como si fueran aprendices. No te olvides de que Cenizo es mayor que tú.

—Pero soy yo el que encabeza esta patrulla —replicó el guerrero—. Si no te gustan mis órdenes, será mejor que te vayas.

Esquiruela abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. No quería acabar metiéndose en otra discusión. En vez de eso, pasó junto a Zarzoso y bordeó una mata de helechos, siguiendo el rastro de Cenizo y Orvallo.

Cenizo debió de oírla, porque esperó a que lo alcanzara y redujo el paso para adaptarlo al de ella.

—Están creciendo nuevos brotes en los árboles —señaló, apuntando con la cola las ramas de un roble—. No falta mucho para la estación de la hoja nueva.

—Estoy deseando que llegue —maulló Esquiruela—. No más hielo ni nieve, muchas más presas…

—Al clan no le iría mal disponer de más carne fresca —coincidió Cenizo—. Y hablando de carne fresca, ¿qué tal si cazamos algo? ¿Crees que a Zarzoso le molestará?

—A mí me importa una cola de ratón si a Zarzoso le molesta o no —bufó la joven.

Abrió la boca para saborear el aire. Al principio le pareció detectar un rastro de tejón, y se preguntó si debería mencionárselo a Zarzoso; los tejones eran un problema, especialmente si su territorio coincidía con el de un clan. Pero el atigrado era el último gato del bosque con el que ella quería hablar en ese momento, y, además, supuso que él no prestaría ninguna atención a nada de lo que le dijera.

Volvió a saborear el aire, y su olfato se llenó del olor de una ardilla. Cuando entrevió a la criatura de poblada cola, entretenida con una bellota a unos pocos zorros de distancia, se olvidó por completo del tejón. Tras comprobar la dirección del viento, adoptó la posición de caza y avanzó sigilosamente hacia su presa. Al verla saltar hacia ella, la ardilla corrió a refugiarse a un tronco cercano, pero Esquiruela fue más rápida. Le clavó los colmillos y la despachó con una veloz dentellada en el cuello.

Un sonoro chillido de alarma la hizo volverse del todo, y vio cómo un mirlo echaba a volar desde una mata de helechos, mientras Cenizo se quedaba mirándolo con frustración.

—¡Mala suerte! —exclamó Esquiruela—. Seguramente lo he espantado yo al ir tras la ardilla.

Cenizo negó con la cabeza.

—No. He sido yo. He pisado una ramita.

—No importa. Ven a compartir la ardilla conmigo. —Lo invitó con un movimiento de la cola—. Hay bastante para los dos.

Cuando Cenizo se reunió con ella, apareció Zarzoso entre la maleza.

—¿Qué creéis que estáis haciendo? —gruñó—. Estamos de camino al territorio del Clan del Viento, ¿o es que lo habéis olvidado?

Esquiruela engulló un pedazo de carne.

—Venga, Zarzoso… relájate un poco, por el Clan Estelar. Ninguno de

nosotros ha comido esta mañana… —Con cierta torpeza, no muy segura de cómo reaccionaría el guerrero si intentaba ser amigable, se apartó de la ardilla—. Puedes comer un trozo si quieres.

—No, gracias —replicó el atigrado secamente—. ¿Dónde está Orvallo?

—Iba delante —respondió Cenizo, señalando con la cola.

Sin una palabra más, Zarzoso se marchó en esa dirección, abriéndose paso entre la alta hierba hasta que fue engullido por las húmedas frondas verdes.

Esquiruela soltó un bufido de irritación.

Cenizo le tocó levemente la oreja con la punta de la cola.

—No dejes que te saque de quicio tan fácilmente.

—No lo hace —masculló la joven, intentando convencerse a sí misma de que era cierto.

Volvió a recordar lo unidos que estaban Zarzoso y ella durante los viajes. Habían llegado a confiar totalmente el uno en el otro y se habían necesitado tanto… «¿Cómo hemos pasado de aquello a esto?», se preguntó, desesperada.

Al lanzar una mirada a Cenizo, vio preocupación en sus ojos. La joven sabía que él quería una relación más estrecha con ella, que fueran algo más que camaradas guerreros. Y resultaba muy tentador decirle que ella sentía lo mismo, pero era demasiado pronto para estar segura de que sus sentimientos eran reales. Primero tenía que superar sus problemas con Zarzoso. «Y mientras tanto, tenemos un trabajo que hacer —se recordó con un fogonazo de impaciencia—. ¡Eres una guerrera, no un conejo chiflado!».

Ella y Cenizo se terminaron la ardilla con unos cuantos bocados apresurados, y se pusieron de nuevo en marcha hacia la frontera del Clan del Viento. Pronto alcanzaron a Zarzoso y Orvallo. El atigrado había cazado un estornino y estaba engulléndolo con hambre, mientras Orvallo se zampaba un campañol. El guerrero gris levantó la vista cuando aparecieron sus compañeros.

—Ya pensaba que os habíais perdido —maulló.

Zarzoso se tragó el último bocado de estornino y se puso en pie. Sin decir ni una palabra, dio media vuelta y echó a andar a grandes zancadas. Esquiruela intercambió una mirada con Cenizo, se encogió de hombros y lo siguió.

Los árboles eran cada vez más escasos cuando la joven guerrera empezó a oír el chapoteo del agua sobre las piedras. La patrulla llegó a lo alto de la ladera que llevaba al arroyo, el punto que marcaba la frontera del Clan del Viento. La brisa arrastraba rachas del olor del clan vecino, pero no había ni rastro de ningún gato.

—Es probable que acabe de pasar una patrulla —maulló Cenizo quedamente —. Esas marcas olorosas son frescas.

Esquiruela pensó que ésa era una buena señal. Si el Clan del Viento estaba lo bastante organizado como para patrullar sus fronteras, debía de estar superando la rebelión de Enlodado. ¿Significaba eso que Bigotes había podido viajar hasta la Laguna Lunar para que el Clan Estelar le concediera sus nueve vidas y su nombre de líder?

—Vayamos hacia los pasaderos —propuso Zarzoso—. Quizá podamos alcanzar a esa patrulla.

Descendió la ladera a saltos, y luego siguió corriente arriba, con el resto de la patrulla a la zaga. Los árboles dieron paso enseguida a un páramo abierto; Esquiruela se volvió y escudriñó la franja gris de árboles desnudos que había debajo de ella. Más allá, el lago reflejaba el pálido cielo azul y el sol ya casi había alcanzado su cénit.

Ante ellos, el arroyo fluía por un terreno más escarpado, y en sus orillas crecían juncos y castañuelas. El agua espumeaba alrededor de los pasaderos que formaban un camino hasta el páramo del otro lado; eran fáciles de saltar para un gato, incluso cuando el arroyo estaba crecido.

El viento azotó el rostro de Esquiruela, revolviéndole el pelo y haciendo que le lloraran los ojos.

—No sé cómo el Clan del Viento aguanta esto —le dijo a Cenizo, refunfuñando—. ¡No hay un solo árbol a la vista!

Cenizo soltó un ronroneo risueño.

—Probablemente ellos se pregunten cómo el Clan del Trueno aguanta todos esos árboles que cubren el cielo.

—Repíteme eso cuando llueva.

Un destello de pelaje marrón atrajo la atención de la guerrera: un conejo corría por lo alto de la loma. Esquiruela sintió un hormigueo en las patas. Su instinto la empujaba a correr tras él, pero la presa estaba dentro del territorio del Clan del Viento. Un instante después, apareció un gato oscuro persiguiendo al conejo, rozando la hierba con la barriga. Esquiruela parpadeó para ver mejor, y reconoció enseguida a Corvino Plumoso. Como Zarzoso, Corvino Plumoso había sido uno de los gatos escogidos por el Clan Estelar para viajar hasta el lugar donde se ahoga el sol.

Cazador y presa desaparecieron tras una hondonada, y un chillido agudo le dijo a Esquiruela que el guerrero del Clan del Viento había cobrado su pieza.

—Patrulla de caza —maulló Orvallo, señalando con la cabeza lo alto de la loma.

Otros dos guerreros seguían a Corvino Plumoso a paso más lento. Esquiruela distinguió el pelaje gris oscuro de Manto Trenzado, y el gato más pequeño que iba tras él era su aprendiz, Zarpa de Turón. Cuando se detuvieron a observar a la patrulla del Clan del Trueno, se les unió Cola Blanca.

Zarzoso los llamó.

—¡Traemos un mensaje de Estrella de Fuego!

Manto Trenzado y Cola Blanca intercambiaron una mirada, y luego el guerrero encabezó el descenso hasta el lado opuesto del arroyo, donde se pararon.

—¿Qué mensaje? —quiso saber Manto Trenzado.

Esquiruela examinó al guerrero del Clan del Viento. Había sido uno de los partidarios más acérrimos de Enlodado, y todavía lucía las marcas de la batalla en una oreja desgarrada y una calva en el hombro. Bigotes, sin embargo, habría decidido volver a confiar en él, ya que lo había puesto al mando de una patrulla.

Zarzoso los saludó inclinando la cabeza.

—Estrella de Fuego nos envía para comprobar si todo está en orden —maulló—. Nos ha pedido que averigüemos si Bigotes ha viajado ya hasta la Laguna Lunar.

—Estrella de Bigotes —lo corrigió Cola Blanca.

A Esquiruela se le hizo un nudo en el estómago. Llamar al líder del clan por su anterior nombre de guerrero había sido un grave error por parte de Zarzoso, como si no esperara que el Clan Estelar le hubiera concedido su nuevo nombre.

—Lo lamento… Estrella de Bigotes, por supuesto. —Zarzoso agitó una oreja, pero su voz se mantuvo firme—. Es una gran noticia. Felicitadlo de nuestra parte, ¿vale?

Manto Trenzado entornó los ojos.

—¿Por qué os ha enviado Estrella de Fuego? ¿Acaso pensaba que el Clan Estelar no le daría sus nueve vidas a Estrella de Bigotes?

Esquiruela abrió los ojos de par en par, sorprendida. ¿Es que Manto Trenzado se había olvidado de que Estrella de Bigotes podría ser carroña de no ser por Estrella de Fuego y el Clan del Trueno?

Zarzoso parpadeó.

—Sólo quiere estar seguro.

—Pues quizá Estrella de Fuego debería concentrarse en su clan y dejar que el

Clan del Viento siga con su vida —sugirió Manto Trenzado.

—¡Estrella de Bigotes no sería líder de no ser por el Clan del Trueno! —exclamó Esquiruela acaloradamente—. Tú sabes eso tan bien como el que más. Tú y Enlodado… —Se interrumpió, atragantándose con un bocado de pelo cuando Zarzoso le pasó la cola por la boca.

Los ojos de Manto Trenzado llamearon.

—Yo no fui el único en creer que Enlodado era nuestro líder legítimo —gruñó—. Aun así, desde que el Clan Estelar lo mató con la caída del árbol y le concedió a Estrella de Bigotes sus nueve vidas y su nombre, sé que estaba equivocado.

—Si Estrella de Bigotes confía en Manto Trenzado, es que tiene abejas en el cerebro —le susurró Esquiruela a Cenizo al oído—. Si yo fuera el líder del Clan del Viento, me vigilaría la cola.

Para su alivio, la joven gata vio que Corvino Plumoso aparecía por el borde de la hondonada, llevando a rastras al conejo. Aunque el guerrero del Clan del Viento era tan picajoso como un arbusto de acebo, con sus viejos amigos no se mostraría tan frío y receloso como Manto Trenzado.

—Hola, Corvino Plumoso —lo saludó la joven—. ¡Buena captura!

Para su sorpresa, el guerrero gris oscuro la saludó con un seco movimiento de la cabeza y apartó la mirada sin pronunciar una sola palabra. Mantuvo las fauces cerradas sobre su presa, con las fosas nasales dilatadas.

—Si eso es todo —maulló Manto Trenzado—, ya podéis volver a vuestro campamento.

—¡No nos digas qué hacer en nuestro propio territorio! —le soltó Esquiruela.

—Déjalo —le advirtió Zarzoso con un gruñido suave.

Esquiruela comprendió que el atigrado tenía razón; aquél no era el momento de iniciar una pelea, por muy hostil que estuviera mostrándose el Clan del Viento.

Desde su lado del arroyo, Manto Trenzado y los guerreros que lo acompañaban se quedaron observando en silencio cómo Zarzoso daba media vuelta y guiaba de nuevo a su patrulla hacia el campamento. Esquiruela notó que sus miradas se clavaban en ella mientras descendían la ladera, y cuando se volvió desde el lindero del bosque pudo ver que los cuatro gatos seguían plantados en su sitio. Echó a correr hacia delante, y no se detuvo hasta que dejó un denso arbusto entre ella y el Clan del Viento.

—¡Gracias al Clan Estelar! —Frenó en seco en un claro y se dio una

sacudida, como si acabara de salir de un río de agua helada—. No sé qué es lo que les pasa a ésos.

—Yo tampoco —coincidió Orvallo.

—Pues a mí me parece más que evidente —repuso Zarzoso—. El Clan del Viento ya no quiere seguir siendo aliado del Clan del Trueno. Ahora todo es distinto.

—¡Después de todo lo que hemos hecho por ellos! —La frustración y la inquietud de Esquiruela se transformaron en rabia; no podía creer que Zarzoso aceptara sin rechistar la nueva hostilidad del Clan del Viento—. He estado a un pelo de bigote de arrancarle las orejas a Manto Trenzado.

—Pues menos mal que no lo has hecho —replicó el atigrado secamente—. Hay más de un gato en el Clan del Trueno que considera que Estrella de Fuego no debe interferir en los asuntos de otro clan.

—¡Eso son cagarrutas de ratón! ¿Acaso piensas que Estrella de Fuego debería haberse mantenido al margen y dejar que Enlodado se alzara con el poder?

Esquiruela saltó hacia él, pero, antes de que pudiera situarse a su altura, Cenizo se interpuso entre ellos.

—Esto no nos lleva a ningún lado —maulló—. Probablemente el Clan del Viento quiera demostrar que vuelve a ser fuerte, ahora que tiene un nuevo líder. Dadles tiempo. Las cosas se calmarán.

Esquiruela intuía que el guerrero gris tenía razón, aunque no por ello iba a permitir que Zarzoso continuara insultando a su padre. Hizo un esfuerzo para que se le alisara el pelo del cuello, pero seguía temblando de rabia cuando siguieron su camino hacia el campamento del Clan del Trueno.

—Estrella de Fuego siempre querrá ayudar a Estrella de Bigotes —le dijo a Zarzoso, que iba delante de ella atravesando una zona de helechos—. Son amigos desde el día en que se conocieron.

—Tal vez, aunque es obvio que Estrella de Bigotes ya no necesita ayuda —contestó Zarzoso sin mirar atrás, y la seguridad de su tono enfureció aún más a Esquiruela—. Es natural que los clanes sean rivales. Hicimos bien al ayudar al Clan del Viento cuando tenía problemas, pero no podemos seguir cuidando de ellos.

—¡Estúpida bola de pelo! —gruñó Esquiruela, aunque lo bastante bajo para que Zarzoso no la oyera.

Odiaba la manera en que los clanes estaban separándose como corrientes de

agua en sus nuevos territorios. ¿Qué había pasado con la complicidad que habían mantenido durante el viaje desde el bosque, cuando todos intentaban ayudarse entre sí sin pararse a pensar a qué clan pertenecía cada uno? Le parecía que era demasiado pronto para darse la espalda y dejar que imperaran la hostilidad y la rivalidad entre clanes. ¿Cómo iban a sobrevivir en aquel nuevo y desconocido territorio si no podían confiar los unos en los otros?

—¿Y qué ocurrirá si el Clan del Trueno necesita la ayuda del Clan del Viento? —preguntó Orvallo, agorero, como si le hubiera leído el pensamiento a Esquiruela—. ¿Alguien ha pensado en eso?

Zarzoso escogió una ruta diferente para regresar con la patrulla al campamento, y de camino cazaron para llevar carne fresca a sus compañeros de clan. Al detenerse al pie de un roble, Esquiruela volvió a captar olor a tejón. Ahora era más fuerte y fresco que antes, y supuso que la criatura había pasado por allí no hacía mucho.

—Zarzoso, ¿tú también hueles eso?

El atigrado se acercó con una ardilla que acababa de cazar. La dejó en el suelo y se pasó la lengua por el hocico antes de abrir la boca para saborear el aire. La alarma se encendió de golpe en sus ojos.

—¡Tejón! Y muy cerca.

Esquiruela sintió un hormigueo. Un tejón en su territorio era lo último que quería un gato. Alcotán ya había tenido que expulsar a uno del Clan del Río, y hasta ahora parecía que el Clan del Trueno había tenido suerte de no tropezarse con ninguno.

—Tendremos que hacer algo —maulló.

Zarzoso asintió. Si tenía la oportunidad, un tejón convertiría a un cachorro en un tierno manjar. Era improbable que intentase dar caza a un gato adulto, pero eso no significaba que guerreros hechos y derechos estuvieran a salvo si se cruzaban con uno. Los tejones mataban por puro salvajismo, aplastando a su presa contra el suelo o inmovilizándola con sus colmillos hasta que estaba muerta.

Esquiruela se recordó que no todos los tejones eran iguales. Su primer viaje lejos del bosque los había conducido hasta Medianoche, la sabia tejona que vivía en el lugar donde se ahoga el sol. Ella fue quien les anunció que los Dos Patas destrozarían el bosque y que los clanes tendrían que abandonarlo y trasladarse.

Aquella tejona, sin embargo, era única, y el resto de los de su especie podían ser depredadores sanguinarios si se les antojaba.

Cenizo se acercó a ellos.

—¿Hay algún problema? —les preguntó, aunque sus palabras apenas se entendieron porque llevaba varios ratones colgando de la boca por las colas.

Zarzoso le hizo una señal a Orvallo, que acababa de llegar con un mirlo. El guerrero corrió hacia él con expresión satisfecha y una pluma en el hocico.

—Un tejón… quizá más de uno… ha estado aquí —maulló Zarzoso—. No podemos volver al campamento sin echar un vistazo.

—¿Te refieres a seguir su rastro? —preguntó Orvallo, alarmado—. ¿Estás seguro?

—Tenemos que averiguar si ha salido de nuestro territorio. Esquiruela, ¿puedes decirme hacia dónde ha ido?

Esquiruela olfateó el rastro que el tejón había dejado en la hierba.

—Por ahí —respondió, apuntando con la cola.

Zarzoso se acercó a olfatear también.

—Guardad silencio, todos. No queremos que detecte nuestra presencia hasta que veamos cuántos son y decidamos cuál es la mejor opción. Tenemos suerte de que el viento sople en la buena dirección, así no le llevará nuestro olor.

Los gatos dejaron las presas entre las raíces del roble y las cubrieron con musgo, para regresar luego a recogerlas. Entonces, con Zarzoso en cabeza, empezaron a seguir el rastro del tejón.

El olor los llevó a internarse más en el bosque, hacia la frontera del Clan de la Sombra. De vez en cuando, se encontraban con tierra recién removida, como si el tejón hubiera estado escarbándola en busca de gusanos. Esquiruela sintió una punzada de inquietud por Trigueña y el resto del Clan de la Sombra; si el tejón tenía su guarida en su territorio sin que ellos lo supieran, alguien tendría que poner sobre aviso a su líder, Estrella Negra.

El olor se fue intensificando poco a poco; era un potente hedor que anulaba todos los demás aromas del bosque. Esquiruela notó cómo se le erizaba el pelo del lomo. Parecía que, después de todo, el Clan de la Sombra estaba a salvo: el tejón estaba cerca.

De pronto, Zarzoso se detuvo a la sombra de una enorme roca y alzó la cola para indicar a los demás que se quedaran donde estaban. Trepó en silencio por la áspera superficie hasta que pudo asomar la cabeza por la cresta y observar el otro lado. Volvió a agacharse inmediatamente. Esquiruela avanzó con sigilo para

rodear la roca y buscar una posición desde la que observar también.

Al otro lado, el suelo era llano y pedregoso, y había varias moles de roca gris. Entre dos de ellas vio un agujero flanqueado por montones de tierra fresca. Esquiruela estuvo a punto de estornudar al captar el desagradable olor de la tierra húmeda, de la que salía un tufo en el que se mezclaba el olor de tejón y de zorro. «El tejón debe de estar instalándose en la antigua madriguera de una raposa», pensó para sus adentros.

Delante del agujero, había tres crías de tejón peleándose y lanzando agudos chillidos de inquietud, como si nos les gustara haber tenido que salir al bosque en pleno día. Horrorizada, Esquiruela se quedó mirándolas mientras se le erizaba el pelo del cuello, y luego volvió a reunirse con Cenizo y Orvallo, al abrigo de la roca.

—¡Hay toda una familia! —siseó—. ¡Por el Clan Estelar! ¡Estarán por todo el territorio en un par de estaciones!

Cenizo parecía desconcertado.

—No es habitual que un tejón con crías se desplace.

—Tal vez los hayan expulsado de su antiguo hogar… —aventuró Orvallo.

Zarzoso se deslizó por la roca hasta el suelo y se agachó junto a sus compañeros.

—No podemos hacer nada hasta que sepamos cuántos adultos hay —maulló—. Nos quedaremos aquí a vigilar. No hagáis nada a menos que yo os lo diga, ¿de acuerdo?

Todos asintieron, aunque Esquiruela se ofendió por el modo en que Zarzoso les daba órdenes, como si fueran aprendices inexpertos.

—Los tejones suelen salir por la noche —continuó el atigrado—. Si ahora están en la madriguera, no podemos hacer gran cosa. Ninguno de nosotros va a meterse ahí —añadió, posando sus ojos ámbar en Esquiruela.

—¡No soy idiota! —bufó la joven.

—Yo no he dicho que lo fueras —replicó él—, aunque a veces haces idioteces.

Cenizo tomó aire como si fuera a salir en defensa de la guerrera, pero ella le hizo un gesto con la cola para que guardara silencio.

—En serio, no vale la pena… —le susurró entre dientes.

—Si descubrimos que con las crías sólo hay un tejón adulto, atacaremos —maulló Zarzoso—. No podemos permitir que se instalen en nuestro territorio. Nosotros cuatro deberíamos poder enfrentarnos a un único tejón. Al fin y al

cabo, Alcotán consiguió echar a uno del Clan del Río. Puede que incluso se trate de la misma criatura.

Esquiruela notó que se le erizaba el pelo del cuello por la mención del medio hermano de Zarzoso. Ya era bastante malo que se negara a admitir que Alcotán no era de fiar, sólo faltaba que lo pusiera también como un modelo de valor y destreza guerrera.

—Podríamos empujarlo hacia el territorio del Clan de la Sombra —señaló la gata.

—Entonces tendrían que lidiar con él los guerreros del Clan de la Sombra… —repuso Zarzoso con mirada intensa y voz fría—. En cualquier caso, lo primero que debemos hacer es proteger a nuestro clan.

—¿Y si hay más de un tejón? —preguntó Cenizo.

—Entonces reuniremos toda la información que podamos y volveremos al campamento para contárselo a Estrella de Fuego. Buscad algún sitio donde esconderos desde el que podáis ver la boca de la madriguera.

Esquiruela regresó a su punto privilegiado entre los helechos. Las crías de tejón seguían peleándose delante del montón de tierra. El sol calentaba con más fuerza, y Esquiruela se habría adormilado de no estar muerta de hambre. Parecía que hubiese pasado una eternidad desde que había compartido la ardilla con Cenizo, y pensó con añoranza en la carne fresca que habían dejado al pie del roble.

Abrió la boca en un gran bostezo, y la cerró de golpe al absorber un hedor de tejón más intenso aún. La maleza del extremo más alejado del claro tembló ligeramente antes de que la fronda se separara para dejar paso a un fornido cuerpo de anchos hombros y un hocico alargado con una franja blanca hasta la mitad. Era una tejona, que entró pesadamente en el claro mientras sus tres cachorros corrían hacia ella. Llevaba la boca llena de escarabajos, y los dejó en el suelo entre los chillidos de las crías, que comenzaron a engullirlos con entusiasmo.

Zarzoso saltó a lo alto de la roca y soltó un maullido retador. La tejona miró hacia arriba y rugió desafiante, mostrando dos hileras de afilados colmillos amarillentos.

Zarzoso volvió a maullar:

—¡Atacad!

Saltó de la roca y aterrizó en mitad de las crías, que salieron corriendo a toda prisa, gimiendo de miedo. Se apretujaron unas contra otras en la boca de la

madriguera, mirando al guerrero con ojos desorbitados y despavoridos.

Cenizo salió disparado de su escondrijo, al otro lado del claro, con Orvallo a la zaga. Esquiruela se colocó junto a Zarzoso con la velocidad de un rayo.

—¡Fuera de aquí! —les bufó a los tejones, aunque sabía que no podían entender sus palabras—. ¡Este territorio es nuestro!

Zarzoso apuntó al hocico de la criatura con las dos garras delanteras, y la tejona retrocedió, devolviéndole el ataque con sus gigantescas zarpas, aunque el guerrero esquivó el golpe.

Esquiruela avanzó entonces hasta estar lo bastante cerca como para arañarle el costado; le hizo sangre, y sacudió la pata para librarse del mechón de pelo negro que le había arrancado. Inmediatamente, se agachó para evitar el contraataque de las fauces abiertas de la criatura, y luego echó a correr justo cuando Cenizo se abalanzaba sobre la tejona desde el lado opuesto. La criatura giró la cabeza de un lado a otro, como si fuera incapaz de decidir a cuál de los veloces objetivos atacar primero.

«¡Esto será fácil! —pensó Esquiruela—. Esta tejona es muy lenta y patosa».

Entonces soltó un alarido de alarma cuando una enorme zarpa blanca golpeó el suelo a apenas un ratón de distancia de sus patas traseras. Si le hubiera dado, le habría partido la columna. Sorprendida y temblorosa, la guerrera rodó sobre sí misma para ponerse fuera de su alcance. Le habría gustado salir corriendo hacia el campamento, pero sabía que ahora no era el momento de darse por vencidos. No podían permitir que aquella feroz criatura instalara su hogar en su territorio, o ningún gato estaría a salvo, desde los cachorros hasta los guerreros más curtidos en combate.

Se puso en pie a duras penas, a tiempo de ver cómo Zarzoso propinaba un zarpazo en el hombro de la tejona. Tras dar un salto hacia arriba, el atigrado intentó clavarle los dientes en el cuello, pero la tejona se lo quitó de encima con una sacudida. El gato voló por el aire, aterrizó sonoramente y se quedó inmóvil.

Esquiruela corrió hacia él, con un hormigueo de miedo en el estómago. Pero, antes de que llegara a su lado, el guerrero sacudió la cabeza como si emergiera de aguas profundas y se levantó trastabillando.

—Estoy bien… —aseguró con voz ronca.

Esquiruela se revolvió para enfrentarse a la tejona. Se alzó sobre sus patas traseras y le lanzó un arañazo al hocico con una zarpa mientras dirigía la otra hacia los brillantes ojos de la criatura. Cenizo se había agarrado a las ancas, ladeando el cuerpo para dejar sitio a Zarzoso, que estaba mordiéndole la pata

trasera, y Orvallo, por su parte, había conseguido clavar sus garras en el áspero pelaje de la tejona y tenía la mandíbula cerrada sobre una de sus orejas.

La tejona ya había tenido bastante. Sacudiéndose de encima a Zarzoso y Orvallo, soltó un rugido de furia y derrota y se volvió por completo. Fue hasta la boca de la madriguera, empujó con el hocico a sus crías para que se levantaran, y las guió en su huida apresurada del claro.

—¡Y no volváis por aquí! —aulló Cenizo.

La tejona no podía entender sus palabras, pero el significado estaba claro. Los cuatro gatos se quedaron hombro con hombro, mientras los rugidos de la tejona y los chillidos de las crías se apagaban entre los árboles.

—Buena pelea, chicos —maulló Zarzoso sin resuello—. Esperemos que sea la última vez que los vemos.

—Y que no haya más —comentó Cenizo.

Zarzoso asintió.

—Rellenaremos ese agujero y vigilaremos la zona para asegurarnos de que no regresan.

—¿Qué? ¿Ahora? —protestó Esquiruela—. ¡Estoy agotada y me ruge el estómago!

—No, ahora no. Volveremos al campamento y enviaremos a otros dos guerreros para que se encarguen de la madriguera. Las patrullas habituales pueden ocuparse de echar un vistazo.

—¡Gracias al Clan Estelar! —suspiró Esquiruela—. Vayamos a recoger la carne fresca.

Los cuatro se internaron de nuevo en el bosque, renqueantes. Esquiruela notaba el dolor de las heridas que se habían sumado a las de la batalla contra Enlodado.

—A este paso, voy a acabar sin pelo —masculló.

Cenizo se le acercó y le pasó la lengua dulcemente por un zarpazo en el hombro.

—Has peleado muy bien —murmuró.

—Y tú también. —Esquiruela vio lo vapuleado que estaba: tenía sangre en una pata trasera, donde había perdido un mechón de pelo y piel. Le tocó las orejas con la nariz—. ¡Seguro que esa tejona está lamentando haber puesto una pata en nuestro territorio! —exclamó.

Se imaginó a la enorme criatura huyendo por el sotobosque, con sus crías tropezando entre las patas. Durante unos segundos compartió su miedo, y la

atravesó una punzada de compasión. Sabía lo que uno sentía al perder su hogar, y al tener que desplazarse lejos para hallar otro nuevo.

«Ojalá encuentre algún sitio seguro para sus crías —pensó Esquiruela—. Pero que esté muy muy lejos del Clan del Trueno».






3

—¡Hojarasca Acuática, eh, Hojarasca, ¿qué es lo que te pasa?! Es la tercera vez que te llamo.

La joven curandera dio un respingo.

—Lo siento, Carbonilla.

La gata gris se inclinó a olfatear las semillas que Hojarasca Acuática estaba envolviendo en una hoja.

—¿Qué tienes ahí?

—Semillas de adormidera.

Carbonilla suspiró.

—No, no es así. Son semillas de ortiga. En serio, Hojarasca Acuática, ¿qué es lo que te ocurre hoy?

La joven se quedó mirando la hoja. Carbonilla le había pedido que le llevara unas semillas de adormidera a Estrella de Fuego para aliviarle el dolor del hombro dislocado. No tenía ni idea de cómo era posible que hubiera tomado las semillas equivocadas del almacén que había dentro de la guarida de Carbonilla, pero no cabía duda: las pepitas verdes y espinosas que tenía delante eran de ortiga. Habrían sido útiles si Estrella de Fuego se hubiera intoxicado con algo, pero no ayudarían en nada a su hombro.

—Lo lamento muchísimo, Carbonilla.

—Deberías. Esta mañana te he sorprendido a punto de aplicar milenrama en las garrapatas de Musaraña, en vez de bilis de ratón. —El tono de la curandera se suavizó—. ¿Va todo bien, Hojarasca Acuática? ¿Resultaste herida cuando esos guerreros del Clan de la Sombra te embistieron?

La joven negó con la cabeza.

—No, no… Estoy bien.

Sus pensamientos volvieron a la noche de la batalla, cuando dos guerreros del Clan de la Sombra se abalanzaron sobre ella en la vegetación que crecía en la cima de la hondonada, antes de precipitarse al vacío y morir. Hojarasca Acuática estuvo a punto de caer con ellos. Recordaba perfectamente cómo sus garras resbalaban en la roca mientras intentaba izarse, y aún podía notar la fuerte mandíbula que la agarró por el pescuezo y la puso a salvo… Pero, sobre todo, aún podía ver la intensa mirada de su rescatador al confesarle que la amaba. ¡Corvino Plumoso! Sintió un cosquilleo por toda la piel.

—¡Hojarasca Acuática, ya lo estás haciendo otra vez!

Sacudiendo la cabeza para aclararse la mente, la joven gata recogió la hoja y la llevó de nuevo a la guarida de Carbonilla. Dejó las semillas de ortiga en la grieta de la roca correspondiente, y tomó en su lugar unas cuantas de adormidera.

—Si te pasa algo, me gustaría que lo compartieras conmigo —maulló Carbonilla, observándola desde la entrada—. Desde que llegamos, estamos más atareadas que nunca con todas esas heridas de la batalla. Te necesito, Hojarasca Acuática. Ahora eres más que una aprendiza… Deberías poder encargarte de las obligaciones de una curandera tú sola.

—Lo sé. Y lo siento, pero todo va bien, en serio.

Por supuesto que sí… Iba mejor que bien ¡porque Corvino Plumoso la amaba! Hojarasca Acuática envolvió las semillas correctas en la hoja de haya para llevárselas a Estrella de Fuego, y se despidió de su mentora con un gesto antes de cruzar la cortina de zarzas que conducía al campamento. Una parte de ella deseaba con todas sus fuerzas contárselo todo a Carbonilla, pero sabía que jamás podría revelarle a nadie sus verdaderos sentimientos hacia Corvino Plumoso. Se suponía que los curanderos no se enamoraban.

Antes de que los clanes se separaran en sus nuevos territorios, Hojarasca Acuática sabía que Carbonilla había sospechado que existía una conexión entre su aprendiza y el guerrero del Clan del Viento. Pero eso fue antes de que Corvino Plumoso le confesara su amor, antes de que la propia Hojarasca Acuática admitiera sus sentimientos ante ella misma. Ahora sería aún más difícil ocultarle lo que sentía a la sabia curandera.

Ascendió por las piedras que formaban una senda irregular hasta la Cornisa Alta, y cuando llegó a la entrada de la guarida de Estrella de Fuego y miró hacia el claro, vio que Manto Polvoroso se metía en la maternidad para visitar a

Fronda y Betulino; la patrulla que había llevado los cadáveres al Clan de la Sombra debía de haber regresado sin contratiempos.

Hojarasca Acuática depositó el fardo en la repisa rocosa y se asomó a la entrada de la guarida.

—¡Estrella de Fuego! —llamó.

—¡Adelante!

Se deslizó por la estrecha grieta que medía un par de colas y que daba paso a una amplia cueva, iluminada débilmente por la luz que se colaba por la abertura. Estrella de Fuego estaba tumbado en el extremo más alejado, en un lecho de musgo y hojas. Espinardo estaba sentado junto a él. El líder del Clan del Trueno saludó con la cabeza a su hija y se volvió de nuevo hacia el atigrado marrón dorado.

—¿Así que no ha habido ningún problema con el Clan de la Sombra?

—Ningún problema —respondió Espinardo—. Nos hemos encontrado con Bermeja, que encabezaba una patrulla de frontera, y ha ido enseguida a buscar a Estrella Negra. Él ha dicho que no sabía nada sobre el apoyo de algunos de sus guerreros a Enlodado.

Estrella de Fuego se encogió de hombros, e inmediatamente hizo una mueca de dolor al sentir una punzada en su herida.

—Eso podría ser cierto.

—Luego sus guerreros se han llevado los cuerpos para enterrarlos —terminó Espinardo—, y nosotros hemos vuelto al campamento.

—Bien hecho, Espinardo. No quiero problemas con el Clan de la Sombra. —Estrella de Fuego hizo una pausa, antes de añadir—: Habrá que tener cuidado con lo que decimos en la próxima Asamblea. No debemos darle a Estrella Negra ninguna excusa para lanzar un ataque. Adviérteselo a todos los gatos del clan, ¿quieres?

—Claro, Estrella de Fuego.

Espinardo se incorporó, se despidió moviendo la cola y salió.

Hojarasca Acuática cruzó la cueva y dejó el fardo delante de su padre.

—Carbonilla te envía esto.

Estrella de Fuego se inclinó y recogió todas las semillas de adormidera de un solo lametazo.

—Gracias, Hojarasca Acuática. ¡Esto me enseñará a no enfrentarme a dos guerreros a la vez!

—Ahora deberías dormir —maulló la joven.

En cuanto pronunció aquellas palabras, oyó el sonido de varios gatos reuniéndose en el claro, debajo de la cornisa, y la voz de Esquiruela:

—¡Estrella de Fuego!

El líder del clan miró a Hojarasca Acuática con un brillo risueño en los ojos.

—Parece que voy a quedarme sin siesta. La patrulla de Zarzoso debe de haber regresado del territorio del Clan del Viento.

Se levantó y cruzó la guarida cojeando. Hojarasca Acuática lo siguió. Sentía que la inundaba una gran emoción, como un arroyo burbujeante. Quería descender por el sendero de rocas como un rayo y bombardear a Esquiruela con preguntas. ¿Habían visto a Corvino Plumoso? ¿Qué había dicho el guerrero? ¿Lo habían herido en la batalla? ¿Había preguntado por… ella?

Se detuvo en seco en la entrada de la guarida de su padre. Si hacía una sola de aquellas preguntas, Esquiruela querría saber por qué estaba tan interesada en el joven guerrero del Clan del Viento. Ni siquiera su hermana entendería que hubiese quebrantado el código de los curanderos y se hubiera enamorado.

Zarzoso y el resto de la patrulla estaban aguardando en el claro, mientras otros gatos del clan se iban congregando a su alrededor para oír las novedades. Hojarasca Acuática bajó por el irregular sendero de piedras rotas y se detuvo; se sintió desconcertada al captar una potente oleada de emoción procedente de su hermana. Esquiruela estaba aún más alterada que cuando discutió con Zarzoso, y a Hojarasca Acuática se le erizó el pelo con una mezcla de inquietud, miedo y compasión.

La joven curandera se coló entre Manto Polvoroso y Musaraña para llegar hasta su hermana.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, susurrándole al oído—. ¿Qué ha pasado?

Esquiruela arañó furiosamente la tierra.

—¡El Clan del Viento nos ha tratado como si fuéramos enemigos declarados! —bufó.

Hojarasca Acuática se volvió a escuchar a Zarzoso, que estaba informando a Estrella de Fuego.

—Parecía que Manto Trenzado quisiera arrancarnos la piel —maulló el atigrado—. Nadie hubiera dicho que éramos los mismos gatos que, hace unas pocas noches, ayudaron al Clan del Viento a librarse de Enlodado.

—Pero ¿habéis sabido algo sobre Estrella de Bigotes? —preguntó el líder del clan—. Porque ahora es Estrella de Bigotes, ¿verdad?

—Oh, sí, ha obtenido sus nueve vidas sin contratiempos, pero parece que su

clan considera que ya no somos aliados.

—Ya os lo había dicho —intervino Cenizo—. Ahora tienen que demostrarnos que son lo bastante fuertes para defenderse solos.

Zarzoso pareció contrariado.

—Yo creo que es más que eso…

—¿Y de verdad no imaginas cuál es el problema? —maulló Manto Polvoroso, adelantándose para situarse junto al líder del clan—. Venga, Zarzoso. No debes de ser precisamente el gato más popular entre los miembros del Clan del Viento. No, después de que Alcotán te salvara la vida al final de la batalla. Probablemente Estrella de Bigotes piense que tu hermano y tú estabais compinchados desde el principio.

—¡Eso son cagarrutas de ratón! —espetó Zarzoso—. Estrella de Bigotes ha perdonado a todos los gatos que lucharon contra él, incluido Alcotán. Y todos saben que yo peleé a favor del Clan del Viento. Estrella de Bigotes no puede tener nada contra mí.

Hojarasca Acuática miró de reojo a su hermana. Antes, Esquiruela habría saltado en defensa de Zarzoso, pero ahora se limitó a mirarlo con los ojos entornados.

Estrella de Fuego paseó la mirada entre Zarzoso y Manto Polvoroso.

—Espero que Cenizo tenga razón —maulló al cabo—, y que esto sólo sea un ejemplo de que el Clan del Viento está intentando demostrar lo fuerte que es ahora. Aun así, no podemos confiar en que Manto Trenzado nos cuente lo que sucede en su clan. En cuanto mi hombro mejore, tendré que hacer una visita al Clan del Viento.

Hojarasca Acuática intercambió con su hermana una mirada de sorpresa.

—Estrella de Fuego debería esperar a la Asamblea —maulló en voz baja—. Allí podrá hablar con Estrella de Bigotes.

—Intenta convencerlo tú de eso —le susurró Esquiruela.

Hojarasca Acuática sabía que no podía. La amistad de Estrella de Fuego con Estrella de Bigotes se remontaba tan atrás que ninguno de los gatos del clan, ni siquiera los que habían crecido con el líder, se atrevería a decirle que no debería visitar a su viejo amigo. Hojarasca Acuática pudo oír perfectamente lo que decía Musaraña:

—¿Habéis oído alguna vez una idea más descabellada? —susurró entre dientes—. Hasta un cachorro de un día vería que el Clan del Viento quiere que lo dejen en paz.

Estrella de Fuego se disponía ya a retirarse a su guarida de nuevo, cuando Zarzoso lo detuvo.

—Espera, aún no te hemos contado lo de los tejones.

—¿Tejones? ¿Qué tejones? —Estrella de Fuego se volvió de golpe, y sus ojos verdes centellearon alarmados—. ¿En nuestro territorio?

—Ya no —contestó Zarzoso, que empezó a explicar cómo la patrulla había seguido su rastro por el bosque.

—Una tejona estaba instalándose en la antigua madriguera de un zorro —añadió Orvallo—. Y tenía tres crías. Eran cuatro en total.

—Las crías eran demasiado pequeñas para pelear —maulló Cenizo—. Pero la madre nos ha dado bastantes problemas… —Giró el cuello para lamerse un repelón en la pata trasera.

Esquiruela permaneció en silencio mientras Zarzoso terminaba de explicar cómo habían echado a los tejones. Hojarasca Acuática captó sentimientos encontrados de temor y compasión en su hermana, pero también de prudencia y cautela, y entendió por qué. Igual que la tejona y sus crías, el Clan del Trueno había sido expulsado de su hogar. «Pero éste es ahora nuestro territorio —se recordó a sí misma—. No podemos compartirlo con tejones, y menos aún con cuatro de ellos».

Estrella de Fuego miró a su alrededor.

—Manto Polvoroso, lleva una patrulla hasta allí, por favor, y rellena el agujero de la madriguera. Lo mejor será que dejes vigilando al menos a un guerrero, por si regresaran los tejones.

Manto Polvoroso le hizo una señal a Orvallo, que podría mostrarle el camino hasta la madriguera, y les indicó a Centella y Nimbo Blanco que lo siguieran.

Estrella de Fuego los observó mientras se alejaban.

—En el futuro, todas las patrullas tendrán que estar atentas a la presencia de tejones —les advirtió—. Esa familia podría regresar, o quizá otros intenten instalarse aquí. Si hay un tejón buscando un nuevo hogar, podría haber más. —Y muy serio, añadió—: Debemos dejarles bien claro que no son bienvenidos en nuestro territorio.

La luz de la luna centelleaba sobre el agua del arroyo, y los cálidos aromas de la estación de la hoja nueva envolvieron a Hojarasca Acuática mientras miraba hacia el territorio del Clan del Viento. De pronto, una figura esbelta y

oscura descendió a toda prisa por la ribera: era Corvino Plumoso. El guerrero se lanzó al arroyo, salpicando el aire de gotitas resplandecientes de luna. El agua le rozó la barriga, y, un instante después, estaba en la orilla junto a Hojarasca Acuática. A ella la inundó su olor.

—Corvino Plumoso… —murmuró.

—¿Qué?

Hojarasca Acuática abrió los ojos y vio a Carbonilla asomándose a la entrada de su guarida.

—¿Decías algo? —maulló la curandera.

Hojarasca Acuática se levantó de un salto en su lecho y se sacudió para librarse del musgo que se le había pegado al pelaje.

—No, Carbonilla —respondió. Lo último que quería era que le preguntara qué estaba soñando—. ¿Necesitas que haga algo?

—Acabo de revisar nuestras provisiones de hierbas —contestó la curandera —. Algunas se están acabando, y…

—Iré a por más —se ofreció la joven—. Ya casi estamos en la estación de la hoja nueva, así que seguro que hay plantas creciendo. Esquiruela me dijo que había visto algunas flores de fárfara.

—Estupendo. También nos vendría bien algo de caléndula y cola de caballo. Usamos casi todas nuestras existencias después de la batalla. Y cualquier cosa que encuentres podría ser útil.

—De acuerdo, Carbonilla.

Hojarasca Acuática sintió que sus patas ansiaban sacarla del campamento para poder estar a solas con sus pensamientos. Se despidió de su mentora moviendo la cola, y cruzó el claro hasta el túnel de espinos.

El sol todavía no había rebasado las copas de los árboles, y la hierba cubierta de rocío se le pegaba al pelo de la barriga, pero ella apenas notaba el frío. Sentía un cosquilleo de emoción en las zarpas, y aumentó el ritmo hasta que acabó corriendo entre los árboles. Poco después, el borboteo del agua la hizo frenar en seco. Sólo entonces se dio cuenta de que sus pasos la habían llevado hasta el arroyo que marcaba la frontera con el Clan del Viento, por el lugar en que también crecían algunos árboles en el territorio vecino, cerca del lago. Aquel sitio le resultaba inolvidablemente familiar. Había estado allí en su sueño, y Corvino Plumoso había acudido a verla.

La ribera estaba desierta y silenciosa. Los árboles proyectaban largas sombras sobre el agua, y Hojarasca Acuática permaneció inmóvil, devorando

con la mirada la vegetación del otro extremo del arroyo. Medio esperaba y medio temía lo que pudiese ver. Una patrulla del Clan del Viento se mostraría hostil si la encontrara tan cerca de la frontera, pero si aparecía Corvino Plumoso… Aun así, sabía perfectamente que no tenía por qué desear ver a Corvino Plumoso. Ella era curandera, y los curanderos no podían enamorarse.

Saboreó el aire, y captó las marcas olorosas de su propio clan y las del Clan del Viento en la orilla opuesta, pero no detectó el olor que le provocaba aquella inquietud. Notó una ardiente punzada de decepción, y se dio cuenta de que una parte de ella esperaba que el guerrero estuviera aguardándola.

—Eres una estúpida bola de pelo —se reprochó—. Sólo ha sido un sueño.

De pronto, todo su cuerpo se puso en tensión al oír voces que sonaban arroyo abajo; al cabo de un segundo, la rodeó el olor del Clan del Trueno. No quería tropezarse con una patrulla tan lejos del campamento. Le preguntarían qué estaba haciendo por allí, y estaba demasiado confundida para dar una explicación convincente. Miró a su alrededor. El único escondrijo cercano era un arbusto de acebo cuyas ramas llegaban hasta el suelo. Hojarasca Acuática se metió debajo de él, retorciéndose para poder pasar, justo cuando la patrulla aparecía en el claro.

Mirando entre las punzantes hojas, la joven vio que Fronde Dorado encabezaba la partida. Pasó de largo seguido de Hollín y Zarpa Candeal, y luego se detuvo a preguntarle a la aprendiza qué podía oler. Hojarasca Acuática se quedó petrificada.

—A gatos del Clan del Viento… —respondió Zarpa Candeal al cabo de un instante—. Y del Clan del Trueno, por supuesto… Además, creo que por aquí ha pasado un zorro… probablemente ayer. Pero no hay ni rastro de tejones.

—Muy bien —aprobó Fronde Dorado—. Si sigues así, no tardarás mucho en convertirte en guerrera.

Zarpa Candeal ahuecó la cola, orgullosa, y siguió a su mentor y a Hollín corriente arriba. Hojarasca Acuática se relajó; la aprendiza no había distinguido su olor entre los de los demás gatos del Clan del Trueno. Cuando la patrulla desapareció, comenzó a salir de su escondrijo, retorciéndose de nuevo, pero entonces la invadió otro olor tremendamente familiar.

—Hojarasca Acuática, ¿qué estás haciendo ahí debajo?

La joven acabó de salir como pudo de debajo del acebo, y se encontró con la mirada de curiosidad de su amiga Acedera.

—Estaba buscando… bayas —respondió con apenas un susurro.

—¿Bayas de acebo? —se extrañó Acedera, dilatando sus ojos ámbar—. Pensaba que eran venenosas…

—Sí, lo son. Estaba… bueno… buscando unas bayas diferentes.

Acedera enroscó la cola, pero, para alivio de Hojarasca Acuática, no hizo más preguntas. A la guerrera le brillaban los ojos, aunque parecía algo cansada.

—Creo que tengo que contarte una cosa —maulló.

Hojarasca Acuática se quedó mirando a su amiga, horrorizada. ¿Es que había adivinado lo de Corvino Plumoso?

—Por aquí hay buenas hierbas… —se explicó, procurando no mostrar su pánico. Tenía que conseguir que Acedera pensara que estaba allí por razones medicinales, no por otros motivos—. Siempre vengo aquí cuando…

—Hojarasca Acuática, ¿de qué estás hablando? ¡Voy a tener cachorros!

La joven gata vio orgullo, emoción y una pizca de miedo en la cara de su amiga. «¡Serás tonta! —se dijo a sí misma—. ¿Y tú te llamas curandera?».

Soltó un ronroneo de felicidad.

—¿Son de Fronde Dorado? —le preguntó. Los dos eran inseparables desde su llegada al nuevo territorio.

Acedera asintió.

—Todavía no se lo he contado. Primero quería estar segura. Oh, Hojarasca Acuática, sé que Fronde Dorado será un padre maravilloso…

—Estoy convencida de eso. —Restregó el hocico contra el de su amiga—. Y tú serás una madre maravillosa.

—Espero que sí. —Acedera bajó la cabeza—. Estoy un poco asustada, pero sé que estaré bien porque te tengo a ti para cuidarme.

—Haré todo lo que pueda —maulló la joven gata, intentando no mostrar su vergüenza ante el cálido elogio de su amiga. En esos precisos momentos, estaba muy lejos de ser tan buena curandera como debería—. ¿Has pensado en ello, Acedera? ¡Vas a ser la primera que dé a luz a cachorros del Clan del Trueno en nuestro nuevo hogar! La primera que utilice la maternidad.

Acedera parpadeó con alegría, y en ese momento Hojarasca Acuática se volvió al oír pasos a sus espaldas. Fronde Dorado había regresado para ver qué estaba retrasando a su compañera.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a Acedera, acercándose y dándole un lametazo en las orejas.

—Estoy bien, Fronde Dorado —respondió ella—. Sólo algo cansada.

—Sigue un poquito más —maulló el guerrero, señalando con la cola arroyo

arriba—. Hemos encontrado un agradable sitio soleado debajo de un árbol. Allí podrás descansar, y veremos cómo progresan las habilidades de caza de Zarpa Candeal.

Al ver la delicadeza con que la trataba, Hojarasca Acuática estuvo segura de que el guerrero había adivinado el secreto de Acedera. No seguiría siendo un secreto mucho tiempo más.

Acedera se recostó un momento contra él, y luego entrechocó la nariz con la de la joven curandera.

—Adiós, Hojarasca Acuática. ¡Espero que encuentres esas bayas!

La joven gata observó cómo se alejaba la pareja, rozándose ligeramente, hasta que ambos desaparecieron entre los árboles. Sintió un extraño dolor en el corazón, mezcla de alegría y pena. Se alegraba por Acedera, pero también la envidiaba. Su amiga y Fronde Dorado habían entrado en un mundo íntimo al que nunca podría acceder una curandera como ella.

Lo había sabido desde siempre, desde que se convirtió en aprendiza de Carbonilla, pero nunca había pensado en lo que eso significaría. No sabía que un gato pudiera añorar a otro del modo en que ella añoraba a Corvino Plumoso, hasta con el último pelo de su cuerpo. Y ahora Acedera dependía de ella para que la cuidara cuando nacieran sus cachorros. Sí, sus obligaciones ya la tenían bastante ocupada. No tenía tiempo para amores prohibidos.

—Eres curandera —se recordó—. Y Corvino Plumoso es, además, un guerrero de otro clan. Así que deja de pensar en él. Deja de soñar.

Y, cabizbaja, se alejó del arroyo sin volver a mirar hacia la frontera del Clan del Viento, y siguió buscando fárfara para Carbonilla.



4

Esquiruela arrancó musgo de las raíces de un roble y empezó a formar una bola con él para llevarlo hasta el campamento. Había pasado un cuarto de luna desde la batalla contra Enlodado y sus seguidores, y el clan empezaba a recuperarse. Las heridas estaban sanando, y el recuerdo de la rebelión de Enlodado se iba desvaneciendo.

Zarzoso había comenzado con sus sesiones de entrenamiento, y Tormenta de Arena había insistido en que todos los guerreros se turnaran en las tareas que corresponderían a los aprendices. Esquiruela preferiría estar cazando o explorando que buscar musgo fresco para el lecho de los veteranos, pero el trabajo no era tan aburrido si podías compartirlo con un amigo.

Tras lanzarle una mirada traviesa a Cenizo, que estaba recogiendo musgo de otro árbol cercano, agarró con la zarpa la bola que había formado y se la lanzó al guerrero. La bola impactó certeramente en mitad de su lomo y se desintegró, cubriéndole el pelaje de trocitos de musgo.

Cenizo se volvió en redondo.

—¡Eh!

Con ojos centelleantes de risa, tomó su propia bola y se la lanzó a Esquiruela. Ella se escondió detrás del árbol para esquivarla, y chocó de frente con Zarzoso.

—¿Qué pasa aquí? —quiso saber el atigrado—. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy recogiendo musgo para el lecho de los veteranos —contestó Esquiruela.

Sintió una punzada de pena por su amistad perdida, como si una espina se clavara cada vez más en su pecho, pero también una oleada de irritación por el

hecho de que Zarzoso hubiera tenido que aparecer en el momento exacto en que había dejado de lado el trabajo para jugar un poco.

Cenizo rodeó el árbol a la carrera con más musgo en la boca, y frenó en seco al ver a Zarzoso.

—¿Así que recogiendo musgo? Ya veo. —Con la punta de la cola, el atigrado le quitó a Cenizo un trozo de musgo del lomo—. ¿Y vais a llevarlo encima?

Cenizo dejó su bola en el suelo.

—Sólo estábamos divirtiéndonos un poco.

—¿Divirtiéndoos? —replicó Zarzoso—. Yo lo llamaría «perder el tiempo». ¿Es que no os dais cuenta de todo el trabajo que queda por hacer?

—Vale, vale. —Esquiruela notó que se le erizaba el pelo del cuello—. No tienes por qué tratarnos como a aprendices holgazanes.

—Pues entonces dejad de comportaros como si fuerais aprendices holgazanes —contestó Zarzoso, con un destello de rabia en sus ojos ámbar—. Ser guerrero significa poner al clan en primer lugar.

La irritación de Esquiruela creció como una ola.

—¡Eso ya lo sabemos! —bufó—. ¡Igual que sabemos que él ha muerto y que crees que eso te ha convertido en lugarteniente!

En cuanto pronunció esas palabras, supo que había dicho algo increíblemente estúpido. Quería tragarse sus palabras, pero era demasiado tarde.

Los ojos de Zarzoso llamearon, pero habló con voz fría y tranquila.

—Nadie sabe si Látigo Gris está vivo o muerto. ¿Tienes idea de cómo está sufriendo Estrella de Fuego?

—¡Por supuesto que sí! —En lo más hondo, Esquiruela deseaba decir que lo sentía, pero no podía retractarse cuando Zarzoso estaba siendo tan injusto con ella—. ¡Estrella de Fuego es mi padre, por el Clan Estelar! No me hables como si no me importara.

—Cálmate. —Cenizo hundió el hocico en su hombro.

Esquiruela intentó controlar su ira.

—Daría lo que fuera por que Látigo Gris regresara…

—Sí, ya lo sabemos —la tranquilizó Cenizo, y ella notó su cálido aliento contra la piel—. Mira, Zarzoso —continuó el guerrero, irguiéndose—, recogeremos el musgo, ¿vale? No tienes por qué atosigar a Esquiruela.

Zarzoso agitó las orejas.

—Está bien, pero daos toda la prisa que podáis. Y cuando terminéis con eso,

aseguraos de que los veteranos tengan carne fresca.

Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas en dirección al campamento.

—¡Da de comer a los veteranos tú mismo! —gritó Esquiruela a sus espaldas.

Zarzoso no tenía por qué actuar de aquella manera… a menos que estuviera castigándola por sospechar de Alcotán.

Si Zarzoso la había oído, no lo demostró. Se limitó a seguir andando hasta que lo ocultaron los verdes helechos.

—Tómatelo con calma, Esquiruela —maulló Cenizo—. Zarzoso sólo quiere que se haga todo el trabajo. Con una sola aprendiza, todos estamos bajo presión.

—Pues entonces debería poner más de su parte, en vez de ir por ahí repartiendo órdenes —refunfuñó la guerrera—. Si cree que voy a recoger musgo para él, ¡está muy equivocado! Me voy a cazar.

Se volvió en redondo y corrió hacia los árboles. Oyó que Cenizo la llamaba, pero estaba demasiado furiosa para reducir el paso. Una parte de ella quería abalanzarse sobre Zarzoso y borrarle de la cara esa expresión desdeñosa, pero la otra se sentía culpable por haber insinuado que Látigo Gris estaba muerto. Cada vez que Zarzoso y ella hablaban, parecían hundirse más y más en un pozo de desconfianza lleno de rabia y frustración. La joven se preguntó si habría algo que pudiera arreglar las cosas entre ellos.

Con esos perturbadores pensamientos dando vueltas en su cabeza, apenas se percató de adónde la conducían sus patas a toda velocidad, y cuando vio que ante ella se alzaba un zarzal era ya demasiado tarde: intentó frenar en seco, pero cayó de cabeza entre las espinosas ramas.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó.

Las espinas tiraban de su pelaje mientras trataba de liberarse, y Esquiruela se moría de vergüenza ante la mera idea de que aparecieran Zarzoso o Cenizo y la encontraran atrapada allí de ese modo. Clavando las uñas en el suelo, consiguió arrastrarse y quedar libre, aunque dejó algunos mechones de pelo rojo entre los pinchos.

Tras ponerse en pie a trompicones, vio que el bosque que la rodeaba no le resultaba familiar: los troncos de los árboles eran enormes y grises, y estaban cubiertos de musgo y hiedra y mucho más juntos que los de los alrededores del campamento.

—¡Esquiruela! ¡Cuidado!

El grito de alarma de Cenizo sonó cerca, a sus espaldas. La gata se volvió de

un salto con el pelo erizado. Justo al otro lado del zarzal había un claro, con el suelo alfombrado de hojas muertas. A Esquiruela se le desbocó el corazón al ver una cara afilada y de color marrón rojizo, que asomaba por una mata de espinos en el extremo más alejado del claro. Un zorro. La guerrera vio horrorizada cómo el animal salía sin prisa de su escondrijo, con la boca abierta en un gruñido y con ojos relucientes de hambre.

—Retrocede despacio… —le indicó Cenizo en voz baja.

Esquiruela tenía la sensación de que sus patas se habían vuelto de piedra, y aun así se obligó a dar un paso atrás. El zorro saltó de inmediato, y la joven guerrera reaccionó levantando las garras para defenderse, pero en el mismo instante un relámpago gris centelleó entre ella y el zorro: era Cenizo, que se abalanzó al hocico de la criatura con ambas zarpas. El guerrero soltó un alarido terrible, pero el zorro permaneció donde estaba, en el centro del claro, y giró la cabeza hacia Cenizo, mordiendo el aire. Esquiruela se lanzó entonces hacia la bestia con un aullido de furia y le propinó un zarpazo en la cara, y el animal se revolvió y se quitó de encima a la gata, que aterrizó en el suelo con un golpe sordo que la dejó sin aliento. Cuando la joven consiguió ponerse en pie, vio a Cenizo pateando al zorro con las patas traseras mientras la alimaña intentaba morderlo en el cuello.

Esquiruela saltó de nuevo, lanzando las uñas hacia el enemigo. Cuando el zorro se volvió hacia ella, la joven vio cómo Cenizo intentaba retirarse a rastras, sangrando por el cuello, y aprovechando aquel instante de distracción el zorro la atacó de nuevo y le clavó los colmillos en el lomo. La gata aulló de dolor y arañó el hocico de su contrincante. En ese momento, oyó que Cenizo le gritaba:

—¡Esquiruela, sácatelo de encima!

Pero la alimaña no la soltaba. Furiosa y aterrorizada, Esquiruela luchó con mayor ímpetu. El zorro la sacudió con tanta violencia que le castañetearon los dientes, y la gata se quedó inerte bajo la presión del enemigo, sintiendo cómo se desvanecían sus fuerzas. En sus ojos se alzó una ola negra que amenazaba con engullirla, y justo en ese momento oyó un feroz alarido muy cerca. De pronto, el zorro separó las fauces y la dejó caer. Durante unos segundos, Esquiruela permaneció semiinconsciente entre las hojas, oyendo unos rabiosos gruñidos por encima de su cabeza.

Jadeando y sin fuerzas, la joven guerrera consiguió ponerse en pie. El bosque daba vueltas a su alrededor, y sólo cuando se le aclaró la vista descubrió a Zarzoso ante ella: tenía el pelo tan erizado de rabia que parecía haber doblado su

tamaño. El atigrado estaba haciendo retroceder al zorro de nuevo hacia los árboles a base de zarpazos, mostrando los colmillos. Cenizo luchaba a su lado. Parecía debilitado, pero se mostraba decidido, y Esquiruela avanzó a trompicones para unirse a sus compañeros, soltando un aullido desafiante. Al verse frente a un tercer atacante, el zorro retrocedió rápidamente, dio media vuelta y desapareció entre la vegetación. Durante unos momentos, los gatos oyeron el ruido que hacía al correr entre los helechos, y luego todo quedó en silencio.

—Gracias, Zarzoso —resolló Cenizo—. ¿Cómo has sabido que teníamos problemas?

—Os he oído —respondió el guerrero, con la voz aún tensa de rabia—. Por el gran Clan Estelar, ¿qué estabais haciendo aquí? Sabéis que todavía no hemos explorado esta parte del bosque como es debido. El encuentro con el tejón debería haberos vuelto más prudentes, ¿no?

Esquiruela sintió que casi no podía hablar de la rabia que le daba. ¿Por qué tenía que ser Zarzoso el que había acudido en su ayuda? Y lo peor de todo era que el atigrado tenía razón: ella no debería haberse internado en el bosque en un arrebato de ira sin mirar adónde iba. Pero la actitud de Zarzoso le resultaba de lo más odiosa.

—¿Cuál es tu problema? —exclamó enojada—. ¡No sé qué es lo que vi en ti!

—Habíamos pensado ir a cazar… —explicó Cenizo, rozando con la cola la boca de Esquiruela para que se callara—. Lo lamento… Nos hemos alejado más de lo que pretendíamos.

Zarzoso lo miró de arriba abajo, con la furia ardiendo todavía en sus ojos ámbar.

—Aun así, es bueno que nos hayamos topado con ese zorro… —señaló Esquiruela—. El clan necesita saber que existe.

—¿Y qué habría sabido el clan si os hubiera matado a los dos? —gruñó Zarzoso—. Por el Clan Estelar, tened un poco más de sentido común la próxima vez.

Se acercó a olfatear la herida en el cuello de Cenizo. Para alivio de Esquiruela, ya casi había parado de sangrar. Parecía bastante profunda, pero no la clase de herida que puede matar.

—Será mejor que vuelvas al campamento para que Carbonilla te la examine —le aconsejó Zarzoso—. Y tú también, Esquiruela, esos arañazos no tienen muy buen aspecto.

La guerrera giró el cuello para mirarse el lomo y los hombros. Le faltaban unos cuantos mechones de pelo, y en la zona en la que el zorro le había clavado los dientes vio unas perlas de sangre roja pegajosa que goteaban por su pelaje. Las dentelladas le escocían mucho, y toda su musculatura parecía latir. Se moría de ganas de regresar al campamento, tomar un puñado de hierbas calmantes y meterse en su blando lecho bajo el arbusto de espino. Pero no podían permitir que el zorro se largara de allí sin intentar antes localizar su madriguera.

—¿No deberíamos seguir el rastro oloroso y comprobar si el zorro tiene una madriguera por aquí cerca? —sugirió. Su voz sonó fría, ocultando la furia que ardía en su interior—. No nos servirá de nada irle a Estrella de Fuego con media historia.

—Es una buena idea —aprobó Cenizo—. Ese zorro parecía flaco y desesperado, como si estuviera compitiendo con zorros más fuertes para alimentarse. Y eso lo vuelve más peligroso aún. Si vive en nuestro territorio, necesitamos averiguar cómo librarnos de él.

Zarzoso vaciló, pero acabó aceptando.

—De acuerdo. Seguiremos su pista, al menos durante un rato.

Se encaminó hacia la maleza por la que había desaparecido el zorro. El hedor que había dejado la alimaña tras ella seguía siendo intenso.

—¡Qué pestazo! —gruñó Cenizo.

Zarzoso encabezó la partida, y siguieron el rastro oloroso a través del sotobosque. Al cabo de poco, cruzaron el viejo sendero abandonado de los Dos Patas que conducía a la hondonada rocosa en una dirección y continuaba por el bosque en la otra. Cuando empezó a disminuir el número de árboles para dar paso a un ancho páramo, Esquiruela detectó que el rastro de la alimaña se mezclaba con el olor de otros gatos. No muy lejos de ellos se oía el borboteo de un arroyo.

Zarzoso se detuvo.

—Ésta es la frontera con el Clan del Viento —maulló.

—Si el zorro ha entrado en su territorio, ya no es problema nuestro —repuso Cenizo.

—No estés tan seguro de eso. —Zarzoso miró a un lado y a otro—. Dividámonos y echemos un vistazo, a ver si descubrimos su madriguera.

—Su madriguera debe de estar en el territorio del Clan del Viento, cerebro de ratón —masculló Esquiruela, pero aun así colaboró en la búsqueda, avanzando a lo largo de la frontera y regresando poco después, antes de dirigirse de nuevo

hacia los árboles.

Cuando los tres gatos volvieron a reunirse en la linde, ninguno de ellos había encontrado la madriguera.

—Parece que el zorro ha traspasado la frontera. El Clan del Viento tendrá que lidiar con él ahora —maulló Esquiruela.

—No estoy muy seguro de que Estrella de Fuego lo vea así —replicó Zarzoso—. Quizá quiera advertir a Estrella de Bigotes.

Esquiruela sabía que el guerrero tenía razón. El incómodo encuentro con una patrulla del Clan del Viento días atrás no parecía haber cambiado la fe de su padre en su amistad con Estrella de Bigotes. Y un verdadero amigo no se guardaría para sí la existencia del zorro. Además, aunque esa alimaña hubiera cruzado la frontera, los gatos del Clan del Trueno seguían estando en peligro.

—De acuerdo —maulló la gata—. Volvamos al campamento a contárselo a Estrella de Fuego.

Esquiruela estaba delante de la entrada de la guarida de Carbonilla, apretando los dientes mientras Hojarasca Acuática le curaba las heridas con hojas de caléndula mascadas. Cerca de ellas, Carbonilla aplicaba telarañas en la herida que Cenizo tenía en el cuello. El guerrero hizo una mueca, y Esquiruela le lanzó una mirada de complicidad.

—Con esto debería bastar —le dijo la curandera a Cenizo—. Pero tómate las cosas con calma durante un par de días. Y asegúrate de que una de nosotras te examine las heridas a diario, para comprobar que no se infectan.

—¿Y dices que el zorro ha cruzado la frontera del Clan del Viento? —le preguntó Hojarasca Acuática a su hermana.

La joven curandera parecía inquieta, y Esquiruela se preguntó por qué su hermana se preocupaba tanto por el hecho de que un zorro hubiera escapado hacia el territorio del Clan del Viento. Sería mucho más preocupante que tuviera su madriguera en el lado de la frontera del Clan del Trueno.

—Sí —maulló la guerrera, frunciendo el hocico cuando el jugo de caléndula se filtró en las incisiones provocadas por los colmillos del zorro.

—Pero no habéis visto a ningún gato del Clan del Viento, ¿verdad? —continuó Hojarasca Acuática; Esquiruela comenzó a captar cierta incomodidad en su hermana, y otro sentimiento profundo y turbulento que no pudo identificar—. Como… como a Corvino Plumoso, por ejemplo.

—No. Si hubiéramos visto a algún gato del Clan del Viento, le habríamos contado lo del zorro, cerebro de ratón. Y no tendríamos que estar pensando en visitarlos de nuevo —añadió. En esos momentos, Zarzoso estaba con Estrella de Fuego explicándole lo sucedido, y Esquiruela estaba casi segura de cuál sería la reacción de su padre—. En cualquier caso, ¿por qué has pensado en Corvino Plumoso?

Hojarasca Acuática empleó más tiempo del necesario en seleccionar una hoja de caléndula del montón que tenía delante.

—Oh, por nada… —respondió finalmente—, como sé que es amigo vuestro desde que hicisteis juntos el viaje al lugar donde se ahoga el sol…

—No sé si puedo considerarlo un amigo, la verdad —replicó Esquiruela—. No creo que Corvino Plumoso sea capaz de sentirse unido a otro gato… Sobre todo desde la muerte de Plumosa. Él la amaba de verdad. Debe de echarla muchísimo de menos.

—Supongo que sí… —contestó Hojarasca Acuática.

Sonó como si estuviera ahogándose, y Esquiruela la miró preocupada, pero su hermana había vuelto a inclinarse para mascar otra hoja.

Cenizo bufó, escocido, cuando Hojarasca Acuática le aplicó de sopetón las hojas mascadas de caléndula en las heridas de la pata trasera. Esquiruela parpadeó. ¡Su hermana solía ser mucho más delicada!

Los zarzales que protegían la entrada de la cueva susurraron, y Estrella de Fuego entró en la guarida seguido de Zarzoso.

—Zarzoso me ha dicho que estaríais aquí —dijo el líder, dirigiéndose a Esquiruela y Cenizo—. He decidido hacer una visita al Clan del Viento para advertir a Estrella de Bigotes sobre el zorro, y quiero que me acompañéis.

A Esquiruela no le sorprendió, aunque pensó: «Pero no avisó al Clan de la Sombra de lo del tejón».

Carbonilla levantó la cabeza hacia él.

—No creo que…

—Ya sé lo que vas a decir —la interrumpió Estrella de Fuego—. Pero mi hombro ya está bien, y he tomado una decisión.

—Eso no es lo que iba a decir. —Los ojos de la curandera llamearon—. Estos gatos han resultado heridos en una pelea, y necesitan descansar.

—Y yo necesito contarle a Estrella de Bigotes lo que ellos han visto —replicó Estrella de Fuego.

—Pueden contártelo, y tú puedes transmitir el mensaje —maulló Carbonilla,

obstinada.

—Eh, un momento. —Esquiruela se puso en pie con esfuerzo—. Podríais preguntarnos a nosotros, ¿no? Yo me siento lo bastante fuerte para ir hasta el Clan del Viento. ¿Y tú, Cenizo?

—Sin duda. —El guerrero gris se levantó y se situó a su lado.

Estrella de Fuego los observó.

—Sí, a mí me parece que estáis lo suficientemente bien. Podréis descansar cuando regresemos.

—¿Y si allí os metéis en otra pelea? —quiso saber Carbonilla.

—No creo que eso vaya a suceder —respondió Estrella de Fuego con calma —. El Clan del Viento es amigo nuestro.

La curandera soltó un bufido de rabia y se metió en las entrañas de su guarida a grandes zancadas, agitando la cola con irritación.

Estrella de Fuego la vio marchar con una expresión cálida en sus ojos verdes.

—Cada día se parece más a Fauces Amarillas —murmuró.

Para cuando Estrella de Fuego guió a la patrulla a través de la frontera, el sol estaba empezando a ponerse. No había ni rastro de otros gatos. Incluso el olor de la última patrulla del Clan del Viento era tenue. Esquiruela se esforzó por captarlo por encima de los deliciosos aromas a conejo que inundaban el páramo, y que le recordaban que no había comido desde primera hora de la mañana. No habían ido muy lejos cuando vieron tres conejos saltando despacio y mordisqueando la hierba.

—Es como si supieran que no podemos cazarlos —le dijo Esquiruela a Cenizo, quejosa.

El guerrero agitó los bigotes con disgusto.

—Lo sé. Pero piensa en lo que diría Estrella de Bigotes si nos pillara cazando en su territorio.

Pronto llegaron a un arroyo que descendía en una serie de pequeñas cascadas. Unos pocos arbustos de espino achaparrados crecían en la orilla, y no vieron a ningún gato del Clan del Viento hasta que la patrulla comenzó a ascender la colina que llevaba al campamento. Entonces, Esquiruela divisó en la cima la silueta de un guerrero que montaba guardia; el gato dio media vuelta y desapareció. Al cabo de unos segundos, Estrella de Bigotes surgió entre los espinos que rodeaban la hondonada y se quedó esperándolos. Manto Trenzado y

Corvino Plumoso lo flanquearon sin mostrar emoción alguna en su rostro.

—Estrella de Fuego. —Estrella de Bigotes lo saludó inclinando la cabeza—. ¿Qué estás haciendo en el territorio del Clan del Viento?

Su tono era educado, pero se dirigió a él como a un igual, con la cabeza alzada orgullosamente y mirada firme. Aquél no era el gato que le había suplicado ayuda a Estrella de Fuego cuando su líder, Estrella Alta, lo eligió para liderar el clan.

—Hemos venido a ver cómo estáis —contestó Estrella de Fuego—. Habría venido antes, pero me disloqué el hombro en la batalla.

—El Clan del Viento está bien —maulló Estrella de Bigotes—. ¿Hay alguna razón por la que no deba estarlo?

Esquiruela se quedó boquiabierta de asombro. ¿Cómo podía preguntar eso Estrella de Bigotes, cuando no había pasado ni una luna desde la rebelión de Enlodado?

La mirada de Estrella de Fuego se desvió de su amigo hasta Manto Trenzado, erguido ante la barrera de aulagas. Esquiruela supuso que su padre era reacio a señalar que algunos de los traidores seguían formando parte del clan… sobre todo teniendo en cuenta que uno de esos gatos oiría sus palabras.

Estrella de Bigotes entornó los ojos.

—Todos los miembros de mi clan saben que soy el gato escogido por el Clan Estelar para ser su líder. Ya no habrá más problemas. No hay razón alguna para que vengas a vigilarme como si fuera un cachorrito indefenso.

—No es ésa mi intención —protestó Estrella de Fuego—. También hemos venido a informarte de algo —continuó—. Zarzoso, cuéntale a Estrella de Bigotes lo que ha sucedido hoy.

Zarzoso se situó junto a su líder.

—Mis dos compañeros —empezó, señalando a Esquiruela y Cenizo— han sorprendido a un zorro en nuestro territorio.

—Un macho —intervino Cenizo—. Uno de los más grandes que he visto.

—Entre los tres hemos conseguido ahuyentarlo —explicó Zarzoso—, y después de seguir su rastro hemos comprobado que ha cruzado a vuestro territorio. Creemos que tiene una madriguera…

—… Entre unas rocas que hay al pie de la colina —terminó Estrella de Bigotes, moviendo la cola desdeñosamente—. Mis guerreros ya lo han localizado. Lo tenemos vigilado, no os preocupéis.

—Esa alimaña se muestra más fiera que la mayoría de los zorros —le

advirtió Zarzoso—. Puedes ver las heridas de Cenizo y Esquiruela.

—¡Y que lo digas! —murmuró la joven, haciendo una mueca al flexionar los músculos.

—El Clan del Viento puede ocuparse de eso —insistió Estrella de Bigotes—. Han pasado muchas estaciones desde que el Clan de la Sombra nos expulsó de nuestro antiguo hogar, y aun así todavía hay demasiados gatos que nos consideran el clan más débil. Actuáis como si apenas pudiéramos alimentarnos solos. Pero ahora somos tan fuertes como cualquier otro clan, y lo demostraremos. No necesitamos la ayuda de ningún gato.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza. Esquiruela vio tristeza en sus ojos, y habría preferido estar en cualquier otro sitio que no fuera allí, oyendo cómo uno de los más viejos aliados de su padre rechazaba su amistad.

—El Clan del Viento ha hecho tanto como los demás clanes para que llegáramos a nuestro nuevo hogar —prosiguió Estrella de Bigotes—. No le debemos nada a nadie.

Esquiruela se contuvo a duras penas para no gritar: «¡Eso no es cierto! Sin el Clan del Trueno, el Clan del Viento habría muerto en su antiguo hogar, hasta el último de sus gatos habría acabado en manos de los Dos Patas o aplastado por sus gigantescos monstruos».

Estrella de Fuego levantó la cabeza.

—Si te he ofendido, lo lamento —dijo con voz serena. Hizo un gesto a sus guerreros, indicándoles que debían marcharse—. Adiós, Estrella de Bigotes —se despidió—. Te veré en la Asamblea.

—¿Quieres que una patrulla los escolte hasta la frontera? —maulló Manto Trenzado, hablando por primera vez.

El líder negó con la cabeza.

—No será necesario. —Y sin añadir nada más, dio media vuelta y desapareció entre los arbustos.

Estrella de Fuego se quedó mirando el punto por el que se había esfumado hasta que las hojas dejaron de temblar, y, en silencio, comenzó a descender la colina. Esquiruela estaba a punto de seguirlo cuando oyó que la llamaban. Corvino Plumoso se había quedado allí, bajo la sombra de los arbustos.

—Esquiruela, quería preguntarte… —empezó el guerrero.

Manto Trenzado asomó la cabeza por los espinos y lo interrumpió.

—¡Corvino Plumoso!

—¡Enseguida voy! —respondió—. Esquiruela, escucha… —comenzó de

nuevo.

Pero Estrella de Fuego se había detenido al pie de la ladera.

—¡Venga, Esquiruela!

—¿No puedes esperar hasta la Asamblea? —le preguntó la gata al guerrero del Clan del Viento—. Tengo que irme.

Él dio un paso atrás, bajando la cola, decepcionado.

—Sí, supongo que puedo esperar.

Manto Trenzado lo llamó de nuevo y, con una mirada de frustración a Esquiruela, el guerrero gris se dio la vuelta y se marchó.

La joven echó a correr tras sus compañeros. Aún no podía creerse que Estrella de Bigotes hubiera tratado a su padre de ese modo. Cualquier nuevo líder querría que su clan fuera fuerte e independiente, pero ¿acaso se había olvidado de todo lo que le debía a Estrella de Fuego?

«Si eso es lo que quiere Estrella de Bigotes —pensó mientras alcanzaba a la patrulla—, pues muy bien. Ser sus aliados sólo nos ha traído problemas. Tarde o temprano, cuando necesite de nuevo la ayuda del Clan del Trueno, lo lamentará».



5

Un disco de luz blanca temblaba en la superficie del lago, y en lo alto las estrellas del Manto Plateado relucían en el cielo nocturno. «El Clan Estelar debe de estar contento porque nos estamos adaptando bien», pensó Esquiruela mientras seguía a su hermana a lo largo de la orilla. Sentía un cosquilleo en las patas ante la idea de participar en la primera Asamblea en la isla. Estaba deseando cruzar el árbol caído y explorarla.

Estrella de Fuego iba en cabeza, seguido de cerca por Manto Polvoroso, Tormenta de Arena y Nimbo Blanco. Cenizo y Zancudo caminaban justo detrás, por delante de Carbonilla, Flor Dorada y Fronde Dorado. Zarzoso cerraba la marcha, mirando atrás de vez en cuando, como si esperase problemas.

El recelo del atigrado le recordó a Esquiruela la incómoda nueva relación con el Clan del Viento. Para alcanzar el árbol tendido como un puente y la isla, tenían que atravesar el territorio de sus vecinos, y, hasta donde ella sabía, no le habían pedido permiso a Estrella de Bigotes formalmente.

—En los Cuatro Árboles era muchísimo más fácil —le dijo a su hermana, con una repentina punzada de nostalgia por su antiguo hogar. Jamás olvidaría el horror de descubrir que los monstruos mecánicos de los Dos Patas habían arrancado y troceado los magníficos robles entre los que los clanes se reunían cada luna llena—. Allí no nos veíamos obligados a cruzar el territorio de ningún clan para llegar a las Asambleas.

—Los gatos no pueden pelear de camino a las Asambleas —maulló Hojarasca Acuática.

—No estoy muy segura de eso. ¿Cuándo empieza la tregua? ¿Cuando llegamos a la isla o cuando vamos hacia allí?

Hojarasca Acuática se encogió de hombros, incapaz de responder.

Esquiruela permaneció alerta mientras ella y sus compañeros se deslizaban entre las sombras, con el resplandeciente lago a un lado y la empinada ladera de los páramos al otro. Al aproximarse al cercado de los caballos, comenzaron a captar un intenso olor al Clan del Viento, como si por allí acabara de pasar una numerosa patrulla.

—Estrella de Bigotes y su clan deben de ir por delante de nosotros —maulló Esquiruela. Al detenerse a paladear el aire, distinguió otro olor, y al cabo de un momento vislumbró dos pálidas figuras corriendo por el prado que había al otro lado de la valla—. Ésos deben de ser los mininos domésticos que viven en el granero —comentó—. ¿Te acuerdas de Humazo y Dalia? Los conocimos la última vez que vinimos a una Asamblea. Me pregunto si Dalia ya habrá dado a luz.

—Es hora de que las reinas del Clan del Trueno empiecen a tener cachorros —maulló Hojarasca Acuática—. El clan necesita gatos jóvenes.

Esquiruela asintió. Más cachorros equivalía a más aprendices, ¡y eso significaba que no tendría que recoger más musgo!

Cruzaron el terreno pantanoso en el que habían instalado el campamento provisional cuando llegaron al lago por primera vez. Justo después, unas nuevas marcas olorosas avisaban de que habían alcanzado la frontera del Clan del Río. Un poco más adelante, en la orilla del lago, Esquiruela vio una multitud de gatos; bajo la brillante luz de la luna, era fácil reconocer a Estrella de Bigotes y sus guerreros del Clan del Viento.

Recordó cómo su patrulla había descubierto la isla en la primera exploración de aquel territorio. Enseguida se dieron cuenta de que sería un lugar perfecto para reunirse, aunque supusieron que sería imposible llegar hasta ella, excepto para los buenos nadadores del Clan del Río. Aun así, el Clan Estelar había encontrado la forma de ayudarlos a cruzar la estrecha extensión de agua que separaba la isla de la orilla. Esquiruela sintió que se le erizaba el pelo de expectación al acercarse al árbol puente. Había sido un pino altísimo que crecía cerca del borde de la isla. Ahora sus raíces se levantaban en el aire, y la copa descansaba en la pedregosa ribera. Al aproximarse más, Esquiruela vio que las agujas del pino ya estaban secas y marrones, y que habían ido cayendo sobre los guijarros como una lluvia quebradiza.

Los gatos estaban apiñados alrededor de las ramas más altas. Sus orejas gachas y sus colas erguidas con tensión delataban su nerviosismo: no se fiaban

de que el árbol soportara su peso al pasar sobre las frías y negras aguas. Esquiruela vio que Manto Trenzado olfateaba cautelosamente una ramita. De pronto, sonó un maullido impaciente y Corvino Plumoso saltó al tronco, cerca del agua, y se tambaleó hasta que consiguió recuperar el equilibrio; luego empezó a andar, posando una zarpa tras otra con cuidado, hasta que llegó a la orilla opuesta y bajó de un salto, sano y salvo.

Esquiruela quería recorrer el tronco cuanto antes para poder explorar también la isla, pero se obligó a esperar, arañando las piedras con impaciencia. Era consciente de que Zarzoso estaba observándola con unos ojos que no revelaban nada de lo que sentía. Tras darle la espalda, se dirigió hacia Cenizo.

—¡Esto es genial! —exclamó el guerrero gris, tocándole la oreja con la nariz—. Me muero de ganas de llegar a la isla.

—Yo también —coincidió Esquiruela.

Empezaron a cruzar más gatos del Clan del Viento, aferrándose al tronco con las garras mientras avanzaban poco a poco hasta la otra orilla. Cuando Estrella de Fuego agitó la cola para que lo siguieran los miembros del Clan del Trueno, Esquiruela se adelantó ansiosa, pero chocó con Hojarasca Acuática, que estaba mirando ensimismada hacia la isla.

—¿Qué te pasa? —maulló Esquiruela—. ¡Por el Clan Estelar, muévete!

Hojarasca Acuática pegó un salto.

—¡Lo siento!

Mientras Oreja Partida saltaba al árbol, Estrella de Bigotes se acercó a intercambiar unas palabras con Estrella de Fuego antes de seguir a sus guerreros. Inmediatamente después, el líder del Clan del Trueno les indicó a los suyos que se reunieran en torno a él.

—El Clan del Río y el Clan de la Sombra ya han cruzado —anunció—. Estrella de Bigotes me ha dicho que Estrella Leopardina y Estrella Negra han coincidido en que todos deberíamos tener la oportunidad de explorar la isla antes de la Asamblea.

—¿Y dónde nos reuniremos cuando empiece? —preguntó Nimbo Blanco.

Estrella de Fuego movió las orejas.

—Hasta que lleguemos, sólo el Clan Estelar lo sabe. Pero no hay muchas posibilidades de perderse. La isla no es muy grande.

Y dicho eso, saltó al árbol, seguido de Tormenta de Arena y Nimbo Blanco. Por fin llegó el turno de Esquiruela. Cuando aterrizó en el tronco, sintió cómo rebotaba bajo su peso. Se le erizó el pelo, alarmada, y clavó las uñas en la

corteza para recuperar el equilibrio. De pronto, fue consciente de lo estrecho que era aquel tronco y de lo cerca que estaba el agua, que lamía las ramas sumergidas bajo sus patas.

—Vamos —maulló Cenizo—. Los demás están esperando.

Esquiruela avanzó con suma prudencia por el árbol. El tronco rebotó todavía más conforme subían más gatos a sus espaldas, y las ramas arañaban su pelaje mientras serpenteaba entre ellas, pero poco a poco se acostumbró a aquel cimbreante movimiento, y el tronco era cada vez más grueso a medida que se acercaba a la isla. Su confianza aumentó y, cuando superó la zona de las ramas, la guerrera echó a correr hasta saltar a la orilla con un maullido triunfal.

Manto Polvoroso pegó un brinco y se volvió hacia ella.

—¡Por el Clan Estelar, qué susto me has dado! —exclamó—. Cualquiera pensaría que eres una cachorrita por cómo te comportas.

—Lo siento, Manto Polvoroso.

Al ver que el atigrado marrón enroscaba la cola divertido, Esquiruela supo que Manto Polvoroso estaba tan emocionado como ella por estar en el nuevo centro de las Asambleas.

Aguardó al abrigo de las raíces del árbol mientras cruzaban Cenizo, Hojarasca Acuática y Zarzoso. En cuanto aterrizó sobre los guijarros, el corpulento atigrado dio media vuelta para encontrarse con otro musculoso guerrero, tan parecido a él como su reflejo en el lago.

—¡Alcotán! —bufó Esquiruela—. Tendría que haberlo imaginado.

—Aquí estás, Zarzoso —saludó el gato del Clan del Río—. Esperaba que vinieras esta noche. Ven, quiero enseñarte algo.

Los dos atigrados se alejaron hombro con hombro.

Esquiruela se volvió hacia Hojarasca Acuática, y descubrió que su hermana había echado a correr por la orilla para encontrarse con Ala de Mariposa, la hermana de Alcotán, que ahora era la curandera del Clan del Río. La hermosa atigrada dorada entrelazó la cola con la de Hojarasca Acuática, y Esquiruela vio que empezó a contarle entusiasmada algo que ella no podía oír desde donde estaba.

De pronto, Esquiruela se sintió muy sola. Explorar no parecía tan divertido si no tenía a nadie con quien compartir la experiencia. Luego oyó que la llamaban, y, al darse la vuelta, vio a Cenizo un poco más allá. Corrió hacia él.

—¿Hacia dónde quieres ir? —le preguntó el guerrero—. ¿Por ahí? —sugirió, señalando con la cola un bosquecillo de árboles y arbustos en el centro de la isla.

—No, vayamos a rodearla primero —respondió la joven—. ¡Quiero verlo todo!

Le lanzó un guiño afectuoso. De algún modo, sabía que no necesitaba decirle lo contenta que estaba por que él quisiera explorar la isla con ella.

Avanzaron por la orilla, y pasaron ante la madre de Esquiruela, Tormenta de Arena, que estaba afilándose las garras en el tronco de otro pino.

—Este sitio es estupendo —maulló alegremente—. Mucho más seguro que el de la última vez, tan cerca de los caballos.

Cuando estuvo satisfecha con sus garras, se quedó mirando el agua que lamía suavemente los guijarros.

Esquiruela y Cenizo bordearon un afloramiento rocoso que bajaba hasta el lago y llegaron a una extensión más amplia de piedrecillas y arena, interrumpida de vez en cuando por pequeños charcos relucientes. Esquiruela se agachó junto a uno, sacando la lengua para beber. De pronto, saltó hacia atrás, sorprendida.

—¡Ahí dentro hay peces!

Cenizo se acercó y observó el agua con interés.

—No veo ninguno.

—Son diminutos… ¡Mira, ahí! —Señaló hacia una forma brillante que abandonó el refugio de una roca para pasar a otro—. Pero son demasiado pequeños como presas —añadió con pesar—. Sigamos adelante.

La orilla se fue tornando cada vez más rocosa. En aquel punto, el ancho lago se desplegaba centelleante hasta el territorio del Clan del Trueno. Esquiruela apenas podía distinguir la masa de árboles, con la oscura mole del páramo alzándose sobre ellos.

—Este sitio sería genial para tomar el sol en los días cálidos —comentó Cenizo, examinando una roca lisa y gris salpicada de líquenes—. No hemos encontrado nada parecido a las Rocas Soleadas en nuestro nuevo territorio.

—Es verdad, aunque todavía no lo hemos explorado por completo —le recordó Esquiruela—. ¡Y sería una gran caminata sólo para venir a calentarnos!

Al trepar por la roca, usando las uñas para no resbalar, la gata entrevió a Alcotán y Zarzoso cerca del centro de la isla. Iban caminando y charlando, con las cabezas muy juntas. No parecían interesados en explorar el terreno y no prestaban atención alguna a los gatos de los clanes que se movían a su alrededor. La guerrera apartó la vista de Zarzoso y saludó a Trigueña, que estaba mirando debajo de un arbusto con un joven guerrero del Clan de la Sombra al que Esquiruela no conocía. Trigueña le devolvió el saludo agitando la cola, pero no

le dijo nada, y ella supuso que estaría concentrada en una presa.

También vio a la lugarteniente del Clan de la Sombra, Bermeja. Estaba olisqueando al pie de un peñasco, flanqueada por sus compañeros Serbal y Robledo. Esquiruela cambió de dirección para evitarlos. Trigueña era la única amiga que tenía en el clan de Estrella Negra.

—¿Te has dado cuenta de que hemos vuelto a dividirnos en cuatro clanes? —le preguntó a Cenizo—. Es como si nunca hubiésemos viajado juntos desde el bosque.

—Bueno, Zarzoso está por ahí con Alcotán —apuntó el guerrero, dirigiendo las orejas hacia los dos atigrados, que habían reaparecido entre unos helechos.

—¡Bah! —resopló Esquiruela.

Los ojos azules de Cenizo centellearon.

—Estás preocupada por él, ¿verdad?

—¿Preocupada? ¿Yo? ¡Por supuesto que no! —declaró, pero al ver que Cenizo la miraba del mismo modo, añadió—: En serio, no estoy preocupada por él.

Cenizo soltó un largo suspiro.

—Bien —murmuró—. Zarzoso es un gato honorable, y lo sabes. Puede que sea amigo de Alcotán, pero jamás traicionaría a sus compañeros de clan.

Esquiruela se estremeció. ¿Tan evidente era que ya no se fiaba de Zarzoso? Sin duda, ella lo conocía mejor que nadie en el Clan del Trueno. ¿O había estado demasiado unida a él para juzgarlo correctamente? Sacudió la cabeza, confundida por los pensamientos que zumbaban en sus oídos. Quería confiar en Zarzoso, de verdad que sí, pero por su forma de actuar él parecía decidido a que eso fuera imposible.

La luna estaba bien alta en el cielo cuando los dos acabaron de rodear toda la isla. Esquiruela bajó hasta el lago junto al árbol puente para beber un poco; el agua estaba helada, y al lamer la resplandeciente superficie sintió como si estuviera bebiendo luz estelar.

—Entiendo por qué Alcotán quería que esto fuera el campamento del Clan del Río —maulló Cenizo—. ¡Aquí hay todo lo que un gato pueda desear!

—Excepto suficientes presas —replicó Esquiruela—. El Clan del Río no sólo se alimenta de peces. Imagínate cruzar a nado con una presa en la boca.

Cenizo se movió, inquieto.

—Espero que el Clan del Río no cambie de opinión ahora que está el árbol puente.

Esquiruela lo miró, alarmada.

—¡No pueden hacer eso! —protestó—. El Clan Estelar puso el árbol aquí para todos nosotros.

—Bueno, si Estrella Leopardina está planeando reclamar la isla para el Clan del Río, lo sabremos enseguida. La Asamblea debe de estar a punto de empezar —maulló Cenizo, mirando hacia la luna.

Esquiruela se sacudió las gotitas relucientes de los bigotes.

—Todavía no sabemos dónde vamos a reunirnos.

—Vayamos hacia el centro de la isla —sugirió Cenizo—. Allí podremos oír a los demás, aunque apenas podamos verlos.

Los dos se encaminaron a la arboleda central. No habían ido muy lejos cuando empezaron a oír el murmullo de muchos gatos saludándose después de una luna sin verse.

Cenizo se detuvo a paladear el aire.

—Los cuatro clanes están aquí. Éste debe de ser el lugar.

Se metió por una mata de espino, virando de golpe para evitar una rama especialmente punzante. Esquiruela captó el sonido de presas entre las hojas que la rodeaban, aunque estaba demasiado emocionada para pensar en cazar. Intentó avanzar más deprisa, pero las espinas se le enganchaban en el pelo.

—¡No voy a quedarme atascada otra vez! —masculló.

Cenizo ronroneó divertido.

—No te preocupes. Si te quedas atascada, te ayudaré. No podemos permitir que te pierdas la Asamblea.

Esquiruela se agachó hasta que rozó con la barriga las hojas secas del suelo, y luego se retorció hacia delante librándose de las últimas ramas y consiguió salir al claro.

—¡Vaya!

Estaba al borde de un extenso círculo herboso que brillaba como la plata bajo la luz de la luna. Parecía una versión mucho más pequeña del lago, pues su superficie se rizaba por el efecto de la brisa. Un único roble crecía en el centro. Sus raíces eran más gruesas que el cuerpo de un gato y aferraban al árbol al suelo, mientras que las ramas se mecían en lo alto y proyectaban sombras temblorosas sobre los felinos reunidos.

—¡Esto es perfecto! —exclamó Cenizo, saliendo por el arbusto tras Esquiruela.

La joven miró a su alrededor en busca de sus compañeros de clan. Flor

Dorada estaba estirada en una mata de hierba alta, junto a un par de veteranos de otros clanes, y Carbonilla se había unido a Hojarasca Acuática y Ala de Mariposa, cerca de las raíces del roble. Cirro, el curandero del Clan de la Sombra, estaba acercándose a ellas para acomodarse a su lado. Nimbo Blanco y Manto Polvoroso se hallaban al abrigo de los arbustos, un poco más lejos, y, tras intercambiar una mirada con Vaharina y Prieto, del Clan del Río, fueron a reunirse con ellos saludándolos con la cabeza.

Esquiruela se dio cuenta de pronto de que se había preocupado en exceso de que el Clan de la Sombra y el Clan del Río se hubieran vuelto tan hostiles como el Clan del Viento desde su llegada a los nuevos territorios. Aquélla parecía una Asamblea de lo más normal, como las que se celebraban en el bosque, donde los gatos de distintos clanes compartían novedades.

Agitó las orejas para saludar a su hermana, que había dejado a los curanderos al pie del roble para ir a su encuentro.

—Me encanta este sitio —maulló Hojarasca Acuática con ojos resplandecientes; Esquiruela se imaginó que allí se sentía especialmente cerca del Clan Estelar—. El espacio es más pequeño que el de los Cuatro Árboles, pero la sensación de seguridad es incomparable.

Esquiruela iba a darle la razón, cuando vio que Estrella de Fuego cruzaba el claro al trote y saltaba al árbol. El líder trepó por el tronco y luego se sentó en una rama baja, desde donde contempló a los cuatro clanes.

—¡Estrella Negra! ¡Estrella Leopardina! ¡Estrella de Bigotes! —llamó—. Podríamos dirigir la Asamblea desde aquí.

Estrella Negra fue el siguiente en aparecer. Aun tratándose de un gato muy corpulento, subió ágilmente por el tronco hasta la rama contigua a la de Estrella de Fuego.

—Seguro que Estrella Negra está pensando que ojalá se le hubiera ocurrido a él lo de sentarse en las ramas —murmuró Cenizo al oído de Esquiruela.

Estrella Leopardina se instaló en una horcadura del tronco, no muy lejos de sus colegas. Estrella de Bigotes trepó un poco más arriba, para poder ver a los otros tres.

Vaharina se sentó con su habitual elegancia en una de las gruesas raíces retorcidas, al pie del roble. Cuando se le unieron las otras lugartenientes, Bermeja y Perlada, un dolor penetrante como una espina atravesó el estómago de Esquiruela. Resultaba lastimeramente obvio que el Clan del Trueno no tenía un lugarteniente que pudiera sentarse con ellas.

Estrella de Fuego soltó un aullido:

—¡Gatos de todos los clanes, bienvenidos a este nuevo lugar de Asamblea! El Clan Estelar nos ha traído hasta aquí, y le damos las gracias. —Esperó unos instantes para que los guerreros guardaran silencio, y luego inclinó la cabeza cortésmente hacia el líder del Clan del Viento—. Estrella de Bigotes, ¿te gustaría empezar?

El líder del Clan del Viento se puso en pie, manteniendo el equilibrio con aplomo en la gruesa rama. Sus ojos centellearon a la luz de la luna, que volvía plateado su pelaje atigrado. Esquiruela recordó lo nervioso que estaba al dirigirse a los clanes tras la muerte de Estrella Alta. Ya no había ni rastro de aquella inseguridad. Parecía que fuese líder de clan desde hacía muchas lunas.

—Todo está bien en el Clan del Viento —informó—. He estado en la Laguna Lunar, donde el Clan Estelar me ha concedido nueve vidas y mi nombre de líder.

En el claro brotaron murmullos de aprobación, y Esquiruela reparó en que surgían de los cuatro clanes. Estrella de Bigotes había sido ya muy popular cuando sólo era un guerrero, y su liderazgo había recibido una poderosa muestra de aprobación del Clan Estelar, al hacer que cayese el árbol y matara a Enlodado. Miró a su alrededor, buscando a Manto Trenzado y a otros de los seguidores de Enlodado; no localizó al atigrado gris, pero la guerrera Nube Negra estaba debajo de un arbusto, observando a su líder con expresión indescifrable.

Estrella de Bigotes inclinó la cabeza.

—Esta mañana, Perlada, Oreja Partida y Corvino Plumoso han echado a un zorro de nuestro territorio —continuó—. Han peleado bien, y estoy seguro de que es la última vez que vemos a esa alimaña.

Sonó un aullido de aprobación entre los gatos reunidos, que procedió en su mayor parte de los felinos del Clan del Viento, pero también de los de otros clanes.

—¡Perlada! ¡Oreja Partida! ¡Corvino Plumoso!

Esquiruela no se unió a los vítores.

—Estrella de Bigotes no ha mencionado la rebelión de Enlodado —le susurró a Cenizo—. Ni al Clan del Trueno, que lo ayudó en la batalla y lo puso sobre aviso con respecto al zorro.

Cenizo la miró de reojo.

—¿De verdad crees que debería hacerlo?

—El Clan del Viento ha celebrado también dos ceremonias de nombramiento guerrero —prosiguió Estrella de Bigotes—. Turón y Cárabo han venido esta

noche como guerreros de pleno derecho.

Y volvió a sentarse mientras los demás daban la bienvenida a los nuevos guerreros.

Estrella Leopardina se había levantado casi antes de que Estrella de Bigotes terminara, y pidió silencio agitando la cola con impaciencia.

—No hay ni rastro del tejón que expulsamos de nuestro territorio hace ya una luna —anunció—. Creemos que se ha ido definitivamente.

Esquiruela miró a Alcotán. Él había dirigido la patrulla que libró del tejón al Clan del Río. La joven hizo una mueca al ver la expresión de suficiencia del atigrado. «Como si fuera el único que ha peleado contra un tejón», pensó resentida, y giró la cabeza para lamerse las heridas del lomo, que ya cicatrizaban.

—El Clan del Río también ha nombrado un nuevo guerrero. Esta noche, Musgaño vela en silencio en el campamento.

—Estrella de Bigotes y Estrella Leopardina parecen ansiosos por anunciar que tienen nuevos guerreros —le susurró Esquiruela a su hermana—. Es como si intentaran demostrar a los otros clanes lo fuertes que son.

—¡Eso es ridículo! —bufó Hojarasca Acuática, sorprendiendo a Esquiruela por la ferocidad de su respuesta—. ¿Por qué es tan importante para nosotros ser rivales en vez de amigos? ¿Es que se han olvidado de todo lo que hemos pasado juntos para llegar hasta aquí?

A Esquiruela le extrañó un poco que su hermana se mostrara tan vehemente. Los curanderos solían mantenerse al margen de las rivalidades habituales entre clanes, y su amistad con Cirro, Cascarón y Ala de Mariposa no cambiaría, por muy hostiles que se volvieran los clanes. Sin embargo, pensó que probablemente Hojarasca Acuática se había acostumbrado tanto como ella a vivir junto a todos los clanes.

—En la última Asamblea —continuó Estrella Leopardina—, acepté que el terreno en el que acampamos por primera vez al llegar al lago fuera neutral para que tuviéramos un sitio donde reunirnos. Pero ahora que el Clan Estelar nos ha proporcionado esta isla, reclamo la zona de los pantanos para el Clan del Río.

Esquiruela oyó murmullos de desaprobación. Cascarón, el curandero del Clan del Viento, exclamó:

—¡Cagarrutas de ratón! Si eso se aprueba, no podré ir ahí a recolectar hierbas.

—Los demás clanes tienen que estar de acuerdo —señaló Estrella Negra, clavando las garras en la corteza de la rama—. Alrededor de los Cuatro Árboles

había un territorio neutral.

Estrella Leopardina sacudió la cola.

—No puedes comparar este lugar con el viejo bosque. Aquí las cosas son diferentes. Para empezar, todos los clanes excepto el Clan del Río tienen que cruzar el territorio de otro clan para llegar a la isla. Es absurdo mantener un territorio neutral.

—Estrella Leopardina tiene razón —maulló Estrella de Fuego—. No veo ninguna razón para que el Clan del Río no se quede con la zona de los pantanos.

Estrella Leopardina le agradeció su apoyo inclinando la cabeza.

—Estrella de Bigotes, ¿tú qué opinas? —le preguntó Estrella de Fuego.

Estrella de Bigotes vaciló. Esquiruela supuso que le gustaría reclamar el pantano y sus provisiones de hierbas útiles para su clan, pero el Clan del Viento ya tenía el territorio más extenso de todos.

—Me parece bien —gruñó el líder.

Estrella Negra se encogió de hombros.

—Si todos estáis de acuerdo, yo no me opondré.

Los ojos de Estrella Leopardina centellearon de satisfacción.

—Entonces mañana dejaremos nuestras marcas olorosas junto al cercado de los caballos.

Los gatos del Clan del Río aullaron con aprobación. Estrella de Fuego esperó a que volvieran a guardar silencio para empezar a hablar.

—No tengo muchas novedades —admitió—. Como el Clan del Río, encontramos un tejón en nuestro territorio, y Zarzoso encabezó la patrulla que lo ahuyentó. Aparte de eso, todo está yendo bien, y no hemos visto ni rastro de los Dos Patas desde que nos instalamos.

Dicho eso, retrocedió y le hizo un gesto a Estrella Negra con la cola.

Esquiruela se puso en tensión cuando el líder del Clan de la Sombra se levantó. ¿Mencionaría también al tejón? ¿Sabía que el Clan del Trueno lo había ahuyentado hacia el territorio del Clan de la Sombra? Pero Estrella Negra sólo informó de que en los pinares abundaban las presas.

—No lejos de la vivienda de los Dos Patas encontramos una antigua madriguera de tejón —contó con voz ronca—. Pero apenas captamos su olor. Debe de estar abandonada desde hace mucho.

Esquiruela intercambió una mirada con Cenizo, notando cómo se le alisaba el pelo del cuello. Sin duda, la tejona y sus cachorros debían de haberse internado más en el bosque, lejos del territorio del Clan de la Sombra. Por el

número de antiguas madrigueras, parecía que hubieran vivido muchos tejones alrededor del lago. Quizá los clanes habían tenido suerte de no haber tropezado con más.

—Espero que sea el último que veamos —le susurró a Cenizo.

—Si vuelven, nos ocuparemos de ellos —maulló el guerrero—. De todos modos, creía que te gustaban los tejones. ¿Qué me dices de Medianoche?

—Medianoche es distinta —replicó Esquiruela—. Respecto al resto, no me importa si no vuelvo a ver ninguno. Los tejones y los gatos no se llevan bien.

Ahora que Estrella Negra había acabado, la guerrera supuso que la Asamblea se daría por terminada, pero la luna llena seguía flotando en lo alto y Estrella de Fuego tomó la palabra de nuevo.

—Líderes de clan y gatos de todos los clanes, hay algo que tenemos que decidir. Éste es el lugar para las Asambleas que el Clan Estelar ha escogido para nosotros, pero, como ha dicho Estrella Leopardina, todos excepto el Clan del Río deben cruzar el territorio de otro clan para llegar hasta aquí. Debemos decidir exactamente quiénes pueden entrar en el territorio de quién cuando tengamos que reunirnos.

—Buena idea —susurró Esquiruela entre dientes.

—Bueno, no hace falta que el Clan del Trueno pase por nuestro territorio para venir a la isla —maulló Estrella Negra de inmediato—. Es mucho más rápido que vaya por la zona del Clan del Viento.

Esquiruela vio cómo su padre se erguía ligeramente, y supuso que estaba reprimiendo una réplica mordaz.

—Sí —repuso Estrella de Fuego—, pero, aun así, tenemos que debatirlo.

—A mí no me importa que los gatos vengan de cualquier dirección hasta el árbol puente —intervino Estrella Leopardina—. Pero nadie está autorizado a tomar presas del territorio del Clan del Río.

—Lo mismo vale para el Clan del Viento —añadió Estrella de Bigotes, poniéndose en pie de nuevo—. Estrella de Fuego, puedes llevar a tus gatos por mi territorio, pero quiero que te mantengas a un máximo de dos zorros de distancia del lago. Si mis guerreros os sorprenden en cualquier otra parte, lo consideraremos una intrusión.

—Eso suena razonable —contestó Estrella de Fuego con calma—. Establezcamos una norma general. —Levantó la voz para que todos pudieran oírlo—: Un clan puede cruzar el territorio de otro para venir a la Asamblea, pero debe permanecer a dos zorros de distancia de la orilla y viajar sin detenerse.

—Y no llevarse presas —agregó Estrella Negra.

Estrella de Fuego asintió.

—¿Está todo el mundo de acuerdo?

Se elevó un murmullo de conformidad. Lo que proponía Estrella de Fuego parecía razonable.

Carbonilla se puso en pie.

—¿Se aplica la misma regla a los gatos que quieran ir a la Laguna Lunar? Porque tendrían que alejarse de la orilla y atravesar nuestro territorio o el del Clan del Viento para llegar a las colinas.

—El Clan del Viento siempre ha permitido que los gatos cruzaran su antiguo territorio para ir a la Piedra Lunar —apuntó Estrella de Bigotes. Había un toque más cálido en su voz, pues compartía con todos un gran respeto hacia Carbonilla.

—Cierto —contestó Estrella de Fuego—. Y no veo por qué no podemos hacer lo mismo aquí.

—Pero ésas deberían ser las dos únicas excepciones —replicó Estrella de Bigotes, mirando ceñudo a Estrella de Fuego—. De lo contrario, podríamos olvidarnos de nuestras fronteras.

—No, espera —maulló Vaharina, que había estado sentada en las raíces del árbol—. Los gatos que cruzan fronteras no siempre son hostiles. Todos necesitamos visitar a otro clan en alguna ocasión. No tenemos por qué ser más desconfiados aquí que en nuestro antiguo bosque.

Esquiruela recordó la urgente visita de Vaharina a Estrella de Fuego cuando descubrió que Enlodado y Alcotán estaban conspirando. La lugarteniente se había arriesgado a atravesar el territorio del Clan de la Sombra, donde por poco la sorprende una patrulla.

—Eso tiene sentido —coincidió Hojarasca Acuática en voz baja—. Deberíamos poder visitarnos unos a otros.

Sus ojos ámbar estaban clavados en el otro lado del claro, pero Esquiruela no pudo ver a quién estaba mirando.

—Si nadie tiene nada más que decir, deberíamos dar por concluida la Asamblea —maulló Estrella de Fuego.

—Por mí está bien —respondió Estrella Negra, y Estrella de Bigotes y Estrella Leopardina asintieron.

—Y debemos asegurarnos de que los gatos que no están presentes se enteren de lo que hemos decidido —añadió Estrella de Fuego.

El líder del Clan de la Sombra se lamió una pata y se la pasó por la oreja.

—Eso es responsabilidad de los lugartenientes, ¿no crees?

Esquiruela clavó las garras en el suelo. Aquello había sido una broma cruel dirigida a Estrella de Fuego. El líder del Clan del Trueno no podía contradecirlo, de modo que hizo un gesto seco con la cabeza y bajó del árbol.

Esquiruela suspiró.

—Estrella Negra no deja que nadie se olvide de que mi padre no ha nombrado aún a un nuevo lugarteniente tras la desaparición de Látigo Gris —se lamentó—. Es evidente que cree que el Clan del Trueno es más débil por esa razón.

—Si intenta atacarnos —contestó Cenizo—, descubrirá lo equivocado que está.

Esquiruela coincidió con un gruñido. Al ponerse en pie para desperezarse, vio que Zarzoso todavía estaba sentado junto a Alcotán. El guerrero del Clan del Río le susurraba algo al oído, y Zarzoso asentía despacio. «Quizá le esté diciendo que él sería un magnífico lugarteniente», pensó Esquiruela, ceñuda. Cuando miraba a Zarzoso, apenas lo reconocía; sin duda, ya no era el gato con el que había viajado hasta el lugar donde se ahoga el sol para encontrarse con Medianoche. Ya casi no lograba recordar por qué razón habían estado tan unidos. Al mirar de nuevo a los dos atigrados, que eran como un gato junto a su reflejo en un charco, sintió un hormigueo de desconfianza.

Si fuera cierto que Zarzoso quería ser lugarteniente, es que pensaba que Estrella de Fuego se equivocaba al insistir en que Látigo Gris podía seguir vivo. Peor que eso, había sólo un paso entre ser lugarteniente y ser líder de clan. ¿Acaso Zarzoso estaba contemplando el momento en que Estrella de Fuego perdiera su última vida?

Esquiruela sintió un escalofrío al pensar en la muerte de su padre, y al recordar las historias que había oído sobre Estrella de Tigre tuvo la sensación de que unas garras de hielo la atenazaban. El poderoso guerrero había estado dispuesto a matar para convertirse en lugarteniente, y luego en líder de clan. ¿Compartía su hijo, Zarzoso, las mismas ambiciones? ¿Estaría dispuesto a seguir el mismo camino criminal para satisfacerlas?

6

Hojarasca Acuática se quedó sentada mientras veía cómo su hermana y Cenizo se encaminaban a los arbustos para volver a la orilla, y cuando miró hacia el extremo del claro en el que había visto a Corvino Plumoso por última vez, lo descubrió de inmediato: él estaba mirándola directamente.

La joven echó un vistazo a su alrededor. Otros gatos se movían entre las sombras, y los zarzales susurraban mientras los atravesaban para regresar al árbol que hacía las veces de puente. Nadie parecía prestarle demasiada atención.

Empezó a bordear el claro, pegándose a las sombras más oscuras y alejadas de la luz de la luna.

—¡Hojarasca Acuática!

La joven curandera se quedó paralizada, notando un hormigueo de frustración. Respiró hondo antes de volverse.

—¿Sí, Carbonilla?

—Venga, que te vas a quedar atrás.

Hojarasca Acuática entornó los ojos. Sus compañeros de clan acababan de salir del claro. ¿Acaso su mentora estaba alejándola de Corvino Plumoso deliberadamente?

—Claro, Carbonilla. Ya voy.

Lanzó una mirada por encima del hombro, y vio que Corvino Plumoso estaba observándola con expresión angustiada. Sabía que no podía hacer otra cosa que seguir a su mentora hacia los arbustos.

«Soy curandera —se recordó, mientras se colaba por debajo de las espinosas ramas—. No puedo amar a Corvino Plumoso, y él no puede amarme».

Se lo repitió una y otra vez durante el camino de regreso al campamento del

Clan del Trueno, pero lo único en lo que podía pensar era en la mirada de Corvino Plumoso.

Un dulce aroma envolvió a Hojarasca Acuática, y una voz susurró su nombre. Al principio creyó que la llamaba Jaspeada; la antigua curandera del Clan del Trueno la había visitado a menudo en sueños. Pero, cuando abrió los ojos, la gata que estaba ante ella tenía un pelaje gris plateado y los ojos de un azul clarísimo. La luz estelar refulgía alrededor de sus patas y en la punta de sus bigotes.

Hojarasca Acuática se quedó mirando a la gata, desconcertada.

—¿Plumosa?

Más allá de su lecho, instalado entre los helechos que crecían en la parte delantera de la guarida de Carbonilla, la hondonada estaba bañada por una luz plateada, a pesar de que ya habían pasado varios días desde la Asamblea y la luna estaba menguando. Hojarasca Acuática se dio cuenta de que estaba soñando.

Se puso en pie.

—¿Qué ocurre, Plumosa?

Supuso que la guerrera estelar había ido a hablarle de Corvino Plumoso, y sintió una punzada de culpabilidad. Plumosa y Corvino Plumoso se habían amado muchísimo, pero la hermosa gata del Clan del Río había entregado su vida para salvar a la Tribu de las Aguas Rápidas y a sus amigos del salvaje felino Colmillo Afilado. ¿Estaba enfadada porque Corvino Plumoso se había enamorado de otra gata?

—Yo… lo… lo lamento —tartamudeó.

Plumosa le pasó la cola por la boca.

—Tenemos que hablar, pero aquí no. Sígueme.

Y se encaminó hacia el claro. Hojarasca Acuática intentó caminar tan sigilosamente como si estuviera acechando a un ratón, pero luego se preguntó si el clan podría oírla si aquello era sólo un sueño.

Una luz brillante y sobrenatural inundaba la hondonada. Centella y Hollín, que montaban guardia, parecían hechos de piedra, con el pelaje del color de la luz de la luna. Ninguno de los dos se movió cuando Plumosa y Hojarasca Acuática pasaron despacio ante ellos y cruzaron el túnel de espinos.

Cuando estuvieron a varios zorros de distancia del campamento, Plumosa

encontró un sitio cómodo en una mata de larga hierba. Se acomodó allí y le hizo un gesto con la cola a Hojarasca Acuática para que se uniera a ella.

—Imagino lo que estarás pensando —empezó—. Crees que estoy enfadada por Corvino Plumoso, ¿verdad?

Hojarasca Acuática parpadeó, demasiado avergonzada para admitir sus temores.

—¿Acaso crees que no me gustaría verlo feliz? —le preguntó Plumosa dulcemente—. Tú lo haces feliz, puedo verlo claramente.

—Pero ¡yo soy curandera! —protestó la joven gata. Sintió un cosquilleo de alegría por que Plumosa no estuviera enfadada; mejor incluso: parecía querer que Corvino Plumoso y ella estuvieran juntos, aunque sabía que las cosas no eran tan sencillas—. Ojalá pudiera hacer feliz a Corvino Plumoso, pero no puedo.

—No estoy aquí por eso —repuso Plumosa—. Necesito que hagas algo.

Hojarasca Acuática irguió las orejas.

—¿El qué?

—Se trata de Ala de Mariposa. —La expresión de la guerrera se ensombreció—. Tengo que transmitirle un mensaje importante, pero no puedo llegar hasta ella.

Hojarasca Acuática sintió como si unas diminutas gotas de agua helada recorrieran su columna. Cuando los clanes llegaron al lago, la curandera del Clan del Río le confesó que ella no creía en el Clan Estelar. Al principio, Hojarasca Acuática se quedó atónita: ¿cómo podía un curandero cumplir con sus obligaciones sin la guía de sus antepasados guerreros? Aun así, aceptó guardar el secreto de su amiga porque estaba realmente comprometida con el cuidado de su clan y conocía las hierbas medicinales tanto como cualquier curandero.

Tendría que haber imaginado que el Clan Estelar veía dentro del corazón de todos los gatos. No había forma de ocultar la verdad a sus antepasados.

Alarmada, se preguntó si el Clan Estelar estaría enojado con Ala de Mariposa. ¿Podía impedirle que siguiera siendo curandera? ¿Estaría enfadado también con ella, por guardar el secreto de su amiga?

—Ala de Mariposa conoce a la perfección las hierbas sanadoras… —le dijo a Plumosa—. Y cuando era aprendiza, quería creer.

—Lo sé —maulló Plumosa—. Nosotros esperábamos que, con el tiempo, acabaría encontrando la fe en nosotros. Aun así, eso no ha sucedido, de modo que no podemos hablar con ella para darle los mensajes que su clan necesita.

—¿Cómo es posible que…? —Hojarasca Acuática titubeó. Le costaba hacer aquella pregunta, pero tenía que saberlo—: Sé que Arcilloso esperó una señal del Clan Estelar antes de aceptarla como aprendiza. Y una mañana encontró un ala de mariposa en la entrada de su guarida y lo tomó como una confirmación de que el Clan Estelar aprobaba su elección. ¿Estaba equivocado?

Plumosa inclinó la cabeza para lamerse el pecho.

—No puedes esperar comprender las señales enviadas a otro gato —contestó al posar de nuevo la mirada en ella. Y con más energía, añadió—: Hojarasca Acuática, necesito decirle algo a Ala de Mariposa urgentemente y, como te he dicho, no puedo llegar a ella, así que ¿me harías el favor de llevarle tú el mensaje?

—¿Qué necesitas que le diga? —No iba a rechazar la petición de Plumosa. Haría cualquier cosa que ayudara a Ala de Mariposa.

—Dile que el Clan del Río está en un grave peligro a causa de los Dos Patas.

—¿Los Dos Patas? —Ladeó la cabeza, desconcertada—. Pero si todavía no hemos visto ni uno. ¿No se supone que no aparecerán por aquí hasta la estación de la hoja verde?

—No puedo contarte nada más, excepto que el peligro sólo afectará al Clan del Río. Pero es una amenaza muy real, te lo prometo. ¿Irás a advertírselo a Ala de Mariposa, por favor?

—Sí, por supuesto.

Plumosa le dio un lametón en la coronilla. Su dulce aroma envolvió a la joven curandera.

—Gracias, Hojarasca Acuática —susurró—. Sé que si las cosas hubieran sido distintas, habríamos sido buenas amigas.

Hojarasca Acuática quería creerlo, a pesar de que, cuando Plumosa vivía, pertenecían a clanes diferentes… ¿Y qué hubiera pasado con Corvino Plumoso? ¿Lo habrían amado las dos?

El olor se desvaneció. Cuando la joven curandera levantó la mirada, la hermosa atigrada había desaparecido, y ella acababa de despertarse en su lecho, ante la guarida de Carbonilla.

La pálida luz del amanecer llenaba el claro, aunque el cielo estaba gris y nublado. Mientras la joven se desperezaba bostezando, Carbonilla se asomó a olfatear el aire.

—Hoy lloverá —maulló—. Será mejor que vayas a ver cómo tiene Cenizo la herida del cuello. Se le está curando bien, pero todavía hay riesgo de infección.

—Claro, Carbonilla, lo haré enseguida.

La joven se marchó en busca del guerrero gris, preguntándose cómo podría escabullirse el tiempo suficiente para visitar a su amiga y trasmitirle el mensaje de Plumosa. El territorio del Clan del Río estaba en el extremo opuesto del lago, y difícilmente podría ir y volver antes de que se hiciera de noche. ¿Debería contarle a Carbonilla la visita de Plumosa? No, eso implicaría desvelar el secreto de Ala de Mariposa y confesarle que no creía en el Clan Estelar. Su amiga tendría que renunciar a ser curandera, y ella no quería que eso sucediera de ningún modo.

Vio que Cenizo estaba entrando por el túnel de espinos con la patrulla del alba.

—Hola —maulló el guerrero—. ¿Me buscabas?

—Sí, he venido a examinar tu herida. —Separó el pelaje de Cenizo con una zarpa: la profunda dentellada apenas resultaba visible—. Está muy bien. Lo consultaré con Carbonilla, aunque no creo que haga falta aplicarte más hierbas. Sea como sea, la vigilaremos durante unos días más.

—¡Genial! —exclamó el guerrero—. Es una suerte que no se haya infectado, con los dientes tan asquerosos que tenía esa criatura.

—Bueno, si notas cualquier molestia, dínoslo.

—¡Hola, Hojarasca Acuática! —Esquiruela había dejado un par de estorninos en el montón de la carne fresca, y se acercó a Cenizo y su hermana—. ¡No puedes ni imaginar lo que hemos encontrado patrullando!

—¿Qué?

Los ojos verdes de Esquiruela centellearon.

—¡Nébeda!

—Pero… ¡eso es imposible! Sólo se encuentra en los jardines de los Dos Patas. —Se le cayó el alma a los pies—. No me digas que habéis visto casas de los Dos Patas en nuestro territorio.

—No, cerebro de ratón. ¿Te acuerdas de la vivienda abandonada que encontraron Zarzoso y su patrulla?

Hojarasca Acuática asintió.

—Bueno, pues la hemos visto allí. Los Dos Patas debían de tener un jardín cuando vivían en esa casa, pero ahora el bosque lo ha invadido. Y hay unas matas enormes… todavía están empezando a brotar, pero es nébeda, no cabe duda.

—¡Eso es estupendo!

La nébeda era, de lejos, el mejor remedio para la tos blanca y la temible tos verde, que podía ser mortal para los veteranos y los cachorros. En el viejo bosque, se aprovisionaban en el poblado de los Dos Patas y siempre tenían mucha, pero Hojarasca Acuática no esperaba encontrar esa planta en su nuevo territorio.

—Se lo contaré enseguida a Carbonilla. Gracias, Esquiruela.

De camino a su guarida, Hojarasca Acuática se dio cuenta de que ésa podía ser la solución a su problema. Se detuvo brevemente para pensar cómo debía plantearlo, y luego fue en busca de la curandera.

Carbonilla estaba en su cueva, repasando las provisiones de hierbas.

—Gracias al Clan Estelar que la estación de la hoja nueva ya está cerca —maulló—. Se nos están terminando las semillas de adormidera. Espero que nadie enferme en la próxima luna.

—Entonces te encantará saber lo que acaba de decirme Esquiruela.

Y le contó el descubrimiento de la nébeda.

Carbonilla ronroneó.

—¿Podrías ir hasta allí y traer un poco?

—Claro —respondió la joven—. Y aprovecharé para echar un vistazo por la zona, a ver si hay algo más que nos sea útil.

Estaba ya a punto de salir disparada, pero Carbonilla la detuvo.

—¿No crees que deberías llevarte a algún guerrero contigo?

A Hojarasca Acuática se le paró el corazón. Lo último que quería era una escolta. En otro momento habría considerado la posibilidad de llevarse a Acedera, con la que había compartido aventuras en el pasado, pero ahora la joven gata parda necesitaba descansar por el bien de sus cachorros.

—Estaré bien —le prometió a su mentora—. Esa casa abandonada está justo en el centro de nuestro territorio, y sabemos que el zorro se ha ido.

—De acuerdo, pero ten cuidado y vigila dónde te metes, también puede haber tejones.

—Lo haré.

Cruzó a toda prisa el claro hasta el túnel de espinos, antes de que cualquier gato le preguntara adónde iba. Nunca había ido hasta la casa derruida, pero sabía que estaba cerca del sendero abandonado que partía de la hondonada rocosa. Zarzoso pensaba que, en el pasado, los Dos Patas habían sacado piedra de la hondonada, dejando sus marcas en los riscos, y que habían utilizado el sendero para transportarla. Hojarasca Acuática no sabía si el guerrero tenía razón, pero la

senda rocosa era un magnífico espacio despejado por el que podía correr libremente, sin que la vegetación la frenara.

Cuando llegó a la vivienda de los Dos Patas, la luz de la mañana seguía proyectando largas sombras a través del bosque. La casa estaba a poca distancia del sendero, semioculta por unos pocos árboles y zarzales. Hojarasca Acuática se estremeció; aunque Zarzoso le había descrito el lugar, no se había imaginado lo siniestro que sería hasta que estuvo allí.

«¡Preferiría enfrentarme a zorros salvajes antes que entrar ahí!», pensó.

Examinó con cautela los ruinosos muros y la combada pieza de madera que antes bloqueaba la entrada. Nada se movía, y cuando saboreó el aire no captó ni rastro de los Dos Patas. Sin embargo, sí detectó el aroma de la nébeda, y lo siguió hasta encontrar las matas que Esquiruela le había descrito, cerca de la pared de la casa. Varios tallos eran ya lo bastante largos, y habría muchos más en la estación de la hoja nueva. Cortó unos cuantos y se alejó de la vivienda a toda prisa.

Sin embargo, en lugar de tomar el sendero de vuelta al campamento, cruzó el bosque trazando un amplio arco, hasta que llegó al arroyo que marcaba la frontera con el Clan del Viento. Se dijo a sí misma que aquélla era la mejor ruta para rodear el lago, porque era probable que el Clan de la Sombra fuera más hostil con ella que el Clan del Viento si la sorprendían en su territorio.

La joven curandera avanzó al amparo de los arbustos y aguzó el oído por si aparecía cualquier patrulla, ya fuera de su clan o del clan vecino. Luego siguió el arroyo hasta el punto por el que el Clan del Trueno había cruzado el día en que llegaron a su territorio por primera vez y, antes de ir más lejos, se detuvo a cazar. No tardó en apresar un campañol que correteaba entre los juncos. Lo devoró en unos bocados, sin dejar de aguzar el oído, y finalmente entró en el territorio del Clan del Viento.

Siguió la corriente por el otro lado hasta que estuvo a dos zorros de distancia del lago. Sólo entonces respiró aliviada. Al fin y al cabo, iba a ocuparse de un asunto de curanderos, así que no debería tener ningún problema, incluso aunque la vieran guerreros del Clan del Viento.

Deseando tener alas en las patas, corrió por la orilla del lago. Al principio lanzaba nerviosas miradas a sus espaldas, por si había gatos del Clan del Trueno patrullando en el arroyo. Luego un pliegue del terreno la ocultó de su propio territorio, y la joven curandera rebajó el ritmo a un paso brioso y empezó a pensar en qué iba a decirle a Ala de Mariposa. De pronto frenó en seco, con el

corazón desbocado.

¿Se tomaría en serio la advertencia Ala de Mariposa, si no creía en la existencia del Clan Estelar?

«Tiene que hacerlo», se respondió la joven, obligándose a seguir adelante. Plumosa estaría observándola desde el Clan Estelar, y ella tenía que cumplir su promesa.

La joven curandera no les quitaba ojo a las laderas del páramo, pero no vio rastro alguno de ningún miembro del Clan del Viento. «No tiene sentido que sigas esperando ver a Corvino Plumoso. ¿Qué le dirías si te lo encontraras?».

Tampoco vio a ninguno de los mininos domésticos que vivían en el cercado de los caballos, pero en cuanto traspasó las nuevas marcas olorosas del Clan del Río descubrió que una patrulla iba hacia ella desde el terreno elevado que había más allá de la ciénaga. La encabezaba Vaharina, acompañada de Musgosa y un aprendiz que la joven gata nunca había visto.

—Hola, Hojarasca Acuática —la saludó Vaharina cuando llegó a su altura—. ¿Va todo bien?

La joven dejó en el suelo los tallos de nébeda.

—Le traigo unas hierbas a Ala de Mariposa.

Vaharina olfateó las hojas.

—¡Nébeda! —maulló con aprobación—. Gracias, Hojarasca Acuática. Creo que Ala de Mariposa está en el campamento. Puedes venir con nosotros… estábamos a punto de regresar.

Tras recoger de nuevo la nébeda, la joven curandera siguió a la patrulla por la orilla del lago hasta un arroyo. Allí continuaron tierra adentro, avanzando junto a la corriente de aguas rápidas y poco profundas, a la que más adelante se le unía un arroyo más pequeño aún. La tierra que había entre los dos riachuelos estaba bordeada de carrizos y cubierta de frondosos arbustos, y a pesar del aroma de la nébeda Hojarasca Acuática pudo captar el olor de muchos gatos.

Vaharina vadeó la corriente y saltó a la ribera opuesta.

—Bienvenida —maulló.

La atigrada cruzó el arroyuelo más cautelosamente, deseando sentirse tan segura en el agua como Vaharina y los otros gatos del Clan del Río. Pasaron ante un zarzal, donde Flor Albina, una de las reinas del clan, estaba disfrutando del sol con tres cachorritos diminutos trepando por su lomo. La gata saludó a Hojarasca Acuática con un movimiento de la cola. Más adelante, vio a un par de aprendices que estaban luchando a la sombra de unos helechos.

La joven curandera reparó en un montón de carne fresca bien surtido.

—Estáis bien instalados aquí —le comentó a Vaharina, con la boca llena de nébeda.

La lugarteniente asintió con satisfacción.

—Sí, éste es un buen sitio.

Guió a Hojarasca Acuática hasta un arbusto de espinos que crecía por encima del arroyo más estrecho. Allí, la orilla se había hundido y la corriente había formado un pequeño remanso debajo de las raíces del arbusto. En la zona en la que el agua se había llevado la tierra, había quedado un amplio agujero de lados lisos y, por las pilas de hojas y bayas que vio dentro, la joven curandera comprendió que aquélla era la guarida de Ala de Mariposa.

Su amiga estaba inclinada al borde del remanso, seleccionando un montón de cola de caballo.

—Ala de Mariposa, tienes visita —anunció Vaharina.

La atigrada dorada alzó la vista, e inmediatamente se levantó de un salto ronroneando de alegría.

—¡Hojarasca Acuática! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te he traído esto. —Y depositó ante ella los tallos de nébeda, tras lanzar una mirada de agradecimiento a Vaharina, que ya se retiraba.

—¡Nébeda! —exclamó Ala de Mariposa—. Es genial… Todavía no he encontrado nada de eso en mi territorio.

Hojarasca Acuática miró a su alrededor para asegurarse de que Vaharina se había marchado de verdad y de que no podía oírla ningún otro gato. Ésa era su oportunidad de transmitir el mensaje de Plumosa, pero de pronto notó un hormigueo en la piel y la boca seca. No se sentía cómoda con aquello.

Tras acercarse más a Ala de Mariposa, maulló quedamente:

—En realidad, la nébeda sólo es una de las razones por las que he venido… Tengo un mensaje para ti de parte del Clan Estelar.

A Ala de Mariposa se le salieron los ojos de las órbitas, y Hojarasca Acuática se arrepintió de inmediato de haberse presentado allí con aquel mensaje. Podría parecer que estaba insinuando que Ala de Mariposa no podía ser una buena curandera porque la advertencia no le había llegado directamente. La curandera del Clan del Río, sin embargo, no dijo nada; se limitó a erguir las orejas, esperando a que su amiga continuara.

—Tuve un sueño… —le explicó Hojarasca Acuática—. Plumosa vino a verme.

Vaciló al ver que los ojos de Ala de Mariposa se inundaban de tristeza. Plumosa había sido una guerrera del Clan del Río, así que la atigrada tenía que conocerla bien.

—Ella… ella me dijo que no podía llegar hasta ti —prosiguió la joven—. Me pidió que te diera un mensaje. El Clan del Río está en un grave peligro a causa de los Dos Patas.

La curandera permaneció en silencio varios segundos, con mirada pensativa.

—¿Los Dos Patas? —maulló al cabo—. Pero si no hay… —Se interrumpió, levantándose de un brinco—. Hojarasca Acuática, el pequeño Sendero Atronador ha estado tan tranquilo que no nos hemos preocupado mucho por él. Quizá haya pasado algo allí. ¿Quieres venir conmigo a comprobarlo?

La joven curandera del Clan del Trueno dudó. Su intención era darle el mensaje a su amiga y regresar al campamento de inmediato. Si se quedaba mucho más tiempo en el territorio del Clan del Río, probablemente tendría que pasar allí la noche. Pero era importante ayudar a Ala de Mariposa a comprobar que la zona no escondía peligros ocultos.

—Sí, por supuesto que sí —accedió, dejando a un lado el rapapolvo que seguro le echaría Carbonilla.

Se sintió aliviada al ver que Ala de Mariposa no la culpaba por llevarle aquel mensaje de Plumosa. Al menos eso parecía, a pesar de que todo aquello indicaba que no era una auténtica curandera. Sintió una oleada de calidez por su amiga, y deseó que Plumosa estuviera observándolas ahora, viendo lo dedicada que estaba Ala de Mariposa al cuidado de sus compañeros de clan.

La curandera del Clan del Río la condujo arroyo arriba hasta un punto en el que un único pasadero rompía la superficie del agua. Tras cruzar con dos elegantes saltos, alcanzó la orilla opuesta y se detuvo a esperar a su amiga.

—Tenía miedo de que pensaras que sólo eran tonterías —le confesó Hojarasca Acuática después de salvar el arroyo como pudo—. ¿Significa eso que estás empezando a creer en el Clan Estelar?

Ala de Mariposa agitó los bigotes.

—No, Hojarasca Acuática. Yo no creo que los espíritus de nuestros antepasados guerreros vuelvan para hablar con nosotros. Las estrellas no son más que ciegos puntitos de luz en el cielo nocturno, no gatos muertos que nos observan. Podemos mantener vivo el recuerdo de nuestros viejos amigos, pero, si ellos no están aquí, no están en ninguna parte. Eso es lo que creo.

—Lo sé… —Hojarasca Acuática hizo una pausa mientras rodeaba una mata

de ortigas—. Pero, si no crees en el Clan Estelar, ¿por qué haces caso de la advertencia de Plumosa?

La gata del Clan del Río se detuvo para mirar a su amiga a los ojos.

—Porque creo en ti, Hojarasca Acuática.

La joven sacudió la cabeza.

—¡Eso es absurdo! ¿Cómo iba yo a saber nada, a menos que me lo hubiera contado el Clan Estelar?

—Porque eres una buena curandera. Tú observas todo lo que te rodea. De algún modo, habrás visto u oído algo que sabes que implica peligro, aunque no estés segura de por qué lo sabes. Y como tú sí crees en el Clan Estelar, todo eso ha surgido en un sueño con Plumosa. Así de sencillo.

Y dicho esto, su amiga dio media vuelta y siguió adelante. Hojarasca Acuática no creía que las cosas fueran tan sencillas, pero no protestó. Al fin y al cabo, Ala de Mariposa había prestado atención al mensaje de Plumosa.

Cuando llegaron al pequeño Sendero Atronador, la joven curandera miró a su alrededor con curiosidad. Nunca había estado en aquel lugar, aunque Esquiruela se lo había descrito. Había un amplio espacio cubierto con el mismo material duro del Sendero Atronador, y una pequeña casa de los Dos Patas de madera en una esquina. Un medio puente hecho de estrechos tablones de madera se internaba en el agua. Todo estaba en silencio.

Ala de Mariposa se plantó al borde del Sendero Atronador y saboreó el aire.

—Puaj, huele a Clan de la Sombra… —maulló, y Hojarasca Acuática recordó que aquélla era la frontera entre ambos territorios—. Pero también a algo más…

Hojarasca Acuática abrió la boca al máximo. En el aire había un débil matiz áspero que no había captado en muchísimo tiempo. Notó cómo se erizaba el pelo de su cuello.

—Por aquí han pasado monstruos de los Dos Patas… —maulló.

Ala de Mariposa clavó sus ojos en los de su amiga.

—Sí, pero no recientemente. También hay un olor rancio a Dos Patas, aunque el tufo del Clan de la Sombra casi lo enmascara… Honestamente, Hojarasca Acuática, no creo que podamos llamar a eso «un grave peligro».

—Entonces, ¿de dónde puede venir la amenaza?

Ala de Mariposa agitó la punta de la cola.

—Quién sabe qué se les puede ocurrir a esos Dos Patas. Quizá todavía no haya sucedido nada. —Dio media vuelta y echó a andar por la orilla del lago,

deteniéndose de vez en cuando a probar el agua—. ¿Te acuerdas de aquel charco con el conejo muerto? —le preguntó a su amiga por encima del hombro—. ¿Y del dolor de barriga que les provocó a los veteranos? No volveré a cometer un error como ése. Pero aquí el agua está buena.

Al llegar al arroyo probaron también el agua, antes de seguir hasta el campamento del Clan del Río. Luego Ala de Mariposa llevó a Hojarasca Acuática hasta su guarida, donde las dos bebieron en el remanso. El agua estaba fresca, sabía dulce y no olía a nada raro.

El sol estaba poniéndose, y las sombras se extendían densamente por el remanso y la guarida de la curandera. Como Hojarasca Acuática se temía, era demasiado tarde para volver a casa.

—¿Te gustaría quedarte a dormir aquí? —La invitó Ala de Mariposa—. No podrás llegar a vuestro territorio antes de que se haga de noche.

—Gracias, me encantaría.

La joven curandera sabía que Carbonilla estaría echándola de menos desde hacía mucho, y también que debería responder a algunas preguntas incómodas cuando regresara. Pero estaba claro que sería mucho más seguro pasar allí la noche y volver al campamento a primera hora de la mañana, sobre todo ante la posibilidad de que hubiera tejones en los alrededores.

Un aprendiz del Clan del Río le llevó a Ala de Mariposa un carnoso pez, suficiente para que lo compartieran las dos amigas.

Mientras se acomodaba para dormir junto a Ala de Mariposa en su lecho de musgo y hojas, la atigrada del Clan del Trueno murmuró:

—No te olvidarás del mensaje de Plumosa, ¿verdad? Seguirás atenta a cualquier amenaza.

—¿Qué…? —masculló Ala de Mariposa, adormilada—. Oh… sí, sí, Hojarasca Acuática. Por supuesto que sí. No te preocupes.

Pero la joven curandera no podía evitar preocuparse. Sin haber oído la advertencia de boca de la propia Plumosa, era fácil que a Ala de Mariposa se le olvidara, o que acabara pensando que no era importante. Y Hojarasca Acuática estaba convencida de que se avecinaban problemas.



7

Esquiruela se detuvo junto a una mata de helechos, aspirando el aroma de las frescas hojas verdes. Iluminado por el sol, el rocío centelleaba en las briznas de hierba, y el bosque entero parecía estar despertando tras el largo sueño de la estación sin hojas.

Al volver a inspirar profundamente, captó el olor de un gato. No era del Clan del Trueno, y tampoco del Clan de la Sombra, aunque estaba cerca de la frontera. Esquiruela se quedó inmóvil, escudriñando el terreno. La hoja de un helecho ondeó, y la guerrera entrevió a un atigrado desconocido que avanzaba sigilosamente, con la barriga casi pegada al suelo.

Al principio, pensó que sería un gato descarriado que se había internado en su territorio sin querer, pero un segundo después comprendió que debía de ser uno de los mininos domésticos a los que se había enfrentado con Zarzoso, cuando exploraron por primera vez los alrededores del lago. La casa de los Dos Patas en la que vivían esos mininos estaba en el territorio del Clan de la Sombra, aunque a aquel atigrado comedor de carroña le importarían un bledo las fronteras de clan.

Esquiruela adoptó la postura de acecho y empezó a moverse con cautela, pero no había dado más de un par de pasos cuando oyó que se acercaba el resto de la patrulla: Espinardo, Cenizo y Hollín. «¡Esos tres tienen cerebro de ratón! —pensó—. ¡Patean el bosque como si fueran caballos!».

Con un movimiento de la cola, les indicó que se quedaran atrás, pero el atigrado ya los había detectado. Esquiruela vio que el desconocido marrón salía disparado de los helechos, y corrió tras él. A sus espaldas, Cenizo chilló:

—¡Eh, Esquiruela, detente!

Ella no le hizo ni caso. Se lanzó a toda velocidad tras el intruso, decidida a darle un buen zarpazo en la oreja para enseñarle a no volver más por allí, pero el minino doméstico le llevaba demasiada ventaja y acabó perdiéndolo en una zona de espesa vegetación.

—¡Cagarrutas de roedor! —bufó al ver que había escapado.

Se volvió para reunirse de nuevo con el resto de la patrulla. Para su sorpresa, sus tres amigos estaban muy juntos y quietos, mirándola con preocupación.

—¡Esquiruela, cabeza de chorlito! —exclamó Hollín.

Antes de que la joven se reuniera con ellos, Zarzoso se abrió paso entre la maleza, seguido de Tormenta de Arena.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le espetó el guerrero.

—He visto a uno de esos mininos domésticos del territorio del Clan de la Sombra. —Esquiruela estaba desconcertada y furiosa a la vez por la hostilidad con que le había hablado Zarzoso. ¿De qué iba a acusarla ahora?—. Se supone que las patrullas fronterizas tienen que echar a los intrusos, ¿no?

—Pues sí —contestó Zarzoso—. Lo que no puedes hacer es traspasar la frontera de otro clan. Imagínate que te hubiera visto algún gato del Clan de la Sombra.

—Pero yo no… —Esquiruela enmudeció al ver el árbol muerto que señalaba la linde en aquella zona. Había pasado ante él persiguiendo al minino doméstico, y no se había dado cuenta—. No he captado ninguna marca olorosa —protestó, regresando al lado correcto de la frontera.

—La verdad es que las marcas son muy tenues —dijo Cenizo, tras olfatear las raíces del árbol muerto—. Déjala en paz, Zarzoso. Cualquiera de nosotros habría cometido el mismo error.

Tormenta de Arena miró a Cenizo entornando sus ojos verdes.

—Esquiruela puede responder por sí misma —maulló—. No es habitual que le falten las palabras.

La joven guerrera le dedicó un guiño de agradecimiento a Cenizo. No necesitaba que nadie saliera en su defensa, pero era muy amable al apoyarla.

—Lo siento —se disculpó—. De verdad que no me he dado cuenta.

—Las marcas son de lo más débiles —coincidió Espinardo—. Creo que el Clan de la Sombra no las ha renovado en días.

—Qué extraño… —maulló Tormenta de Arena—. El Clan de la Sombra suele ser el primero en asegurarse de que nadie traspase sus fronteras.

Esquiruela se encogió de hombros.

—Si no se molestan en poner sus marcas, no pueden quejarse si alguien cruza los límites sin advertirlo.

—Supongo que tienes razón… —suspiró Zarzoso—. Pero, por el Clan Estelar, debes tener más cuidado.

—Lo tendrá —la defendió Cenizo por segunda vez, ajeno a la mirada furiosa que le lanzaba la joven.

Y al advertir que Tormenta de Arena la miraba sorprendida, como si no pudiera creer que su hija dependiera de la protección de otro guerrero, Esquiruela se enojó todavía más.

—En cualquier caso, Zarzoso —continuó el guerrero gris—, no es responsabilidad tuya decirle a Esquiruela lo que debe hacer.

—Eso es responsabilidad de cualquier gato —replicó Zarzoso, empezando a erizar el pelo del cuello—. ¿Acaso quieres tener problemas con el Clan de la Sombra?

Cenizo desenvainó las uñas.

—¡Ésa no es la cuestión!

—¡Esperad! —protestó Esquiruela—. No quiero que…

—Ya basta —zanjó Tormenta de Arena, colocándose entre los tres guerreros enfrentados—. Volvamos al campamento antes de que el Clan de la Sombra aparezca de verdad y nos encuentre peleándonos entre nosotros.

Y echó a andar a grandes zancadas hacia el campamento. Hollín y Espinardo la siguieron, pero Zarzoso y Cenizo se quedaron donde estaban, sin dejar de lanzarse miradas asesinas. Esquiruela no podía soportarlo más.

—Tú ve delante, ¡vamos! —le espetó a Cenizo.

El guerrero pareció sorprendido.

—¿Eh? Está bien… Te veré en el campamento. —Y sacudiendo la cola con frustración, siguió al resto de la patrulla.

—No puedes culparlo por querer cuidar de ti. —Las palabras de Zarzoso podrían haber sido de aprobación, pero su tono era irónico, como si recordara todas las ocasiones en que Esquiruela se había enfurecido con él por intentar protegerla durante su viaje al lugar donde se ahoga el sol.

—¡Por lo menos hay un gato al que puedo confiar mi vida! —bufó ella.

A Zarzoso se le dilataron los ojos.

—¿Sólo uno, Esquiruela?

—¡Sí! —replicó la joven. Se sentía tan lejos de él ahora, que le resultaba imposible recordar que alguna vez lo hubiera mirado con afecto—. Al menos

Cenizo no se pasa todo el tiempo con un gato de otro clan… ¡un gato que no es fiar!

El dolor que había asomado a los ojos de Zarzoso desapareció, reemplazado por rabia.

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? Un guerrero leal que vaya detrás de ti para allanarte las dificultades del camino. Jamás pensé que fueras así. Tenía un mejor concepto de ti.

—¡Piensa lo que te dé la gana!

Zarzoso le enseñó los dientes y comenzó a gruñir. Antes de que pudiera decir nada, la maleza de detrás de Esquiruela susurró. Al volverse, la guerrera vio que Cenizo había regresado.

—¡¿Qué quieres ahora?! —le gruñó.

Cenizo pareció desconcertado.

—Lo siento… Me extrañaba que no vinieras, así que he vuelto para ver si estabas bien.

Esquiruela suspiró y alisó el pelo del cuello. Cenizo tenía que empezar a aprender que ella podía defenderse sola, pero por lo menos era sincero. Decía lo que pensaba, y nadie pondría en duda nunca su lealtad al Clan del Trueno. Si Zarzoso era como una profunda y oscura poza forestal, rodeada de árboles, Cenizo era como el lago, reluciente bajo el sol. De pronto, Esquiruela se dio cuenta de que ansiaba el sol.

—Estoy bien —maulló, tocando con su hocico el de Cenizo—. Vámonos.

Se alejó de la frontera con Cenizo, pero era muy consciente de la mirada ámbar de Zarzoso sobre ella, hasta que los helechos se cerraron a su alrededor y quedaron fuera de su vista.

Cuando Esquiruela regresó al campamento, la hondonada rocosa bullía de actividad. Nimbo Blanco y Centella acababan de salir de la guarida de los guerreros; su hija, Zarpa Candeal, cruzó el claro como un rayo para reunirse con ellos, maullando sonoramente. Los veteranos se habían acomodado al pie de las rocas que había debajo de la Cornisa Alta, y Estrella de Fuego estaba descendiendo al claro desde su cueva.

—¿Qué ocurre? —preguntó Esquiruela cuando más guerreros salieron de su guarida.

—Estrella de Fuego acaba de convocar una reunión —le dijo Hojarasca

Acuática a sus espaldas. A Esquiruela le pareció que su hermana estaba un poco apagada, como si aún estuviera recuperándose de la dura reprimenda que le había echado Carbonilla por pasar toda la noche en el territorio del Clan del Río —. Es hora de que Betulino se convierta en aprendiz.

—¡Genial! —Esquiruela pegó un saltito, encantada, y por primera vez reparó en Fronda; la reina estaba en la entrada de la maternidad, dando vigorosos lametazos a Betulino, que se retorcía de emoción. Manto Polvoroso se hallaba cerca de ellos, y parecía a punto de estallar de orgullo—. El primer aprendiz en nuestro nuevo hogar. ¿Quién va a ser su mentor?

—No tengo ni idea —respondió Hojarasca Acuática, que parecía un poco más animada. Miró a los gatos que la rodeaban, como si tratara de adivinar quién sería el elegido.

Esquiruela y Cenizo se sentaron entre los otros gatos, agrupados en un semicírculo alrededor de Estrella de Fuego. A la joven gata le habría gustado que la escogieran como mentora de Betulino, pero daba por hecho que era una guerrera demasiado joven para ser la elegida, y que había muchos gatos más experimentados que ella sin un aprendiz a su cargo. Además, Tormenta de Arena, que había bajado tras Estrella de Fuego de su guarida, le lanzó una dura mirada al pasar junto a ella para ir a sentarse al lado de Fronde Dorado. Estaba segura de que le había contado al líder del clan lo sucedido en la frontera del Clan de la Sombra.

Con un suspiro de resignación, Esquiruela se dijo que tendría que empezar a pensar antes de actuar, si quería que le otorgaran la confianza de adjudicarle un aprendiz.

Cuando todos los gatos estuvieron reunidos, Estrella de Fuego llamó a Betulino con un movimiento de la cola, y el joven gato gris echó a andar hacia él. Aunque estaba nervioso y temblaba ligeramente, se plantó ante Estrella de Fuego con la cabeza y la cola bien altas. Su pelaje brillaba a la luz del sol, y sus ojos centelleaban. Esquiruela sintió una oleada de admiración por él. Sus hermanas, Alercina y Carrasquilla, habían muerto de inanición cuando los Dos Patas arrasaron el bosque. Betulino también había perdido su hogar, pero había mostrado un gran valor teniendo en cuenta lo pequeño que era.

La guerrera reparó entonces en Zarzoso. Estaba sentado solo, a unas colas de distancia, y sus ojos llameaban de ambición mirando a Betulino. La joven se dio cuenta de lo ansioso que estaba por tenerlo como aprendiz, y se preguntó por qué podía importarle más que a los otros.

De pronto, entendió el motivo, y unas frías garras atenazaron su estómago. Un guerrero no podía convertirse en lugarteniente si no había sido mentor al menos una vez, y como desconocían cuál había sido el destino de Látigo Gris, Estrella de Fuego no podría tardar mucho más en nombrar a un sucesor. Sí, para tener una mínima oportunidad, Zarzoso necesitaba un aprendiz. Y en el clan no había más cachorros…

Viendo ahora al hijo de Estrella de Tigre, concentrado en Betulino como si éste fuera una presa especialmente jugosa, Esquiruela no pudo evitar preguntarse qué estaría dispuesto a hacer para alimentar una ambición tan voraz. ¿Sería capaz de llegar a convertirse en un asesino, como su padre?

Estrella de Fuego esperó a que el clan guardara silencio.

—Éste es un buen día para el Clan del Trueno —empezó—. Con el nombramiento de un nuevo aprendiz, demostramos que nuestro clan sobrevivirá y se mantendrá fuerte. Betulino, a partir de hoy te llamarás Betulo.

El joven cachorro asintió, entusiasmado.

—Cenizo, considero que estás preparado para tener un aprendiz —continuó el líder—. Tú serás el mentor de Betulo.

Esquiruela vio que a Zarzoso le llameaban los ojos de incredulidad. El guerrero tensó los músculos, como si estuviera a punto de saltar, pero se contuvo. Ni siquiera el más ambicioso de los gatos cuestionaría la elección de un líder.

La joven guerrera se volvió entonces hacia Cenizo, y vio que sus ojos brillaban de felicidad y orgullo cuando Betulo corrió hacia él.

—Cenizo —prosiguió Estrella de Fuego—, has conocido la pérdida y el dolor, y has encontrado la fuerza para sobreponerte.

Se refería a la muerte de Pecas, la madre del guerrero. La había asesinado Estrella de Tigre, para dejarla como señuelo y atraer a la manada de perros hasta el antiguo campamento del Clan del Trueno. Todo eso había ocurrido antes de que Esquiruela naciera, pero todos los gatos del clan habían oído esa historia una y otra vez.

—Sé que le transmitirás tu fuerza a Betulo —maulló el líder— y que le enseñarás las habilidades que lo convertirán en un valeroso guerrero del Clan del Trueno.

Con los ojos rebosantes de emoción, Betulo estiró el cuello, y Cenizo inclinó la cabeza para entrechocar la nariz con la del joven.

—¡Betulo! ¡Betulo!

El clan aclamó al aprendiz por su nuevo nombre. Fronda y Manto Polvoroso corrieron hacia él. La gata ronroneaba demasiado para poder hablar, y el guerrero felicitó a su hijo con un lametazo.

—¡No me habías dicho nada de que Estrella de Fuego te hubiera escogido como mentor! —le espetó Esquiruela a Cenizo, demasiado contenta por él como para sentirse realmente indignada.

El guerrero le dio un lametón en el hombro con un centelleo en sus ojos azules.

—Quería darte una sorpresa —respondió.

Una vez terminada la ceremonia, Betulo empezó a parecer un poco perdido, como si no supiera muy bien qué pasaba luego. Zarpa Candeal se le acercó a toda prisa y restregó el hocico contra el suyo.

—Te enseñaré nuestra guarida de los aprendices. Iremos a buscar musgo para tu lecho, y luego le preguntaré a Fronde Dorado si mañana podemos entrenar juntos.

Betulo le pidió permiso a su mentor con la mirada antes de irse con ella. Cuando Cenizo le dijo que sí, siguió a Zarpa Candeal por el claro. Los dos desaparecieron en el zarzal donde dormían los aprendices.

—Nunca pensé que Estrella de Fuego me escogería a mí —murmuró Cenizo, mirando al líder—. ¡Todavía no puedo creerlo!

Esquiruela hundió la nariz en su hombro.

—Te lo mereces tanto como cualquiera —maulló.

Su mirada, sin embargo, se desvió hacia Zarzoso. El gran atigrado se había puesto en pie y estaba observándolos a Cenizo y a ella con envidia y frustración. La joven sintió un estremecimiento de miedo. ¿Qué haría ahora el guerrero, al ver que sus esperanzas se malograban de nuevo?

—Esquiruela —la llamó Tormenta de Arena—. Ven aquí un momento.

La joven se acercó a su madre.

—¿Qué pasa?

—Esa discusión de hoy, junto a la frontera del Clan de la Sombra… Zarzoso y Cenizo han estado a punto de pelearse, y eso no es bueno para el clan.

Esquiruela sintió un hormigueo en su pelaje.

—No ha sido culpa mía… —masculló con rebeldía—. ¿Por qué me lo cuentas a mí?

Tormenta de Arena sacudió la punta de la cola.

—Venga, Esquiruela, sabes perfectamente de qué te estoy hablando.

Cualquier gato puede tener problemas, pero tú no deberías dejar que los tuyos se inmiscuyan en tus obligaciones con el clan.

Esquiruela se obligó a mirar a su madre, y en sus ojos vio comprensión, a pesar de la seriedad de sus palabras.

—Está bien —maulló—. Haré todo lo que pueda. Pero a veces esos dos se comportan como auténticas bolas de pelo.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena centellearon, risueños.

—Así son los machos.

Posó un momento la cola sobre el hombro de su hija, antes de encaminarse al montón de carne fresca. Esquiruela volvió a mirar a Zarzoso y vio que se metía en la guarida de los guerreros, arrastrando la cola y cabizbajo.

El gato al que Esquiruela creía haber conocido habría aceptado su decepción y seguido adelante, renunciando a sus esperanzas de ser lugarteniente y concentrándose en ser un leal guerrero del Clan del Trueno.

Pero Zarzoso ya no era ese gato, y Esquiruela volvió a sentir un hormigueo de temor al preguntarse hasta dónde sería capaz de llegar para satisfacer su ambición.

8

Hojarasca Acuática y Carbonilla salieron de entre los árboles que crecían junto al lago, y vieron la pequeña figura de un gato que se acercaba por la orilla del territorio del Clan de la Sombra.

—Ahí está Cirro —maulló Carbonilla, señalando con la cola.

La joven curandera soltó un leve suspiro de alivio. El sol había descendido sobre el lago, y una pálida media luna brillaba ya en el cielo, que iba oscureciéndose. Había llegado el momento de que los curanderos se reunieran en la Laguna Lunar. Hojarasca Acuática había temido que, si tenía que viajar a solas con su mentora, Carbonilla empezara a interrogarla sobre su visita al Clan del Río de dos días antes.

Cuando la joven regresó al campamento del Clan del Trueno, la gruñona gata gris estaba furiosa. Quería saber por qué había pasado toda la noche fuera.

—¿Sabes que Estrella de Fuego ordenó que una patrulla saliera en tu busca? —le espetó Carbonilla—. ¿Acaso crees que los guerreros no tienen nada mejor que hacer? En serio, Hojarasca Acuática, creía que eras más responsable.

—Lo lamento. —La joven curandera arañó las hojas secas que cubrían el suelo delante de la guarida de Carbonilla—. Tan sólo quería llevar un poco de nébeda a Ala de Mariposa. Ella me ha dado cola de caballo a cambio.

Señaló el montón de tallos carnosos que había recogido en la ciénaga en el camino de vuelta.

Sin embargo, la curandera lanzó un bufido de exasperación.

—Hojarasca Acuática, los clanes tienen que empezar a vivir de forma independiente de nuevo. Sé que Ala de Mariposa es amiga tuya, pero eso no significa que podáis intercambiar hierbas cada vez que os apetezca. La próxima

vez, pídeme permiso primero.

—Sí, Carbonilla.

Estaba casi segura de que su mentora no le daría permiso si se lo pedía. Y también de que Carbonilla se habría enfadado aún más si supiera la verdadera razón de su visita al Clan del Río. Pero Ala de Mariposa se merecía ser curandera por sus habilidades sanadoras, y si los antepasados del Clan Estelar hablaban con ella para que le transmitiera el mensaje a su amiga, no importaba que no creyese en ellos.

Ahora, mientras esperaban a Cirro junto al lago, Carbonilla volvió a clavar sus ojos azules en ella.

—¿Estás segura de que ese día sólo fuiste al Clan del Río? ¿No hay nada más que yo deba saber?

Dolida, Hojarasca Acuática levantó la mirada hacia su mentora.

—No, Carbonilla. Estoy bastante segura.

¿Acaso la curandera creía que se había escapado para encontrarse con Corvino Plumoso? Aquello la indignó más aún, porque al fin y al cabo le había contado la verdad sobre su visita al Clan del Río. ¡No había visto ni un pelo de Corvino Plumoso! Se dijo a sí misma que su mentora no podía conocer con certeza los sentimientos que ella intentaba ocultar con tanto ahínco. Aunque le costaría defenderse si Carbonilla le lanzaba una acusación más directa.

Para su alivio, el curandero del Clan de la Sombra ya estaba lo bastante cerca para oírlas. Carbonilla no diría nada sobre Corvino Plumoso delante de él.

Cirro vadeó el arroyo que marcaba la frontera, se sacudió el agua de una pata y de otra, y luego corrió por la orilla hasta donde se encontraban las dos curanderas.

—Que el Clan Estelar ilumine vuestro camino —las saludó—. ¿Va todo bien en el Clan del Trueno?

—Todo bien —respondió Carbonilla—. ¿Y en el Clan de la Sombra?

—Oh, sí, bien, bien.

Hojarasca Acuática pensó que el pequeño atigrado parecía distraído, pero, si Carbonilla lo notó, no dijo nada. Los tres se encaminaron hacia el arroyo que conformaba la frontera con el Clan del Viento, cuyo cauce seguirían después hasta la Laguna Lunar.

—Ala de Mariposa no viene contigo… —maulló Hojarasca Acuática.

—No —contestó Cirro agitando los bigotes—. Espero que venga por el territorio del Clan del Viento.

No se veía a la curandera del Clan del Río avanzando por la orilla en su dirección. Hojarasca Acuática notó en las zarpas el peso de sus secretos mientras seguía a los demás corriente arriba, a través del páramo. Se preguntó si Ala de Mariposa habría decidido que no iba a tomarse la molestia de compartir lenguas con unos gatos en los que no creía. Aunque tal vez ya habían surgido los problemas profetizados por Plumosa y la curandera no podía abandonar a su clan.

Su inquietud aumentó cuando se encontraron con Cascarón, el curandero del Clan del Viento, en el lugar donde los árboles daban paso a las llanuras del páramo. Él tampoco había visto a Ala de Mariposa.

—Todavía puede alcanzarnos —maulló Carbonilla, iniciando el ascenso por la colina.

Mientras bordeaban el territorio del Clan del Viento, Hojarasca Acuática inspeccionó con la mirada las lomas del páramo, y se dijo a sí misma que lo que deseaba de verdad era ver el pelaje dorado de Ala de Mariposa, no la delgada figura gris de Corvino Plumoso.

—¿Cómo van las cosas en el Clan del Viento? —le preguntó Carbonilla a Cascarón—. Estrella de Bigotes parecía muy seguro en la Asamblea.

—Estrella de Bigotes será un líder fuerte —respondió él con tono neutro. Era obvio que, aunque siguiera habiendo dificultades en su clan, no iba a hablar de eso, ni siquiera con otros curanderos—. ¿Sabes qué he encontrado en el páramo? —continuó, cambiando de tema y ahora con voz más afable.

—¡Por supuesto que no, cerebro de ratón! —Carbonilla le tocó delicadamente la oreja con la punta de la cola—. Pero ya veo que te mueres por contármelo.

—Vara de oro… unas matas enormes y altísimas. —Soltó un ronroneo de satisfacción—. Es muy buena para curar heridas.

—Qué gran noticia, Cascarón. Esperemos que no necesites usarla pronto.

El curandero del Clan del Viento coincidió con un profundo ronroneo.

—Pero es bueno saber dónde encontrarla.

Hojarasca Acuática sintió un repentino escalofrío. Incluso contando al zorro y los tejones, hasta el momento no se habían tropezado con muchos enemigos en su nuevo hogar. No necesitarían vara de oro a menos que los gatos empezaran a luchar entre sí. «Todos viajamos juntos hace tan poco tiempo… —pensó, desesperada—. ¿Por qué tenemos que dividirnos en cuatro grupos de nuevo?».

La noche había caído ya cuando los cuatro curanderos llegaron a la Laguna Lunar. Ante ellos se alzaba un muro de roca negra, tapizado de helechos y musgo velludo. Por una grieta en mitad del barranco, un manantial brotaba de la pared y el agua caía en forma de cascada; las estrellas relucían en su superficie y en la burbujeante agua de la laguna.

Hojarasca Acuática se sintió más tranquila al avanzar por la barrera de arbustos que protegía la hondonada. Fuera lo que fuese lo que les deparara el futuro, ahora todos estaban en manos del Clan Estelar.

Cascarón esperó a que Carbonilla bajara primero por el sendero que discurría por el lateral de la hondonada. De pronto, Hojarasca Acuática oyó una respiración entrecortada a sus espaldas, y los arbustos se separaron para dejar paso a otro gato.

—¡Ala de Mariposa! —exclamó, sintiendo que se le aflojaban las patas de alivio—. Ya creía que no ibas a venir. ¿Va todo bien?

—Sí —resolló Ala de Mariposa—. Es sólo que estaba muy ocupada. Lamento llegar tarde.

La joven curandera advirtió que Carbonilla miraba a su amiga con los ojos entornados, como si se preguntara qué podía ser tan importante como para llegar tarde a una reunión en la Laguna Lunar.

—No llegas tarde —contestó Cirro, ondeando amistosamente la cola—. Todavía no hemos empezado.

Mientras Carbonilla encabezaba el descenso a la laguna, Hojarasca Acuática se retrasó para susurrarle algo a Ala de Mariposa:

—Pensaba que tal vez se había cumplido la profecía de Plumosa…

—No. He inspeccionado el territorio de cabo a rabo en más de una ocasión, y nada. —Sus brillantes ojos azules miraron con seriedad los de color ámbar de Hojarasca Acuática—. Pero seguiré alerta. No lo olvidaré.

Y dicho esto descendió siguiendo a los demás curanderos. Hojarasca Acuática bajó tras ella, notando cómo sus patas encajaban en las huellas marcadas en la dura tierra del camino. Ningún gato había estado en aquel lugar durante incontables lunas, hasta que Jaspeada guió a Hojarasca Acuática hasta allí. Sin embargo, aquellas huellas demostraban que sus antepasados habían acudido allí muchas veces. La joven sintió un cosquilleo en las zarpas ante la idea de pertenecer a una larga estirpe de curanderos, todos al servicio de sus clanes bajo la dirección del Clan Estelar.

Al fondo de la hondonada, los cinco gatos se agacharon al borde de la laguna y estiraron el cuello para lamer el agua, llena de estrellas danzarinas. Hojarasca Acuática notó su frío contacto en la lengua, su sabor a estrellas y a noche, y cerró los ojos para recibir los sueños que el Clan Estelar quisiera enviarle.

Esperaba ver a Plumosa, que quizá le daría más explicaciones sobre su aviso para Ala de Mariposa, pero la hermosa gata gris no apareció. En vez de eso, Hojarasca Acuática se descubrió caminando a través de una oscuridad ventosa, en la que captaba por el rabillo del ojo siluetas de gatos que se desvanecían antes de que pudiera mirarlos de frente. Oyó un aullido distante, el lamento entremezclado de muchos gatos elevándose en la noche, sin palabras ni voces concretas que pudiera reconocer.

—¿Quiénes sois? —preguntó—. ¿Dónde estáis? ¿Qué queréis?

Sólo le respondió el mismo aullido lejano y espeluznante. De pronto, la invadió un miedo que latía al ritmo de su corazón y parecía querer tirar de sus patas, casi impulsándola a huir con un terror ciego a través de las sombras. La joven curandera, sin embargo, se obligó a seguir adelante despacio, mirando de un lado a otro, esforzándose en averiguar dónde estaba y qué mensaje quería transmitirle el Clan Estelar.

Por fin vio un punto de pura luz blanca, a mucha distancia, como una estrella suspendida sobre el horizonte. Echó a correr hacia allí, y la luz creció hasta colmar toda su visión. Entonces la joven la atravesó de golpe y se encontró despertándose al borde de la Laguna Lunar.

Varios escalofríos recorrieron todo su cuerpo, y sintió como si tuviera erizado hasta el último pelo de su pelaje. Cuando intentó incorporarse, le temblaban tanto las patas que se derrumbó de nuevo y se quedó inmóvil, respirando hondo para tranquilizarse. Al mirar a su alrededor, vio que Carbonilla, Cascarón y Cirro seguían profundamente dormidos. Ala de Mariposa, sin embargo, se había ovillado sobre una piedra plana; era evidente que estaba disfrutando de una pacífica siesta.

—¡Ala de Mariposa! —susurró Hojarasca Acuática, acercándose a ella para pincharle con una zarpa—. ¡Ala de Mariposa, despierta!

La curandera del Clan del Río abrió los ojos y parpadeó confundida al ver a su amiga. Luego se levantó y estiró las patas delanteras con elegancia.

—En serio, Hojarasca Acuática —se quejó—. ¿Por qué me despiertas así? Hacía lunas que no dormía tan a gusto.

—Lo siento, pero no querrás que los demás te pillen, ¿verdad?

Ala de Mariposa miró a los otros tres curanderos, que estaban empezando a moverse.

—No… claro que no. Lo lamento, Hojarasca Acuática.

La joven se sentó y comenzó a atusarse el alborotado pelo. Quería saber si los demás habían tenido el mismo sueño confuso, y averiguar si le encontraban algún sentido. No le sorprendió ver que Carbonilla, Cascarón y Cirro se incorporaban con aspecto solemne y un poco desconcertado.

—Ha sido un sueño mucho más confuso de lo habitual —empezó Cirro, y se dio un lametazo en el pecho—. Quizá deberíamos comentarlo.

«Bien —pensó Hojarasca Acuática—. Tal vez uno de ellos entienda qué significa, ¡porque yo desde luego no!».

—Garras —maulló Carbonilla—. He visto unas enormes garras blancas, listas para desgarrar y derramar sangre.

Cascarón asintió.

—Y unas fauces abiertas. Pero ¿se trataba de felinos? No estoy seguro.

—Y luego esa voz. —Cirro se estremeció—. Tan alta, profetizando muerte y peligro. ¿Qué significa todo eso?

Hojarasca Acuática se quedó de piedra. ¡Ése no era su sueño! ¿Por qué el Clan Estelar no le había mostrado también esas imágenes? ¿Era porque guardaba el secreto de Ala de Mariposa? «Pero Plumosa acudió a mí —pensó, desconcertada—. Si el Clan Estelar estuviera enfadado con Ala de Mariposa, Plumosa me lo habría dicho».

Sin embargo, también era posible que todo aquello no tuviera nada que ver con su amiga. Quizá el Clan Estelar había notado sus sentimientos hacia Corvino Plumoso. ¿Estaba perdiendo sus cualidades de curandera por amar al guerrero gris? «Pero ¡eso no es justo! —se lamentó para sus adentros—. Ni siquiera he vuelto a hablar con él desde aquella noche junto a la hondonada».

—¿Y tú qué opinas, Hojarasca Acuática? —quiso saber Carbonilla, sacándola de sus pensamientos.

La joven se sobresaltó.

—Yo… no estoy segura.

«¿Es así como se siente Ala de Mariposa cuando le preguntan por el Clan Estelar? —se dijo—. ¿Viéndose obligada a fingir siempre?».

La curandera del Clan del Río abrió la boca en un gran bostezo.

—El Clan Estelar debe de estar avisándonos sobre algo —maulló.

Hojarasca Acuática la miró sorprendida, aunque no era difícil imaginarse eso

con lo que habían contado los otros. ¿Suponía Ala de Mariposa que se trataba de lo mismo sobre lo que les había advertido Plumosa? Pero su aviso era únicamente para el Clan del Río, mientras que el sueño lo habían recibido los otros tres clanes.

Carbonilla inclinó la cabeza.

—Debemos meditar sobre esto. Si se avecina algún peligro, el Clan Estelar nos mostrará más cosas.

—Volvamos a hablar cuando nos reunamos de nuevo —sugirió Cirro—. Quizá para entonces esté todo más claro.

—Buena idea —gruñó Cascarón—. La verdad es que el Clan Estelar no ha podido revelarnos demasiado esta noche.

—No olvides que nuestros antepasados guerreros tienen que adaptarse a su nuevo hogar tanto como cualquiera de nosotros —añadió Carbonilla—. Tal vez por eso les cuesta más llegar hasta nosotros.

«Es posible», pensó Hojarasca Acuática, esperanzada. Pero eso no explicaba por qué había soñado algo totalmente distinto de los demás.

Los curanderos tomaron el camino en zigzag para subir a lo alto de la hondonada y cruzaron la barrera de arbustos. Mientras descendían por la colina, Carbonilla, Cirro y Cascarón se adelantaron susurrando con nerviosismo, como si les costara cumplir el acuerdo de esperar hasta la próxima reunión para debatir sobre el sueño. Ala de Mariposa y Hojarasca Acuática iban juntas tras ellos.

—¿Le has contado a Estrella Leopardina lo de mi sueño? —le preguntó Hojarasca Acuática a su amiga en voz baja, para que los otros no la oyeran.

Ala de Mariposa la miró sorprendida.

—No. ¿Cómo iba a hacerlo? No puedo contar que el Clan Estelar me ha enviado un mensaje a través de la curandera de otro clan.

—Pero podrías haber dicho que el sueño era tuyo. —Le tocó el hombro con la punta de la cola—. A mí no me importaría, y Estrella Leopardina debería saberlo, así podrá ordenarles a los guerreros que estén atentos a cualquier indicio.

Ala de Mariposa sacudió la cola.

—No puedo, Hojarasca Acuática. Nunca le he hablado a Estrella Leopardina de ningún sueño, y probablemente jamás lo haga. No es mi sueño. Yo no recibo profecías del Clan Estelar… —En voz más baja y agitada, añadió—: Tengo que encontrar mi propia forma de ser curandera, sin la ayuda del Clan Estelar. Confía en mí, no quiero nada más que cuidar de mi clan, pero debo hacerlo a mi

manera.

Hojarasca Acuática la miró con la duda en los ojos. El Manto Plateado resplandecía en el cielo por encima de sus cabezas. ¿Cómo podía Ala de Mariposa ver a los relucientes espíritus de sus antepasados guerreros y no creer en ellos? Sabía que su amiga trabajaba duro con sus habilidades sanadoras y que se preocupaba de verdad por su clan, pero sin esa fe nunca podría alcanzar el nivel de fuerza y sabiduría que procedía del Clan Estelar. Para Hojarasca Acuática, su propia fe era tan importante que no se imaginaba ser curandera sin ella.

—Pero si no crees… —empezó, y luego se detuvo, intentando averiguar qué quería decir en realidad—. Ala de Mariposa, ¿tú crees que tuve un sueño en el que Plumosa me avisaba del peligro que amenazaba a tu clan?

La atigrada la miró con unos ojos que brillaban con palidez bajo la luz de la luna.

—Sí, creo que tuviste un sueño.

«Ésa no es la respuesta», pensó Hojarasca Acuática, frustrada. Aunque enseguida comprendió que ésa debía de ser la mejor respuesta que podía darle su amiga. ¿Y qué derecho tenía ella a criticarla, cuando parecía estar perdiendo su propia conexión con el Clan Estelar?

—Estaré bien, Hojarasca Acuática —la tranquilizó Ala de Mariposa—. Inspecciono las fuentes de agua con regularidad, y cuando salgo a recolectar hierbas, tengo los ojos bien abiertos ante cualquier cosa relacionada con los Dos Patas. —Con un movimiento de la cola, le indicó a su amiga que no quería seguir hablando del tema—. ¿Y qué me cuentas del Clan del Trueno? ¿Os van bien las cosas?

—Bien, gracias. Acabamos de nombrar un nuevo aprendiz… Betulo. Espero que no tardes mucho en verlo en una Asamblea.

—Eso es estupendo. ¿Quién es su mentor?

—Cenizo. —Hojarasca Acuática enmudeció al oír un siseo en la oscuridad. Notó un hormigueo de alarma que la advertía de un posible peligro.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Ala de Mariposa.

Habían llegado a la frontera del territorio del Clan del Viento. El páramo se desplegaba a ambos lados, salpicado de afloramientos rocosos y espinos achaparrados. Densas sombras inundaban las depresiones del terreno.

El siseo sonó de nuevo.

—¡Hojarasca Acuática!

La joven se relajó cuando la invadió un olor familiar y una delgada figura gris apareció por detrás de la roca más cercana.

—¡Corvino Plumoso! —exclamó—. ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo siento… —masculló el guerrero del Clan del Viento. Entonces miró a Ala de Mariposa y le lanzó una mirada penetrante—. Si no te importa, quiero hablar con Hojarasca Acuática.

Ala de Mariposa pareció sorprendida y vaciló, como si fuera a poner alguna objeción. Luego asintió y soltó un débil ronroneo de complicidad. Hojarasca Acuática sintió que le ardía la piel de la vergüenza.

—Claro —murmuró la curandera del Clan del Río—. Nos vemos pronto, Hojarasca Acuática.

Dio media vuelta y desapareció colina abajo en la oscuridad.

La joven curandera estuvo a punto de llamarla para que volviera. No estaba segura de querer quedarse a solas con Corvino Plumoso.

—Esto no está bien —empezó, dando un paso atrás.

—Sabía que vendríais por aquí —maulló Corvino Plumoso, apremiante—. He seguido el rastro de Cascarón, y luego te he esperado. Hojarasca Acuática, tenemos que hablar. No puedo olvidar aquella noche junto a tu campamento.

—Lo sé, pero…

—Al principio, pensaba que tú sentías lo mismo que yo —la interrumpió el guerrero—. Sin embargo, en la Asamblea me evitaste, y no entiendo por qué. —Sus garras arañaban la áspera hierba del páramo—. No puedo sacarte de mi cabeza, Hojarasca Acuática. El otro día se me escapó un conejo que prácticamente había saltado entre mis zarpas. No dejo de cometer errores…

—¡A mí me pasa lo mismo! —exclamó la joven—. Estuve a punto de darle a Estrella de Fuego semillas de ortiga en vez de adormidera, y mezclé ungüento de milenrama con bilis de ratón. ¡Menudo desastre!

El guerrero del Clan del Viento agitó los bigotes.

—Perlada me dijo que era tan torpe como un aprendiz novato.

—Carbonilla también se enfadó conmigo…

—Hojarasca Acuática, sé que tú sientes lo mismo que yo, lo sé. Tenemos que conseguir estar juntos de algún modo.

El olor de Corvino Plumoso y su cercanía tuvieron su efecto sobre Hojarasca Acuática. Sintió que se derretía como el hielo en la estación de la hoja nueva.

—Pero… yo soy curandera —protestó, combatiendo el impulso de hundir el hocico en su pelaje—. Y además pertenezco a otro clan. Para nosotros no hay

futuro, Corvino Plumoso.

El guerrero la miró con ojos ardientes.

—Hojarasca Acuática, ¿tú quieres estar conmigo tanto como yo quiero estar contigo?

La joven sabía cuál debía ser su respuesta, pero al mismo tiempo sentía que no podía mentir en un momento como aquél.

—Sí.

—Entonces tiene que haber una forma. ¿Te reunirías conmigo otra vez? ¿En algún sitio donde podamos hablar como es debido?

Hojarasca Acuática clavó las uñas en el suelo. Esa abrumadora necesidad de estar con Corvino Plumoso no podía ser algo malo, ¿verdad? El Clan Estelar no podía ser tan cruel como para negarle eso.

—Sí —susurró—. ¿Dónde?

—Pensaré en algo. Y te haré llegar un mensaje.

De pronto, oyó la voz de Carbonilla, colina abajo:

—Hojarasca Acuática, ¿estás ahí?

—¡Ya voy, Carbonilla! —Y en un susurro, añadió—: Corvino Plumoso, tengo que irme.

Él le pasó su áspera lengua por la oreja.

—Ya te diré dónde podemos vernos. Será pronto.

Hojarasca Acuática se quedó mirándolo hasta que supo que no vería nada más que su rostro durante todo el camino de regreso al campamento del Clan del Trueno. Luego se dio la vuelta y echó a correr por la ladera como si la persiguiera una manada de zorros.

9

—¡Eh, Esquiruela!

La guerrera levantó la vista del campañol que se estaba comiendo junto al montón de la carne fresca. Un viento frío le alborotaba el pelo de un modo muy desagradable. Hacía varios días que el tiempo estaba gris y tempestuoso, y la promesa de un adelanto de la estación de la hoja nueva se había desvanecido.

—¿Te apetece salir a cazar? —le preguntó Nimbo Blanco, acercándose a ella—. Fronde Dorado y Zancudo también vienen.

—¡Genial! —contestó.

Fronde Dorado estaba hablando con Cenizo y los dos aprendices junto al túnel de espinos. Parecía estar dándoles una orden, que enfatizó ondeando la cola. Luego Cenizo se llevó a los dos aprendices hacia la guarida de los veteranos, y el atigrado se reunió con Esquiruela y Nimbo Blanco.

—Cenizo va a supervisar a Zarpa Candeal y a Betulo mientras cumplen sus obligaciones con los veteranos —explicó—. Siempre piden trabajar juntos.

Esquiruela los entendió a la perfección. Zarpa Candeal había sido la única aprendiza desde que nombraron guerrero a Zancudo, hacía ya más de una luna, y Betulo había estado solo en la maternidad desde que el Clan del Trueno llegó a su nuevo territorio. La guerrera recordó lo divertido que era entrenar con otros en su etapa de aprendiza. Por aquel entonces, su mejor amigo era Topillo, que murió antes del viaje al lago. Le habría gustado entrenar con Hojarasca Acuática, pero, desde que no era más que una cachorrita, su hermana había sabido que su camino la llevaba hasta la guarida de los curanderos.

Tras engullir el último bocado del campañol, Esquiruela se levantó de un salto.

—¿Adónde iremos? —preguntó, después de lamerse una pata y pasársela por la boca para limpiarse los restos de comida.

—He pensado que podríamos ir al arroyo que hay cerca del lago —contestó Fronde Dorado—. Allí hay mucha vegetación, y montones de lugares donde pueden esconderse las presas. Por cierto, ¿dónde está Zancudo?

Antes de que Nimbo Blanco pudiera responder, el guerrero negro de largas patas salió de entre las ramas de la guarida de los guerreros y cruzó el claro hacia ellos.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó.

—A ti. —Nimbo Blanco le tocó la oreja con la punta de la cola—. Vámonos.

El viento azotaba las ramas por encima de sus cabezas y casi aplastaba los helechos cuando los cuatro gatos se dirigieron hacia el arroyo atravesando el bosque. Esquiruela se estremeció porque el viento le agitaba el pelaje a contrapelo, pero en eso también había algo de estimulante, como si aguzara sus sentidos e impulsara a sus patas a ir más deprisa. Poco a poco fue apretando el paso, hasta que acabó corriendo entre los árboles.

—¡Eh, espéranos! —exclamó Fronde Dorado.

Nimbo Blanco corría a su lado, casi rozándola, y Fronde Dorado los alcanzó enseguida. Con un alarido triunfal, Zancudo los adelantó como un rayo, devorando el terreno con sus largas patas.

—¡No te adelantes demasiado! —resolló Nimbo Blanco—. Asustarás a todas las presas.

Esquiruela bajó el ritmo. La carrera le había desentumecido los músculos, y sintió que tenía energía suficiente para cualquier cosa. Alcanzaron a Zancudo cerca de la ribera que llevaba al arroyo. Él les advirtió agitando la cola que guardaran silencio, y la joven gata descubrió que había visto un estornino. El guerrero se agazapó y avanzó sigilosamente hacia el pájaro. Estaba a punto de saltar cuando, de pronto, el viento cambió de dirección, separando la hierba que mantenía oculto a Zancudo. El estornino soltó un chillido de alarma y el gato saltó, pero el ave esquivó sus zarpas echando a volar y desapareció en un árbol.

Zancudo se volvió hacia sus compañeros de patrulla con la cola gacha.

—Lo siento…

—No tienes por qué sentirlo —contestó Fronde Dorado—. Ha sido mala suerte que el viento cambiara de golpe.

Esquiruela se quedó en la orilla, escuchando el entrechocar de las ramas y el borboteo del arroyo. Corriente abajo, entre los árboles, se veía la superficie del

lago, gris y picada por el viento. Por un instante, le pareció captar otro sonido, el débil gemido de un gato angustiado, pero no se repitió, y supuso que se lo había imaginado.

Nimbo Blanco se situó a su lado.

—¿Hueles algo?

Ella negó con la cabeza.

El guerrero blanco abrió la boca para saborear el aire. Acto seguido, irguió las orejas y exclamó:

—¡Intrusos!

—¿Del Clan del Viento? —preguntó Fronde Dorado, reuniéndose con ellos y observando el arroyo que marcaba la frontera. Incluso al final de la estación sin hojas, la pendiente estaba cubierta de hierba alta y helechos, donde los invasores podrían esconderse con tanta facilidad como las presas.

—No, no son del Clan del Viento. —Nimbo Blanco aspiró de nuevo—. No sé quiénes son.

Esquiruela saboreó el aire. Nimbo Blanco tenía razón. No cabía duda de que olía a gato —quizá más de uno—, pero no pertenecía a ningún clan. Era un olor acre, con un matiz a hierba, y procedía de un lugar cercano.

—¿Creéis que son descarriados? —preguntó Zancudo, empezando a bajar la pendiente.

—¡Quédate donde estás! —le espetó Nimbo Blanco—. ¿Meterías la nariz en un avispero? Tenemos que saber a qué nos enfrentamos. —Dio un paso adelante y exclamó—: ¿Quién está ahí? ¡Sal para que podamos verte!

Esquiruela escudriñó el terreno que llevaba al arroyo con los músculos en tensión, preparados para la primera señal de peligro.

—Si están buscando problemas, entonces los encontrarán… —masculló.

—¡Sabemos que estáis ahí! —insistió Nimbo Blanco—. ¡Salid!

Una mata de larga hierba que crecía al borde del arroyo se abrió de pronto. Para asombro de Esquiruela, apareció una gata de pelo largo y color canela.

—¡Es Dalia, la que vive en el cercado de los caballos! —exclamó Esquiruela —. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te has perdido? —En su fuero interno, no podía creer que ni siquiera un minino doméstico pudiera perderse allí, donde lo único que tenía que hacer era seguir la orilla del lago para regresar a casa.

La gata se encogió junto a un arbusto y pegó la barriga al suelo, sin dejar de mirar a los guerreros.

—Por favor, no me hagáis daño —maulló.

—Yo la echaré de aquí —se ofreció Zancudo, preparándose para saltar sobre ella como si fuera una presa.

Nimbo Blanco sacudió la cola.

—Levanta, cerebro de ratón —le espetó—. Primero averigüemos qué le ocurre.

Bajó por el terraplén hasta quedarse frente a la gata. Esquiruela lo siguió. La minina tenía un aspecto lastimoso: su largo pelaje estaba lleno de barro y abrojos, y la mirada de sus ojos azules dejaba claro que estaba exhausta.

—¿Qué te pasa? ¿Ha sucedido algo en el cercado de los caballos? —le preguntó Esquiruela.

Dalia la miró parpadeando, pero, antes de que pudiera responder, unos maullidos agudos brotaron del otro lado del arbusto.

—¡Cachorros! —exclamó Nimbo Blanco.

Pasó junto a Dalia y se internó en la alta hierba. La minina lo siguió, maullando desesperada.

—¡No les hagas nada a mis hijos!

Bordeando la mata de hierba, Esquiruela encontró a tres cachorros apretujados unos contra otros, abriendo sus boquitas rosas en un lamento de hambre y confusión. Uno tenía el pelo tostado como su madre, los otros eran grises y blancos como su padre, Humazo, que también vivía en el cercado de los caballos.

Dalia envolvió a sus hijos con su cuerpo, atrayéndolos más con la cola.

—Por favor, ayudadnos —suplicó.

—No te preocupes, no vamos a haceros daño —la tranquilizó Fronde Dorado.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —le preguntó Esquiruela—. ¿No te parece que tus cachorros son demasiado pequeños para desplazarse tan lejos?

Dalia se inclinó para lamer al cachorro de color canela.

—Cuando Pelusa dio a luz, los Pelados se llevaron a sus hijos.

«Los Pelados deben de ser los Dos Patas», pensó Esquiruela.

—¿Y por qué harían algo así?

Dalia sacudió la cabeza.

—Nadie lo sabe. Eran tan pequeños que ni siquiera habían abierto los ojos.

Nimbo Blanco soltó un bufido de rabia.

—¡Cagarrutas de zorro! Si hubiera estado allí, les habría despellejado sus estúpidas caras.

—¿Y de qué hubiera servido eso? —replicó Dalia, con la mirada cargada de tristeza—. Los cachorros seguirían desaparecidos. Pelusa no volverá a verlos nunca más. De modo que, cuando tuve a los míos —la gata levantó la cabeza, orgullosa—, decidí marcharme antes de que los Pelados me los quitaran. Había visto a muchos gatos pasando ante nuestra valla en esta dirección, y pensé que alguno sería amable.

Volvió hacia Nimbo Blanco sus enormes ojos azules, ahora llenos de confianza.

El guerrero se inclinó a olfatear a las tres penosas criaturas. Los pequeños se encogieron, temblando, y lanzaron estridentes maullidos de pánico.

—Vais a ayudarnos, ¿verdad? —continuó Dalia—. En la zona del páramo —añadió, señalando con la cola hacia el territorio del Clan del Viento—, unos gatos nos han perseguido hasta aquí.

—Serían del Clan del Viento —maulló Fronde Dorado—. No te preocupes, ahora estás en el territorio del Clan del Trueno.

Dalia asintió.

—Será por eso que nos han dejado en paz al cruzar el arroyo. Pero no creo que mis hijos puedan ir mucho más lejos, y no pienso volver a casa. Si lo hago, los Pelados me los robarán.

—Nosotros te ayudaremos —le aseguró Nimbo Blanco—. Puedes llevar a tus cachorros a nuestro campamento.

Dalia lo miró con arrobo.

—¡Oh, gracias! ¡Eres muy amable!

Fronde Dorado le lanzó una mirada sorprendida a Nimbo Blanco.

—¿Cuatro mininos domésticos? —murmuró—. ¿Qué va a decir Estrella de Fuego?

—Estrella de Fuego lo entenderá —contestó el guerrero blanco—. Él fue minino doméstico, y yo también. ¿Tienes algún problema con eso, Fronde Dorado?

El atigrado agitó las orejas.

—Por supuesto que no. Pero me pregunto si es el momento oportuno para aceptar más gatos, cuando ni siquiera hemos acabado de explorar nuestro territorio.

—Bueno, para estos cachorros es ahora o nunca —intervino Esquiruela—. No vamos a mandarlos al territorio del Clan de la Sombra. ¡Venga, vayamos al campamento!

—De acuerdo, pongámonos en marcha —aceptó Nimbo Blanco—. ¡Zancudo, necesitamos ayuda aquí abajo! —maulló; el joven guerrero había permanecido en lo alto del terraplén, contemplando la escena—. Vosotros, cargad con un cachorro cada uno. Yo ayudaré a Dalia.

Esquiruela tomó por el pescuezo a un gatito blanco y gris, que soltó un alarido de pavor y empezó a retorcerse.

—Cierra el pico —masculló la joven con la boca llena de pelo—. Te estoy ayudando.

Fronde Dorado y Zancudo cargaron con los otros dos, y Nimbo Blanco dejó que Dalia se apoyara en él mientras ascendían penosamente la ladera para regresar al campamento.

Cuando Esquiruela cruzó el túnel de espinos, el claro estaba desierto, pero al dirigirse a la maternidad apareció Betulo, que corrió hacia ella cargado con una bola de musgo usado de la guarida de los veteranos.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó después de soltar el musgo, mirando con curiosidad el bultito peludo que colgaba de la boca de la guerrera—. ¡Oh, vaya! ¡Zarpa Candeal, ven a ver esto!

La aprendiza apareció saliendo de la guarida de los veteranos con otra bola de musgo.

—¡Cachorros! —exclamó—. ¿De dónde los habéis sacado?

Con la boca cerrada sobre el pescuezo del pequeño, Esquiruela no podía contestarles, de modo que se encaminó a la maternidad, mientras los entusiasmados aprendices llamaban a todo el clan para que viera aquello. Fronda se asomó desde la guarida de los guerreros, y abrió los ojos como platos al ver lo que llevaban Esquiruela y los demás.

—¡Pobres criaturitas! —exclamó sin aliento—. Dejadlos en la maternidad. Zarpa Candeal, ve enseguida a por Carbonilla. Betulo, busca a Estrella de Fuego y cuéntaselo. ¿Tú eres la madre de esos cachorros? —le preguntó a Dalia cuando la gata llegó trastabillando con Nimbo Blanco pegado a su costado—. No te preocupes, cuidaremos de todos vosotros.

Fronda entró en la maternidad por delante de Esquiruela y comenzó a juntar musgo y helechos para preparar un mullido y cálido lecho. La joven guerrera depositó con delicadeza a su cachorro en el centro del nido; hacía mucho que el gatito había dejado de retorcerse y estaba muy quieto. Su respiración era muy débil. Fronde Dorado y Zancudo dejaron también a sus pequeños, y Dalia se tumbó junto a ellos, olfateándolos con nerviosismo.

—Zarpa Candeal dice que habéis traído unos cachorros. ¿Puedo verlos? —preguntó Acedera, asomando la cabeza en la maternidad. Al ver a Dalia y su camada, se aproximó—. Oh, son preciosos —ronroneó—. Espera, déjame ayudarte.

Y empezó a lamer al que tenía más cerca, pasándole la lengua a contrapelo para que entrara en calor.

A Esquiruela le sorprendió que Acedera se mostrara tan interesada en los cachorros, hasta que advirtió lo hinchada que tenía la barriga y que su olor había cambiado. «Debe de estar embarazada —pensó—. Y el padre será sin duda Fronde Dorado. ¡Es genial! El Clan del Trueno necesita sangre nueva».

Dalia, Acedera y Fronda se concentraron en lamer vigorosamente a los gatitos, que pronto comenzaron a moverse, soltando débiles sollozos. La minina doméstica no levantó la mirada hasta que los tres revivieron lo bastante como para hundir el hocico en su vientre y ponerse a mamar.

—Les habéis salvado la vida —murmuró—. Pensaba que iban a morir todos…

Entonces apareció Carbonilla, seguida de Hojarasca Acuática con un puñado de hierbas. Esquiruela se arrimó a su hermana y le susurró:

—¿Tú crees que Acedera está embarazada?

Hojarasca Acuática dejó las hierbas cerca de Dalia.

—¡Por supuesto que está embarazada! —exclamó—. Cualquiera podría verlo. ¿Dónde has tenido la cabeza en la última media luna?

Esquiruela agitó las orejas. Hojarasca Acuática no solía tener tan mal genio. Notó una fuerte emoción procedente de su hermana, en oleadas, pero fue incapaz de distinguir de qué se trataba.

Carbonilla rodeó a Zancudo para acercarse a Dalia y los cachorros.

—¿Qué es esto, una Asamblea? Quien no tenga nada que hacer aquí, ¡fuera! Dejadnos espacio para respirar.

Tras lanzar una última mirada a los recién llegados, Esquiruela se marchó con Zancudo y Fronde Dorado. Mientras salía al claro, la joven oyó decir a Carbonilla:

—Dalia, te he traído unas hierbas que os darán fuerza a ti y a tus pequeños. No te preocupes. Todos vais a estar bien.

En el claro, los aprendices estaban charlando emocionados, con el musgo viejo abandonado en el suelo. Justo delante de la maternidad, Nimbo Blanco estaba informando a Estrella de Fuego, y muchos otros gatos se habían apiñado a

su alrededor para escuchar. La guerrera vio a Zarzoso entre ellos. El atigrado parecía desaprobar su decisión de traerlos al campamento… pero, bueno, últimamente Zarzoso parecía desaprobarlo todo.

Él no era el único que se mostraba molesto por la llegada de Dalia.

—¿Cuánto tiempo vas a permitir que se queden aquí? —le preguntó Manto Polvoroso al líder.

Estrella de Fuego agitó la punta de la cola.

—Eso dependerá de muchas cosas. ¿Cuánto tiempo querrán quedarse?

—Yo no creo que Dalia quiera volver nunca al cercado de los caballos —maulló Nimbo Blanco—. Los Dos Patas se llevaron a la camada de Pelusa, así que, cuando nacieron sus hijos, ella decidió marcharse para ponerlos a salvo.

—Ésa es una muy buena razón —repuso Estrella de Fuego.

—¿Eso significa que permitirás que se queden en el clan? ¿Para siempre? —El tono de Zarzoso era claramente desafiante—. ¿Cuatro mininos domésticos?

Esquiruela notó que le subía un gruñido desde lo más hondo de la garganta. ¿Acaso Zarzoso había olvidado que Estrella de Fuego fue en otro tiempo un minino casero, y que ella misma compartía esa sangre?

—No hay más que echarle un vistazo a esa gata para darse cuenta de que probablemente no ha matado un ratón en su vida —continuó Zarzoso, antes de que Esquiruela pudiera protestar—. Necesitará mucha ayuda para vivir en el bosque.

—Cierto —admitió Estrella de Fuego—. Pero el Clan del Trueno necesita más gatos jóvenes. Sólo tenemos dos aprendices, y, aunque los hijos de Acedera serán muy bien recibidos, no empezarán a entrenar hasta dentro de algunas lunas.

Fronde Dorado y Acedera, que habían salido de la maternidad y se habían acercado a sus compañeros, intercambiaron un guiño de orgullo.

—Pero ¡éstos son mininos domésticos! —insistió Zarzoso con desdén—. ¿Cómo van a aprender…?

—¿Qué es lo que has dicho? —Nimbo Blanco se volvió para encararse al atigrado, con ojos llenos de rabia—. ¿Has olvidado que el líder de tu clan fue minino casero? ¿Que yo mismo lo fui? Te enseñaré que un minino doméstico es capaz de arrancarte las orejas en cualquier momento.

Zarzoso dio un paso atrás, con ojos llameantes. Los demás se quedaron impactados, incluso la pareja de Nimbo Blanco, Centella. Esquiruela ignoraba que el guerrero blanco siguiera siendo tan susceptible con su origen doméstico.

Sus compañeros de clan nunca lo mencionaban; además, había llegado al Clan del Trueno siendo apenas un cachorrito, mucho antes de que Esquiruela naciera.

—Si Nimbo Blanco no te da un zarpazo, lo haré yo —bufó la joven, situándose junto a Nimbo Blanco y fulminando con la mirada a Zarzoso.

—Ya basta. —Estrella de Fuego se interpuso entre los enfurecidos adversarios—. Envainad las uñas. Aquí no va a pelear nadie.

—Gracias por defendernos —maulló una voz queda a sus espaldas. Dalia había aparecido en la entrada de la maternidad—. No he podido evitar oír lo que estabais diciendo. Al dejar mi casa, no pretendía… unirme a nadie; sólo quería salvar a mis hijos de lo que le haya sucedido a la camada de Pelusa. Si tenernos aquí supone un problema, nos marcharemos en cuanto mis cachorros estén lo bastante fuertes para viajar.

—No hay ningún problema —la tranquilizó Nimbo Blanco.

—Podéis quedaros todo el tiempo que desees —añadió Estrella de Fuego, situándose ante la minina—. Pero, si decides marcharte, deberás pensar muy bien adónde vas a ir. La vida de los solitarios es muy dura. ¿Estás acostumbrada a cazar tu propia comida?

—Seguro que sí —intervino Esquiruela, antes de que la gata pudiera responder—. Centeno y Cuervo cazaban ratones en su granero, así que, ¿por qué no iban a hacer lo mismo Dalia y sus compañeros?

Dalia negó con la cabeza, un poco azorada.

—No. Nosotros…

—No, estaba demasiado gorda y desganada para correr lo suficiente —la interrumpió Hollín, lo bastante alto para que todos lo oyeran.

Esquiruela se alegró de que Musaraña le soltara un bufido y un manotazo en la oreja; de haber estado lo bastante cerca, ella habría hecho lo mismo.

—Los Pelados nos daban de comer —explicó Dalia, parpadeando nerviosamente—. A veces cazábamos ratones en el granero, pero allí no hay muchos. En cualquier caso, supongo que aquí fuera será mucho más difícil.

—Tienes razón. Lo es —maulló Estrella de Fuego—. Aun así, te enseñaremos a hacerlo si decides quedarte. Y entrenaremos a tus cachorros según nuestras costumbres.

—No tienes que decidirlo ahora mismo —señaló Nimbo Blanco—. ¿Por qué no vuelves con tus cachorros? Necesitas descansar.

—No tomaremos ninguna resolución sin hablar contigo —añadió Estrella de Fuego. Luego se volvió hacia los aprendices, que revoloteaban alrededor del

grupo con los ojos como lunas llenas—. Betulo, por favor, tráele a Dalia una pieza del montón de carne fresca.

El aprendiz salió disparado.

—Vamos, Dalia —maulló Nimbo Blanco—. Todo te parecerá mejor cuando hayas comido y descansado.

Esquiruela vio que Centella parecía un poco desconcertada cuando su compañero hundió la nariz en el costado de la minina. La guerrera se quedó mirando cómo los dos iban hacia la maternidad, aunque luego le susurró a Zarpa Candeal:

—Tu padre está haciendo lo correcto. Dalia está exhausta, y debe de estar muy preocupada por sus cachorros.

Y dicho esto, corrió hacia Nimbo Blanco y la gata canela.

—¿Necesitas ayuda con los cachorros? —le preguntó.

Dalia se volvió y soltó un gritito alarmado al ver a Centella.

—¿Qué le ha pasado a tu cara?

Esquiruela estaba tan acostumbrada a ver las heridas que la jauría de perros le había provocado a Centella, que ya no reparaba en ellas. Pero entendió que Dalia se asustara al encontrarse frente a las cicatrices rosadas, las calvas y la cuenca del ojo vacía.

«Aunque podría disimular un poco —pensó, malhumorada—. ¡Pobre Centella!».

—Me atacaron unos perros —respondió Centella.

Y dicho eso, bajó la cabeza y le ocultó a la minina el lado herido de su rostro. Luego retrocedió para que Nimbo Blanco y Dalia entraran solos en la maternidad, y ella se dirigió a la guarida de los guerreros.

—¿Quieres salir a cazar? —le preguntó Cenizo a Esquiruela, que pegó un salto al oírlo tan cerca de ella—. Parece que tu patrulla no ha tenido muchas oportunidades de traer carne fresca.

—Es cierto —admitió la joven—. Vámonos.

—A partir de ahora, necesitaremos más presas —señaló Cenizo mientras iban hacia el túnel de espinos—. ¡Cuatro bocas más que alimentar!

A Esquiruela le gustó la calidez de su tono. Cenizo estaba siendo mucho más hospitalario con los recién llegados que Zarzoso, con sus comentarios mordaces sobre los mininos domésticos. «Yo misma soy medio minina doméstica —pensó—. ¿Acaso crees que yo tampoco debería ser guerrera, Zarzoso?».

Bajando la cabeza para seguir a Cenizo a través del zarzal, Esquiruela dejó a

un lado los pensamientos sobre Zarzoso. Poco importaba de dónde procediera Dalia. El Clan del Trueno necesitaba gatos jóvenes, después de los que habían muerto durante la hambruna y el viaje al lago. Y la llegada de Dalia podía ser exactamente lo que necesitaban.



10

Hojarasca Acuática dejó las hierbas que llevaba y se quedó mirando a la gata canela.

—Carbonilla dice que tienes que comerte esto.

Dalia la miró adormilada y levantó la cabeza. Estaba tumbada en medio del espeso musgo de la maternidad. En los dos días transcurridos desde su llegada al campamento, ella y sus hijos se habían recuperado casi por completo de su agotador periplo. Dalia volvía a tener el pelo tan suave como la seda, y los tres cachorros estaban acurrucados en un montón ronroneante.

—Sois todos muy amables —murmuró la minina.

Masticó las hierbas obedientemente, arrugando la nariz ante el acre olor.

Con cuidado de no molestarlos, Hojarasca Acuática se inclinó a examinar a los tres gatitos.

—Son preciosos —maulló—. ¿Ya les has puesto nombre?

—Sí. El macho de color tostado como yo es Bayo, el gris es Ratón, y la gatita se llama Pinta. —Dalia fue tocándolos con la cola conforme los nombraba.

—También son perfectos como nombres de clan —aprobó Hojarasca Acuática—. Como aún son cachorros, podrían llamarse, por ejemplo, Bayito, Ratoncillo y Pequeña Pinta. Se lo diré a Estrella de Fuego.

Le pareció que Dalia dudaba un poco, como si no estuviera segura de querer que sus hijos formaran parte del clan, pero, antes de que pudiera decir nada, apareció Fronda con un ratón entre los dientes.

—Te he traído algo de comer —maulló la guerrera, dejando el ratón a su lado. Ronroneando, se acomodó en el musgo junto a los cachorros—. Ahora tienen muy buen aspecto. Seguro que tienes leche de sobra.

Hojarasca Acuática las dejó hablando de los pequeños y salió al claro. El tiempo seguía gris y frío, y por encima de su cabeza las ramas de los árboles entrechocaban por el viento.

Había pasado más de media luna desde su encuentro con Corvino Plumoso, pero el guerrero no había vuelto a dar señales de vida. La mitad del tiempo, Hojarasca Acuática flotaba en una bruma de felicidad, recordando su mirada y el olor de su pelaje.

Sin embargo, el resto del tiempo la atenazaba la culpabilidad por haber aceptado verlo de nuevo. Si fuese una auténtica curandera, ni siquiera estaría pensando en él. Intentaba más que nunca concentrarse en sus obligaciones, para convertirse en la gata que siempre había anhelado ser. Además, no quería que Carbonilla la riñera, y menos aún que sospechara que el guerrero del Clan del Viento ocupaba sus pensamientos.

Se encaminó hacia su guarida, pero se detuvo cuando una gata parda irrumpió a toda prisa por el túnel de espinos y frenó en seco en mitad del claro. Por un instante, Hojarasca Acuática creyó que era Acedera, y le dio un vuelco el corazón al pensar que les pasaba algo malo a los cachorros que crecían en su vientre. Pero entonces se dio cuenta de que se trataba de Musgosa, una de las reinas del Clan del Río.

—¡Hojarasca Acuática! —exclamó la gata, sin aliento—. ¡Gracias al Clan Estelar que estás aquí!

—¿Qué ocurre? —le preguntó la joven.

—Me envía Ala de Mariposa —contestó resollando—. Una enfermedad ha atacado al Clan del Río. Es mala… muy mala.

—¿Y Ala de Mariposa quiere que yo vaya?

Musgosa asintió.

—Dice que tú entenderás cuál es el problema.

Hojarasca Acuática tragó saliva, sintiendo como si se le hubiera atascado en la garganta un pedazo de carne fresca. Lo entendía demasiado bien. La advertencia de Plumosa —que los Dos Patas pondrían en peligro al Clan del Río— se había cumplido. Su sueño y el largo trayecto para avisar a Ala de Mariposa habían sido en vano.

Más gatos habían empezado a apiñarse en el claro. Estrella de Fuego apareció en la Cornisa Alta con Tormenta de Arena, mientras Centella y otros guerreros salían de su guarida. Dalia se asomó con cautela por la maternidad, y luego corrió hacia Nimbo Blanco y empezó a hablarle con apremio, agitando la

cola con nerviosismo.

Hollín le lanzó una mirada hostil a Musgosa.

—¿Por qué deberíamos permitir que nuestra curandera vaya hasta la otra punta del lago para ayudar al Clan del Río? Deberíais buscar ayuda en otra parte.

—¡Oh, vamos! —protestó Espinardo—. No es muy probable que el Clan del Viento los ayude, ¿no te parece? Y el Clan de la Sombra nunca se ha destacado por ser generoso con los otros clanes.

A Hojarasca Acuática la alivió ver que se acercaba Carbonilla.

—¿Qué sucede, Musgosa? —le preguntó la curandera—. ¿Tenéis problemas?

—Todo el Clan del Río tiene un problema —respondió la gata. Más tranquila, ahora que había recobrado el aliento, repitió lo que le había contado a Hojarasca Acuática—. La guarida de Ala de Mariposa está llena de gatos enfermos —maulló—. Todavía no ha muerto ninguno, pero, si no recibimos ayuda, morirán.

—¿Puedo ir? —suplicó Hojarasca Acuática. La corroía la culpabilidad por no haber hecho algo más por averiguar de qué podía tratarse la amenaza. Quizá era cierto que estaba perdiendo su facultad de hablar con el Clan Estelar—. ¡Por favor, Carbonilla!

La curandera y Estrella de Fuego intercambiaron una larga mirada. Luego, la gata maulló:

—Si Estrella de Fuego está de acuerdo…

El líder asintió.

—No podemos negarnos a ayudar a otro clan con problemas. Además, esa enfermedad, sea lo que sea, podría llegar hasta aquí. Hojarasca Acuática, intenta averiguar todo lo que puedas sobre ella.

—Lo haré —prometió la joven—. ¿Estás segura de que puedes arreglártelas sin mí? —le preguntó a Carbonilla, que, debido a su pata tullida, dependía de ella para recolectar la mayoría de las hierbas curativas que necesitaban.

—Por supuesto. El Clan del Trueno tiene mucha suerte de contar con dos curanderas… —Una sombra pasó brevemente por sus ojos.

Centella se adelantó.

—Yo podría ayudarte, Carbonilla —se ofreció—. Creo que conozco el aspecto de la mayor parte de las hierbas… al menos de las más comunes.

—Gracias, Centella. —La curandera se volvió hacia Hojarasca Acuática—. No hay ninguna razón para que no te vayas con Musgosa. Pero regresa en cuanto puedas. Y que el Clan Estelar te acompañe.

Hojarasca Acuática asintió y siguió a Musgosa fuera del campamento. Ya había empezado a repasar una lista de hierbas que podría necesitar: enebro, menta acuática, raíz de perifollo… Sacudió la cabeza. No sabría qué iba a precisar hasta que examinara a los gatos enfermos. «Clan Estelar, te necesito ahora —rogó en silencio—. Enséñame qué puedo hacer».

Cuando la joven curandera y Musgosa llegaron al territorio del Clan del Viento, un fuerte viento soplaba sobre la superficie del lago, alborotando el pelaje de ambas gatas.

Tras su desesperada carrera hasta el campamento del Clan del Trueno, Musgosa no podía ir demasiado deprisa y Hojarasca Acuática se ajustó a su ritmo. No tenía sentido correr como una loca hasta el Clan del Río si llegaba demasiado exhausta para ayudar.

Estaban ya aproximándose al cercado de los caballos cuando Hojarasca Acuática oyó un aullido. Al mirar hacia arriba, vio una patrulla de cuatro gatos del Clan del Viento que descendían la colina hacia ellas. Le dio un vuelco el corazón al distinguir la delgada figura de Corvino Plumoso corriendo sobre la hierba.

Ella y Musgosa se detuvieron a esperar que la patrulla las alcanzase. Oreja Partida lideraba el grupo; tras él, flanqueando a Corvino Plumoso, iban Cárabo y Manto Trenzado.

—Buenos días —las saludó Oreja Partida, inclinando la cabeza—. ¿Qué estáis haciendo en el territorio del Clan del Viento?

Su tono no era agresivo, sino formal, pero Hojarasca Acuática apenas registró sus palabras. Era demasiado consciente de cómo los ojos de Corvino Plumoso le abrasaban la piel, aunque no se atrevió a decirle nada, ni siquiera a mirarlo, con tantos gatos alrededor.

—Vamos de camino al territorio del Clan del Río —respondió Musgosa.

La gata no explicó por qué, y la joven curandera supuso que no deseaba que el Clan del Viento supiera que su clan estaba debilitado por una enfermedad.

—Y no nos hemos separado de la orilla del lago —intervino Hojarasca Acuática—, tal como decidieron los líderes en la Asamblea.

—Ya lo veo —maulló Oreja Partida—. Seguid adelante, entonces, y no dejéis…

—¿Por qué la estás mirando así? —gruñó Manto Trenzado—. ¿Acaso en el

Clan del Viento no hay bastantes gatas a las que cortejar?

Hojarasca Acuática se quedó de piedra. Manto Trenzado estaba dirigiéndose a Corvino Plumoso. La joven miró al guerrero gris, y vio que estaba tan consternado como ella.

—¡Por el gran Clan Estelar, Manto Trenzado! —bufó Oreja Partida—. No seas tan cabeza de chorlito. Ella es hermana de Esquiruela, ¿recuerdas? Esquiruela, con la que Corvino Plumoso viajó hasta el lugar donde se ahoga el sol.

—Así es… —maulló Corvino Plumoso con voz estrangulada—. Humm… Hojarasca Acuática, saluda a Esquiruela de mi parte, ¿quieres?

—Claro —respondió ella, inclinando la cabeza.

Musgosa arañó el suelo con impaciencia.

—¿Podemos continuar, por favor?

Oreja Partida asintió, despidiéndose de las gatas con un movimiento de la cola.

Antes de que hubiese dado un par de pasos, Hojarasca Acuática oyó un siseo a sus espaldas. Al volverse, vio que Corvino Plumoso la seguía.

—Reúnete conmigo en la isla al anochecer —susurró el guerrero, y añadió más fuerte—: ¡Y no te olvides de contarle a Esquiruela lo que te he dicho!

—Claro, lo haré.

La joven se estremeció de culpabilidad y emoción, hasta que pensó que todo su pelaje debía de estar resplandeciendo. Aquello no podía estar mal, ¿verdad?, si la hacía tan feliz.

—Corvino Plumoso, ¿vienes ya? —aulló Manto Trenzado.

El guerrero gris salió disparado sin mirar de nuevo a Hojarasca Acuática. Ella corrió por la orilla para alcanzar a Musgosa, sintiendo como si sus patas apenas tocaran el suelo.

Mucho antes de llegar al campamento del Clan del Río, Hojarasca Acuática captó el olor de la enfermedad. Flotaba pesadamente en el aire, como el hedor de la carroña en descomposición. Poco después, un escalofriante maullido ahogó el borboteo del arroyo que bordeaba el campamento. Musgosa le lanzó una mirada aterrorizada a Hojarasca Acuática, y vadeó a toda prisa la corriente para entrar en el campamento. La joven la siguió, sin reparar apenas en la helada agua que le empapó las patas y el pelo de la barriga.

Estrella Leopardina apareció entre los helechos que crecían en lo alto de la orilla, y esperó a que Musgosa y Hojarasca Acuática llegaran hasta ella. El espeluznante alarido no cesó.

—Hiedra ha muerto —anunció la líder. Su voz sonó tranquila, pero la joven curandera vio puro pavor tras sus ojos—. ¿Crees que podrás ayudarnos? —le preguntó a la joven del Clan del Trueno.

—No lo sabré hasta que hable con Ala de Mariposa. Iré directamente a su guarida… Conozco el camino.

—Enviaré a algunos de mis guerreros para que os ayuden —maulló Estrella Leopardina.

Hojarasca Acuática cruzó el campamento y descendió por el terraplén hasta la guarida de Ala de Mariposa, debajo de un espino. Todos los pensamientos sobre Corvino Plumoso habían desaparecido de su cabeza. Lo único que le importaba ahora era ayudar a los gatos enfermos.

De camino, se encontró con Paso Potente y Alcotán. Cargaban con el cuerpo inerte de una atigrada marrón a la que no conocía. Se apartó para dejarlos pasar, bajando la cabeza respetuosamente.

—¡Hojarasca Acuática! —exclamó Ala de Mariposa, con la voz llena de pánico. La curandera del Clan del Río salió disparada de su guarida y restregó el hocico contra el pelo de la joven—. ¡Sabía que vendrías!

La joven curandera captó el olor a miedo que emanaba de su amiga, más fuerte incluso que el hedor de la enfermedad.

—Cuéntame qué ocurre —maulló.

—¡Todos se están muriendo! —respondió, con los ojos dilatados de angustia —. ¡No sé qué hacer!

—Ala de Mariposa, tranquilízate —le ordenó—. Tu clan se dará por vencido si ve que su curandera es presa del pánico. Ahora debes ser fuerte y darles ánimos.

Ala de Mariposa respiró hondo.

—Lo lamento —maulló al cabo de un instante—. Tienes razón, Hojarasca Acuática. Ya estoy bien.

—Cuéntame qué ocurre —repitió.

—Ven a verlo.

Ala de Mariposa la guió hasta su guarida. Cerca de la entrada, protegida por las retorcidas ramas del espino, había una cachorrita negra. Tenía los ojos cerrados, y Hojarasca Acuática tuvo que observarla con atención unos instantes

para comprobar que su respiración era muy débil.

Junto a ella, había otros dos cachorros más: otra negra, que estaba inconsciente como la primera, pero respiraba mejor, y uno gris que sacudía las patas en espasmos y gemía débilmente.

Más allá, a lo largo de la ribera, había cuatro guerreros tumbados en improvisados lechos de hojas secas, junto con un gato más joven que parecía un aprendiz. Hojarasca Acuática reconoció el pelaje gris claro de Flor Albina y a Musgaño, que se había convertido en guerrero hacía poco.

Se agachó junto a Flor Albina, que estaba más cerca, y le tocó la barriga con suavidad. La gata se quejó e intentó apartarse. Hojarasca Acuática le dio un lametazo tranquilizador y miró a Ala de Mariposa.

—Me recuerda a cuando los veteranos enfermaron por beber agua contaminada —maulló—. Aunque no huele igual. Me pregunto…

—Pero ¡aquello fue culpa mía! —gimió Ala de Mariposa—. Debería haber detectado el olor a conejo muerto en aquella charca.

—No podías: tenías las zarpas llenas de bilis de ratón —le recordó Hojarasca Acuática—. Y esta enfermedad tampoco es culpa tuya.

—¡Sí que lo es! —Ala de Mariposa hundió las garras en la tierra—. Si yo fuera una auténtica curandera, sabría qué hacer por mi clan.

—Eso es una tontería —replicó la joven gata con dureza—. Tú eres una auténtica curandera. No has hecho nada para causar esta enfermedad, pero tenemos que averiguar de dónde procede.

—No he tenido tiempo de inspeccionar el territorio desde que el primer gato cayó enfermo. Sea como sea, todos los arroyos tienen el agua clara y limpia, y no hay ni rastro de basura de los Dos Patas en el lago. —Volvió a arañar el suelo —. Soy una curandera inútil. Arcilloso nunca debería haberme escogido.

—Eso es otra tontería, y lo sabes —maulló Hojarasca Acuática con más delicadeza, pasándole la cola por el pelo—. ¿Y qué me dices del ala de mariposa que Arcilloso encontró delante de su guarida? Fue una señal evidente de que el Clan Estelar quería que fueses su aprendiza —declaró, y al ver que su amiga estaba a punto de replicar, continuó a toda prisa—: Explícame qué has estado haciendo con estos gatos enfermos.

—Les he dado menta acuática para el dolor de estómago, y al ver que eso no servía, he probado también con bayas de enebro. Eso parece haber mitigado un poco el dolor, pero los enfermos no mejoran.

—Humm… —La joven curandera repasó mentalmente su lista de remedios

—. Si han comido algo venenoso, deberíamos intentar que vomitaran. ¿Tienes hojas de milenrama?

—Unas pocas. Pero no suficientes para todos los enfermos.

—Entonces alguien tendrá que ir a por más.

Mientras estaba hablando, Hojarasca Acuática vio que Vaharina y un joven guerrero negro al que no conocía descendían por la pendiente hacia ellas. Vaharina la saludó moviendo la cola.

—Nos envía Estrella Leopardina para que os ayudemos —maulló.

—Gracias —contestó la joven—. Necesitamos hojas de milenrama.

—Yo las traeré —se ofreció de inmediato el guerrero negro, inclinando la cabeza ante Hojarasca Acuática—: No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Al fijarse en su esbelta figura y sus orejas pequeñas y perfectas, la curandera del Clan del Trueno se dio cuenta de que lo conocía, pero no recordaba su nombre. Negó con la cabeza.

—Lo siento, creo que no.

—Soy Juncal —maulló el guerrero negro—. Me salvaste la vida cuando me sacaron del río, en nuestro antiguo hogar.

—Entonces se llamaba Junquillo —añadió Vaharina.

Hojarasca Acuática se quedó sin habla un instante al recordar al gato que Vaharina había sacado del río desbordado. Ala de Mariposa no había sabido qué hacer para que el joven volviera a respirar, y la entonces aprendiza de curandera tuvo que hacerse cargo de la situación. El espíritu de Jaspeada había estado a su lado todo el tiempo, guiando sus pasos para que el aprendiz reviviera.

—Me alegro de volver a verte —maulló brevemente, ya que no quería recordarle a Ala de Mariposa otra ocasión en la que se había dejado llevar por el pánico—. Necesitamos toda la milenrama que puedas traer, y rápido. ¿Sabes dónde encontrarla?

—Hay unas buenas matas en la zona del cercado de los caballos —respondió Ala de Mariposa antes de que él pudiera decir nada.

Juncal ondeó la cola.

—Voy enseguida. Ahora tengo un aprendiz —añadió—, Torrentino. Me lo llevaré conmigo para poder traer más.

—¡Y traed también bayas de enebro! —le pidió Hojarasca Acuática cuando el guerrero ya había dado media vuelta y se alejaba corriendo—. ¡Hay unos arbustos en lo alto de la ladera que lleva a la ciénaga!

Juncal se detuvo un instante y sacudió la cola para asentir, y luego

desapareció colina arriba.

—Muy bien, Ala de Mariposa —maulló Hojarasca Acuática—. ¿Dónde está la milenrama que te queda? Empezaremos con ella mientras esperamos a que vuelva Juncal.

—Decidme primero qué puedo hacer yo —dijo Vaharina—. ¿Necesitáis más hierbas?

—Por ahora no —contestó la joven curandera—. Pero podrías inspeccionar el territorio, a ver si encuentras qué puede haber provocado esto.

Vaharina pareció desconcertada.

—¿Qué clase de cosas he de buscar?

Hojarasca Acuática movió la cabeza; no quería decir nada que revelase que la advertencia le había llegado en sueños a ella, y no a la curandera del Clan del Río.

—Ojalá lo supiera. Algo inusual, especialmente cualquier cosa que no huela bien. Busca algo que los Dos Patas hayan podido hacer o dejar abandonado.

—¿Los Dos Patas? ¿Por aquí? —Vaharina ladeó la cabeza—. Bueno, supongo que sabes lo que dices. Enviaré varias patrullas con todos los guerreros disponibles.

Lanzó una mirada de pena a la hilera de gatos tumbados a lo largo de la ribera, y luego desapareció colina arriba.

Mientras tanto, Ala de Mariposa había ido hasta su guarida y volvió con un fardo de hojas de milenrama que dejó a los pies de Hojarasca Acuática. La joven gata parpadeó abatida al ver la poca cantidad que tenía, pero al menos parecían razonablemente frescas.

—De acuerdo. Comencemos con los cachorros —maulló—. Aquí hay bastante para los tres, y con un poco de suerte Juncal regresará pronto. —Empujó con el hocico al cachorro gris, que seguía retorciéndose de dolor y gimiendo quedamente; la joven curandera sintió un escalofrío al comprobar que estaba más débil que antes, a pesar de que había pasado muy poco tiempo—. Ayúdame a moverlo un poco —le pidió a Ala de Mariposa—. No queremos que vomite en el mismo sitio donde tiene que dormir.

Con toda la delicadeza de la que fueron capaces, las curanderas lo acercaron a la ribera y lo dejaron sobre un blando colchón de musgo. Hojarasca Acuática mascó una única hoja de milenrama, y luego la introdujo en la boca abierta del cachorro.

—Trágatelo —le ordenó, aunque no estaba segura de que pudiera oírla.

La pequeña garganta de la cría se estremeció al intentar escupir los amargos pedacitos de la hoja. Sin embargo, algunos debieron de llegar al estómago, porque al cabo de un momento vomitó una mucosidad de olor nauseabundo. Los sollozos del gatito cesaron, y se quedó desmadejado y tembloroso, mirando a Hojarasca Acuática.

—Bien hecho. —La joven le acarició la cabeza—. Ahora quiero que te comas una baya de enebro por mí, y luego podrás dormir. ¿Ala de Mariposa?

La curandera del Clan del Río ya estaba a su lado con la baya. La aplastó con cuidado, y luego la sostuvo delante del cachorro, de modo que el pequeño pudiera tomársela, y le masajeó la garganta para asegurarse de que se la tragaba. El ronroneo de la atigrada —después del ataque de pánico inicial, Ala de Mariposa se había calmado— tranquilizó al cachorro, y ya estaba dormido cuando las dos amigas lo trasladaron de nuevo hasta su lecho.

—Creo que mejorará —murmuró Hojarasca Acuática, lanzando una súplica silenciosa al Clan Estelar—. Vamos a por el siguiente.

El próximo era una de las cachorritas, que seguía durmiendo, aunque se despertó cuando las curanderas la trasladaron al borde del arroyo.

—Me duele la barriga —se quejó.

—Con esto te sentirás mejor —le prometió Hojarasca Acuática, metiéndole una hoja de milenrama en la boca.

La gatita la escupió de inmediato.

—¡Puaj, está asqueroso!

—Palometa, haz lo que te dicen y trágatelo —le espetó Ala de Mariposa secamente.

—No quiero… —Su protesta quedó interrumpida por un gemido al sufrir otro retortijón.

Ala de Mariposa aprovechó la ocasión para volver a meterle la hoja de milenrama en la boca, mientras Hojarasca Acuática le masajeaba la garganta. Palometa gimió de nuevo, y, como su hermano, enseguida vomitó una mucosidad apestosa.

—Ahora toma una baya de enebro —maulló la curandera del Clan del Río, metiéndosela de golpe cuando la pequeña abrió la boca para protestar.

—El enebro sabe horrible… —susurró la gatita, pero su voz se fue apagando a medida que se iba quedando dormida, sin dejar de quejarse.

Las curanderas la trasladaron hasta su lecho y examinaron a la otra gatita, la que parecía más débil.

A Ala de Mariposa se le dilataron los ojos de angustia.

—Creo… creo que está muerta.

Hojarasca Acuática se inclinó sobre la cachorrita y notó que una débil respiración le agitaba los bigotes.

—No. Aún está viva. —Intentó sonar esperanzada, aunque temía que la gatita estuviera a punto de unirse a las filas del Clan Estelar. «No si yo puedo evitarlo», se dijo—. Creo que no deberíamos moverla. Trae una hoja de romaza para que pueda vomitar sobre ella.

La curandera del Clan del Río corrió hacia donde crecía la romaza, al borde del arroyo, y arrancó una gran hoja. Mientras tanto, Hojarasca Acuática mascó más milenrama. Todos sus esfuerzos por despertar a la gatita fueron en vano, de modo que Ala de Mariposa tuvo que separar las mandíbulas de la pequeña, mientras su amiga le metía la hoja mascada lo más profundamente que pudo.

La gatita tuvo una arcada, y escupió sobre la hoja de romaza unos pedacitos de milenrama con mucosidad, antes de quedarse inmóvil de nuevo.

—No es bastante —maulló Ala de Mariposa, preocupada.

—No, pero es mejor que nada. La dejaremos descansar un poco y luego probaremos de nuevo.

Ya sólo quedaban dos hojas de milenrama.

—Ahora deberíamos tratar a Fabuco —decidió Ala de Mariposa, señalando con la cola al joven, al final de la cola de guerreros enfermos—. Es el que está más débil, aparte de los cachorros.

Recogió las hojas de milenrama y se dirigió hacia allí. Hojarasca Acuática se disponía a seguirla, cuando reapareció Vaharina casi sin aliento.

—¡Hojarasca Acuática! —resolló la lugarteniente—. Creo que he encontrado algo. ¿Vienes a verlo?

La joven miró a Ala de Mariposa, que había vuelto atrás al ver que Vaharina había regresado.

—Vete, Hojarasca Acuática —maulló la curandera—. Ya me las arreglaré.

La joven curandera echó un vistazo a los cachorros antes de irse con Vaharina. Para su alivio, vio que justo en ese momento Juncal y su aprendiz estaban cruzando el campamento con la boca llena de milenrama.

—¡Genial! —exclamó—. Llevádsela enseguida a Ala de Mariposa, por favor.

—Por supuesto —masculló Juncal—. Luego iremos a por enebro.

La lugarteniente del Clan del Río guió a Hojarasca Acuática por lo alto de la

ribera hasta una barrera de espinos que se extendía de un arroyo a otro, impidiendo el acceso de cualquier intruso al campamento. Después de atravesar un estrecho túnel, modelado por el paso de muchos felinos, Vaharina siguió el arroyo más pequeño hasta una pendiente escarpada, en dirección a la frontera con el Clan de la Sombra.

Un poco más allá, la ladera se transformó en un despeñadero empinado y arenoso, donde sobresalían algunas rocas que las gatas tuvieron que trepar, porque el arroyo descendía en forma de cascada en aquella zona. Hojarasca Acuática redujo el ritmo para no resbalar en la piedra húmeda. Vaharina la esperó en la cima, donde la corriente fluía a borbotones entre peñascos cubiertos de musgo.

—Ya falta poco —aseguró la guerrera.

Hojarasca Acuática se detuvo a recuperar el aliento y a saborear el aire. Captó el leve tufo del Sendero Atronador, que servía como frontera entre el Clan del Río y el Clan de la Sombra, pero el olor a monstruos mecánicos era débil y rancio, como si hiciera mucho que hubieran estado allí. Irguió las orejas al identificar otro olor; le resultaba desconocido, pero le recordó al hedor de la enfermedad que ahora invadía la guarida de Ala de Mariposa. Miró a Vaharina.

—Por aquí —indicó la lugarteniente.

La pestilencia aumentó al acercarse a la frontera con el Clan de la Sombra, y Hojarasca Acuática estaba ya empezando a preguntarse si el problema no estaría en el territorio del Clan del Río, sino en el del clan vecino, cuando Vaharina rodeó un avellano y se internó de nuevo en su territorio. Alcotán y Prieto aguardaban a unos zorros de distancia, en un pequeño claro bordeado de zarzales. El guerrero de ojos azules como el hielo se volvió hacia ellas al oír que alguien se acercaba y erizó el pelo del cuello, pero se relajó al ver que eran ellas.

—Sin novedad —informó—. Todo ha estado tranquilo desde que te has ido.

—Ni rastro del Clan de la Sombra —apostilló Prieto.

Hojarasca Acuática se preguntó por qué al guerrero del Clan del Río le preocupaba tanto el Clan de la Sombra, si no habían traspasado la frontera entre ambos territorios. Tal vez le habría gustado culpar a sus vecinos de la enfermedad.

—Esto no tiene nada que ver con el Clan de la Sombra —maulló Vaharina, cortante—. Es una cosa de los Dos Patas, tal como suponías, Hojarasca Acuática. Ven a verlo, pero no te acerques demasiado.

Alcotán y Prieto se apartaron para dejar a la vista un objeto liso y redondo

del tamaño de un tejón, tirado en el extremo más alejado del claro y semioculto por las zarzas. Era duro y reluciente, como los monstruos de los Dos Patas. Al aproximarse cautelosamente, Hojarasca Acuática vio que una parte de la lisa superficie estaba aplastada y rota. Un líquido espeso se filtraba por la grieta, goteando hasta el suelo, donde había formado un charco de un verde plateado. Vio también restos del líquido a cierta distancia, lo que indicaba que algunos gatos u otros animales habían pisado el charco y se habían llevado en las patas la pegajosa sustancia.

La joven curandera abrió la boca para hablar, pero empezó a toser cuando aquel hedor nauseabundo se le metió en la garganta.

—¡Seguro que eso es el motivo de todo! —exclamó con un grito ahogado—. Esa cosa sin duda podría matar a un gato; incluso parece maligna.

—Y huele fatal —gruñó Alcotán, arrugando la nariz con asco.

—No lo entiendo… —maulló Prieto—. Seguro que ningún gato sería tan descerebrado como para beberse esa cosa.

—El descerebrado eres tú —replicó Vaharina—. ¿Es que no ves que los gatos se lo han llevado en las patas? Lo pisas de forma accidental, luego te lavas con la lengua, y ya está.

—También lo habrán pisado otros animales —coincidió Hojarasca Acuática —. Por ejemplo, ratones. Si los gatos los cazan y se los comen, pueden envenenarse así.

Vaharina se mostró horrorizada.

—Eso significa que, a estas alturas, podría estar por todo el territorio.

—No creo que las cosas estén tan mal —maulló la joven curandera—. Tendrás que advertir a todos los gatos de que se mantengan alejados de esta zona durante un tiempo, pero cualquier presa que haya pisado esto habrá muerto antes de llegar muy lejos. No parece muy probable que las hayan cazado en ningún otro sitio.

Vaharina asintió.

—Se lo comunicaré de inmediato a Estrella Leopardina.

—Ya sería hora… —le comentó Alcotán a Prieto en voz baja—. Si las patrullas se hubieran organizado como es debido, habríamos descubierto esto hace mucho.

Hojarasca Acuática se quedó de piedra. Las patrullas eran responsabilidad de los lugartenientes, de modo que Alcotán estaba criticando a Vaharina prácticamente en su cara. Recordó que, en su antiguo hogar del bosque, los Dos

Patas atraparon a Vaharina, y que mientras ella estaba desaparecida, Alcotán la había sustituido como lugarteniente. Para el atigrado tuvo que ser muy duro volver a ser un guerrero más cuando Vaharina regresó, pero ésa no era razón para cuestionar la autoridad de su lugarteniente ante otros gatos. Además, su argumento ni siquiera era cierto: el territorio de un clan era demasiado grande para que las patrullas descubrieran de inmediato cualquier peligro.

La joven curandera vio que Prieto asentía, dando la razón a Alcotán mientras miraba con hostilidad a Vaharina. ¿Acaso consideraba que el atigrado debería seguir siendo lugarteniente? Hojarasca Acuática se preguntó si Alcotán estaría intentando reunir seguidores que le fueran leales a él, y no al clan.

Vaharina había echado a andar hacia el campamento. Si había oído algo, no dio muestras de ello.

—¡Buscaremos espinos y construiremos una barrera en torno a esa cosa! —se ofreció Alcotán, alzando la voz para que lo oyera Vaharina—. Venga, Prieto —añadió, en voz más baja—. No queremos que nadie se acerque aquí, ni gatos ni presas. Alguien tiene que cuidar del clan.

Fue hacia el arbusto más cercano y empezó a tirar de una rama de espino seca. Prieto se apresuró a colaborar, arrastrándola hacia la cosa de los Dos Patas y su pestilente charco.

—Lavaos bien las patas cuando hayáis terminado —les aconsejó Hojarasca Acuática, fingiendo que no había oído las palabras de Alcotán—. Pero con agua, no con la lengua.

—Bien pensado —contestó el atigrado, y se fue a por otra rama.

La joven curandera echó a correr para alcanzar a Vaharina.

—Hay una cosa que no entiendo —maulló cuando el asfixiante olor empezó a disiparse a sus espaldas—. ¿Cómo cayeron enfermos los cachorros? Son demasiado pequeños para estar tan lejos de la maternidad, ¿no?

Vaharina soltó un suspiro de exasperación.

—El otro día se escaparon del campamento y salieron a explorar por su cuenta. Fue idea de Palometa. Se le pueden ocurrir más formas de meterse en problemas que estrellas tiene el Manto Plateado. La verdad es que, cuando tenga un mentor que la vigile, estaré mucho más tranquila.

—Son demasiado pequeños para haber cazado alguna presa por aquí, así que debieron de encontrarse con esa cosa de los Dos Patas. —Hojarasca Acuática se estremeció ante la imagen de los cachorros metiendo las patas en ese repugnante líquido verde—. ¿Y no le contaron a nadie lo que habían encontrado? —le

preguntó a Vaharina, que negó con la cabeza—. Los otros gatos habrán enfermado con presas envenenadas; de lo contrario, si hubieran visto esa cosa se lo habrían dicho a Estrella Leopardina.

—Los cachorros no dijeron ni una palabra —explicó la lugarteniente—. Me puse furiosa cuando los sorprendí intentando entrar de nuevo en el campamento a hurtadillas. Probablemente pensaron que ya tenían bastantes problemas… —Enmudeció de pronto—. Flor Albina es su madre. Los limpió a fondo cuando regresaron, y fue la primera adulta en caer enferma.

—Eso tiene sentido —maulló Hojarasca Acuática—. Tendré que hablar con esos cachorros cuando vuelvan en sí.

—¿Se recuperarán?

—Creo que sí. —No mencionó a la cachorrita negra que no había respondido al tratamiento con milenrama. Ala de Mariposa necesitaba más ayuda de la que ella podía darle para salvar a algunas de aquellas frágiles vidas—. Con la ayuda del Clan Estelar —añadió en voz baja.

El día casi había llegado a su fin cuando las dos gatas regresaron al campamento del Clan del Río. El sol crepuscular era un triste resplandor rojizo detrás de una barrera de nubes. Hojarasca Acuática apenas había reparado en lo rápido que había pasado el tiempo; le parecía que habían transcurrido unos segundos desde que Musgosa había irrumpido en la hondonada rocosa.

Al menos el campamento ahora estaba tranquilo; ningún gemido escalofriante anunciaba una nueva muerte. La mayor parte de los gatos estaban ya en sus guaridas para pasar la noche, aunque había dos o tres junto al montón de la carne fresca.

—Eso me recuerda algo —maulló Hojarasca Acuática—. Sería una buena idea examinar el montón de la carne y deshacerse de cualquier pieza que huela a esa cosa.

Vaharina asintió.

—Inspeccionaré también el campamento, por si alguien lleva restos de esa sustancia pegados en las patas. Y advertiré a todos que comprueben su pelaje, y que se laven en el arroyo si descubren alguna mancha sospechosa.

La gata se dirigió a la guarida de Estrella Leopardina para comunicarle las novedades. Hojarasca Acuática la observó mientras se alejaba, y luego entró en la guarida de Ala de Mariposa, que estaba inclinada sobre los gatos enfermos.

—¿Cómo va? —le preguntó a su amiga, que en ese momento examinaba a Flor Albina.

—Creo que bien. No ha muerto nadie, aunque Paso Potente también ha caído enfermo. —Señaló con la cola al corpulento veterano atigrado, que estaba hecho un ovillo en la orilla—. Le he dado milenrama, y no parece estar tan mal como los demás.

Hojarasca Acuática recordó que Paso Potente era uno de los que cargaban con la gata muerta a su llegada al campamento. Tal vez hubiera entrado en contacto con el veneno de esa forma. Alcotán iba con él, pero parecía estar sano y ahora sabía que debía evitar que esa cosa de los Dos Patas se le pegara al pelo.

—Hemos descubierto dónde está el problema.

Le describió a Ala de Mariposa dónde habían encontrado el reluciente objeto de los Dos Patas, y el líquido verdoso que salía de él.

La curandera del Clan del Río se estremeció.

—Entonces… ¡es cierto que los Dos Patas han sido los causantes del problema! —Sus ojos azules se clavaron en los de Hojarasca Acuática, y luego sacudió la cola—. Ven conmigo a ver cómo están los enfermos.

La joven curandera apenas había comenzado a olfatear a Flor Albina cuando captó un movimiento por el rabillo del ojo. Al final de la hilera de gatos enfermos había un cachorro; a la luz del anochecer, la curandera sólo pudo distinguir su pelaje grisáceo. Al principio pensó que sería uno de los hijos de Flor Albina que se había recuperado de forma espectacular, pero luego advirtió que era una cachorrita de más edad que no parecía enferma en absoluto.

—¡Ala de Mariposa, aquí! —llamó la gatita con apremio.

—¿Quién es ésa? —preguntó Hojarasca Acuática, siguiendo a su amiga a través de la fila de los pacientes dormidos.

—Es Blimina —contestó Ala de Mariposa, y sus ojos brillaron con afecto al llegar junto a la gatita gris—. Es hija de Musgosa. A menudo viene a ayudarme, y ya conoce casi todas las hierbas. Blimina, ésta es Hojarasca Acuática, del Clan del Trueno.

La pequeña inclinó la cabeza, pero parecía muy inquieta:

—Ala de Mariposa, creo que deberías examinar a Fabuco…

El aprendiz estaba despatarrado, arañando débilmente el suelo. Tenía los ojos desorbitados y vidriosos, y se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo por respirar.

—¿Qué le ocurre? —preguntó la gatita, con los ojos dilatados de inquietud

—. Ninguno de los demás está así.

Ala de Mariposa vaciló, y fue Hojarasca Acuática la primera en reaccionar.

—¿Le has dado enebro? —le preguntó a su amiga.

—Sí, para el dolor de estómago. Debería haberle ayudado también a respirar mejor. Ojalá tuviéramos fárfara —añadió, sacudiendo la cola con frustración—. Ya ha florecido, pero lo que necesitamos son las hojas, y tardarán al menos una luna en aparecer.

Hojarasca Acuática pensó que era inútil desear una hierba de la que no disponían. Los esfuerzos de Fabuco por respirar eran cada vez más débiles; si no se les ocurría algo enseguida, moriría allí mismo, delante de ellas.

¿Y si lo que le ocurría a Fabuco no estuviera causado por la sustancia de los Dos Patas? Podría tratarse de un problema completamente distinto, y el joven aprendiz no disponía de mucho tiempo para que encontraran la respuesta.

—¿Es posible que se esté atragantando con algo? —sugirió.

No parecía que se estuviera ahogando, pero, al estar tan debilitado por el veneno, tal vez no podía toser para expulsar lo que tuviera en la garganta.

Ala de Mariposa abrió las mandíbulas del aprendiz, que se retorció para liberarse. Hojarasca Acuática examinó su garganta.

—Ahí hay algo, pero está muy adentro…

—Déjame probar —se ofreció Blimina.

De inmediato, metió su fina patita por la boca de Fabuco, soltó un leve sonido de satisfacción, y sacó una bola de hojas de milenrama a medio mascar enganchada en sus uñas.

—¡Bien hecho! —exclamó Hojarasca Acuática.

Cuando Ala de Mariposa lo soltó, el aprendiz se derrumbó temblando y tomando aire a grandes bocanadas.

—Blimina, tráele un poco de agua —le ordenó Ala de Mariposa.

La cachorrita corrió al borde del arroyo, arrancó un trozo de musgo y lo metió en el agua. Regresó de inmediato y estrujó el musgo sobre la boca de Fabuco. Poco a poco, el joven aprendiz dejó de resollar y de temblar, se ovilló y cerró los ojos.

Ala de Mariposa tocó el hombro de la cachorrita con la punta de la cola.

—Le has salvado la vida a Fabuco —maulló—. Me aseguraré de que lo sepa cuando despierte.

Los ojos de Blimina centellearon de alegría.

—¿Esto es lo que se siente al ser curandera? —preguntó—. ¡Es lo mejor del

mundo!

—Lo sé. —Hojarasca Acuática ronroneó comprensiva—. Recuerdo la primera vez que apliqué raíz de lampazo a una mordedura de rata. ¡Casi no podía creérmelo cuando la herida empezó a sanar!

—Y no te olvides del día en que salvaste a Juncal cuando estuvo a punto de ahogarse —maulló Ala de Mariposa—. Y eso que entonces sólo eras aprendiza.

Hojarasca Acuática le dedicó un afectuoso guiño a su amiga, agradecida de que fuera tan generosa como para recordar eso.

—No hay nada comparable a poder ayudar a tus compañeros de clan —le confesó a Blimina—. No se me ocurre otra forma en la que querría vivir mi vida.

—Pero no creas que una está salvando vidas a diario —añadió Ala de Mariposa, burlona, mirando con cariño a la gatita—. La mayor parte del día la pasamos ocupándonos de tareas rutinarias.

—Pero esas tareas son importantes, ¿verdad? —quiso saber Blimina.

—Por supuesto que sí. Ahora quiero que hagas algo importante por mí. Quédate con Fabuco, y llámame enseguida si hay algún cambio en su respiración.

—Sí, Ala de Mariposa. —Blimina se sentó junto al aprendiz, con los ojos clavados en él y la cola enroscada alrededor de las patas.

La curandera del Clan del Río y Hojarasca Acuática se fueron a examinar a los demás enfermos. La joven atigrada no pudo evitar preguntarse si Ala de Mariposa había encontrado ya a la aprendiza perfecta, y de inmediato pensó en cómo iba a ser mentora de nadie si no podía transmitir ningún conocimiento del Clan Estelar.

Se obligó a dejar a un lado esa cuestión mientras examinaban a los gatos enfermos. Todos estaban durmiendo. Hojarasca Acuática empezaba a creer que todos iban a recuperarse, aunque Flor Albina seguía estando muy débil.

Finalmente, llegaron junto a los tres cachorros, que descansaban en el lecho musgoso que había en la entrada de la guarida de Ala de Mariposa. El gatito gris estaba durmiendo, pero Palometa tenía los ojos abiertos.

—¡Tengo hambre! —gimió.

—Ésa es una buena señal —le comentó Hojarasca Acuática a su amiga—. Significa que el veneno ha desaparecido.

—Tu madre no puede alimentarte ahora —maulló Ala de Mariposa, lanzando una mirada a la inmóvil Flor Albina—. Si quieres, puedes beber un poco de agua.

Palometa puso cara de ir a quejarse otra vez, pero luego se levantó trastabillando y dio unos pasos hacia el arroyo, donde se agachó a beber. La joven curandera del Clan del Trueno no le quitó el ojo de encima, por si perdía el equilibrio y caía al agua.

—Hojarasca Acuática… —susurró la voz de Ala de Mariposa, tensa.

La joven se volvió. Su amiga se había inclinado a olfatear a la cachorrita más debilitada; al levantar la cabeza, la pena empañaba sus ojos azules.

—Creo que hemos llegado demasiado tarde con la milenrama. Está muerta.

Hojarasca Acuática empujó delicadamente el cuerpecillo con el hocico. Ala de Mariposa tenía razón. La cachorrita se había unido a las filas del Clan Estelar. «Cuidad de ella —pidió en silencio—. Es tan… pequeñita…».

Palometa había acabado de beber y estaba subiendo la ribera a trompicones.

—No digas nada —le susurró Hojarasca Acuática a Ala de Mariposa, cubriendo con musgo el cuerpecito inmóvil para ocultarlo de la vista—. Por la mañana estarán más fuertes, y quizá Flor Albina esté despierta para consolarlos.

La gatita negra volvió a acomodarse en el blando musgo, y Hojarasca acuática se acercó a ella.

—Dime, Palometa, ¿tus hermanos y tú encontrasteis algo raro el día que estuvisteis fuera del campamento? ¿Algo que se hubieran dejado los Dos Patas?

A la gatita se le pusieron los ojos como platos.

—¿Sabes lo de «eso»?

Hojarasca Acuática asintió.

—Y también lo he visto. ¿Tocasteis ese líquido pegajoso? —Y al ver que la pequeña vacilaba, añadió—: No te preocupes, no vas a meterte en ningún lío.

Palometa dudó un instante más.

—Vale, lo tocamos —admitió—. Jugamos a correr por encima y a dejar huellas en la hierba. Luego reté a Guijeño a que bebiera un poco.

Ala de Mariposa soltó un respingo de la impresión.

—¿Cómo pudiste ser tan descerebrada? —le espetó.

—¿Y tu hermano se atrevió a beber? —quiso saber Hojarasca Acuática, tras silenciar a Ala de Mariposa con una mirada.

—Todos bebimos. —Palometa arrugó la nariz—. Estaba asqueroso.

—Sabes que eso es lo que os ha puesto enfermos, ¿verdad? —maulló Ala de Mariposa.

La cachorrita se quedó mirándola, abatida.

—¡No lo sabíamos!

—Por eso nunca debes tocar ni probar nada que no conozcas —le dijo la joven curandera—. Cuando seas aprendiza y puedas salir sola del campamento, tendrás que informar a tu mentor de cualquier cosa que encuentres. Ni siquiera en tu propio territorio todo es seguro. ¿Lo prometes?

—Vale —maulló Palometa. Cerró los ojos, pero volvió a abrirlos de golpe—. ¿Todo esto es culpa mía?

Hojarasca Acuática negó con la cabeza. La cachorrita ya tendría tiempo de culparse cuando descubriera que su hermana había muerto.

—No, pequeña —respondió—. Ahora, duérmete.

—¡No sé cómo puedes ser tan amable con ellos! —bufó Ala de Mariposa en voz baja cuando la gatita se quedó dormida—. Me gustaría arrancarles las orejas. ¡Todos estos problemas! ¡Y las muertes…!

—Sabes que serías incapaz de hacerles daño —contestó Hojarasca Acuática —. No son más que cachorros. No sabían lo que estaban haciendo. Además, no todo es culpa suya. Es probable que Flor Albina se intoxicara a través de ellos, pero los demás gatos se habrán contaminado solos o al comer presas envenenadas.

—Lo sé… —suspiró Ala de Mariposa—. Pero ¡creía que tendrían más sentido común!

La curandera del Clan del Río abrió la boca en un enorme bostezo.

—Estás agotada —le dijo Hojarasca Acuática—. ¿Por qué no te vas a dormir también? Yo me quedaré de guardia. Te despertaré cuando la luna esté en lo más alto.

Ala de Mariposa bostezó de nuevo.

—De acuerdo. Gracias, Hojarasca Acuática… Gracias por todo.

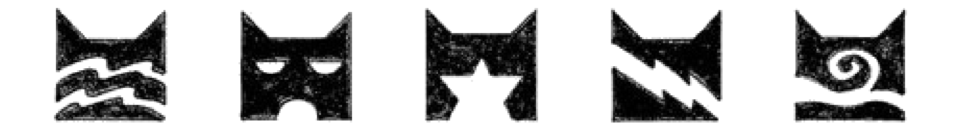
Se retiró a su guarida, debajo de las raíces del arbusto. Hojarasca Acuática echó un último vistazo a los enfermos; todos dormían plácidamente, incluso Fabuco.

—Está mejor —le susurró a Blimina—. Yo cuidaré de él ahora. Puedes volver con tu madre a la maternidad, y no te olvides de contarle lo bien que lo has hecho.

La cachorrita inclinó la cabeza, con ojos centelleantes, y se marchó a la carrera ribera arriba. Hojarasca Acuática se acomodó junto al aprendiz dormido, metiendo las patas debajo del cuerpo. Sobre su cabeza resplandecían las estrellas del Manto Plateado, esparcidas en torno a la creciente forma de la luna, que ya estaba casi llena. La joven curandera se dirigió en silencio al Clan Estelar,

agradeciendo que, después de todo, la enfermedad del Clan del Río parecía estar bajo control.

Sólo entonces cayó en la cuenta de que había olvidado por completo reunirse con Corvino Plumoso al anochecer.



11

Esquiruela se detuvo debajo de un árbol a escuchar. El bosque estaba en silencio, excepto por la brisa que susurraba entre los árboles. Al saborear el aire, descubrió que todos los aromas eran débiles; el frío debía de haber empujado a todas las presas a quedarse en sus madrigueras. Encogiéndose de hombros, siguió adelante, dejando que sus patas decidieran por sí solas adónde ir.

No había salido del campamento con la intención de cazar. Iba a irse con Cenizo y Betulo al claro musgoso que Centella había descubierto, pero, al salir del túnel de espinos, los tres se habían encontrado con Zarzoso, que regresaba de una sesión de entrenamiento con Zancudo y Orvallo.

—¿Adónde vas? —le había preguntado a Esquiruela, haciendo un gesto a los otros guerreros para que siguieran sin él.

—Cenizo va a enseñarle a Betulo unos movimientos de lucha —contestó ella, pasando por alto el tono agresivo del atigrado—. He pensado acompañarlo y echarle una mano.

—Bueno, pues has pensado mal —replicó Zarzoso—. Betulo es aprendiz de Cenizo, no tuyo. Si estás buscando algo que hacer, los veteranos necesitan que alguien les quite las garrapatas.

Esquiruela mostró los colmillos y soltó un bufido.

—A mí no me des órdenes.

—Entonces deja de ser tan irresponsable —replicó Zarzoso—. Todavía hay mucho que hacer. —Y dicho esto, sacudió la cola furiosamente y desapareció en el túnel.

—Será mejor que nosotros nos vayamos solos… —maulló Cenizo mirando a Betulo, que había presenciado el enfrentamiento con los ojos desorbitados de

miedo—. No tiene sentido causar problemas.

—Es Zarzoso quien está detrás de todos los problemas —puntualizó Esquiruela, aunque tuvo que admitir que tal vez Cenizo tenía razón. En su antiguo hogar, los mentores y sus aprendices solían entrenar solos—. Te veré luego. Pero no pienso ir a quitarles garrapatas a los veteranos —añadió, mientras Cenizo y Betulo se encaminaban al claro—. No voy a permitir que Zarzoso me diga lo que debo hacer.

Mientras se alejaba del campamento, empezó a verle más sentido a la reacción de Zarzoso. Sin duda estaba celoso de Cenizo porque había sido nombrado mentor de Betulo. «Y tal vez porque yo estoy pasando más tiempo con Cenizo que con él. Pero me dejó perfectamente claro lo que sentía por mí, ¡así que no tiene ningún derecho a comportarse como un tejón picajoso!».

Había decidido cazar durante un rato y regresar con una contribución respetable al montón de la carne fresca. No le daría a Zarzoso la satisfacción de echarle otro sermón por haber descuidado sus obligaciones como guerrera.

De pronto, la inundó el hedor del Clan de la Sombra. Sus pasos la habían llevado cerca de la frontera, a poca distancia del árbol muerto. Un segundo después, oyó un feroz gruñido, seguido del bufido de un gato furibundo. Se quedó de piedra. ¿Acaso había traspasado otra vez la frontera sin darse cuenta?

Delante de ella, a unas pocas colas dentro del territorio del Clan de la Sombra, una mata de helechos comenzó a sacudirse con violencia, y dos gatos aparecieron enzarzados en una maraña de pelo aullador en medio del claro. Uno de los combatientes era Trigueña; el otro era el enorme minino blanco y negro de la casa de los Dos Patas situada en el territorio del Clan de la Sombra.

Trigueña soltó un alarido de dolor cuando el minino le hundió los colmillos en el cuello. Esquiruela no podía mantenerse al margen y dejar que mataran a su amiga y antigua compañera de clan. Cruzó la frontera y se abalanzó sobre el gato.

—¡Suéltala! —bufó al tiempo que le propinaba un zarpazo en el costado y le mordía con fuerza la cola.

El enorme minino lanzó un aullido de dolor y rabia e intentó apartarse retorciéndose. Trigueña se liberó, dio media vuelta y le arañó una oreja. Él rodó por el suelo, atizando a las dos gatas con sus potentes patas traseras; luego se levantó de un salto y echó a correr como un rayo entre los árboles.

Esquiruela se puso en pie con esfuerzo y se quedó mirándolo hasta perderlo de vista. Detrás de ella, Trigueña también se incorporó, resollando para recuperar

el aliento.

—Gracias —maulló débilmente—. Ha saltado sobre mí cuando menos me lo esperaba.

—De nada.

Trigueña tenía la misma mirada que una presa acosada por un depredador. Sus ojos no dejaban de escudriñar el bosque, como si esperara descubrir un enemigo detrás de cada árbol. Esquiruela estaba lo bastante cerca como para captar el olor a miedo de su amiga, y no entendió por qué. Trigueña era una guerrera valiente, y se hallaba en su propio territorio.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Esquiruela.

En los ojos de su amiga se encendió la alarma; luego negó con la cabeza.

—Nada de lo que no podamos ocuparnos…

—Sí, claro, y los erizos vuelan —replicó la joven—. Venga, Trigueña, es evidente que te angustia algo. Y seguro que no es ese bruto sarnoso.

—Será mejor que no te metas, Esquiruela —gruñó Trigueña—. Ni siquiera deberías estar aquí. Tienes suerte de que todavía no te haya atrapado una patrulla. —Y tras decir aquello, se volvió y se alejó a toda prisa, internándose en el territorio del Clan de la Sombra.

Con un hormigueo de ansiedad, Esquiruela se aseguró de que no hubiese gatos a la vista y echó a correr tras su amiga.

—¡Trigueña, espera!

La guerrera frenó en seco a la sombra de un pino.

—¡Esquiruela, tienes el cerebro de un ratón! —bufó—. ¡Márchate! Si una patrulla te descubre aquí, te arrancará las orejas, y yo tendré problemas por haberte permitido llegar tan lejos.

Esquiruela no le hizo caso. Al observar de cerca a su amiga, vio lo flaca que estaba; su pelaje tenía un brillo apagado, y se le marcaban las costillas como las ramas de un árbol. Parecía agotada, y no sólo por la reciente pelea.

—No pienso irme —replicó tozudamente—. No hasta que me cuentes qué está pasando.

Trigueña suspiró.

—Nunca te rindes, ¿eh?

Se refugió debajo de un árbol, cuyas ramas bajas las ocultarían de las patrullas que pudieran pasar.

Esquiruela le lamió las orejas para reconfortarla.

—Venga, puedes contármelo.

—¿Sabes de dónde viene esa gato blanco y negro? —empezó Trigueña—. ¿Recuerdas la casa de los Dos Patas que hay en nuestro territorio? Pues allí hay otro minino más… un atigrado.

Esquiruela enroscó la cola.

—¿Acaso crees que me he olvidado de esos dos? ¡Casi me arrancaron la piel! —«Y no habría podido escapar si Zarzoso no hubiera venido en mi ayuda», añadió para sus adentros.

—Bueno, pues el Clan de la Sombra está teniendo problemas con ellos —explicó Trigueña con cierta reticencia.

—¿Problemas con mininos domésticos? ¿El Clan de la Sombra? —repitió Esquiruela—. ¿Estás diciéndome que un clan entero de guerreros no puede lidiar con un par de mininos?

—A mí no me parece nada gracioso —le espetó Trigueña—. Ayer atraparon a Garrudo, que iba solo. Lo atacaron y lo dejaron malherido. Consiguió llegar a rastras hasta el campamento, pero poco después murió. —Se quedó mirando al suelo.

—¡Oh, Trigueña! ¡Cuánto lo siento!

La guerrera continuó con su relato con voz apagada, como si estuviera demasiado exhausta para compartir el espanto de Esquiruela.

—Serbal, el mentor de Garrudo, encabezó una patrulla para vengarse. Pero, en cuanto los vieron, los mininos domésticos corrieron al interior de la casa. Sus Dos Patas salieron y le lanzaron cosas duras a la patrulla, y Cedro acabó con una herida muy fea en la pata. —Frunció el hocico—. Esos mininos son de lo más cobardes. Sólo van a por gatos que están solos o débiles.

Esquiruela tocó con la cola el costado de su amiga.

—El Clan del Trueno os ayudará —aseguró—. Iré ahora mismo a contárselo a Estrella de Fuego.

Trigueña se quedó mirándola sin pestañear.

—No seas descerebrada. Éste es un problema del Clan de la Sombra.

—¿Y qué importa eso? No podemos permitir que os aniquilen uno tras otro sin hacer nada.

Trigueña levantó la mirada hacia ella con expresión desafiante. La tristeza que unos segundos antes la había dominado parecía haber desaparecido por completo.

—¿Estás diciendo que mi clan no es lo bastante fuerte para solventar sus propios problemas?

—Oh, sí, seguro que al final lo solucionaréis —admitió Esquiruela—. Pero, hasta entonces, ¿cuántos gatos más morirán o resultarán heridos? ¿Qué tiene de malo que dos clanes se unan y tracen un plan para darles una lección a esos brutos sarnosos de una vez por todas? Es estúpido rechazar ayuda cuando te la ofrecen.

Los ojos de Trigueña llamearon un segundo, y Esquiruela se obligó a no encogerse al recordar que su amiga era una luchadora formidable. Luego, la gata parda dejó que el pelo se le alisara de nuevo.

—Eso debe decidirlo Estrella Negra… —maulló.

Esquiruela le dio un lametón tranquilizador en la oreja.

—Volveré enseguida —prometió.

Sin importarle si la veía cualquier gato de un clan o de otro, corrió hasta la frontera y regresó a su campamento. ¡El Clan del Trueno tenía que ayudar! No habían llegado tan lejos para acabar viendo cómo un par de mininos domésticos expulsaban a un clan de su hogar.

Cuando tuvo a la vista la barrera de espinos, redujo el paso para recuperar el aliento y poder contarle a Estrella de Fuego qué estaba ocurriendo exactamente. Para su alivio, su padre fue uno de los primeros gatos que vio al cruzar el túnel. El líder estaba junto al montón de la carne fresca, compartiendo un campañol con Tormenta de Arena. Manto Polvoroso y Cenizo estaban cerca, charlando con las cabezas muy juntas. A unas pocas colas de distancia se encontraba Zarzoso, comiendo solo, devorando una paloma torcaz a grandes dentelladas.

Esquiruela corrió hacia su padre.

—¡Acabo de ver a Trigueña! —Y le informó de todo lo que le había contado la guerrera del Clan de la Sombra—. Están aterrorizados por esos dos pedazos de cagarrutas de zorro —concluyó sin aliento—. Le he dicho a Trigueña que iríamos a ayudarlos.

—No tenías por qué decirle nada semejante —gruñó Manto Polvoroso.

Esquiruela se sulfuró, pero Estrella de Fuego le indicó con la cola que guardara silencio.

—Es cierto que los clanes deberían defenderse por sí solos —coincidió—. Eso es parte del código guerrero. Pero ¿hasta dónde habríamos podido llegar de haber seguido el código guerrero cuando los Dos Patas arrasaron el bosque? Sus monstruos mecánicos nos habrían matado a todos.

—Entonces, ¿nos dejarás ayudarlos? —le preguntó Esquiruela, impaciente —. No te olvides de que yo descubrí hace poco a ese bruto en nuestro propio

territorio. También podríamos tener problemas con ellos si no hacemos nada por detenerlos.

—Iré yo.

Esquiruela pegó un salto cuando Zarzoso habló a sus espaldas. No había advertido que se había acercado a escuchar.

Estrella de Fuego agitó las orejas en dirección al atigrado.

—Todavía no he dicho que vaya a ir nadie.

—Yo no estoy seguro de que debamos hacerlo —maulló Manto Polvoroso—. Aún estamos recuperándonos del viaje; una de nuestras curanderas se ha marchado ya a ayudar a otro clan… No puedes cargar con los problemas de todos los gatos, Estrella de Fuego.

—No, pero podemos intentarlo —intervino Tormenta de Arena, mirándolo largamente con sus ojos verde claro—. Esquiruela dice que han matado a un aprendiz. ¿Y si se hubiera tratado de Betulo?

Aquella pregunta dejó sin palabras a Manto Polvoroso.

—Entonces, ¿vas a enviar una patrulla, Estrella de Fuego? —quiso saber Zarzoso—. Trigueña es mi hermana. Yo lucharía contra el Clan Estelar por ella, y mucho más contra un par de mininos domésticos.

—Yo también —añadió Esquiruela—. Viajamos con ella. ¡No podemos mirar a otro lado!

Zarzoso entornó los ojos al clavarlos en algo que había detrás de la joven. Al volver la cabeza, Esquiruela vio que Cenizo se acercaba con expresión preocupada. Al llegar a su lado, le tocó el hocico con la nariz.

—Tenemos que ayudar al Clan de la Sombra —le dijo Esquiruela, temiendo que él lo desaprobara—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Entiendo por qué te sientes así —contestó Cenizo—. Eres leal a tus amigos. No desearía que fueras de ninguna otra manera.

Esquiruela notó cómo le subía un ronroneo por la garganta. Se restregó contra Cenizo, consciente de que Zarzoso estaba al otro lado, con toda su musculatura en tensión.

—Muy bien —maulló Estrella de Fuego—. Enviaremos una patrulla. Zarzoso, dirígela tú, pero tienes que hablar con Estrella Negra antes de hacer nada. Y volved sin discusión si no os quiere en su territorio. ¿Comprendido?

—Sí, Estrella de Fuego.

—Esquiruela, será mejor que vayas con él. Irás igualmente, así que cuentas con mi permiso.

La joven enroscó la cola.

—Gracias, Estrella de Fuego.

—Escoge a unos cuantos gatos más, Zarzoso —continuó el líder del clan—. Luego podéis marcharos.

Zarzoso asintió y cruzó el claro hasta la guarida de los guerreros, donde desapareció.

—Yo también iré —se ofreció Cenizo.

—No, será mejor que no —replicó Estrella de Fuego, y al ver el abatimiento del guerrero gris, añadió—: He oído cómo le prometías a Betulo que te lo llevarías a cazar. No querrás decepcionarlo, ¿verdad?

Cenizo suspiró y murmuró:

—Por supuesto que no, Estrella de Fuego.

Esquiruela pensó que, en cualquier caso, era improbable que Zarzoso escogiese a Cenizo para su patrulla. Arañó el suelo con impaciencia mientras esperaba que volviese el guerrero atigrado.

—Supongo que es inútil decirte que tengas cuidado —maulló Cenizo, alicaído.

Esquiruela le tocó el hombro con la punta de la cola.

—No te preocupes por mí —maulló. Recordó su primera pelea con los mininos domésticos… ¡Debería haber sabido que causarían más problemas! El pelo de su lomo se erizó ante la mera idea de la revancha—. Estaremos bien —le prometió a Cenizo—. ¡Haremos que esos mininos deseen no haber oído hablar jamás de los clanes!



12

Zarzoso volvió a salir de la guarida de los guerreros seguido de Fronde Dorado, Espinardo, Nimbo Blanco y Orvallo. Esquiruela corrió a reunirse con ellos.

—¡Buena suerte! —exclamó Cenizo.

Esquiruela se despidió de él moviendo la cola. Nada más cruzar el túnel de espinos, se reunió con Zarzoso en la cabeza de la patrulla.

—Trigueña debería estar esperándonos donde la he dejado —maulló—. Ella puede llevarnos hasta Estrella Negra.

Zarzoso asintió.

—De acuerdo. Entonces, guíanos tú.

Se mantuvo a su altura mientras ella avanzaba entre los árboles, sin correr al máximo porque tenían un largo camino por delante y debían estar en condiciones de pelear cuando llegaran a su destino.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Espinardo.

—No hay ningún plan —respondió Zarzoso—. Le diremos a Estrella Negra que hemos ido a ayudar y estamos dispuestos a hacer lo que él quiera. Si su deseo es que nos quedemos, trazaremos un plan con él y sus guerreros.

Trigueña estaba sentada cerca de la frontera, debajo de una mata de helechos resecos que ocultaban su pelaje pardo. Se levantó de un salto, con los ojos rebosantes de alivio al ver a su hermano y a la cuadrilla de fuertes gatos que llevaba con él.

—¿Lo ves? —maulló Esquiruela—. Ya te había dicho que Estrella de Fuego os enviaría ayuda.

Zarzoso y Trigueña entrechocaron la nariz.

—Llévanos ante Estrella Negra —le pidió el atigrado a su hermana.

Trigueña dio media vuelta y los guió rápidamente a través del sotobosque, internándose en el territorio del Clan de la Sombra. Poco después, los árboles sin hoja dieron paso a oscuros pinos que bloqueaban casi por completo el paso de la luz. El suelo cubierto de pinaza era blando y mullido. Vadearon un arroyo poco profundo de agua fría y lecho pedregoso, y luego subieron una ladera. Poco a poco, el olor del Clan de la Sombra se volvió más intenso, y Esquiruela comprendió que se acercaban al campamento.

Allí el suelo estaba más empinado y había rocas que sobresalían de la tupida alfombra de pinaza. En lo alto de la cuesta, los árboles crecían más juntos, protegiendo el borde de una amplia hondonada rodeada de arbustos. Esquiruela reconoció el lugar que ella y sus amigos habían descubierto al explorar el territorio por primera vez. En aquel entonces, nadie pudo imaginar que los mininos domésticos iban a ser un serio problema, pero ahora la guerrera se preguntó si el Clan de la Sombra no habría instalado su campamento demasiado cerca de la casa de los Dos Patas.

Aunque el olor a miedo y dolor que emanaba del campamento era casi asfixiante, al principio Esquiruela no vio a ningún gato. Sin embargo, mientras aguardaban al borde de la hondonada, unas ramas se agitaron a sus pies y apareció Estrella Negra. Llegó a la parte alta en un par de saltos, con el pelo erizado.

—¿Qué ocurre? —exigió saber—. ¿Por qué veo a gatos del Clan del Trueno en mi territorio? Trigueña, ¿qué es todo esto?

La guerrera inclinó la cabeza ante el líder de su clan.

—Esquiruela me ha ayudado a librarme de uno de los mininos domésticos. Le he contado los problemas que nos estaban dando, y ella ha traído una patrulla del Clan del Trueno para ayudarnos.

De la garganta de Estrella Negra brotó un gruñido.

—¿Le has contado nuestros problemas a una guerrera de otro clan?

Trigueña se quedó mirándolo sin amilanarse.

—Se los he contado a Esquiruela. Ella es amiga mía.

—Y Trigueña es mi hermana —añadió Zarzoso, colocándose a su lado.

Estrella Negra bufó desdeñosamente.

—La primera responsabilidad de Trigueña es ser leal a su clan… O al menos así debería ser.

El pelo de la guerrera parda comenzó a erizarse.

—Estrella Negra, jamás te he dado una razón para que dudes de mi lealtad.

El líder paseó la mirada por los seis miembros del Clan del Trueno.

—¿Y esperas que me crea eso, cuando traes a estos guerreros hasta nuestro campamento?

—Daremos media vuelta y regresaremos a casa ahora mismo si es eso lo que quieres —maulló Espinardo—. Sólo tienes que decirlo.

—No seas insensato, Estrella Negra. —Era la voz de Cedro. El gato gris salió penosamente entre los arbustos y ascendió la ladera hasta su líder. Esquiruela vio que cojeaba, y recordó que Trigueña le había contado que los Dos Patas lo habían herido al ir a pelear con los mininos domésticos—. Nosotros solos no podemos ocuparnos de esto.

—Cedro tiene razón —declaró Serbal, acercándose a su compañero—. Esos mininos han matado a mi aprendiz. Recibiría con los brazos abiertos a cualquiera que me ayudara a sacarles las entrañas.

Estrella Negra vaciló un momento, mirando a sus guerreros y fijándose en su ardiente mirada y su pelaje erizado. Al cabo, bajó la cabeza.

—Está bien. Cedro, ve a buscar a Bermeja. Enviaremos una patrulla con estos gatos del Clan del Trueno hasta la casa de los Dos Patas. Pero tú no vas —añadió cuando Cedro se encaminó hacia los arbustos—. No estás en condiciones de pelear.

El guerrero le lanzó una mirada furiosa, pero desapareció sin protestar.

—Estrella Negra, creo que no deberíamos matar a esos mininos domésticos —maulló Zarzoso.

—¿Cómo? —bufó Serbal antes de que su líder pudiera responder—. Ellos han matado a mi aprendiz. ¡Quiero venganza!

—Y si nosotros matamos a los mininos, sus Dos Patas también querrán venganza —señaló Zarzoso—. Ya deben de saber que estáis aquí.

—Eso es cierto. —Nimbo Blanco sacudió la cola—. Los Dos Patas tienen clanes pequeños. —Y se estremeció al añadir—: Yo estuve atrapado en uno de ellos. Si sus mascotas resultan heridas o muertas, no descansarán hasta que os hayan aniquilado o echado de aquí. Ya visteis lo que nos hicieron en el bosque. ¿Acaso queréis que aquí pase lo mismo?

—Entonces, ¿cómo impedimos que sus mininos sigan molestándonos? —espetó Serbal, desafiante—. ¿Se lo pedimos con educación? —Y soltó un bufido de asco.

—Podríamos atraparlos y forzarlos a prometer que se mantendrán alejados

—sugirió Esquiruela—. Vernos a todos juntos debería darles un susto de muerte.

—Es una idea —maulló Zarzoso.

Esquiruela lo miró, sorprendida y contenta con su apoyo.

—Vale la pena intentarlo —decidió Estrella Negra, justo en el momento en que su lugarteniente, Bermeja, aparecía por los arbustos para reunirse con sus compañeros. La seguía Robledo, un pequeño guerrero marrón—. Bien, éste es el plan —continuó el líder—. Id a la casa de los Dos Patas, atrapad a los mininos y conseguid que prometan dejarnos en paz. Decidles que si vuelven a poner una zarpa sobre cualquiera de nuestros gatos, acabaremos con ellos sin piedad. —Clavó sus ojos en los de Zarzoso, y añadió—: Lo digo en serio. Haré lo que sea para proteger a mi clan. Pero, de momento, no les hagáis más daño del necesario. ¿Serbal?

El gato rojizo bajó la cabeza, mascullando algo inaudible.

—Marchaos, entonces —maulló Estrella Negra—. Bermeja, tú encabezarás la patrulla. Yo me quedaré aquí a guardar el campamento.

«¡Deben de tenerles auténtico miedo a esos mininos, si el líder del clan ha de quedarse a proteger el campamento!», pensó Esquiruela. Luego vio que Estrella Negra le lanzaba a Zarzoso una mirada torva y recelosa. Probablemente temía que los gatos del Clan del Trueno intentaran engañarlo para atacar su campamento mientras sus guerreros más experimentados estaban fuera. «¡Típico del Clan de la Sombra! —resopló para sí, malhumorada—. ¡Creen que todos los gatos son tan poco de fiar como ellos!».

—Que el Clan Estelar os acompañe —añadió Estrella Negra, antes de desaparecer entre los arbustos.

La lugarteniente del Clan de la Sombra reunió a la patrulla con un movimiento de la cola y la guió por el borde de la hondonada y ladera abajo. Zarzoso les hizo un gesto a sus compañeros de clan para que la siguieran.

Bermeja les indicó que se detuvieran a unos zorros de distancia de la casa de los Dos Patas, resguardados por un montículo cubierto de helechos. La casa estaba rodeada por un tosco muro de piedra. Los dos mininos domésticos estaban sentados sobre él, mirando hacia el bosque. Esquiruela reconoció al grandote blanco y negro con la oreja desgarrada que había luchado con Trigueña, y al más pequeño, un atigrado de color marrón, al que ella había echado del territorio del Clan del Trueno unos días atrás.

—¡Ahí están! —exclamó.

Bermeja agitó la cabeza, irritada.

—¡Silencio!

Los dos mininos parecían soñolientos, como si tuvieran el estómago lleno. Al cabo de un momento, el más grande empezó a lavarse, pasándose la lengua por el hombro perezosamente.

—No saben que estamos aquí —bufó Serbal—. ¡Ataquemos!

—¡No! —le espetó Bermeja—. En cuanto nos vean, entrarán corriendo en la casa y aparecerán sus Dos Patas. Nosotros no podemos enfrentarnos a esas criaturas. ¡Incluso yo lo sé!

—Entonces debemos intentar que vengan hasta nosotros —intervino Espinardo.

—Escuchad. —Zarzoso se colocó al lado de Bermeja—. Suponed que uno de nosotros va hacia allí —empezó, señalando el espacio que había entre los helechos que los ocultaban y el muro de piedra— y finge estar herido o enfermo. Si lo que decís sobre ellos es cierto, no desperdiciarán la oportunidad de atacar a una víctima fácil. Mientras tanto, unos cuantos de nosotros deberíamos situarnos entre ellos y el muro, para que no puedan volver corriendo a la casa.

—¡Buena idea! —aprobó Fronde Dorado con entusiasmo—. Así podremos saltar sobre ellos y explicarles exactamente lo que les haremos si vuelven a causar problemas.

—¿Qué opinas? —le preguntó Zarzoso a Bermeja.

La lugarteniente agitó las orejas.

—¡Por el gran Clan Estelar, un gato del Clan del Trueno con cerebro! —exclamó entre dientes. Esquiruela se impacientó mientras la guerrera se decidía—. De acuerdo —maulló al cabo—. Seguiremos el plan de Zarzoso. Necesitamos que alguien haga de señuelo.

—Iré yo —dijeron Esquiruela y Trigueña al unísono.

—Trigueña —decidió Bermeja, y dirigiéndose a Esquiruela, añadió—: Si captan un olor distinto, podrían imaginarse que se trata de una trampa.

«Es verdad», admitió la joven.

Zarzoso hundió el hocico en el pelo de su hermana.

—No te preocupes —maulló—. No dejaremos que te hagan daño.

Trigueña lo miró a los ojos.

—Lo sé.

Y se fue cojeando hasta el claro, donde se dejó caer de costado, como si estuviera demasiado cansada para seguir adelante. Con un poco de suerte, el gato blanco y negro pensaría que la había dejado malherida en la pelea de aquella

mañana, junto a la frontera con el Clan del Trueno.

Bermeja les indicó a Cedro, Robledo, Espinardo y Nimbo Blanco que se repartieran en distintas direcciones para cortarles el paso a los mininos en cuanto los demás hicieran el primer movimiento. El resto se quedó donde estaba.

—Haced el menor ruido posible, incluso si tenéis que pelear —les ordenó Bermeja—. No queremos que los Dos Patas se enteren de lo que ocurre.

Esquiruela se agazapó entre los helechos con la mirada fija en los mininos domésticos. En cuanto Trigueña apareció en el claro, los dos se incorporaron irguiendo las orejas. El blanco y negro le dijo algo a su compañero, y acto seguido bajaron del muro y avanzaron lentamente hacia la gata.

De inmediato, Bermeja hizo una señal con la cola y los guerreros se dividieron en dos grupos, pegando la barriga al suelo mientras trazaban un amplio círculo rodeando la zona. Ninguno de los mininos domésticos se dio cuenta. Esquiruela supuso que no estarían acostumbrados a captar olores inesperados y, además, estaban demasiado concentrados en su presa.

Trigueña seguía tumbada de lado, resollando dolorosamente. Cuando los mininos se le acercaron, ella levantó la cabeza y exclamó con voz estrangulada:

—¡Por favor, no me hagáis daño!

El más grande le pegó el hocico a la cara.

—No te haremos daño, piltrafa —se mofó—. Sólo te arrancaremos unos cuantos puñados de pelo.

—Eso te enseñará a no venir a nuestra casa —bufó el atigrado, apuntando a los ojos de Trigueña con una zarpa.

La guerrera se encogió. Zarzoso soltó un respingo y hundió las garras en el suelo, como si por un instante hubiera olvidado que su hermana no estaba tan indefensa como parecía.

Justo en ese momento, Bermeja salió de entre los helechos de un salto.

—¡Ahora!

Esquiruela cruzó el claro como un relámpago, junto con Zarzoso y el resto de la patrulla. Los dos mininos domésticos se volvieron espantados hacia la marea de gatos que se había elevado para engullirlos, dieron media vuelta y salieron pitando hacia la casa. Los demás guerreros, sin embargo, ya se habían colocado a sus espaldas y avanzaban hombro con hombro hacia ellos. El atigrado soltó un alarido de pavor, pero el grandote aceptó el enfrentamiento, embistiendo directamente a Nimbo Blanco y lanzándolo por los aires. Serbal saltó sobre ambos cuando rodaron por el suelo enzarzados en un remolino de uñas y dientes.

Trigueña se levantó de golpe y se abalanzó sobre el atigrado. Orvallo y Bermeja acudieron en su ayuda, mientras Esquiruela se lanzaba contra el grandote, que había conseguido zafarse de sus oponentes e intentaba huir por el claro. Bufando de rabia, la guerrera le propinó un zarpazo en la cara, y la sangre del minino la salpicó, caliente y pegajosa. Luego se agachó para esquivar una manotada instintiva del gato, y le dio tal cabezazo en el pecho que él retrocedió trastabillando y chocó con Zarzoso, que llegaba por detrás. Esquiruela le saltó al lomo, evitando sus patadas; un instante después, Zarzoso lo había inmovilizado, mientras Serbal clavaba los dientes con fuerza en su cola blanca y negra.

—¡No volveréis a meteros con nuestros guerreros, ¿entendido?! —le bufó Esquiruela al oído. En ese momento, hablaba por los cuatro clanes, y estaba dispuesta a matar si se atrevían a volver a tocar un solo pelo de cualquier gato de clan.

Al mirar por encima del hombro, vio que Trigueña y Orvallo habían inmovilizado al atigrado. Bermeja le habló con un gruñido quedo, y luego fue hacia el minino más grande. Se quedó mirándolo un instante, y él le sostuvo la mirada con sus ojos amarillos llenos de odio.

—Tú eres un minino doméstico y perteneces a tus Dos Patas —gruñó la lugarteniente, con la voz cargada de desprecio—. Ahora el bosque es nuestro. Si nos causáis más problemas, ya sabéis lo que os pasará.

Esquiruela clavó las garras en el pelaje de la mascota.

—¿Entendido? —repitió.

Él le soltó un bufido.

—¿Entendido? —insistió la guerrera—. ¿O prefieres que te rebane el gaznate ahora mismo?

—Entendido —gruñó el gato.

—Soltadlo —ordenó Bermeja, y mirando al minino añadió—: Volved con vuestros Dos Patas y quedaos con ellos.

No sin cierta reticencia, Esquiruela y los demás lo soltaron. El gato se puso en pie tambaleándose y sacudiéndose gotas de sangre del hocico. El atigrado se le acercó arrastrando la cola y cabizbajo.

—¡Marchaos! —Bermeja les enseñó los colmillos—. ¡Ya!

Los dos mininos retrocedieron un par de pasos, y luego dieron media vuelta y echaron a correr hacia la casa. Treparon el muro y desaparecieron en el jardín. Esquiruela oyó que se abría la puerta de la casa y una voz de los Dos Patas que lanzó un grito, alarmada.

Bermeja agitó la cola, y la patrulla combinada del Clan de la Sombra y el Clan del Trueno se internó de nuevo en el frondoso bosque y no se detuvo hasta que tuvieron el campamento a la vista.

—Iré a por Estrella Negra —maulló Bermeja, descendiendo a la hondonada.

Trigueña se acercó a Zarzoso y hundió la nariz en su pelaje.

—Gracias. Has estado estupendo… Todos vosotros —añadió, levantando la cabeza.

—Ha sido un placer —ronroneó Zarzoso.

—¿Verdad que ha sido genial? —exclamó Esquiruela—. Nunca olvidaré la cara de esos mininos al vernos aparecer. Y tú, Zarzoso, estabas exactamente en el sitio preciso cuando he atacado a ese bruto grandote. ¡Has estado maravilloso!

La calidez que estaba inundando su pecho se transformó en hielo cuando Zarzoso la miró de arriba abajo.

—Tú también has peleado bien —contestó fríamente, como si estuviera haciéndole un cumplido al aprendiz de otro.

Esquiruela hundió las garras en las hojas mohosas y reprimió una respuesta airada. No iba a discutir con un compañero de clan delante de los gatos del Clan de la Sombra, pero la frialdad de Zarzoso le hizo más daño que cualquier herida sufrida durante la pelea.

Justo en ese momento, los arbustos de la hondonada se movieron y apareció Estrella Negra.

—Bermeja asegura que habéis conseguido que los mininos domésticos prometan dejarnos en paz.

—No deberíais tener más problemas —maulló Zarzoso—, pero, si no es así, decídnoslo. Nos encantaría ayudar.

—Gracias —contestó Estrella Negra con voz glacial—. Creo que, a partir de ahora, podremos arreglárnoslas solos.

Con aquellas palabras, los estaba despachando. Zarzoso no intentó hacerle cambiar de idea. Reunió a los gatos de su patrulla con un movimiento de la cola y entrechocó la nariz con la de su hermana.

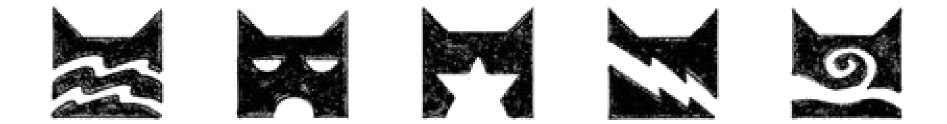
—Adiós —le dijo a Estrella Negra—. Espero que nos veamos en la próxima Asamblea. —Y dio media vuelta para encaminarse hacia el territorio del Clan del Trueno, siguiendo el rastro que habían dejado al llegar.

Esquiruela caminaba tras él, notando que una ira sorda ralentizaba sus pasos. La euforia se había esfumado; y la efímera sensación de cercanía a Zarzoso, también. ¿Por qué no podían ser amigos? Su confrontación era un completo

desperdicio, porque juntos peleaban muy bien. Se le encogió el estómago de pena al pensar que Zarzoso podía dejar a un lado viejas rivalidades por el Clan de la Sombra, pero no por ella.

—Bueno. Si eso es lo que quiere… —masculló, lo suficientemente bajo para que ningún gato la oyera—. Como si a mí me importara.

Pero avanzó encorvada y arrastrando la cola por la mullida alfombra de pinaza, mientras seguía a sus compañeros de clan a la hondonada rocosa.



13

—Estoy deseando que llegue la estación de la hoja nueva —maulló Ala de Mariposa, revolviendo con una zarpa sus reservas de bayas de enebro—. Vamos escasos de hierbas.

—En el Clan del Trueno estamos igual de mal —contestó Hojarasca Acuática, tocándole el hombro con la punta de la cola para consolarla—. Esta estación sin hojas ha sido muy larga, y todavía no conocemos los mejores lugares en los que aprovisionarnos. Por lo menos, tus pacientes están mejorando.

—Sí, gracias a ti. —Ala de Mariposa ronroneó y luego se volvió hacia Blimina, que estaba en la entrada de la guarida de la curandera cambiando el peso del cuerpo de una pata a otra—. Dale dos bayas de enebro a cada enfermo… excepto a Palometa y Guijeño. Ellos tomarán sólo una. ¿Te acuerdas de para qué sirve el enebro?

La cachorrita gris se detuvo dejando una pata alzada, lista para atrapar un par de bayas con las uñas.

—Para el dolor de barriga —empezó, entornando los ojos por el esfuerzo de recordar—. Pero ellos están mejor y ya no les duele la barriga… —Vaciló, desconcertada, y luego se le iluminaron los ojos—. ¡Fuerza! —exclamó, triunfal —. Les das enebro para que recuperen fuerzas.

—¡Muy bien! —aprobó Ala de Mariposa, y se quedó mirando cómo la cachorrita se marchaba a dar las bayas a Flor Albina—. Esa pequeña ha sido de gran ayuda… y tú también, Hojarasca Acuática. Mis compañeros de clan habrían muerto sin ti.

—No lo creo —maulló la joven, azorada por la alabanza de su amiga—. Tú has sabido cuál era el tratamiento desde el principio.

Aquélla había sido su tercera noche en el campamento del Clan del Río. El rocío brillaba en todas las hojas y briznas de hierba bajo los rayos oblicuos del sol, y Hojarasca Acuática estaba segura de que el aire era más cálido que antes. La estación de la hoja nueva estaba al caer.

No habían enfermado más gatos del Clan del Río. Vaharina había organizado a los guerreros más fuertes para que eliminaran cualquier rastro del líquido verdoso que encontraran dentro y fuera del campamento; además, Alcotán había terminado la barrera alrededor del objeto de los Dos Patas y se había asegurado de que todos supieran que tenían que evitar ese lugar.

Mientras tanto, todos los gatos intoxicados habían ido recuperándose. Paso Potente ya había regresado a la guarida de los veteranos, y Palometa y Guijeño se sentían lo bastante bien como para hacer travesuras. Ahora estaban junto al arroyo, dando manotazos al agua como si estuvieran pescando.

—¡Alejaos de la orilla! —les ordenó Ala de Mariposa—. No tengo tiempo para rescataros si os caéis.

Los dos cachorros se miraron y retrocedieron un par de pasos, pero un instante después se pusieron a perseguirse en círculo.

—Tendrán que volver a la maternidad —dijo la curandera del Clan del Río en voz baja—. La verdad es que Flor Albina todavía no está lo bastante fuerte para cuidarlos, pero le pediré a Musgosa que la ayude. Si esos pequeños se quedan aquí, lo único que harán es meterse en problemas. Ayer pillé a Palometa olisqueando mis provisiones de hierbas.

Hojarasca Acuática soltó un ronroneo risueño.

—Una pensaría que ya han sufrido bastantes dolores de barriga, como para que además se atiborren con las hierbas equivocadas.

Se levantó y se estiró largamente. A lo largo de la orilla, los gatos enfermos estaban empezando a moverse. Flor Albina se había puesto de costado para lavarse el pelo de la barriga, mientras que Fabuco se había incorporado y estaba bostezando con ganas. Ninguno parecía incómodo ni dolorido.

—Creo que es hora de que me marche —maulló Hojarasca Acuática—. Ya no me necesitas.

Ala de Mariposa asintió, aunque en sus ojos brilló un destello de pena.

—Ha sido estupendo tener a una colega con la que trabajar. Pero sé que tienes que volver a casa con los tuyos.

—¿Te vas? —maulló Blimina, que había regresado para recoger otra dosis de bayas de enebro—. Te echaremos de menos, Hojarasca Acuática… —Vaciló

unos instantes, y luego miró a Ala de Mariposa y le preguntó—: ¿Necesitas que siga ayudándote?

—Por supuesto que sí —la tranquilizó la curandera.

Blimina irguió la cola con ojos resplandecientes.

Hojarasca Acuática recorrió la ribera para despedirse de los gatos que ya se habían despertado. Al regresar a la guarida de su amiga, descubrió que Estrella Leopardina estaba allí.

—Ala de Mariposa me ha dicho que te marchas ya —maulló la líder del clan —. El agradecimiento del Clan del Río se va contigo, Hojarasca Acuática.

La joven inclinó la cabeza.

—Cualquier curandero habría hecho lo mismo.

—En cualquier caso, no lo olvidaremos —añadió Estrella Leopardina—. Que tengas un buen viaje de regreso. Y dale también las gracias a Estrella de Fuego de mi parte.

Con un último adiós a Ala de Mariposa, Hojarasca Acuática siguió el arroyo hasta el lago, vadeó una zona poco profunda y continuó por la orilla pasando ante el árbol puente. Esperaba que Corvino Plumoso no estuviera demasiado enfadado por haber incumplido su promesa de encontrarse con él. La primera noche se había olvidado de todo en su desesperación por ayudar a los gatos enfermos, y las dos noches siguientes estaba demasiado exhausta. Además, no podía saber si él habría vuelto allí de nuevo, después de que lo dejara plantado la primera vez.

Al llegar al territorio del Clan del Viento, no dejó de mirar hacia los páramos. Una parte de ella deseaba ver su delgada figura gris oscuro corriendo hacia ella, pero también temía encontrarse con él. Quizá fuera mejor terminar así, dejando que él pensara que no estaba interesada en todo aquello.

Sin embargo, los únicos gatos del Clan del Viento que vio fueron los de una patrulla en lo alto de una colina; estaban demasiado lejos como para que pudiera distinguirlos, pero estaba segura de que ninguno de ellos era Corvino Plumoso. Sentía que reconocería su lustrosa silueta oscura desde el otro extremo del lago.

Al acercarse a la hondonada rocosa, la envolvió el olor de los gatos del Clan del Trueno. Un ronroneo subió por su garganta cuando la joven curandera se abrió paso ansiosamente por el túnel de espinos, contenta de estar en casa.

Estrella de Fuego estaba hablando con Nimbo Blanco cerca de la maternidad.

—Dudo que Dalia llegue a convertirse en guerrera algún día —estaba maullando el líder—. Pero claro que puedes enseñarle algunos movimientos de

lucha. Si va a vivir en el bosque, necesitará saber defenderse a sí misma y a sus hijos.

A Nimbo Blanco le brillaron los ojos.

—Lo hará bien —aseguró, antes de desaparecer en la maternidad para contárselo a la minina.

Estrella de Fuego sacudió la cabeza un tanto contrariado, pero se irguió al ver a Hojarasca Acuática.

—Bienvenida a casa —ronroneó, tocándole la oreja con la nariz—. ¿Cómo están las cosas en el Clan del Río?

—Estaban muy mal cuando llegué. Los Dos Patas habían dejado en su territorio una sustancia tóxica y pegajosa. —Hojarasca Acuática le explicó lo que había descubierto, y cómo había ayudado a Ala de Mariposa a cuidar de los enfermos—. Pero ahora ya se han recuperado todos —concluyó.

—Lo has hecho muy bien. Siempre he sabido que serías una curandera brillante. —El líder inclinó la cabeza y le lamió las orejas—. Estoy muy orgulloso de ti.

Hojarasca Acuática notó un cosquilleo de alegría.

—Será mejor que vaya a buscar a Carbonilla —maulló—. Debe de haber ido de cabeza sin mi ayuda. —Cruzó el claro y atravesó la cortina de zarzas para entrar en la guarida de la curandera—. Carbonilla, estoy…

Frenó en seco en la entrada de la guarida. Orvallo estaba tumbado sobre el suelo arenoso con una pata en el aire, mientras Centella le lamía vigorosamente la almohadilla.

—Eso está mejor… —maulló la guerrera—. Ahora debería poder sacarla.

Orvallo tenía una espina clavada en la almohadilla. Con cuidado, Centella la atrapó entre los dientes y tiró de ella; la espina salió sin problema, seguida de un chorro de brillante sangre.

—Parece que está bien —murmuró Centella, examinando la espina para asegurarse de que no había quedado ningún trocito en la zarpa—. Lávate a fondo la herida, Orvallo. No deberías tardar mucho en poder apoyar la pata.

—Gracias, Centella —maulló el guerrero.

A Hojarasca Acuática se le erizó hasta el último pelo de la impresión. ¿Cuántas curanderas necesitaba el Clan del Trueno? Sabía que Centella se había ofrecido a recolectar hierbas para Carbonilla mientras ella estaba fuera, pero jamás se habría imaginado que se pusiera a hacer otras tareas propias de los curanderos.

La guerrera levantó la vista.

—Oh, Hojarasca Acuática, ya has vuelto.

Antes de que la joven pudiera responder, Carbonilla salió de su guarida con la boca llena de hojas de borraja.

—Aquí tienes, Centella —maulló tras dejar su carga en el suelo—. Esto debería rebajar la fiebre de Musaraña.

Centella se levantó de un salto.

—Gracias. Se las llevaré ahora mismo.

Tomó las hojas y cruzó el campamento a toda prisa, en dirección a la guarida de los veteranos.

Hojarasca Acuática sintió una punzada de celos tan afilada como una espina. ¡Parecía que ya no la necesitaba nadie! Luego se dijo que no tenía que sacar las cosas de quicio. Debería estarle agradecida a Centella, porque, de lo contrario, ella no habría podido ir a ayudar al Clan del Río.

Una cálida lengua le lamió la oreja.

—Bienvenida —maulló Carbonilla—. Cuéntame lo que ha pasado.

Mientras se sentaba, con la cola pulcramente enroscada sobre sus patas, la joven intentó sacarse a Centella de la cabeza. Ayudar con una espina y unas pocas hierbas no la convertían en curandera.

«Ahora ya estoy en casa, y pronto todo volverá a la normalidad».

Cuando terminó de contárselo todo a Carbonilla, se fue al montón de carne fresca para comer algo. Le rugía el estómago porque no había tomado nada desde que salió del territorio del Clan del Río. Estaba ya a punto de darle un buen mordisco a un rollizo campañol, cuando aparecieron Esquiruela y Cenizo, con la boca llena de presas.

—¡Hola! —La saludó Esquiruela tras dejar su carga en el montón—. Me alegro de verte. No te imaginas lo que ha ocurrido mientras estabas fuera.

—¿Qué? —le preguntó; los ojos de su hermana centelleaban de satisfacción, así que no podía tratarse de algo malo.

Cenizo restregó el hocico contra Esquiruela.

—Cuéntaselo todo a Hojarasca Acuática —maulló—. Yo iré a recoger la última ardilla que has cazado.

—Gracias, Cenizo. —La guerrera agitó las orejas—. Nos vemos luego.

Mientras escuchaba distraídamente el relato de Esquiruela sobre los mininos domésticos del territorio del Clan de la Sombra, Hojarasca Acuática sintió un nuevo zarpazo de celos. Su hermana y Cenizo se llevaban muy bien, trabajaban

en equipo y dormían juntos en la guarida de los guerreros. ¿Por qué ella no podía compartir algo así con Corvino Plumoso? «Porque tú eres curandera», se recordó a sí misma. No tenía derecho a enamorarse, ni siquiera si Corvino Plumoso hubiera sido miembro del Clan del Trueno. No había ninguna posibilidad de que pudieran estar juntos.

—¿Te encuentras bien? —Esquiruela se interrumpió y la miró con preocupación—. En el Clan del Río todo está bien, ¿no?

—Sí. Ahora ya está todo bien.

La joven curandera se moría de ganas de desahogarse con su hermana, pero no podía convertir a nadie en su confidente. De modo que se obligó a sentarse para comerse el campañol, haciendo comentarios de admiración sobre la expedición de la patrulla contra los mininos domésticos.

«Oh, Clan Estelar —suspiró—, ¿por qué seguir tu camino ha de ser tan difícil?».

Hojarasca Acuática continuó ensimismada en sus pensamientos mientras el sol se ponía, pero cuando se ovilló en su lecho, delante de la guarida de Carbonilla, se quedó dormida casi al instante. Se encontró atravesando un oscuro bosque, la clase de lugar por el que a menudo caminaba con guerreros del Clan Estelar.

—¿Jaspeada? —llamó. Estaba desesperada por hablar con ella; quería asegurarse de que sus antepasados guerreros no estaban castigándola por pensar en Corvino Plumoso—. ¿Estás ahí?

Pero no había ni rastro del dulce aroma de la curandera. Las matas de helechos se arqueaban por encima de su cabeza, y cuando alzó la vista en busca de los guerreros estelares en lo alto, sólo vio unas ramas enormes que le impedían ver el cielo. Las ramas se movían con crujidos amenazadores, y el viento que las sacudía alborotaba el pelo de la joven como si tuviera garras de hielo.

—¿Dónde estás? —exclamó, presa del pánico—. Jaspeada, Plumosa, ¡no me dejéis sola!

Recordó su sueño en la Laguna Lunar, cuando fue incapaz de descifrar qué le decían sus antepasados guerreros. Sabía instintivamente que ahora no estaban allí. Tal vez los hubiera perdido para siempre. Echó a correr, saltando sobre raíces retorcidas y abriéndose paso entre arbustos de espino.

Al final, distinguió una tenue luz a través de los árboles. Se dirigió hacia allí, y se detuvo resollando en el lindero de un claro. La luz se filtraba desde lo alto, pero parecía gris y pálida, muy distinta al resplandor plateado de las estrellas al que estaba acostumbrada, e incidía pesadamente sobre una densa cubierta de hojas muertas y hongos que brillaban con luz propia.

En el centro del claro sobresalía una roca que se alzaba sobre las hojas mohosas. En ella había un enorme gato atigrado, sentado sobre sus patas y con la mirada fija en otros dos gatos. Estaban sentados al pie de la roca y también miraban hacia él.

Hojarasca Acuática soltó un grito estrangulado, tan alto que estuvo segura de que los tres gatos la habían oído. Retrocedió unos pasos, encogida y asustada, hasta el tronco del árbol más cercano. Había reconocido de inmediato a los dos gatos que estaban en el suelo: uno era Zarzoso, su compañero de clan, y el otro era el medio hermano del guerrero, Alcotán. Y eso significaba que podía ponerle nombre al enorme atigrado que estaba sobre la roca y que se parecía muchísimo a los hermanos.

¡Sólo podía ser su padre, Estrella de Tigre!



14

Temblando, Hojarasca Acuática asomó la cabeza. Tenía la sensación de que, si Estrella de Tigre levantaba la mirada, sus ojos ámbar abrasarían el tronco y ella quedaría al descubierto, encogida tras el árbol. Por suerte, el guerrero tenía los ojos clavados en sus hijos. Pero… ¡aquello era un sueño! ¿Acaso Estrella de Tigre los había llamado mientras dormían, igual que los curanderos paseaban en sueños junto al Clan Estelar? De algún modo, el antiguo líder los había llevado hasta aquel lugar en el que Hojarasca Acuática jamás había estado, un lugar de noche interminable que los gatos vivos nunca pisaban. Supuso que ni siquiera el Clan Estelar habría aspirado el aire mohoso de aquel bosque ni atravesado su enfermiza luz.

—El valor es lo más importante de todo —estaba diciendo Estrella de Tigre—. Recordad eso cuando seáis líderes.

Alcotán maulló algo que Hojarasca Acuática no pudo oír bien. Estrella de Tigre agitó la cola con impaciencia.

—Por supuesto que el valor es importante en la batalla —replicó con voz áspera—, pero yo estoy hablando de valor a la hora de lidiar con los miembros de vuestro propio clan. Deben aceptar vuestras órdenes, y, si os cuestionan, defended vuestras decisiones con zarpas y colmillos.

A Hojarasca Acuática se le salieron los ojos de las órbitas. ¡No podía creerlo! Estrella de Fuego nunca había atacado a ningún gato de su clan, aunque tuvieran opiniones diferentes.

—La debilidad es peligrosa —continuó el enorme atigrado—. Debéis ocultar vuestras dudas… o mejor todavía: no tengáis dudas. Estad siempre convencidos de que hacéis lo correcto.

La joven curandera se preguntó si era eso lo que Estrella de Tigre sentía cuando asesinó a Cola Roja o cuando tramó el asesinato de Estrella Azul para poder ser el líder del clan. O el día que guió a la manada de perros al campamento del Clan del Trueno para vengarse, o cuando llevó al Clan de la Sangre al bosque para que lo ayudara a someter a los demás clanes… ¿Estaba entonces completamente seguro de que hacía lo correcto?

Los ojos azul hielo de Alcotán estaban clavados en su padre; era evidente que escuchaba con pasión todas sus palabras. Zarzoso se hallaba de espaldas a Hojarasca Acuática, de modo que la gata no podía ver su expresión, pero sí tenía las orejas bien erguidas. Unas garras heladas atenazaron su corazón. ¡Estrella de Tigre estaba entrenando a sus hijos, como un guerrero que preparara a un aprendiz para la batalla! Y no cabía duda de que trataba de convertirlos en la clase de tirano asesino que había sido él.

—Pero ¿cómo vamos a convertirnos en líderes? —preguntó Zarzoso—. Yo no creo que Estrella de Fuego me nombre lugarteniente nunca. Ni siquiera he tenido un aprendiz aún.

A Estrella de Tigre se le erizó el pelo del lomo.

—¿Acaso cuando cazas esperas que el ratón te salte a la boca? —bufó—. No. Detectas el olor de la presa, la acechas y saltas sobre ella. Con el poder es lo mismo. No viene a ti, a menos que vayas a por él.

Zarzoso masculló algo, y a Estrella de Tigre se le alisó el pelo de nuevo.

—No os preocupéis —maulló—. Los dos tenéis el auténtico espíritu de los guerreros. Sé que tendréis éxito si seguís mis pasos de cerca.

—¡Lo haremos! —Alcotán se levantó de un salto—. ¡Haremos todo lo que nos digas!

Su entusiasmo le heló la sangre en las venas a Hojarasca Acuática. ¿Qué podía ordenarles a sus hijos aquel gato sanguinario? Retrocedió temblando, y, aunque estaba convencida de que no había hecho el menor ruido, Estrella de Tigre giró su enorme cabeza de golpe y se quedó escudriñando las sombras en las que ella estaba escondida.

Aterrorizada, la joven curandera dio media vuelta y echó a correr a ciegas entre raíces y ramas trepadoras de espino, preparándose para oír ruidos de persecución y sentir cómo una gigantesca zarpa la agarraba por el cuello. En aquel oscuro bosque no había sendas. Los árboles se extendían interminablemente por todos lados, y no había trinos de pájaros ni sonidos de presas, ninguna señal de que alguna criatura viviente hubiese caminado alguna

vez entre aquellos oscuros arbustos.

«¿Dónde estoy?», se lamentó en silencio Hojarasca Acuática, pero no hubo respuesta. ¿Qué la había llevado a aquel lugar donde nunca había estado el Clan Estelar y donde el espíritu de un gato asesino podía convocar a sus hijos en sueños?

En su huida, presa del pánico, la joven curandera no vio por dónde iba. De pronto, el suelo cedió bajo sus patas. Soltó un alarido de angustia al hundirse en la oscuridad, hasta que su cuerpo aterrizó con un golpe seco que la dejó sin aliento.

Abrió los ojos de golpe y soltó un respingo de pavor. Había una cabeza atigrada a un ratón de distancia de la suya, y unos ojos ámbar la observaban fijamente.

—¿Te encuentras bien? —maulló Zarzoso.

Hojarasca Acuática se incorporó torpemente, esparciendo pedacitos de musgo a su alrededor. Estaba en su lecho, delante de la guarida de Carbonilla. La cremosa luz del alba iba apoderándose del cielo por encima de los árboles.

—¿Hojarasca Acuática? —Zarzoso parecía preocupado. Tenía el pelo alborotado, con trocitos de helecho pegados, como si también él acabara de levantarse—. ¿Te ocurre algo? Te he oído gritar.

—¿Qué? No, no… estoy bien. —Se quedó mirándolo, vacilante. ¿Habría ido hasta allí para decirle que la había visto en sueños?

—Estrella de Fuego está escogiendo a los que irán esta noche a la Asamblea —maulló el guerrero bostezando—. ¿Estás en condiciones de asistir? Sé que ayer hiciste un largo viaje.

Hojarasca Acuática se sintió aliviada de las orejas a la punta de la cola. Si Zarzoso había tenido el mismo sueño que ella, no podía haberla visto entre las sombras. Sin embargo, su alivio se esfumó enseguida. ¿Y si Zarzoso había elegido libremente visitar a su padre en el bosque oscuro? ¿Qué pretendía Estrella de Tigre que hiciera su hijo para convertirse en líder de clan?

Se puso en pie. Todavía estaba alterada, pero no permitiría que se le notara.

—Estoy bien —repitió—. Dile a Estrella de Fuego que me encantaría asistir.

Zarzoso inclinó la cabeza y se marchó. Hojarasca Acuática tomó unas bocanadas de aire antes de atusarse el pelo a toda prisa. ¡Había olvidado por completo que esa noche había luna llena! Aunque sintiera un hormigueo de miedo al pensarlo, quería ver juntos a Alcotán y Zarzoso. ¿Se les notaría de algún modo lo que habían visto y oído mientras dormían? ¿Cuántas veces los

habría convocado Estrella de Tigre en sueños antes de esa noche?

La joven curandera sabía que no podía pedirle consejo a nadie. Estrella de Fuego y Carbonilla se tomaban muy en serio los sueños que recibía del Clan Estelar, pero aquello era diferente. No se atrevía a contárselo. Le aterraba lo que pudiera significar ese sueño, porque jamás había oído que un curandero hubiera pisado el lugar que ella acababa de ver. En aquel bosque se había sentido más lejos que nunca de sus antepasados guerreros. Si perdía por completo el contacto con ellos, ¿se vería condenada a deambular eternamente por ese tenebroso lugar y a no encontrar nunca más el camino de vuelta a la luz?

Aunque era muy temprano, supo que ya no podría volver a dormirse. Carbonilla seguía en su guarida, de modo que la joven decidió salir a buscar hierbas. No les iría mal disponer de más hojas de borraja, sobre todo si Musaraña tenía fiebre.

Había visto matas de esa hierba cerca de la casa de los Dos Patas abandonada. Salió del campamento y avanzó por el viejo camino en desuso. El tiempo gris y nuboso había dado paso a una luz solar que le calentaba la piel. Retoños verdes brotaban en el suelo, y en los árboles los brotes estaban creciendo. Los pájaros cantaban por encima de ella, prometiendo abundancia de carne fresca con la proximidad de la estación de la hoja nueva. Aquel bosque no podía ser más distinto del oscuro lugar que había visitado en su sueño; sin embargo, Hojarasca Acuática no lograba sacudirse de encima el horror de lo que había visto, y se descubrió mirando por encima del hombro cada dos por tres.

Sintió un escalofrío cuando tuvo a la vista la ruinosa casa, con sus sombríos agujeros rectangulares, como ojos clavándose en ella. Pero hizo un esfuerzo y siguió caminando hacia el edificio, olfateando el aire para localizar la borraja que había ido a buscar. ¿Qué podía asustarla allí, después de haber estado en el tenebroso bosque de Estrella de Tigre?

En el camino de vuelta, cargada con un satisfactorio puñado de fragantes hojas de borraja, vislumbró un pelaje claro tras una mata de helechos. Llevada por la curiosidad, rodeó la planta y se encontró al borde del musgoso claro al que los gatos iban a entrenar. Allí estaba Nimbo Blanco, plantado ante Dalia con las orejas erguidas.

—No —maulló el guerrero—. Tienes que golpearme. Con fuerza.

Dalia lo miró con sus claros ojos azules.

—Pero ¡no quiero hacerte daño!

Nimbo Blanco enroscó la cola.

—No te preocupes, no me harás daño. Venga, prueba otra vez.

La gata del cercado de los caballos lo miró indecisa, pero luego pasó corriendo ante él, dando un manotazo al rebasarlo. Nimbo Blanco la esquivó y le enganchó las patas, de modo que ella cayó despatarrada en el suelo, en una maraña de patas y cola peluda.

—¡No es justo! —se quejó la gata—. ¡No has dicho que ibas a hacer eso!

—¡Oh, claro que no! —Nimbo Blanco no pudo disimular que se estaba divirtiendo—. ¿Acaso crees que, en el fragor de la batalla, un enemigo irá y te soltará: «Cuidado, ahora voy a hacerte un amago y te atacaré»?

Dalia sacudió la cola.

—No es probable que necesite luchar…

—Tal vez sí —replicó Nimbo Blanco, ahora con expresión seria—. Si nos ataca otro clan… o criaturas como zorros o perros… tendrás que saber defenderte. De lo contrario, podrías quedar muy malherida.

—Oh, de acuerdo. —Dalia se dio unos lametazos en el pecho—. Enséñame otra vez cómo he de hacerlo.

Hojarasca Acuática pensó que Nimbo Blanco tenía una dura tarea por delante para transformar a aquella minina doméstica en una guerrera competente. Dalia no parecía tener ningún instinto luchador, aunque el gato parecía estar dispuesto a sacar lo mejor de ella. La joven curandera recordó la paciencia infinita que había mostrado Nimbo Blanco con Centella, cuando fue atacada por los perros y tuvo que aprender una forma completamente nueva de pelear y cazar. Tal vez también pudiera enseñar a Dalia a ser guerrera.

Al pensar en Centella, de pronto deseó regresar al campamento. No le gustaba que la gata blanca y canela estuviera ocupándose de todas sus obligaciones de curandera.

Saludó con la cola al pasar ante Nimbo Blanco y Dalia y, de camino al campamento, oyó que Nimbo Blanco maullaba:

—Esta vez, simularemos que yo soy un tejón que va a comerse a tus hijos.

—Pero ¡si mis hijos te adoran! —protestó Dalia.

Cuando Hojarasca Acuática llegó a la hondonada rocosa, ya se habían levantado más guerreros. Saludó a Tormenta de Arena, que salía a cazar con Zancudo y Espinardo, y fue a buscar a Carbonilla. Pero fue Centella la que salió a recibirla en la guarida de la curandera.

—¡Borraja! —exclamó la guerrera—. Gracias, Hojarasca Acuática. Ya casi no nos quedaba, y Musaraña todavía tiene algo de fiebre.

En cuanto la joven dejó las hojas en la entrada de la guarida, Centella tomó un par y corrió hacia la zona en la que dormían los veteranos, debajo de las retorcidas ramas de un avellano.

Hojarasca Acuática soltó un bufido de irritación y le dio un manotazo al zarzal más próximo. Centella estaba comportándose como si ella fuese la curandera, y Hojarasca Acuática, una simple ayudante.

—¿Qué ocurre? —Carbonilla salió de su guarida, olfateó apreciativamente las nuevas hojas de borraja y miró a su aprendiza.

Hojarasca Acuática se encogió de hombros.

—Sólo que parece haber demasiadas curanderas por aquí —masculló.

Carbonilla la miró con sus ojos azules. En ellos, Hojarasca Acuática vio sabiduría y compasión, y algo más profundo que no pudo descifrar.

—Ten paciencia con Centella —maulló Carbonilla—. Para esa gata, todo ha cambiado. —Y en voz más baja, añadió—: El mayor regalo que podemos pedir es tener el valor de aceptar lo que nos envíe el Clan Estelar, por muy duro que parezca.

A Hojarasca Acuática le sorprendió ver un destello de tristeza en la expresión de su mentora. Quería preguntarle de qué estaba hablando, pero le daba miedo la respuesta. ¿Se refería sólo a Centella y al valor que había demostrado al aceptar su rostro desfigurado? ¿O intentaba decirle que ya no la necesitaba, ahora que Centella había empezado a asumir el papel de curandera?

Antes de que pudiera reunir el coraje necesario para preguntar nada, Carbonilla volvió a entrar en su guarida. Hojarasca Acuática estaba ya a punto de seguirla cuando vio que Nimbo Blanco entraba en el claro por el túnel de espinos, seguido de Dalia. Los hijos de la minina, que estaban revolcándose delante de la maternidad, se levantaron de un salto y echaron a correr para abalanzarse sobre Nimbo Blanco. El guerrero se tiró al suelo y peleó en broma con los cachorros, con las uñas cuidadosamente envainadas.

—¡Eh, Bayito, quítate de encima! —resolló, dándole al pequeño una palmadita en la oreja—. ¡Ratoncillo, eso me hace cosquillas…! ¿Y quién tiene los dientes en mi cola? —Rodó por la tierra, llevándose a la cachorrita con él—. ¡Pequeña Pinta, muestra un poco de respeto hacia un guerrero!

—Se porta de maravilla con ellos —maulló Centella, que había regresado y estaba mirando a su compañero con expresión melancólica—. Será un mentor fantástico. Tuvo muchísima paciencia conmigo cuando me atacaron los perros. Y se inventó toda clase de movimientos de lucha para que pudiera volver a ser

guerrera.

Hojarasca Acuática sintió una inesperada punzada de compasión por Centella. Tal vez Carbonilla tuviera razón, y la guerrera se estaba viendo obligada a acostumbrarse a más cambios que cualquiera. Para ella no debía de ser fácil que Nimbo Blanco pasara tanto tiempo con Dalia y sus hijos. Pero su compasión se esfumó cuando Musaraña se acercó a hablar con la guerrera.

—Se me ha olvidado preguntarte una cosa, Centella —maulló la veterana—. ¿Puedo tomar semillas de adormidera? Ya llevo dos noches sin pegar ojo por culpa de la fiebre.

—No estoy segura —respondió Centella—. No creo que debas tomar semillas de adormidera junto con la borraja. Vamos a preguntarle a Carbonilla si tiene algo mejor.

Y guió a la veterana a través de la cortina de zarzas que protegían la guarida de Carbonilla, mientras Hojarasca Acuática se quedaba mirándolas con frustración e incredulidad. «Pero ¡¿quién es la curandera aquí?!». Si Musaraña o Centella se hubieran tomado la molestia de preguntarle, ella habría sugerido que masticara una hoja de diente de león en vez de la adormidera. Pero ambas habían actuado como si ella ni siquiera estuviese allí.

A lo mejor Carbonilla acabaría convirtiendo a Centella en aprendiza de curandera. «Sin embargo, yo sigo siendo su aprendiza…», pensó, abatida. Aunque ahora ya tuviera su nombre oficial, seguiría aprendiendo de Carbonilla durante muchas estaciones más. Y jamás había oído que un curandero tuviese dos aprendices a la vez. «Además —añadió para sus adentros—, Centella tiene un compañero. No puede ser curandera, ¿no?».

Sintió como si tuviera una piedra enorme en el estómago, un peso que la hundía más y más. «Quizá sea una señal del Clan Estelar —pensó—. Una señal de que el Clan del Trueno… ya no me necesita».



15

Unos jirones de nube flotaban en el cielo, pero la luna llena brillaba con nitidez cuando los gatos del Clan del Trueno cruzaron el árbol puente hasta la isla. Al bajar a la pedregosa orilla, Hojarasca Acuática paseó la mirada por los gatos que ya estaban allí y reparó en Perlada y Cascarón, que iban hacia la línea de arbustos que protegían el centro de la isla.

«El Clan del Viento ya está aquí. ¿Dónde estará Corvino Plumoso?». Se había dicho a sí misma que debía dejar de buscarlo, pero, al no verlo allí, se sintió decepcionada. Con el corazón en un puño, se detuvo a la sombra de las raíces del árbol caído, saboreando el aire en busca del olor de Corvino Plumoso, aunque le resultó imposible distinguirlo entre tantos olores mezclados.

Arrastrando la cola, la joven curandera subió la pendiente hacia la barrera de arbustos. Vio cómo Zarzoso y Alcotán se saludaban entrechocando los hocicos; ojos ámbar clavados en ojos azul hielo. Los dos guerreros intercambiaron un mensaje mudo, y luego ambos dieron media vuelta y desaparecieron debajo de los frondosos arbustos.

Hojarasca Acuática sintió que se le helaba la sangre de todo el cuerpo. Por unos instantes, la isla se esfumó a su alrededor, y se encontró de nuevo en aquel oscuro bosque donde Estrella de Tigre aleccionaba a sus hijos sobre cómo obtener poder. ¿Qué estarían planeando Zarzoso y Alcotán?

Oyó el susurro de las ramas cuando los dos atigrados se abrieron paso entre los arbustos que llevaban al claro, y esperó a que las hojas dejaran de moverse antes de seguirlos. La joven curandera sintió un hormigueo en las patas, una sensación de peligro. ¿Acaso Zarzoso estaba planeando apoderarse del Clan del Trueno, igual que había hecho su sanguinario padre muchas estaciones atrás?

Al salir de los arbustos, parpadeó bajo la deslumbrante luz de la luna que perfilaba todas las hojas y tallos. Delante de ella estaban sentados Zarzoso y Alcotán, juntos, no muy lejos de las raíces del Gran Roble. La joven gata llegó justo a tiempo para ver cómo Esquiruela fulminaba con la mirada a los hermanos, antes de sentarse al lado de Cenizo. Trigueña y Bermeja se les unieron, y los cuatro guerreros se saludaron amistosamente, como si quisieran recordar que hacía poco habían peleado hombro con hombro contra los mininos domésticos.

Ala de Mariposa estaba cómodamente instalada cerca del lindero del claro, con las patas debajo del cuerpo, junto a Carbonilla y los demás curanderos. Hojarasca Acuática se dirigió hacia allí.

—¿Va todo bien? —le preguntó a su amiga—. ¿Habéis tenido más problemas con la sustancia de los Dos Patas?

Ala de Mariposa negó con la cabeza.

—Todo está bien, gracias. Flor Albina y sus cachorros han regresado ya a la maternidad, y Musgosa se ocupa de vigilarlos. Y Fabuco ha vuelto también a entrenar con Prieto.

—Eso es estupendo… —ronroneó Hojarasca Acuática.

La pregunta de Cirro la interrumpió:

—¿Qué sustancia de los Dos Patas?

Ala de Mariposa empezó a contarles a los demás curanderos lo de aquella extraña sustancia verde y plateada, y Hojarasca Acuática aprovechó para echar otro vistazo al claro. Se estremeció al distinguir la delgada figura gris oscura de Corvino Plumoso; el guerrero estaba sentado con un grupo de gatos del Clan del Viento. ¡Estaba convencida de que él no había acudido a la Asamblea! Se quedó observándolo unos segundos, y sólo desvió la mirada cuando él comenzó a agitar las orejas, como si hubiera percibido que sus ojos se clavaban en él.

Sonó un aullido desde las ramas del Gran Roble. Al alzar la cabeza, Hojarasca Acuática vio a Estrella Negra en una rama que colgaba sobre el claro. Estrella de Fuego estaba en otra justo debajo de él, junto a Estrella Leopardina. El líder del Clan del Viento, en cambio, se hallaba a unas pocas colas de distancia, en la horqueta entre una gruesa rama y el tronco del árbol. Perlada y Vaharina ya se habían acomodado en las raíces que sobresalían al pie del roble; Bermeja corrió hacia ellas cuando Estrella Negra daba ya un paso adelante para hablar.

—Gatos de todos los clanes —maulló el líder—, el Clan Estelar nos ha traído

de nuevo hasta aquí para que nos reunamos bajo la luz de la luna llena. Estrella de Fuego, ¿quieres empezar?

El líder del Clan del Trueno se levantó e inclinó la cabeza ante Estrella Negra.

—El Clan del Trueno tiene un nuevo aprendiz —informó—. Ahora, Cenizo es el mentor de Betulo.

Hojarasca Acuática vio que Cenizo se daba unos lametazos, azorado, mientras Esquiruela, junto a él, miraba a su alrededor llena de orgullo. Betulo no había acudido a la Asamblea.

—Y Dalia, una gata que vivía en el granero del cercado de los caballos, ha llevado sus cachorros al Clan del Trueno —continuó Estrella de Fuego en cuanto se apagaron los maullidos de felicitación—. Les he dado permiso para quedarse con nosotros todo el tiempo que deseen.

En el claro brotó un murmullo de sorpresa, junto con unos pocos aullidos de protesta. Serbal, del Clan de la Sombra, se levantó de un brinco.

—¿Es eso sensato? —quiso saber—. ¿Para qué sirven los mininos domésticos?

Hojarasca Acuática vio que a su padre se le erizaba el pelo del cuello, y que de inmediato se le alisaba de nuevo, como si estuviera haciendo un esfuerzo por controlarse.

—Dalia no es exactamente una minina doméstica —contestó sin alterarse—. Vivía en el cercado de los caballos, no en la casa de los Dos Patas. Y fue muy valiente al escapar con sus hijos para que los Dos Patas no pudieran quitárselos.

Serbal sacudió la cola.

—Nunca serán guerreros.

—Eso no puedes saberlo —replicó Estrella de Fuego, lanzando una mirada a Nimbo Blanco, que estaba sentado cerca de las raíces del Gran Roble—. Un buen guerrero no tiene por qué haber nacido en el bosque, al igual que nacer en el bosque no garantiza que un gato llegue a ser un buen guerrero. Dalia está adaptándose bien, y sus tres hijos se convertirán en aprendices en cuanto alcancen la edad reglamentaria. Pronto aprenderán el código guerrero.

—Tal vez… —gruñó Serbal, sentándose de nuevo. Hojarasca Acuática estaba lo bastante cerca para oír cómo le decía entre dientes a Robledo—: ¿Por qué esperamos que Estrella de Fuego comprenda la importancia de nacer dentro de un clan? Él llenaría el bosque de mininos domésticos si pudiera.

Robledo agitó las orejas.

—Pues tendrías que admirarlo —maulló—. ¿Crees que Estrella Negra rechazaría la oportunidad de contar con tres guerreros extra para el clan?

Serbal se limitó a resoplar.

Al escuchar lo que decían los guerreros del Clan de la Sombra, Hojarasca Acuática se perdió el final del informe de su padre. Cuando volvió a prestar atención, Estrella Leopardina se había puesto en pie.

—Los Dos Patas dejaron veneno en nuestro territorio —maulló la líder—. Hiedra y uno de nuestros cachorros murieron, pero todos los demás se están recuperando, gracias a Ala de Mariposa… y a Hojarasca Acuática, del Clan del Trueno, que vino a ayudarnos.

Su mirada recorrió el claro y se clavó en la joven curandera. La líder del Clan del Río inclinó la cabeza en un gesto de agradecimiento, antes de volver a sentarse. Avergonzada por aquel elogio delante de todos los gatos, Hojarasca Acuática clavó la mirada en el suelo.

—El Clan de la Sombra también tiene una razón para darle las gracias al Clan del Trueno —comenzó Estrella Negra.

Y dicho eso, relató lo sucedido en su territorio. Hojarasca Acuática supuso que al líder le estaba costando mucho admitir que su clan no había podido solucionar el problema sin la ayuda del Clan del Trueno, pero al menos no intentó ocultar la deuda que tenía con sus vecinos.

—Desde entonces —concluyó—, los mininos domésticos no han salido del jardín de los Dos Patas.

Estrella de Bigotes se levantó de un salto.

—¿Qué clase de líder eres? —gruñó—. ¿Acaso no te avergüenzas de necesitar la ayuda de otro clan? Y a ti te digo lo mismo —añadió, volviéndose hacia Estrella Leopardina—. El Clan del Río tiene su propia curandera. ¿Por qué tenéis que ir arrastrándoos al Clan del Trueno? —Sin inmutarse por los murmullos de desaprobación que brotaron a sus pies, miró ceñudo a Estrella de Fuego—. Ya es hora de que el Clan del Trueno deje de prestar tanta atención a lo que ocurre en los otros clanes. Tus guerreros pasan por alto nuestras fronteras, y creen que pueden decirles a todos los gatos lo que deben hacer. Todos hemos viajado juntos hasta aquí, y el Clan del Trueno no es más fuerte que los demás.

Antes de que Estrella de Fuego pudiera replicar, Nimbo Blanco se puso en pie de un salto. Su pelaje blanco estaba erizado y su peluda cola había duplicado su tamaño.

—Te encantó contar con la ayuda del Clan del Trueno cuando tu clan estaba

muriéndose de hambre —gruñó.

—Eso fue diferente… —replicó Estrella de Bigotes.

—Exacto —maulló Estrella de Fuego, con voz tranquila pero cargada de autoridad—. En aquel entonces, tuvimos que unirnos para sobrevivir a lo que los Dos Patas estaban haciéndole al bosque. Aunque dudo que el Clan Estelar quiera que ahora dejemos de ayudarnos unos a otros.

—Es posible, pero seguro que también quiere que se respete la separación de los clanes —replicó Estrella de Bigotes—. Siempre ha habido cuatro clanes, eso lo sabe hasta un cachorro.

Se oyeron más protestas.

—¡Sin nosotros, el Clan del Viento habría sido aniquilado! —aulló Manto Polvoroso.

Estrella de Bigotes dio un paso adelante, arañando la corteza del árbol.

—¡Mirad a la luna! —exclamó con voz ronca—. ¿Acaso veis que la cubra alguna nube? No, brilla con esplendor… y eso significa que el Clan Estelar está de acuerdo con lo que digo.

—Ningún gato ha reivindicado jamás que no haya cuatro clanes —se defendió Estrella de Fuego—. Pero eso no quiere decir que el Clan Estelar desee que nos demos la espalda unos a otros cuando haya problemas.

—¡Ya sé por qué dices eso! —bufó Estrella de Bigotes—. Estás convencido de que tu clan es el más fuerte, y te encargas de demostrárselo a los demás a la menor oportunidad.

—¡Eso son cagarrutas de ratón! —gruñó Estrella Negra—. El Clan del Trueno nos ha ayudado una sola vez. Si ponen una pata en nuestro territorio sin ser invitados, descubrirán lo fuertes que somos.

Hojarasca Acuática clavó las uñas en el suelo. ¿Por qué los otros líderes se negaban a aceptar que Estrella de Fuego tenía razón? Aunque hubiera cuatro clanes, eso no significaba que no pudieran ayudarse en una situación difícil. Se volvió hacia Carbonilla, pero, antes de poder preguntarle su opinión a la curandera, notó un leve contacto en el hombro. Conteniendo la respiración, miró hacia atrás: Corvino Plumoso estaba agazapado entre las sombras que bordeaban el claro.

—¡Tengo que hablar contigo! —susurró el guerrero, señalando los arbustos con la cabeza.

Carbonilla estaba absorta escuchando lo que decían los líderes del clan, de modo que la joven curandera pudo retroceder sin que la vieran hasta que las

sombras la engulleron también a ella. Una rama baja los ocultó de los gatos del claro mientras cruzaban la barrera de arbustos. Se dirigieron hacia la orilla de la isla, hasta que encontraron una roca que se interponía entre ellos y el lugar donde se celebraba la Asamblea.

—¿Qué te pasó? —El guerrero del Clan del Viento parecía dolido—. ¿Por qué no te reuniste conmigo aquella noche?

Hojarasca Acuática tragó saliva nerviosamente.

—No te enfades conmigo, Corvino Plumoso —le suplicó—. No pude ir… Estaba ayudando a Ala de Mariposa…

El joven guerrero sacudió la cola.

—No es justo que tengamos que encontrarnos así, aprovechando momentos robados —murmuró—. Nunca consigo verte…

—Lo sé. Yo siento lo mismo, pero, Corvino, sabes muy bien que soy curandera…

Hojarasca Acuática era consciente de que aquélla era su oportunidad de decirle a Corvino Plumoso que era inútil que la amase. Pero ahora, a su lado, rozando su pelaje y aspirando su olor, fue incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

Por un instante, su culpabilidad y angustia se desvanecieron. Sintió como si no importara nada, excepto estar cerca de él, con la mirada fija en sus ardientes ojos ámbar.

—Sé que hay problemas… —maulló Corvino Plumoso, arañando el suelo—. Tú eres curandera, y pertenecemos a clanes diferentes. El código guerrero al completo está contra nosotros. Pero debe de haber alguna forma…

Hojarasca Acuática lo miró, parpadeando.

—¿Cómo?

Todas las dificultades la inundaron de nuevo, hasta que se sintió atrapada por ellas.

El guerrero gris oscuro estaba tan tenso que Hojarasca Acuática casi podía percibir la fuerza electrizante de un rayo alrededor de su cuerpo.

—¡Ojalá pudiéramos escapar de todo! —exclamó Corvino Plumoso—. De los clanes, de las tradiciones y de las fronteras… ¡Quiero alejarme de todo esto!

—¿Escapar? —repitió Hojarasca Acuática—. ¿Te refieres a… huir?

¿Estaba insinuando de verdad que podían abandonar a sus clanes y la vida que conocían desde que eran cachorros? Tendría que despedirse para siempre de sus padres, de Esquiruela y de su mentora, Carbonilla. Más aún, tendría que

renunciar a su vida como curandera. Se le encogió el estómago de pena. ¿Cómo soportaría no volver a pasear en sueños con el Clan Estelar, no ver nunca más a Jaspeada, no curar a sus compañeros de clan con la ayuda del Clan Estelar…?

Corvino Plumoso la tocó con el hocico.

—¿Hojarasca…?

Ella sacudió la cabeza, conmocionada.

—No podemos abandonar a nuestros clanes. Ésa no es la respuesta.

—Yo tampoco sé cuál es la respuesta —maulló con brusquedad.

Hojarasca Acuática advirtió que los sonidos de la discusión en el claro habían cesado. Apenas oyeron cómo Estrella Negra daba la reunión por finalizada.

—Es hora de irse —masculló Corvino Plumoso—. Mañana, cuando el sol esté en lo más alto, ve a recolectar hierbas junto al arroyo, cerca de los pasaderos. Así podremos seguir hablando. No dejes de acudir, por favor.

Sin aguardar respuesta, dio media vuelta y bordeó los arbustos para reunirse con sus compañeros de clan, que ya se dirigían al árbol puente.

Hojarasca Acuática esperó unos segundos antes de regresar al claro a través de los arbustos. Al parecer, nadie la había visto marcharse a hablar con Corvino Plumoso. Los curanderos seguían apiñados al borde de los arbustos, y la joven curandera se dirigió hacia ellos.

—He tenido el mismo sueño una y otra vez —estaba maullando Cirro con angustia—. Advertencias de un peligro cercano… aunque el Clan Estelar nunca me dice de qué peligro se trata. —Miró alterado a sus colegas—. ¿Vosotros habéis recibido una señal más clara?

Hojarasca Acuática no miró a Ala de Mariposa. Ahora había dos curanderas cuyos sueños estaban cerrados al Clan Estelar. Porque estaba claro que no era el Clan Estelar quien le había mandado el sueño del bosque oscuro donde había visto a Estrella de Tigre y a sus hijos. No podía permitir que nadie supiera que no había tenido los sueños que Cirro estaba describiendo, y deseó con todas sus fuerzas que Carbonilla no le preguntara directamente.

Ala de Mariposa rompió el silencio.

—Yo no sé qué pueden significar esos sueños —maulló, y Hojarasca Acuática advirtió que tenía mucho cuidado de no decir nada que pudiera revelar su falta de fe en el Clan Estelar—, pero deberíamos avisar a los líderes de nuestros clanes para que estén alerta.

Carbonilla inclinó la cabeza con aprobación.

—Buena idea.

—Pero ¿qué clase de peligro nos amenaza? —preguntó Cascarón, agitando los bigotes—. En el Clan del Viento no hemos visto nada que pueda poner en peligro al clan desde que nos instalamos, a menos que contéis el zorro, y eso lo solucionamos enseguida.

—Nosotros tuvimos el problema del veneno de los Dos Patas —maulló Ala de Mariposa, y lanzando una mirada a Hojarasca Acuática, añadió—: Pero el Clan Estelar nos envió un aviso especial sobre eso.

—Y nosotros tuvimos el problema de los mininos domésticos —recordó Cirro—. El Clan del Trueno nos ayudó a solventarlo, así que el Clan Estelar no estaría enviándonos sueños sobre eso.

—Debe de haber otra amenaza —concluyó Carbonilla—. Algo que todavía no ha llegado, y que podría afectar a todos los clanes.

—Todos debemos estar alerta en busca de señales —dijo Cascarón—. Quizá el Clan Estelar tenga algo más que mostrarnos cuando llegue la media luna.

Sus palabras marcaron el momento de partir. Los últimos gatos ya estaban desapareciendo entre los arbustos, y el claro estaba casi vacío. Al salir, Hojarasca Acuática se encontró con que, junto al árbol puente, la orilla estaba abarrotada de gatos que aguardaban alrededor de las raíces su turno para cruzar.

La joven curandera paseó la mirada por todos ellos; cuando localizó a Corvino Plumoso, sintió como si un rayo le hubiera atravesado la piel. El guerrero del Clan del Viento saltó ágilmente al tronco y comenzó a cruzar hacia la otra orilla, manteniendo el equilibrio con la cola bien alta en el aire. Hojarasca Acuática no sabía cómo había impedido que sus patas corrieran tras él, a pesar de estar rodeados de gatos de todos los clanes.

«¡Clan Estelar, ayúdame! —suplicó—. ¡No sé qué hacer!».



16

—¡Dalia! Dalia, ¿dónde estás?

Esquiruela se detuvo y miró a su alrededor al oír el furioso aullido que había salido de la guarida de la curandera. Al cabo de un instante, apareció Centella, llevando del pescuezo a uno de los cachorros de Dalia. La criatura gimoteaba con angustia, agitando las patas en el aire. Sus hermanos salieron tras ellos, arrastrando la cola y cabizbajos, y se apretujaron junto al zarzal que resguardaba la guarida.

La gata del cercado de los caballos llevaba suficiente tiempo con el Clan del Trueno para que sus hijos se hubieran vuelto más fuertes y confiados… y para que empezaran a explorar el campamento. Y era fácil que eso acabara provocando problemas. Esquiruela agitó los bigotes, divertida, al recordar las cosas que Hojarasca Acuática y ella habían hecho antes de convertirse en aprendizas.

Centella dejó en el suelo al cachorro; al acercarse, Esquiruela vio que se trataba de Ratoncillo. El ojo bueno de la guerrera llameaba de furia.

—¡Dalia! ¡Ven aquí!

No hubo respuesta desde la maternidad, pero un segundo después Dalia apareció por el túnel de espinos y cruzó el claro a la carrera para encararse a Centella. Nimbo Blanco la siguió más despacio.

—¿Qué ocurre? ¿Qué estás haciendo con mis hijos? —quiso saber Dalia.

—Pregúntales a tus cachorros qué estaban haciendo ellos en la guarida de Carbonilla —replicó Centella—. ¡Y tú, deja de hacer ese ruido! —añadió, dirigiéndose al pequeño que había dejado en el suelo y que estaba lloriqueando con la boca desencajada—. No te he hecho ningún daño.

—¿Qué ha sucedido? —Los ojos azules de Dalia estaban tan furiosos como los de Centella, y su largo pelaje no podía ocultar la tensión de sus músculos.

Por un instante, Esquiruela pensó que la gata podría abalanzarse sobre Centella con uno de los movimientos de lucha que le había enseñado Nimbo Blanco. Centella sabía cuidar de sí misma, y Dalia probablemente no saldría ilesa si se enfrentaba a ella, de modo que se acercó por si hacía falta separarlas.

—Tus cachorros han entrado en la guarida de Carbonilla y se han puesto a revolver las hierbas —explicó Centella—. ¿Os habéis comido algo? —les preguntó a los tres pequeños, volviéndose hacia ellos.

Mudos de terror, los cachorritos negaron con la cabeza. Esquiruela sabía que, en parte, el enfado de Centella provenía del miedo a que hubieran ingerido algo peligroso. Carbonilla no tendría entre sus provisiones ninguna baya que fuera mortal, pero había unos cuantos remedios que podrían provocar un tremendo dolor de barriga si se superaba la dosis recomendada.

El pelo de Centella empezó a alisarse, pero todavía echaba chispas por los ojos, como relámpagos en la estación de la hoja verde.

—Ven a ver el desastre que han provocado, ¡lo han revuelto todo! —le dijo a Dalia—. ¿Por qué no estabas vigilándolos?

—Dalia estaba conmigo —maulló Nimbo Blanco.

—¿Y por eso sus cachorros pueden campar a sus anchas y estropear las provisiones de Carbonilla? —le espetó Centella, desafiante.

—Ellos no sabían lo que hacían…

—¡Pues deberían! —gruñó la guerrera—. ¿Acaso crees que no tenemos nada mejor que hacer que ir limpiando sus desastres? Ayer me pasé todo el día recolectando bayas.

—Mira, lo lamento —maulló Dalia, posando la vista en Centella y en Nimbo Blanco alternativamente. Empujó con delicadeza a Ratoncillo para que se levantara y reunió a los otros dos con un movimiento de la cola—. Me encargaré de que no vuelva a ocurrir.

—Hazlo —replicó Centella.

La minina doméstica se encaminó a la maternidad siguiendo a sus hijos. Esquiruela oyó cómo Ratoncillo se quejaba:

—¡Esa gata tan fea me ha asustado!

—¡Pues no haberte metido en líos! —le contestó su madre.

Esquiruela vio que a Centella se le crispaba la cara ante el comentario del cachorro. La guerrera y Nimbo Blanco estaban frente a frente, sacudiendo la

punta de la cola.

—Yo ayudaré a limpiar —se ofreció Esquiruela, rodeando las zarzas. No quería verse envuelta en una discusión entre Centella y su pareja.

Al entrar en la guarida, comprendió por qué Centella se había enfadado tanto. Había bayas esparcidas por todo el suelo, delante de la entrada, y las hierbas se mezclaban en montones desordenados. Algunas de las hojas estaban arrancadas de los tallos y cubiertas de tierra; probablemente habría que desecharlas.

Esquiruela empezó a reunir en un montón las bayas que podían salvarse. Se preguntó adónde habrían ido Carbonilla y Hojarasca Acuática. Poco después, oyó unos pasos a sus espaldas.

—¡Estás aquí! —exclamó Cenizo, tocándole el hombro con la nariz—. He pensado que podríamos ir a cazar. ¿Por qué Centella y Nimbo Blanco están lanzándose miradas asesinas, como un par de tejones?

Esquiruela se lo explicó mientras seguía clasificando las bayas.

—Los cachorros nacidos en un clan no habrían hecho nunca algo así —comentó Cenizo—. Quizá esos mininos domésticos no lleguen a adaptarse a nuestra forma de vida.

—¿Qué es lo que has dicho? —Esquiruela se volvió para encararse con él—. ¿Acaso has olvidado que mi padre fue minino doméstico?

Cenizo parpadeó.

—Lo lamento. Pero Estrella de Fuego es bastante especial. La mayoría de los mininos no soportarían una vida como la nuestra. Necesitan que sus Dos Patas cuiden de ellos.

Esquiruela soltó un bufido de rabia y sacó las uñas; le costó un esfuerzo tremendo volver a envainarlas para seguir clasificando las bayas. «¿Cómo se atreve Cenizo a hacer juicios basados en el nacimiento?», se sulfuró. ¿Significaba eso que la consideraba inferior por ser medio minina doméstica? ¿Es que no veía que ella, al igual que Hojarasca Acuática, Nimbo Blanco y su hija, Zarpa Candeal, eran tan importantes para el clan como cualquier guerrero nacido en el bosque?

Antes de que Cenizo pudiera decir nada, la cortina de zarzas se estremeció y aparecieron Carbonilla y Hojarasca Acuática. Las dos curanderas iban cargadas con grandes fardos de hierba gallinera.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Carbonilla tras dejar su carga en el suelo.

Esquiruela explicó por segunda vez lo sucedido, mientras Hojarasca Acuática examinaba las hojas desparramadas y empezaba a apilar las que habría que desechar.

—¡Cachorros! —rezongó Carbonilla, revisando unas hojas de milenrama embarradas y aplastadas—. Por lo menos no se han comido nada, así que no ha habido daños irreparables.

—Pero sí un montón de trabajo extra —señaló Cenizo.

—Podemos arreglárnoslas —maulló Hojarasca Acuática, cortante. Esquiruela la miró, sorprendida—. Tiraré estas hojas estropeadas y traeré más.

A la joven guerrera se le puso el pelo de punta al sentir un fogonazo de intensa emoción. Se quedó mirando a su hermana sin pestañear. ¿Era culpabilidad lo que estaba sintiendo Hojarasca Acuática? ¿Por qué iba a sentirse culpable de tener que ir a por más hierbas para arreglar aquel estropicio? Más misterioso aún: mezclado con aquella culpabilidad, parecía haber un estremecimiento de expectación, y debajo de todo eso, una desgarradora capa de desdicha.

Esquiruela se dijo que su hermana debía de estar cansada; la noche anterior, la luna estaba en cuarto menguante, y Hojarasca Acuática había ido, junto con los demás curanderos, hasta la Laguna Lunar. Sin embargo, en lo más profundo sabía que su hermana estaba sufriendo por algo más que el largo trayecto y la falta de sueño. Tal vez los curanderos habían recibido alguna señal del Clan Estelar que les advertía de futuros problemas. Aun así, hacía un tiempo que Hojarasca Acuática no era la misma de siempre. De hecho, desde la última Asamblea estaba tan inquieta como un saltamontes.

—Yo te ayudaré —se ofreció Esquiruela—. Cenizo, será mejor que vayas a cazar sin mí. Me reuniré contigo más tarde… si tengo tiempo.

Cenizo la miró un tanto desconcertado.

—De acuerdo… —dijo después de unos segundos. Y tras despedirse de Carbonilla, salió de la guarida de la curandera.

Esquiruela abrió la boca para llamarlo, deseando no haberle hablado tan secamente, pero su necesidad de hablar con Hojarasca Acuática era mayor. Además, quizá fuera mejor para los dos tener un poco de espacio después de su discusión.

—¿Qué hierbas hay que tirar? —le preguntó a su hermana.

—Éstas —respondió Hojarasca Acuática, señalando con la cola—. Las demás parecen estar bien.

Esquiruela dividió el montón de hojas sucias y dañadas en dos fardos y recogió uno de ellos. Carbonilla había empezado a trasladar al interior de su guarida las hierbas y bayas que estaban en buenas condiciones. Hojarasca Acuática recogió el otro fardo y siguió a Esquiruela fuera del campamento. Llevaron las hojas a la zona de suelo áspero situada a unos pocos zorros de distancia de la entrada, donde los gatos iban a hacer sus necesidades.

—¡Es genial estar aquí fuera! —exclamó Esquiruela al terminar de escupir pedacitos de una hoja de sabor amargo. Quería contarle a Hojarasca Acuática los comentarios hirientes de Cenizo, pero al ver lo tensa y abatida que estaba, su discusión con el guerrero ya no le pareció tan importante—. ¿Va todo bien? —le preguntó.

—¿Y por qué no iba a ir bien? —Hojarasca Acuática arañó el suelo y olfateó distraídamente una hoja nueva de helecho.

—Cuando has propuesto salir a recolectar más hierbas, me ha parecido que estabas… bueno, un poco rara. —De pronto, se le ocurrió algo—. No estarás preocupada por Centella, ¿verdad? Todos sabemos que tú eres la auténtica aprendiza de Carbonilla. Centella sólo está echando una mano.

Hojarasca Acuática parpadeó.

—No, por supuesto que no me preocupa Centella. Mira, Esquiruela —continuó—, será mejor que nos separemos para recolectar hierbas; si no, tardaremos todo el día. Sé que Carbonilla necesita más nébeda. ¿Crees que podrías recoger un poco en la casa abandonada de los Dos Patas?

Esquiruela se quedó mirándola sin pestañear. Era evidente que su hermana estaba intentando librarse de ella.

—¿Y adónde vas a ir tú? —le preguntó.

—Oh… bueno, tal vez cerca de la frontera con el Clan de la Sombra.

Esquiruela captó otro fogonazo de culpabilidad e impaciencia procedente de Hojarasca Acuática y notó un hormigueo por todo el cuerpo. Estaba segura de que su hermana le mentía, y apretó los dientes para contener un aullido de indignación. «¡Nosotras jamás nos hemos mentido!».

—¿Sabes? —maulló, tratando de parecer tranquila—, estos días estás muy rara. Tengo la sensación de que algo ha cambiado.

Pretendía que sus palabras fueran una broma, un intento de recuperar esa intimidad con su hermana que parecía haberse esfumado. Pero, en vez de reírse, Hojarasca Acuática hizo una mueca como si la hubiera picado una abeja.

—Me voy a buscar hierbas —replicó con frialdad, entornando los ojos—.

Soy curandera. No puedes esperar que comparta todos los detalles de mi vida contigo.

Y tras darle la espalda a su hermana, desapareció a grandes zancadas por el sotobosque.

Durante unos segundos, Esquiruela estuvo tentada de seguirla, pero estaba segura de que, si Hojarasca Acuática la descubría, se enfurecería todavía más. Aun así, ella no podía pasar por alto la desdicha de su hermana; siempre habían significado mucho la una para la otra. Tendría que mantener los ojos bien abiertos y esperar la oportunidad de averiguar qué estaba pasando.

El ulular de una lechuza despertó a Esquiruela. Una tenue luz de luna se filtraba a través de las ramas de la guarida de los guerreros, iluminando levemente los cuerpos ovillados de sus compañeros de clan. La calidez de sus respiraciones colmaba la guarida.

La guerrera bostezó, pero no le apetecía volver a dormirse. Ahora estaba completamente despejada e inquieta. Se levantó de su lecho, procurando no despertar a Cenizo, que dormía a una cola de distancia, y salió al claro.

La luz de la luna, que había menguado hasta parecer una finísima garra que arañara el cielo añil, iluminaba lo justo para que se vieran los límites de la hondonada. Las matas de zarza y helechos proyectaban oscuras sombras en los extremos, y junto a la entrada del túnel de espinos, la joven guerrera apenas pudo distinguir el pelo claro de Nimbo Blanco, que estaba montando guardia.

Flexionó las zarpas, preguntándose si debía decirle al guerrero blanco que le apetecía un poco de caza nocturna, cuando de pronto captó un movimiento por el rabillo del ojo. Al volverse, vio a Hojarasca Acuática saliendo de la guarida de la curandera.

Esquiruela estuvo a punto de llamarla, pero reparó en el extraño comportamiento de su hermana, que miró a su alrededor cuidadosamente antes de abandonar la protección de los zarzales. Era obvio que no había visto su pelaje rojo entre las sombras de la guarida de los guerreros. Luego recorrió el borde del claro sin apartarse de la oscuridad, como si fuera un ratón que no quisiera ser descubierto por los depredadores. La tensión de su hermana vibró dentro de Esquiruela desde las orejas hasta la punta de la cola.

Toda la inquietud que había sentido Esquiruela volvió de nuevo mientras iba tras los pasos de Hojarasca Acuática, procurando no hacer ningún ruido. No

quería molestar a Nimbo Blanco ni a ningún otro guerrero hasta que supiera qué pretendía hacer su hermana. Estaba claro que tenía algún tipo de problema, y aquélla podía ser la oportunidad que Esquiruela esperaba para averiguar más cosas.

Antes de llegar a la barrera de espinos que bloqueaba la entrada al campamento, y de arriesgarse a que la viera Nimbo Blanco, la joven curandera viró bruscamente hacia un zarzal. Esquiruela oyó un ligero chasquido, y se quedó paralizada cuando Nimbo Blanco volvió la cabeza de repente; pero, tras escuchar unos instantes, el guerrero agitó la punta de la cola y continuó centrando su atención en el túnel.

Con el corazón desbocado, la joven guerrera se coló por el zarzal detrás de Hojarasca Acuática. Se hallaba en el rincón de la hondonada que aún tenía demasiada maleza para servir como dormitorio o almacén. Para su sorpresa, Esquiruela vio que una parte del muro se había desmoronado por allí, y que, para un gato ágil, no sería demasiado difícil trepar hasta lo alto del barranco. ¡Hojarasca Acuática conocía una ruta secreta para salir del campamento! Pensó que su hermana debía de conocer el camino muy bien para haber desaparecido ya. ¿Cuántas veces habría usado esa salida?

Esquiruela se lanzó hacia arriba, y consiguió izarse a través de zarcillos clavando las uñas en un arbusto solitario que había echado raíces en una grieta. Cuando por fin logró llegar al borde de la hondonada, se escondió en la mata de helechos más cercana, aguzando el oído por si captaba algún sonido en el claro de abajo que indicara que alguien la había visto.

En la hondonada, sin embargo, todo estaba en silencio, excepto por el susurro del viento entre las ramas. Poco a poco, los desbocados latidos de su corazón fueron calmándose, y sólo entonces se atrevió a asomar la cabeza para mirar alrededor.

No se veía a Hojarasca Acuática por ninguna parte, aunque Esquiruela no tardó mucho en detectar su olor. El rastro bordeaba la cima de la hondonada, y luego se internaba en el bosque.

La joven guerrera lo siguió, deteniéndose de vez en cuando para saborear el aire. Quería creer que su hermana había salido del campamento por asuntos propios de una curandera, pero, hasta donde ella sabía, no había hierbas que debieran ser recolectadas a la luz de la luna. Además, la forma en que Hojarasca Acuática se había escabullido del campamento y la mezcla de culpabilidad y emoción que le llegaba de ella significaban que debía de estar haciendo algo que

no debería.

«Podrías habérmelo contado —pensó Esquiruela, malhumorada—, tal vez hubiera podido ayudarte».

El olor de Hojarasca Acuática se internaba en una zona de avellanos y helechos y, poco después, Esquiruela empezó a oír el borboteo del arroyo que delimitaba la frontera con el Clan del Viento y se detuvo unos instantes. ¿Era posible que su hermana fuese de camino a la Laguna Lunar? De ser así, la enfurecería que ella se entrometiera en un ritual de curanderos. Sin embargo, si se trataba de algo así, ¿por qué salir a hurtadillas del campamento? A Hojarasca Acuática no le importaría que los demás supieran que iba a compartir lenguas con el Clan Estelar.

Esquiruela siguió adelante, haciendo lo posible por seguir el rastro, aunque el bosque rebosaba del olor de las hojas y la savia nuevas. Un aroma a presas que le hacía la boca agua se cruzaba una y otra vez con el olor de su hermana, hasta que la guerrera apenas pudo distinguirlo de todos los que colmaban sus sentidos. Tuvo que detenerse varias veces a paladear el aire antes de poder continuar. En un momento dado, creyó que había perdido el rastro en una zona de suelo sin hierba, donde la roca afloraba a la superficie, pero volvió a encontrarlo poco después, al otro lado. Luego el olor desapareció definitivamente en una extensión cenagosa, y, aunque Esquiruela la recorrió de un extremo a otro con la nariz pegada al suelo, no logró encontrarlo de nuevo.

—¡Buf! —rezongó—. ¿Y tú te consideras cazadora?

Aún podía oír el sonido del agua, y se deslizó silenciosamente entre los árboles hasta ver el arroyo. La brisa le llevaba el olor del Clan del Viento. ¿Se habría atrevido su hermana a cruzar al territorio vecino? Por un instante, la guerrera pensó en cruzar el cauce de agua para ver si captaba el olor de Hojarasca Acuática al otro lado de la frontera; sin embargo, existía la posibilidad de que algún gato del Clan del Viento hubiera tenido ganas de cazar de noche y, si la descubrían en su territorio, se buscaría problemas, sobre todo teniendo en cuenta lo que opinaba ahora Estrella de Bigotes sobre el Clan del Trueno. Esquiruela se dijo que sería mejor averiguar qué se traía entre manos su hermana si regresaba y la esperaba fuera de la hondonada.

Al llegar al campamento, se agachó entre los helechos que crecían sobre el punto donde se había desmoronado una parte de la pared rocosa, imaginando que Hojarasca Acuática regresaría por el mismo camino.

El cielo estaba ya adquiriendo el peculiar color lechoso de las primeras luces

del alba cuando oyó que alguien se acercaba a través de la vegetación. La guerrera captó el olor de su hermana y, al incorporarse, vio que Hojarasca Acuática iba hacia ella, rozando la hierba con la cola y con la cabeza baja.

—¿De dónde vienes? —le preguntó a bocajarro.

Su hermana alzó la cabeza de golpe y se quedó mirándola, cabizbaja.

—¿Qué haces aquí fuera? ¿Acaso estabas espiándome?

—Claro que no, tontorrona bola de pelo. —Esquiruela se arrimó a su hermana con la intención de restregarse contra ella para tranquilizarla, pero Hojarasca Acuática retrocedió con expresión recelosa—. He visto cómo te marchabas en plena noche y estaba preocupada por ti, eso es todo. Sé que pasa algo. ¿Puedes contarme qué es?

La potencia de las emociones de Hojarasca Acuática estuvo a punto de derribar a Esquiruela. Percibía que su hermana deseaba confiarse a ella, pero una barrera más fuerte que el espino bloqueaba el camino. Sintió que se le encogía el estómago. El problema de Hojarasca Acuática debía de ser más grave todavía de lo que pensaba.

La joven curandera negó con la cabeza.

—No pasa nada. Déjame en paz.

—No pienso hacerlo —replicó Esquiruela—. Hojarasca Acuática, no es propio de ti escabullirte de ese modo…

—¿Escabullirme? —bufó la joven, erizando la cola de rabia—. ¡Mira quién fue a hablar! ¿Y por qué está bien que tú te escabullas para seguirme?

—¡Eso no es justo! —protestó—. Sólo quería saber qué estaba ocurriendo.

—¡Pues no es asunto tuyo! Si confiaras en mí, no me harías todas esas preguntas.

—¡Oh, sí, claro! —replicó la guerrera—. Mi hermana tiene un problema, ¿y se supone que tengo que actuar como si nada?

—¡Si quisiera tu ayuda, te la pediría! —replicó Hojarasca Acuática.

—Sabes que necesitas ayuda. —Esquiruela hizo un gran esfuerzo para controlar su furia—. Si es algo de curanderos, ¿por qué no hablas con Carbonilla?

—Carbonilla ya no me escucha —contestó con voz triste—. Ahora cuenta con la ayuda de Centella. No me necesita…

—¡Eso es lo más descerebrado que he oído jamás!

Hojarasca Acuática soltó un bufido.

—¿Es que de pronto te has vuelto sabia e inteligente? Supongo que también

crees que lo mejor es contarle todo esto a Estrella de Fuego.

El enfado de Esquiruela se esfumó. Su hermana parecía tan desesperada que le resultaba imposible seguir enfrentándose a ella. Hubiese ido a donde hubiese ido, y hubiera hecho lo que hubiera hecho, no le había servido para ser más feliz.

—No se lo contaré a nadie, Hojarasca —maulló quedamente—. Será mejor que vuelvas al campamento, antes de que te echen de menos.

Su hermana asintió y se puso en marcha; luego se volvió con una mirada tan pesarosa que Esquiruela sintió que un dolor afilado como una espina le atravesaba el corazón.

—Lo lamento… —murmuró la joven curandera, en voz tan baja que Esquiruela apenas la oyó—. Te juro que te lo contaría si pudiera.

Y, sin esperar respuesta, desapareció por el borde de la hondonada.

Esquiruela se quedó donde estaba, temblando como una hoja al viento. Sabía que era inútil regresar a la guarida de los guerreros para intentar dormir. Su estómago rugió de nuevo, recordándole cuánto hacía desde la última vez que había comido. Iría a cazar un rato: un campañol para ella, quizá, y luego todas las presas que pudiera atrapar para el montón de carne fresca. Dio media vuelta para internarse en el bosque, pero pegó un salto cuando la maleza crujió y apareció Zarzoso.

—¿Era Hojarasca Acuática esa que acabo de ver? ¿De dónde viene?

—No tengo ni idea —contestó Esquiruela, con un hormigueo en la piel—. No creo que necesite autorización para salir del campamento.

Zarzoso entornó los ojos; era obvio que pensaba que Esquiruela estaba ocultándole algo.

—No es seguro pasearse a solas por la noche… —maulló.

—Creo que son cosas de curanderos —mintió Esquiruela automáticamente para proteger a su hermana—. Ya sabes, buscar hierbas y ese tipo de cosas.

Zarzoso parpadeó. Esquiruela no estaba muy segura de haberlo convencido. Probablemente el guerrero había advertido que Hojarasca Acuática no llevaba hierbas en la boca. Además, ¿por qué iba a bajar por la pared rocosa en vez de usar el túnel? Esquiruela agitó la cola, tensa e impaciente por alejarse antes de que el atigrado siguiera interrogándola.

—Me voy a cazar —maulló con convicción.

—Yo también. —Zarzoso vaciló, como si por un momento quisiera proponerle que cazaran juntos.

Eso era lo último que quería Esquiruela.

—Bueno, pues yo me voy por ahí. —Se volvió en dirección a la frontera del Clan de la Sombra, y miró por encima del hombro para añadir—: Nos vemos luego.

Notó cómo la mirada del guerrero la seguía mientras desaparecía entre la vegetación, y no pudo reprimir una punzada de pena en lo más profundo del estómago. En otro tiempo, le habría contado a Zarzoso todo lo de Hojarasca Acuática, confiando en que también haría todo lo posible por ayudarla. Ahora ya no se fiaba de él… y menos aún de que guardara el secreto de su hermana, fuera lo que fuese. Esquiruela no podía imaginarse de qué se trataba, pero el miedo que sentía por Hojarasca Acuática pendía sobre ella como una pesada nube negra a punto de desencadenar una tormenta.



17

Hojarasca Acuática avanzó entre la vegetación aguzando el oído por si la seguía alguien. Desde que se había encontrado con Esquiruela esperándola tras verse con Corvino Plumoso, le daba pánico que la siguieran. Sólo de imaginarse que el clan descubría lo que estaba haciendo, se le contraía el estómago con una punzada tan aguda como la del hambre. «Lo descubrirán tarde o temprano», dijo una voz en su interior.

Todavía la atormentaba la discusión que había tenido con su hermana. Sin la intimidad que habían compartido desde que eran cachorritas, se sentía absolutamente sola. Aun así, no podía contarle la verdad, y tampoco se sentía capaz de renunciar a sus encuentros con Corvino Plumoso. El guerrero del Clan del Viento era el único ahora con quien podía hablar.

Había intentado reunir el valor suficiente para contárselo a Carbonilla, pero la curandera parecía obsesionada con reabastecer su almacén de provisiones, y estaba todo el día recorriendo el territorio en busca de la menor señal de plantas nuevas. Además, Hojarasca Acuática temía que su tutora ya hubiera descubierto su secreto y que estuviera mostrando su desaprobación con un mal genio que no era nada habitual en ella. Echaba de menos las tardes que pasaban charlando solas en el bosque, mientras clasificaban bayas y hojas. Ahora la curandera parecía distante y crítica, y se asemejaba muy poco a la amiga que siempre había sido.

En su desesperación, Hojarasca Acuática había incluso considerado la idea de contárselo a su madre, y una tarde se acercó a ella con esa intención cuando estaba junto al montón de carne fresca. Tormenta de Arena, sin embargo, estaba hablando con Manto Polvoroso sobre las mejores zonas de caza, y se limitó a

saludarla afablemente con la cola antes de continuar con la charla. Tampoco podía contar con Acedera, a la que le faltaba tan poco para dar a luz que se pasaba el día en la maternidad con Dalia y Fronda. Sólo la veía de vez en cuando si Carbonilla le pedía que le llevara hierbas fortificantes. El resto del tiempo, Hojarasca Acuática apenas se acercaba a su amiga.

Se quedó paralizada, con una pata en el aire, al oír el crujido de una ramita. Enseguida vio que sólo se trataba de una ardilla que, al verla, saltó de un roble y echó a correr en dirección contraria. La joven gata del Clan del Trueno respiró hondo y siguió adelante. Apenas unas horas antes, coincidiendo con la puesta de sol, había caído una intensa lluvia de negras nubes tormentosas. Ahora el cielo estaba más despejado, pero los helechos y la hierba estaban cargados de gotas de agua que reflejaban el tenue resplandor de la luna. Hojarasca Acuática estaba empapada desde hacía rato, y el frío le calaba los huesos. Se detuvo para sacudirse y miró hacia la luna menguante. Tendría que volver a crecer antes de su próxima visita a la Laguna Lunar; sin embargo, anhelaba tumbarse junto al agua y compartir lenguas con el Clan Estelar en sueños. Aun así, no dejaba de hacerse la misma pregunta: ¿y si el Clan Estelar se negaba de nuevo a hablar con ella?

—Oh, Jaspeada —susurró—. Ojalá pudieras decirme qué debo hacer.

Se volvió con cautela, exhausta. Se encontraba con Corvino Plumoso cada pocas noches, y cuando no lo hacía dormía mal y se pasaba el día fingiendo ante Carbonilla y el resto del clan, para demostrar que estaba tan comprometida como siempre con su papel de curandera. Se veía obligada a aparentar que lo único importante para ella era encontrar bayas de enebro o aliviar la rigidez de las articulaciones de los veteranos, que cada vez se resentían más de la humedad de la estación sin hojas.

«No puedes seguir así», le advirtió su vocecilla interior.

Corvino Plumoso le había dicho lo mismo:

—No podemos seguir así, Hojarasca Acuática. Jamás estaremos juntos, a menos que abandonemos nuestros clanes.

La joven curandera se había quedado mirándolo, horrorizada. A pesar de todas las dificultades, y de que el miedo y la culpabilidad combatían noche y día con su amor, nunca había imaginado que su única opción fuera dejar atrás a los clanes.

—¡Corvino Plumoso, no podemos hacer eso!

El guerrero negó con la cabeza.

—Es la única solución. ¿Lo pensarás, por favor?

—Sí… lo haré —aceptó a regañadientes.

Pero ¿cómo iba a renunciar a su vida como curandera, a su clan, a su familia y a sus amigos? Fuera cual fuese su decisión, temía no sobrevivir a la pérdida.

Ya estaba cerca del arroyo fronterizo, y saboreó el aire en busca del olor de Corvino Plumoso; sintió un cosquilleo de emoción por todo el cuerpo al captarlo, y un segundo después distinguió su esbelta silueta oscura, esperándola a la sombra de un arbusto, en el lado del Clan del Viento.

—¡Corvino Plumoso! —lo llamó la joven.

—¡Hojarasca Acuática! —exclamó él al verla, y se levantó de un salto con la cola bien alta.

La gata se detuvo al borde del arroyo. Corvino Plumoso bajó por la ribera y cruzó como si apenas notara que el agua estaba allí. Al llegar al lado del Clan del Trueno, fue hacia Hojarasca Acuática y se sacudió, esparciendo gotitas a su alrededor. Su olor envolvió a la joven, que cerró los ojos, llena de felicidad.

—Me alegro de que hayas venido —ronroneó la gata—. ¿Has tenido problemas para salir del campamento?

Corvino Plumoso iba a responder, pero de pronto se quedó paralizado, con las orejas erguidas. En ese mismo instante, Hojarasca Acuática oyó un susurro en los arbustos que tenía detrás y captó el olor del Clan del Trueno. Se dio la vuelta, enfadada.

—¡Ya vale, Esquiruela, sal ahora mismo! —exclamó—. Sé que estás ahí.

Hubo un breve silencio. Luego los helechos se separaron, pero no fue Esquiruela quien apareció, sino Carbonilla.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo aquí? —tartamudeó Hojarasca Acuática, lanzando una mirada de angustia a Corvino Plumoso.

La curandera se acercó cojeando y se puso frente a su aprendiza.

—Ya sabes lo que estoy haciendo, Hojarasca Acuática —maulló con calma —. He venido a decirte que esto tiene que acabar.

La joven se puso tensa.

—¡No sé a qué te refieres!

—No me mientas, Hojarasca Acuática. No con este guerrero del Clan del Viento plantado aquí, en nuestro territorio.

En sus ojos azules no había ira, sólo preocupación. Su mirada firme atravesó a Hojarasca Acuática como una garra, y la obligó a desviar la vista.

—Supongo que Esquiruela te ha dicho que me sigas… —masculló.

—¿Esquiruela? No, ella no me ha dicho nada. He salido a recolectar hierbas, y de pronto he captado tu olor y el de un guerrero del Clan del Viento muy cerca. Así que he venido hacia aquí para ver qué estaba ocurriendo. Además, ¿acaso crees que no me había dado cuenta de que te escabullías por la noche?

La joven curandera sintió una oleada de pánico.

—¡Has estado espiándome!

—No me ha hecho ninguna falta —replicó Carbonilla—. Estás tan exhausta que no puedes hacer bien tu trabajo. Ayer intentaste darle a Hollín hojas de borraja en vez de menta acuática para su dolor de barriga. Y respecto a Corvino Plumoso, no puedo decir que me sorprenda. ¿Pensáis que no me he fijado en vosotros dos en las Asambleas? No estoy ciega, Hojarasca Acuática.

—Espera —empezó Corvino Plumoso, colocándose junto a la joven—. Esto es algo entre Hojarasca Acuática y yo. Ella… ella no está traicionando a su clan, si es eso lo que piensas.

Carbonilla lo miró muy seria.

—Jamás imaginé que lo hiciera. Pero no debería estar aquí contigo, y tú lo sabes tan bien como yo.

Corvino Plumoso erizó el pelo. Hojarasca Acuática se asustó, temiendo que el agresivo guerrero se abalanzara contra su mentora con las uñas desenvainadas.

—Está bien, Corvino Plumoso —maulló—. Yo me ocuparé de esto… —Y muy a su pesar, añadió—: Será mejor que vuelvas a tu campamento.

—¿Y dejarte sola para que te arranquen las orejas?

—Carbonilla no me haría eso. Por favor, vuelve a tu campamento —le suplicó.

Corvino Plumoso titubeó un instante más, con las patas tensas de furia. Finalmente, se volvió y se dirigió hacia el arroyo para cruzarlo de nuevo. Hojarasca Acuática lo siguió con la mirada hasta que desapareció en la vegetación del otro lado.

Luego se volvió hacia su mentora, clavando las uñas en la tierra.

—¡No estábamos haciendo nada malo! —maulló.

—¡Hojarasca Acuática! —Carbonilla estaba claramente enojada y sacudió la cola con fuerza—. No se trata sólo de que Corvino Plumoso pertenezca a otro clan, eso es sólo el principio. Tú eres curandera. ¡No puedes enamorarte! Ni de Corvino Plumoso ni de nadie. Siempre lo has sabido.

«Lo sabía —se lamentó Hojarasca Acuática para sus adentros—, pero ¡nunca supe qué significaba en realidad!».

—¡No es justo! —exclamó—. Yo también tengo sentimientos, como cualquiera.

—Por supuesto que sí. Pero los curanderos deben controlar esos sentimientos por el bien de su clan. El camino que seguimos tiene sus propias recompensas. Yo nunca me he sentido defraudada por el destino que el Clan Estelar dispuso para mí.

Sus palabras se clavaron en Hojarasca Acuática como los colmillos de un tejón. Sintió una oleada de rabia.

—¡Es imposible que tú puedas entenderlo! —bufó—. ¡Nunca te has enamorado!

La mirada azul de Carbonilla se posó en la joven; en sus ojos centelleaban mudos pensamientos como si fueran pececillos.

—Para ti es muy fácil —continuó Hojarasca Acuática—. Tú nunca has deseado nada más que ser curandera.

Carbonilla clavó las uñas en la hierba y comenzó a erizar el pelo del cuello.

—¡¿Y cómo sabes tú lo que yo deseo?! —exclamó, con una voz que parecía un gruñido al mismo tiempo—. ¡¿Cómo sabes a qué esperanzas he renunciado para seguir el camino que el Clan Estelar trazó para mí?!

La joven curandera se encogió. Nunca había visto a su mentora tan enfurecida.

—¡Vas a volver al campamento conmigo ahora mismo! —gruñó Carbonilla —. Y acaba con esta tontería de una vez por todas. Es por tu propio bien, Hojarasca Acuática, y lo sabes perfectamente. Corvino Plumoso no puede ser bueno para ti si tienes que mentir y escaparte por las noches. Y yo no me he pasado todo este tiempo adiestrándote con la intención de que seas una buena curandera, para que ahora lo eches todo por la borda. ¡Tu clan te necesita!

—¡Pues no voy a aceptarlo! —exclamó Hojarasca Acuática, impulsada por un vendaval de culpabilidad y rabia—. Pienso seguir viendo a Corvino Plumoso siempre que quiera, ¡y no hay nada que tú puedas hacer para impedirlo!

Los ojos de la curandera relampaguearon, y se abalanzó hacia su aprendiza con las uñas desenvainadas. Hojarasca Acuática dio media vuelta y salió disparada. Mientras corría, lo único que pensaba era en que debía escapar de esa mirada acusatoria, de esas zarpas dispuestas a atacar. El bosque daba vueltas a su alrededor, como si estuviera atrapada en un torbellino, y cuando por fin se vio obligada a parar de agotamiento, no tenía ni idea de dónde estaba.

Se encontraba al borde de un estrecho valle, en cuyas laderas crecían aulagas

y helechos. Se veía que era cada vez más profundo en la distancia, y Hojarasca Acuática oyó débilmente el sonido de una corriente de agua. De pronto, el alivio inundó su corazón. ¡Había dejado atrás el territorio del Clan del Trueno y estaba muy cerca de la Laguna Lunar!

Allí podría estar completamente sola, sin Corvino Plumoso suplicándole que se marchara con él, sin el temor de que descubriesen su secreto. Allí los relucientes espíritus de sus antepasados acudirían a su encuentro para decirle qué debía hacer.

Siguió adelante, más despacio ahora, hasta alcanzar el arroyo iluminado por las estrellas que descendía de la hondonada donde se hallaba la laguna. Para cuando llegó a la barrera de arbustos que rodeaban la cima, iba tambaleándose de cansancio, pero la visión de la resplandeciente agua le dio nuevas fuerzas. Mientras bajaba por el camino en zigzag hasta la orilla, sus patas iban encajando con facilidad en las marcas dejadas por generaciones de gatos mucho tiempo atrás, y sus turbulentas emociones fueron calmándose. Se tumbó junto a la laguna, lamió el agua una vez y cerró los ojos.

—¡Hojarasca Acuática! ¡Hojarasca Acuática!

La dulce voz le habló al oído, y un suave pelaje rozó el suyo. Hojarasca Acuática abrió los ojos y vio a una hermosa gata parda: era Jaspeada, y estaba sentada a su lado, rodeada de la luz de las estrellas.

—¡Oh, Jaspeada! —ronroneó—. Cómo te he echado de menos. Pensaba que me habías abandonado.

—Nunca pienses eso, cielo —respondió la curandera estelar. Y cuando se inclinó para lamer las orejas de la joven, Hojarasca sintió que la envolvía su dulce aroma—. ¿Cómo iba a dejar que te enfrentaras a tus sentimientos tú sola?

La joven curandera notó un hormigueo de culpabilidad.

—¿Sabes lo de Corvino Plumoso?

Jaspeada asintió.

—Lo amo muchísimo —continuó la joven—. ¡Ya no podré ser curandera! —se lamentó con impotencia.

Jaspeada hundió el hocico en su pelaje, y luego murmuró:

—Yo sé lo que es amar, aunque mi camino fue diferente del tuyo. Quién sabe… Si no hubiera muerto, tal vez habría sufrido lo mismo que tú estás sufriendo ahora.

—Por favor, ¡dime qué debo hacer! —le suplicó Hojarasca Acuática—. ¡No aguanto más esta incertidumbre! Tengo la sensación de que el Clan del Trueno

ya no me necesita. Carbonilla no me quiere… Ahora cuenta con la ayuda de Centella.

—En estos momentos, Centella necesita tener un objetivo. —La sabiduría brillaba en los ojos de Jaspeada como la luz de la luna—. Y lo ha encontrado ayudando a Carbonilla. Debes ser generosa con ella.

—Pero ¡es que siempre está ahí! —masculló, aunque sabía que estaba siendo poco razonable—. De acuerdo, intentaré entenderlo —prometió con un suspiro—. Aunque Centella no es la única razón por la que creo que mi clan no me quiere. También me he peleado con Esquiruela, y nosotras nunca nos peleamos.

Jaspeada le dio un lametazo entre las orejas.

—Tu hermana te adora. Una simple pelea no cambiará eso.

—¿Y Corvino Plumoso? —maulló, sintiendo que se le aceleraba el corazón, como siempre que pensaba en el guerrero del Clan del Viento—. Él quiere que nos escapemos. Yo deseo muchísimo que estemos juntos, pero ¿debería abandonar a mi clan por él?

—Nadie puede tomar esa decisión por ti —respondió Jaspeada, tocándole el lomo con la punta de la cola—. En lo más hondo de tu corazón, tú sabes qué es lo correcto.

Hojarasca Acuática se incorporó con la sensación de que una resplandeciente luz había iluminado su mente. Su corazón era el lugar de donde procedían sus sentimientos por Corvino Plumoso, ¿no? Jaspeada la entendía.

—¿Quieres decir que es correcto que ame a Corvino Plumoso? Oh, Jaspeada, ¡gracias!

La bella gata parda comenzó a difuminarse, desapareciendo entre las estrellas. Su aroma permaneció, impregnando el aire, junto con sus últimas palabras, que dieron paso al silencio:

—Recuerda: tú sabes qué es lo correcto.

Hojarasca Acuática parpadeó. Su hocico rozaba el agua de la reluciente Laguna Lunar y sus patas estaban entumecidas por el frío de las piedras, pero, cuando se levantó, sintió como si pudiera pasarse la vida corriendo.

«Sigue los designios de tu corazón».

Jaspeada le había dicho que debía escuchar a su corazón, aunque eso supusiera abandonar a su clan por Corvino Plumoso. No importaba que renunciara a ser curandera, porque ahora Centella estaba ayudando a Carbonilla. Además, su mentora era aún una gata joven y sana, y tenía muchas estaciones por delante para entrenar a una nueva aprendiza. No importaba que su clan no la

necesitara. Su destino se encontraba en otro sitio, mucho más allá de aquel territorio, con Corvino Plumoso a su lado.

Con el corazón tan ligero como una hoja, subió a saltos por el camino en zigzag, cruzó la barrera de arbustos y bajó la colina a la carrera para ir en busca de Corvino Plumoso. El largo trayecto entre la Laguna Lunar y el lago pareció reducirse en unos segundos, y aun así, cuando llegó al arroyo fronterizo entre el Clan del Trueno y el Clan del Viento, el cielo estaba aclarándose y las estrellas iban apagándose una tras otra.

Al principio temió que no volvería a ver a Corvino Plumoso hasta la siguiente Asamblea. Después de todo, lo había mandado a su campamento para evitar que él y Carbonilla se pelearan. Tal vez estuviera tan enfadado que no querría volver a verla nunca más.

Entonces lo descubrió, resguardado junto a un arbusto de espinos, dentro del territorio del Clan del Viento. Parecía muy solo, y miraba fijamente al lago, con la cola enroscada alrededor de las patas. A Hojarasca Acuática le dio un vuelco el corazón. Los dos estaban solos dentro de sus propios clanes, pero ahora podrían estar juntos para siempre.

—¡Corvino Plumoso!

El guerrero se volvió hacia ella de inmediato. Hojarasca Acuática cruzó el arroyo chapoteando y se reunió con él en la otra orilla. A Corvino Plumoso le centellearon los ojos al hundir el hocico en el hombro de la gata y entrelazar la cola con la de ella.

—He pensado en lo que dijiste… —maulló Hojarasca Acuática—. Sobre lo de escaparnos.

—¿Ah, sí?

—Tenía mucho miedo, Corvino Plumoso… Miedo de abandonar a mi clan y a mi familia. Pero he ido hasta la Laguna Lunar y Jaspeada ha acudido a hablar conmigo. —Al ver la expresión desconcertada de Corvino Plumoso, añadió—: Fue curandera del Clan del Trueno, pero ahora camina con el Clan Estelar. A menudo me visita en sueños.

El guerrero seguía pareciendo perplejo. Hojarasca Acuática no estaba segura de si la creía o si pensaba que sus encuentros con Jaspeada no eran más que sueños.

—¿Y qué te ha dicho? —le preguntó.

—Que siga el dictado de mi corazón.

Corvino Plumoso abrió los ojos de par en par.

—Tú eres curandera, Hojarasca Acuática. ¿No es ahí adonde te ha llevado tu corazón?

—En el pasado, sí… —Corvino Plumoso creía sin duda que ella estaba a punto de rechazarlo, y el corazón de Hojarasca Acuática se aceleró desbocado—. Pero ¡el Clan del Trueno ya tiene una curandera! Carbonilla aún es joven y fuerte, y todavía servirá al clan durante muchas estaciones. Y ahora, además, cuenta con la ayuda de Centella. Carbonilla puede entrenar a otra aprendiza cuando yo me vaya.

Corvino Plumoso dio un respingo que pareció apartarlo por un instante de su dolor.

—¿Cuando te vayas? Hojarasca Acuática, ¿significa eso que…?

—Sí. Me iré contigo.

La joven apenas podía resistirse a la cegadora mirada de felicidad de los ojos de Corvino Plumoso. ¿De verdad la quería tanto? Sintió una oleada de miedo. Ahora no podía decepcionarlo; tenía que seguir adelante con todo aquello.

—Yo también tengo miedo… —admitió el guerrero—. No quiero dejar atrás ni a mi clan ni a mis amigos. Incluso tenía la esperanza de convertirme en líder algún día. Pero, por encima de todo eso, no quiero perderte a ti, Hojarasca Acuática. Y es imposible que estemos juntos si nos quedamos aquí.

La joven curandera se restregó contra su costado; la calidez de su cuerpo la reconfortó mientras contemplaba un futuro que, de pronto, era oscuro y aterrador.

—¿Adónde deberíamos ir?

—Hacia el bosque, no —decidió él—. Acabaríamos en las montañas o en lugares donde hay demasiados Dos Patas. Más allá del territorio del Clan del Viento hay colinas donde podemos buscar un sitio para vivir. Yo cuidaré de ti, Hojarasca Acuática. —Por un instante, su mirada se ensombreció y se alejó de ella, llena de recuerdos—. Te prometo que cuidaré de ti —repitió con más ímpetu—. ¿Estás lista?

—¿Es que quieres que nos marchemos ya? —preguntó la joven gata con voz estrangulada.

—¿No crees que sería lo mejor?

«Pero ¡yo quiero despedirme!», estuvo a punto de sollozar Hojarasca Acuática, aunque sabía que eso era imposible. Decir adiós causaría ira, dolor y confusión, y quizá sus clanes les impidieran marcharse.

—Tienes razón… —respondió, intentando sonar valiente y optimista—.

Estoy lista.

Corvino Plumoso le tocó la coronilla con el hocico.

—Gracias. Te prometo que haré todo lo que pueda para que nunca te arrepientas de esto.

Le dieron la espalda al lago y subieron la colina hombro con hombro. Ante ellos, el sol naciente llenaba el cielo con regueros llameantes, mientras dejaban atrás a sus clanes y todo lo que conocían.



18

Esquiruela había salido en la patrulla del alba con Cenizo y Espinardo para inspeccionar la frontera del Clan de la Sombra. Todo estaba tranquilo. Las marcas olorosas del Clan de la Sombra, al pie del árbol muerto, eran intensas y recientes.

—¿Has captado el olor de alguno de esos mininos domésticos? —le preguntó Esquiruela a Cenizo cuando se reunió con ella.

—Nada en absoluto. —Los ojos azules de Cenizo brillaron de satisfacción—. Debisteis de darles un susto de muerte.

La joven agitó las orejas.

—Eso espero. Si no vuelvo a verlos nunca jamás, será demasiado pronto.

Cenizo movió la cola para llamar a Espinardo, que había estado renovando las marcas olorosas del Clan del Trueno frontera arriba, y la patrulla regresó al campamento. El sol estaba saliendo cuando atravesaron el túnel de espinos, y sus dorados rayos incidían oblicuamente en la hondonada rocosa. El suelo estaba moteado con la sombra de las hojas nuevas, y la joven guerrera se detuvo justo en la boca del túnel, arqueó el lomo para desperezarse y dejó que el calor se filtrara por su pelaje.

—¡Esquiruela! —La llamó Carbonilla, cojeando a toda prisa hacia ella a través del claro—. ¿Has visto a Hojarasca Acuática esta mañana?

Esquiruela sintió una llamarada de alarma en el pecho.

—No —contestó—. Hemos estado en la frontera del Clan de la Sombra… —Estuvo a punto de añadir: «Y Hojarasca Acuática sólo va hacia el territorio del Clan del Viento», pero se detuvo a tiempo.

Carbonilla asintió, y Esquiruela se dio cuenta de que la curandera ya sabía lo

que ella no había expresado con palabras.

—Anoche la vi… —empezó Carbonilla, pero se interrumpió agitando las orejas. Esquiruela se quedó mirándola. ¿Qué era lo que se callaba?—. Y cuando me he despertado, su lecho estaba frío —continuó—. Su olor no era fresco. No ha pasado la noche aquí.

—Pero ¡si siempre vuelve antes del amanecer! —exclamó Esquiruela.

Carbonilla entornó los ojos, y la joven se estremeció. ¿Se enfadaría la curandera porque sabía el secreto de su hermana desde hacía tiempo?

—Lo lamento, Carbonilla…

La gata la detuvo con un desdeñoso movimiento de la cola.

—No pasa nada. Ya sé que está viéndose con Corvino Plumoso.

—¿Con… Corvino Plumoso?

Esquiruela sintió que se le erizaba hasta el último pelo de su pelaje. Ella sólo sabía que su hermana tenía alguna razón para escabullirse del campamento, pero no tenía ni idea de por qué lo hacía.

—¡Eso no puede ser verdad! Corvino Plumoso está enamorado de Plumosa.

—Plumosa está muerta. Además, es posible amar más de una vez en la vida. Vamos, Esquiruela, ¿es que nunca te has fijado en cómo se miraban en las Asambleas? ¿Adónde creías que iba Hojarasca Acuática todas estas noches?

La guerrera se quedó mirándola sin pestañear, muda de la impresión. ¡Hojarasca Acuática era curandera! Entonces recordó cómo había percibido los caóticos sentimientos de su hermana, una mezcla de culpabilidad y emoción, y supo que Carbonilla estaba en lo cierto. Se sintió culpable: estaba tan distraída con su nueva amistad con Cenizo que no había intentado averiguar por qué su hermana se mostraba tan inquieta.

—¿Crees que se ha ido al Clan del Viento para estar con Corvino Plumoso? —le preguntó a Carbonilla con voz ronca.

La curandera agitó los bigotes.

—Quizá.

—¿Y el Clan del Viento la aceptará?

—¿Tú qué crees? —replicó secamente—. Hojarasca Acuática es una gata valiosa para cualquier clan. Pero no podemos estar seguras… —añadió—. Anoche, cuando salió del campamento, la seguí. Ella me vio y discutimos. Las dos dijimos cosas que no deberíamos haber dicho. Tal vez esté deambulando por el territorio del Clan del Trueno, esperando a calmarse antes de regresar al campamento.

Carbonilla habló con convicción, sin expresar ningún sentimiento. Esquiruela se preguntó si su frialdad procedía de la ira y la decepción por la traición de Hojarasca Acuática. Sin embargo, cuando la curandera se dio la vuelta, la oyó murmurar:

—¡Que el Clan Estelar la acompañe y la traiga a casa sana y salva!

La angustia de su voz delataba lo apenada que estaba por la desaparición de su aprendiza.

El campamento empezaba a despertar a su alrededor. Dalia apareció por la entrada de la maternidad, bizqueó perezosamente ante la luz del sol y llamó a sus hijos. Los tres cachorritos acudieron corriendo y se revolcaron con alegría delante de su madre, chillando y dándose manotazos con las uñas envainadas. En el otro lado del claro, Tormenta de Arena salió de la guarida de los guerreros, acompañada de Nimbo Blanco y Manto Polvoroso para una patrulla de caza; los tres cruzaron el claro en dirección al túnel, y saludaron a Carbonilla y Esquiruela con la cola al pasar ante ellas. Un instante después, Zarpa Candeal y Betulo aparecieron por la guarida de los aprendices, discutiendo sobre a quién le tocaba ir a por bilis de ratón para las garrapatas de los veteranos.

Esquiruela sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que alguien reparara en la ausencia de Hojarasca Acuática y empezara a hacer preguntas.

—Voy a ir a contárselo a Estrella de Fuego. —Carbonilla parecía exhausta.

Esquiruela corrió tras ella.

—No, no se lo cuentes todavía. Ni a él ni a nadie. Saldré a buscarla. A lo mejor puedo traerla de vuelta antes de que alguien advierta su desaparición.

La curandera vaciló unos instantes. Luego su mirada pareció centrarse de nuevo y asintió.

—Gracias, Esquiruela. Es muy importante encontrarla. Si no regresa, perderá muchas cosas: a su clan, a su familia… y también su vida como curandera. —Desvió la mirada y, en voz más baja, añadió—: No creo que entienda hasta qué punto la necesita su clan.

—Me voy ya.

Esquiruela se volvió y cruzó el túnel de espinos.

Se dirigió directamente hacia la frontera del Clan del Viento. A pesar de lo que había dicho Carbonilla, ella no creía que Hojarasca Acuática estuviera deambulando enfurruñada por el territorio del Clan del Trueno. Su hermana nunca se enfurruñaba… aunque tal vez ahora ya no la conocía tan bien como ella pensaba.

Se detuvo a saborear el aire, buscando cualquier rastro del olor de Hojarasca Acuática.

—Si no la encuentro en la frontera, tendré que entrar en el territorio del Clan del Viento —decidió en voz alta.

—¿Entrar en el territorio del Clan del Viento? ¿Por qué?

Esquiruela pegó un salto.

—¡Zarzoso! ¡Menudo susto me has dado! —Tragó saliva mientras el atigrado salía de debajo de un avellano.

—¿Qué estabas diciendo sobre el Clan del Viento? —insistió el guerrero—. No queremos tener problemas con ellos. Estrella de Bigotes ya está bastante picajoso como para…

—¡No estoy buscando problemas! —replicó Esquiruela. Estaba demasiado alterada como para mentir sobre adónde iba—. Tengo que encontrar a Hojarasca Acuática. Carbonilla cree que se ha ido al Clan del Viento para poder estar con Corvino Plumoso.

Zarzoso agitó las orejas.

—Pero… si es curandera.

Esquiruela lo fulminó con la mirada.

—Cuéntame algo que no sepa.

Zarzoso se mostró tan imperturbablemente tranquilo que Esquiruela estuvo a punto de desquiciarse.

—Tienes razón —maulló el guerrero—. Hemos de ir a por ella. No queremos que Estrella de Bigotes crea que estamos expulsando a nuestros gatos. —Y al ver que Esquiruela soltaba un bufido, añadió—: Y, por supuesto, queremos que Hojarasca Acuática regrese. Está cometiendo un gran error al abandonar a su propio clan.

—¡Ha perdido la cabeza! —Esquiruela arañó el suelo—. Tengo que encontrarla antes de que se entere Estrella de Fuego.

—¿Crees que querrá volver? —La mirada de sus ojos ámbar seguía siendo un tanto fría—. No podemos obligarla.

—¡Tiene que volver!

—Si de verdad se ha unido al Clan del Viento, le habrá resultado muy difícil tomar esa decisión. No será sencillo que cambie de parecer.

—Pero ¡tengo que intentarlo! —protestó Esquiruela—. Y, aunque no pueda convencerla, necesito saber dónde está.

—¿Puedes percibir algo? —le preguntó Zarzoso—. Ya sabes, como cuando

hicimos el viaje al lugar donde se ahoga el sol.

Esquiruela acudió a esa extraña conexión que siempre había compartido con su hermana. Trató de imaginarse a Hojarasca Acuática, y por un instante captó un rastro de viento en el páramo, pero luego se esfumó y sólo quedó el vacío.

—No la veo por ningún lado —maulló descorazonada.

Zarzoso se incorporó.

—Bueno, aquí parados no resolveremos nada. En marcha.

—¿Vienes conmigo? —La guerrera lo miró sorprendida.

—Si vas a ir al Clan del Viento, necesitarás a alguien contigo —contestó Zarzoso—. Últimamente, los gatos del Clan del Trueno no son los invitados preferidos de Estrella de Bigotes.

La gratitud inundó a Esquiruela como un cálido baño de sol. A pesar de sus sentimientos hacia las ambiciones personales de Zarzoso y del empeño del guerrero en confiar en Alcotán, no se le ocurría a nadie mejor para que la ayudara en aquel momento tan difícil.

Se dirigieron en silencio hacia la frontera. Esquiruela todavía estaba demasiado conmocionada para hablar. ¿Cómo podía su hermana pensar siquiera en renunciar a su vida en el Clan del Trueno? ¿Es que su familia, sus amigos y su trabajo como curandera no significaban nada para ella? ¿Y qué pasaba con el Clan Estelar? ¿Acaso Hojarasca Acuática tenía la opción de no ser curandera? ¿Y Estrella de Fuego? Esquiruela sintió un hormigueo por todo el cuerpo al pensar en cómo le explicaría a su padre adónde había ido Hojarasca Acuática.

El sol brillaba en un cielo azul y salpicado de pequeños jirones de nubes. El rocío destellaba en la hierba y en las telarañas tejidas a toda prisa entre los arbustos, y los helechos habían empezado a desplegar hojas nuevas por todo el bosque. Esquiruela captaba el intenso y fresco olor de la vegetación en crecimiento, pero ni siquiera el correteo de presas en el sotobosque la distraía de sus cavilaciones.

Al mirar de reojo a su compañero de patrulla, se encontró con los ojos de Zarzoso, y en ellos sólo vio una serena solidaridad. Entonces comprendió que él debía de entender en parte sus sentimientos, porque también había perdido a su hermana por otro clan.

—¿Tú te sentiste así cuando Trigueña se marchó al Clan de la Sombra? —le preguntó—. ¿Como si nada fuera a estar bien nunca más?

Zarzoso esperó hasta que pasaron por debajo de unos helechos para contestar.

—Al principio me sentí tan solo que creí que no lo soportaría. Pero sabía que tenía que respetar su decisión. Y Trigueña y yo seguimos siendo amigos, aunque ella esté en un clan diferente.

«Aun así, no es lo mismo —pensó Esquiruela—. Y Trigueña no es curandera, elegida por el Clan Estelar para servir a sus compañeros de clan».

Siguieron el arroyo corriente arriba por el lado del Clan del Trueno, saboreando el aire cada pocos pasos en busca de señales de Hojarasca Acuática. Cuando los árboles dieron paso al páramo pelado, Esquiruela captó un débil rastro, pero era viejo, al menos de la noche anterior, y se acababa al borde del arroyo.

—Ha cruzado por aquí —le dijo a Zarzoso.

El guerrero olfateó la hierba que se inclinaba sobre el agua y asintió.

—Eso parece. —Levantó la cabeza para mirar hacia el páramo—. Sin duda, se dirigía al territorio del Clan del Viento.

Cruzó el arroyo, y Esquiruela lo siguió, chapoteando por el agua turbia que fluía sobre los guijarros tan fría como el hielo. En la otra orilla encontraron más rastros del olor de Hojarasca Acuática, mezclado con otro.

—Clan del Viento —maulló Zarzoso—. Parece el olor de Corvino Plumoso.

—Seguro que él estaba esperándola aquí.

Esquiruela sintió que sus últimas esperanzas se desvanecían, y por primera vez fue consciente de que podría haber perdido a su hermana para siempre.



19

—Será mejor que vayamos directos al campamento —propuso Zarzoso—. Espero que Estrella de Bigotes esté de humor para recibirnos.

—Yo no pienso volver a casa sin haber hablado con mi hermana —maulló Esquiruela, muy decidida.

Esperaba que Estrella de Bigotes no intentase impedirles que vieran a Hojarasca Acuática. El líder del Clan del Viento se había mostrado tan hostil en la última Asamblea que la joven se sintió muy vulnerable al cruzar el despejado páramo, donde podrían descubrirlos fácilmente. No dejaba de examinar las laderas desnudas en busca de gatos y, aun así, dio un respingo cuando una patrulla apareció por detrás de una roca y corrió hacia ellos.

Esquiruela soltó un bufido.

—Mira, Zarzoso: son Manto Trenzado y Turón.

Se detuvieron y esperaron a que los gatos del Clan del Viento llegaran hasta ellos. Junto a los dos guerreros, iba un aprendiz al que la joven no reconoció. Se le encogió el estómago al ver la hostilidad en los ojos de Manto Trenzado, y el modo en que erizaba el pelo del cuello cuando frenó en seco ante ellos.

—¡¿Qué estáis haciendo en nuestro territorio?! —gruñó el guerrero.

—Necesitamos hablar con Estrella de Bigotes —contestó Zarzoso.

Manto Trenzado sacudió la cola de un lado a otro.

—¿Más interferencias del Clan del Trueno? ¿Qué quiere Estrella de Fuego esta vez?

—Eso se lo diremos a Estrella de Bigotes.

Manto Trenzado y Turón intercambiaron una mirada. Esquiruela se preguntó si tendrían que abrirse paso peleando.

Finalmente, el guerrero del Clan del Viento soltó un resoplido de disgusto.

—Lo cierto es que no necesitamos que nos digáis por qué estáis aquí. Ya lo sabemos. Y me imagino que Estrella de Bigotes querrá oír lo que tengáis que decir.

Él y Turón se apartaron para dejar pasar a Zarzoso y Esquiruela, mientras el aprendiz los observaba con ojos llameantes y acusadores. La guerrera le lanzó una mirada de extrañeza a su compañero, pero Zarzoso parecía tan desconcertado como ella. Manto Trenzado debía de estar hablando de Hojarasca Acuática, aunque le parecía de lo más absurdo que estuviera tan enfadado por el hecho de que una gata de otro clan quisiera unirse al suyo.

Los dos guerreros del Clan del Viento los escoltaron durante todo el camino hasta el campamento. Cuando iniciaron el ascenso hacia la hondonada, el aprendiz se adelantó para avisar a los miembros de su clan, y, en cuanto llegaron al borde de la hondonada, vieron que Estrella de Bigotes estaba aguardándolos junto a un montón de rocas en el centro del claro. A su lado estaban su lugarteniente, Perlada, y un par de guerreros más; todos contemplaron con expectación cómo Zarzoso y Esquiruela bajaban a la hondonada. No había ni rastro de Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso, y Esquiruela tragó saliva. ¿Acaso Estrella de Bigotes se habría atrevido a poner a su hermana bajo vigilancia?

—Aquí están —maulló Manto Trenzado.

Estrella de Bigotes dio un paso adelante con las orejas hacia atrás.

—Me imagino que os envía Estrella de Fuego, ¿no? ¿Habéis venido a explicar por qué el Clan del Trueno nos ha robado a uno de nuestros guerreros?

—¿Qué? —Esquiruela notó que la furia la recorría como el fuego a través de la hierba seca. Avanzó hasta quedarse hocico con hocico con el líder—. ¡¿Cómo te atreves a llamarnos ladrones?! Es el Clan del Viento el que…

Enmudeció cuando Zarzoso le dio un golpe en la boca con la cola; la joven lo fulminó con la mirada, pero los ojos ámbar del guerrero le enviaron una clara advertencia. Flexionando las uñas y a su pesar, la joven dio un paso atrás.

El atigrado inclinó la cabeza ante Estrella de Bigotes.

—El Clan del Trueno no le ha arrebatado ningún guerrero al Clan del Viento —maulló—. ¿Por qué lo dices? ¿Ha desaparecido alguno de los vuestros?

—Se trata de Corvino Plumoso, ¿verdad? —intervino Esquiruela, notando que se le desbocaba el corazón.

Estrella de Bigotes entornó los ojos, pero, antes de que pudiera hablar,

Perlada se le adelantó:

—Sí. ¿Sabéis dónde está?

Sonó desesperada, y Esquiruela recordó que la lugarteniente era la madre de Corvino Plumoso.

—¡Silencio! —gruñó Estrella de Bigotes, fulminando con la mirada a la gata gris, pero ella no se amilanó.

—¿Cuándo lo visteis por última vez? —preguntó Zarzoso, rompiendo la tensión que se había generado entre el líder del Clan del Viento y su lugarteniente—. Quizá podamos ayudaros.

—¡No queremos la ayuda del Clan del Trueno! —bufó Manto Trenzado.

Estrella de Bigotes lo hizo callar con un movimiento de la cola.

—Anoche, Corvino Plumoso no durmió en la guarida de los guerreros —maulló—. Esta mañana hemos seguido su rastro hasta la frontera con el Clan del Trueno. Allí, su olor se mezclaba con el de un miembro de vuestro clan. Estaba claro que se habían reunido en ese lugar.

Turón se colocó al lado de su líder.

—Espera un momento —le dijo a Zarzoso—. Si no sabíais nada de Corvino Plumoso, ¿por qué habéis venido? ¿Es que sabéis con qué miembro del Clan del Trueno había ido a reunirse?

Esquiruela asintió. No servía de nada seguir ocultando la verdad.

—Con mi hermana, Hojarasca Acuática. Ella también ha desaparecido. Hemos seguido su rastro hasta vuestra frontera.

—Pero ¡ella es curandera! —exclamó Perlada.

—Los gatos curanderos tienen los mismos sentimientos que cualquier otro —replicó Esquiruela, defendiendo a su hermana.

Estrella de Bigotes soltó un bufido de indignación.

—Ha quebrantado las normas del Clan Estelar.

—¡Pues será que Corvino Plumoso la habrá convencido para que se marche con él! —le espetó Esquiruela.

Zarzoso le lanzó una nueva mirada de advertencia.

—Estrella de Bigotes —maulló el atigrado—, estás cometiendo un gran error si intentas ver como enemigos a Estrella de Fuego y al Clan del Trueno. Tenemos que trabajar juntos y encontrar a nuestros gatos desaparecidos.

—¿Cómo? —Era evidente que Estrella de Bigotes estaba haciendo un gran esfuerzo por controlar su ira; cuando consiguió calmarse un poco, el líder sonó desconcertado—. Si Corvino Plumoso no está con vosotros, entonces, ¿adónde

se han ido?

—¿Adónde podrían ir? —preguntó Perlada desesperadamente, como si no esperara una respuesta.

—Podríamos tratar de averiguarlo —maulló Zarzoso—. Tal vez podamos seguir su rastro oloroso.

—Yo lo buscaré —se ofreció Perlada.

Estrella de Bigotes asintió.

—Llévate a otro guerrero contigo.

—Nosotros también iremos —maulló Esquiruela, y, para su alivio, Estrella de Bigotes no puso objeciones.

Perlada le hizo una seña a Oreja Partida, y los cuatro gatos salieron del campamento y se dirigieron al punto de la frontera en que habían captado por última vez el olor de su compañero de clan. Esquiruela se sentía más y más angustiada con cada paso que daba. ¿Estaría a salvo su hermana, internándose en un territorio desconocido con un solo gato como toda compañía? ¿Cómo podrían sobrevivir sin el apoyo de sus clanes? «Vamos a encontrarlos —se prometió a sí misma—. ¡Están cometiendo un gran error!».

Perlada fue la primera en captar de nuevo los rastros olorosos.

—¡Por aquí! —exclamó, señalando con la cola.

Los cuatro guerreros se dividieron dejando unas pocas colas de distancia entre cada uno, con el hocico pegado al suelo por si los gatos que estaban siguiendo se separaban. Los dos rastros, sin embargo, continuaban juntos, traspasaban la frontera del Clan del Viento y se internaban en las colinas. A Esquiruela se le cayó el alma a los pies. Hasta ese momento, se había aferrado a la pequeña esperanza de que encontrarían a Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso escondidos en los límites del territorio. Ahora tenía que admitir que habían huido de verdad.

El lago desapareció tras un montículo del páramo. Las colinas que se extendían ante ellos eran cada vez más empinadas e inhóspitas, llenas de rocas que afloraban entre una hierba áspera. Esquiruela empezó a sentir frío y cansancio. No entendía cómo Hojarasca Acuática había encontrado las fuerzas necesarias para internarse en aquel paraje tan agreste. «Sin duda estaba desesperada…».

Al final, Zarzoso se detuvo en lo alto de una loma. Más allá, el suelo descendía en una interminable pendiente pedregosa, con apenas unos pocos espinos achaparrados.

—Ya no capto su olor por ningún sitio —anunció el atigrado.

Los cuatro intercambiaron miradas de preocupación. Sin darse por vencidos, empezaron a explorar la cima del cerro, tratando de hallar de nuevo el rastro oloroso. Pero no hallaron nada. Esquiruela se lanzó ladera abajo, notando bajo sus patas las afiladas aristas rocosas. Allí, sin embargo, tampoco había olores conocidos, nada que le indicara por dónde habían ido su hermana y el guerrero del Clan del Viento.

—Es inútil —estaba maullando Oreja Partida cuando Esquiruela se reunió de nuevo con la patrulla—. Nunca los encontraremos.

—Será mejor que volvamos —coincidió Zarzoso.

—¡No! —protestó la guerrera del Clan del Trueno—. No podemos dejar que se vayan así.

Zarzoso señaló con la cola el inhóspito paisaje rocoso, las laderas peladas y el cielo.

—Podrían estar en cualquier parte, Esquiruela.

—Zarzoso tiene razón —maulló Perlada, con los ojos ensombrecidos de tristeza—. No podemos hacer nada más.

Zarzoso se acercó a su compañera de clan para posar la cola sobre su hombro.

—No podremos localizarlos si ellos no quieren que los encontremos —maulló con dulzura.

Esquiruela quería insistir en que sí podían, pero en lo más profundo de su ser sabía que Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso se habían ido. «No volveré a ver a mi hermana nunca más». Giró la cabeza para restregar su mejilla contra Zarzoso, dejando que el familiar olor del guerrero la reconfortara. Ellos dos habían pasado muchas peripecias juntos para conducir a los clanes hasta su nuevo hogar. Le alegraba que él estuviese allí, ayudándola en aquella desesperada situación.

Cuando llegaron de nuevo a la frontera con el Clan del Viento, el sol estaba a punto de hundirse en el horizonte. Esquiruela se despidió de Perlada y Oreja Partida y, exhausta, vadeó el arroyo detrás de Zarzoso. ¿Qué iban a decirle a Estrella de Fuego?

—Estamos perdiendo a todos los gatos con los que viajamos en busca de Medianoche —maulló—. Borrascoso, Plumosa, y ahora Corvino Plumoso. —Sintió un escalofrío—. ¿Crees que, después de todo, eso significa que el Clan Estelar no quiere que nos instalemos aquí?

Zarzoso negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que éste es el lugar donde querían que estuviesen los clanes. No empieces a dudar de nuestros antepasados, Esquiruela. Nunca pensamos que sería fácil adaptarnos a nuestro nuevo hogar.

—No, pero jamás pensé que llegara a ser tan difícil —murmuró la joven mientras lo seguía por el bosque en penumbra.

Aunque en el sotobosque estaba oscuro, unos pocos rayos de sol todavía llegaban a la hondonada rocosa, tiñendo el claro con una luz de un rojo sangre. Esquiruela reprimió un estremecimiento, y se preguntó si un curandero pensaría que eso era una señal del Clan Estelar.

En cuanto entró en la hondonada, la joven supo que todo el clan había notado la ausencia de Hojarasca Acuática. Fronda y Manto Polvoroso estaban al lado del montón de carne fresca, con las cabezas muy juntas. Fronde Dorado, Cenizo y sus dos aprendices formaban un grupito nervioso delante de la guarida de los aprendices. Los veteranos habían salido de su refugio, debajo de un retorcido avellano, y, justo al pie de la Cornisa Alta, Estrella de Fuego estaba hablando con Tormenta de Arena, Carbonilla y Centella. Los únicos que no parecían haber advertido que pasaba algo eran los cachorros de Dalia, que retozaban alegremente por el suelo polvoriento, frente a la maternidad.

Esquiruela reparó en que la mayoría de los gatos se volvían para mirarla, y sus ojos le abrasaron la piel mientras cruzaba el claro con Zarzoso. Percibió una leve oleada de esperanza en sus compañeros, como la brisa sobre la hierba, esperanza que se desvaneció al ver que Hojarasca Acuática no los acompañaba.

Estrella de Fuego se dirigió hacia ellos, pero fue Centella la que llegó primero.

—Lo siento, ¡lo siento! —exclamó la gata. Su ojo bueno estaba lleno de culpabilidad, y se le quebró la voz de pesar—. Yo no estaba intentando ocupar su lugar. Hojarasca Acuática es nuestra curandera, al igual que Carbonilla.

—Estoy segura de que no se ha marchado por tu culpa, Centella —le contestó Esquiruela con torpeza. Sabía de sobra que su hermana se sentía desdichada porque la guerrera estaba encargándose de sus obligaciones como curandera.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Estrella de Fuego, deteniéndose delante de su hija—. ¿Qué habéis averiguado?

—¿La habéis encontrado? —añadió Tormenta de Arena.

Los rodearon otros gatos, repitiendo la pregunta de Tormenta de Arena. Algunos mencionaron a Corvino Plumoso. El secreto de Hojarasca Acuática ya no era un secreto. Probablemente Carbonilla se había visto obligada a contarle al clan todo lo que sabía.

Fue Zarzoso quien dio explicaciones.

—Su rastro oloroso llevaba al territorio del Clan del Viento, así que decidimos dirigirnos al campamento de nuestros vecinos.

Carbonilla llegó cojeando en ese mismo momento, a tiempo de oír las últimas palabras de Zarzoso.

—¿Habéis hablado con Hojarasca Acuática?

Zarzoso negó con la cabeza.

—No estaba allí. Ella y Corvino Plumoso ya habían abandonado el territorio. Hemos seguido su rastro con la ayuda de un par de guerreros del Clan del Viento, pero lo hemos perdido en las montañas. Se han ido.

—¡No! —La voz de Carbonilla era un susurro ronco; el pánico empañaba sus ojos.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se apoyaron el uno en el otro.

—La hemos perdido… —maulló Tormenta de Arena en voz baja.

—Todo el clan la ha perdido —maulló Estrella de Fuego.

Esquiruela sintió deseos de gritar. Hojarasca Acuática también había perdido mucho. Sin duda debía de amar muchísimo a Corvino Plumoso para renunciar a todo por él.

«¿Haría yo eso por Cenizo?», se preguntó. De algún modo, creía que no.

¿Y por Zarzoso?

Parpadeó, consciente de que no podía responder a esa pregunta.



20

Hojarasca Acuática se detuvo en lo alto de una cresta, procurando no pensar en el dolor que sentía en sus patas mientras se volvía a mirar atrás. Hacía ya mucho que no se veían el lago ni los árboles, y ante ella se desplegaban, una tras otra, montañas desconocidas. Abrió la boca y captó el penetrante olor de la hierba del páramo y un rastro a conejo. El sol estaba descendiendo, pero no se veían árboles o arbustos donde Corvino Plumoso y ella pudieran cobijarse para pasar la noche.

El guerrero del Clan del Viento llegó hasta donde estaba ella y se detuvo a su lado. La joven curandera notó cómo el calor invadía sus cansadas patas cuando el pelaje de Corvino Plumoso rozó el suyo. Aquel gato todavía le daba valor y esperanza, a pesar de que todo lo demás le parecía extraño y aterrador.

«¿Y qué pasa con todo lo que has dejado atrás?», le preguntó una vocecilla interior.

Hojarasca Acuática intentó imaginarse qué estaría ocurriendo en el campamento de su clan. Estrella de Fuego estaría furioso por que los hubiera abandonado sin decirles ni una palabra. Carbonilla tendría que encontrar una nueva aprendiza. Esquiruela la echaría muchísimo de menos… La estremeció una descarga de dolor, casi suficiente para hacer que diera media vuelta y se encaminara de nuevo hacia el lago. Pero ¿cómo iba a regresar ahora, cuando todos sabían lo que había hecho y que el guerrero del Clan del Viento había huido con ella?

No importaba nada mientras tuviera a su lado a Corvino Plumoso. Su amor por él le producía un cosquilleo desde las orejas hasta la punta de la cola, y tenía que seguir creyendo que su decisión era la correcta.

—Sólo un poco más —maulló el guerrero, tocándole la oreja con el hocico —. Tenemos que encontrar un sitio para dormir antes de que oscurezca.

—De acuerdo.

Hojarasca Acuática se obligó a seguirlo por la cresta. Habían estado caminando todo el día, a pesar de que ninguno de los dos había dormido la noche anterior, y la joven se sentía más agotada de lo que había estado en toda su vida.

De pronto, Corvino Plumoso se detuvo, señalando con la cola hacia abajo.

—¡Mira!

La joven curandera vio que, un poco más adelante, el suelo descendía hasta una hondonada rocosa. En el fondo había una pequeña charca, sombreada por un par de espinos retorcidos por el viento.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó—. Refugio y agua.

Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, bajó a saltos la ladera, resbalando sobre las piedras sueltas, hasta que llegó junto a la charca y pudo beber. El recuerdo de su última visita a la Laguna Lunar inundó su mente.

«Nunca más —le dijo la vocecilla interior—. Ya no eres curandera».

Pero eso tampoco importaba. Hojarasca Acuática recordó que Jaspeada le había dicho que siguiera a su corazón. Estaba haciendo lo correcto.

El guerrero gris oscuro se reunió con ella junto a la charca y observó el agua.

—No veo peces.

Sus palabras le recordaron a Hojarasca Acuática lo hambrienta que estaba. Lo único que había comido en todo el día era un campañol escuálido que había compartido con Corvino Plumoso junto al arroyo, poco después de ponerse en camino. Ahora parecía que hubieran pasado lunas.

—Puedes cazar un conejo para los dos cuando se haga de día —le dijo al guerrero, tratando de no pensar en que el olor a conejo era ya muy débil—. A ti se te da muy bien cazar en espacios abiertos como éste. Espero que me enseñes a hacerlo.

—Claro. Aprenderás enseguida —contestó él—. Pero no tenemos por qué esperar a mañana. Por aquí debe de haber algún tipo de presas.

Se quedó quieto con la boca bien abierta, saboreando el aire. Hojarasca Acuática permaneció a su lado, con las orejas bien erguidas, hasta que captó el sonido de una criaturita que correteaba debajo de los espinos. Un segundo después vio un ratón, y adoptó la postura del cazador. Con un ronroneo de satisfacción, se abalanzó sobre él.

En el mismo instante, un segundo ratón salió disparado entre las hojas secas.

Corvino Plumoso lo atrapó con una zarpa.

—¿Ves? ¿Qué te había dicho? —maulló, acercándose de nuevo a Hojarasca para que pudieran comer juntos.

Encontraron una pequeña extensión de arena debajo de las ramas de uno de los achaparrados espinos, donde devoraron los ratones con un par de bocados hambrientos.

—Tenías razón sobre las presas —murmuró Hojarasca Acuática, pasándose la lengua por la boca—. Me alegro de que estés aquí. Estaría muy asustada sin ti.

—Yo siempre cuidaré de ti —le prometió Corvino Plumoso, posando el hocico sobre ella—. Mañana encontraremos un lugar adecuado donde vivir. Al fin y al cabo, los clanes encontraron el lago, y nosotros no necesitamos un territorio tan grande porque sólo somos dos.

Hojarasca Acuática asintió.

—Estos montes no pueden continuar eternamente… —maulló.

«¿O sí?», pensó.

—Estaremos bien. Ya lo verás —la tranquilizó el guerrero.

—Lo sé, Corvino Plumoso… —Su voz se apagó al dormirse de agotamiento.

Se hallaba en un lugar oscuro, y notaba el frío en sus patas, que pisaban una hierba cubierta de rocío. A su alrededor se alzaban unos gruñidos aterradores, pero no podía ver de dónde procedían, a pesar de que miraba frenéticamente de un lado a otro. Luego se dio cuenta de que la oscuridad que la envolvía era una nube de niebla negra que se desplazaba con rapidez, y que se abrió unos instantes para mostrarle las olas que lamían la orilla del lago. Su sueño la había llevado hasta su hogar, pero entonces percibió el intenso hedor de la sangre, y vio que el agua del lago era una marea de un rojo escarlata que la tierra de la orilla succionaba con avidez.

—¡No! —exclamó con voz estrangulada.

«Antes de que haya paz, la sangre derramará sangre y el lago se tornará rojo».

Se le erizó hasta el último pelo de su cuerpo. Había dejado a su clan muy lejos. ¿Por qué no podía escapar de la espantosa profecía del Clan Estelar?

Los gruñidos se apagaron, pero reaparecieron de nuevo a sus espaldas, más desgarradores que antes. Hojarasca Acuática se dio la vuelta. La niebla negra seguía ondulándose a su alrededor, aunque pudo ver que dentro de ella se movían unas figuras enormes y pesadas. Estaban demasiado borrosas para reconocerlas, pero vislumbró garras abiertas, fauces que mordían el aire y ojos

llenos de malicia. Una gigantesca masa oscura se alzó ante ella, amenazante, y una zarpa se abalanzó hacia su rostro, rozándole los bigotes y los ojos. La joven saltó hacia atrás y notó un líquido pegajoso alrededor de sus patas. El hedor de la sangre le llenó la nariz y la boca.

—¡Clan Estelar, ayúdame! —aulló.

Sus ojos se abrieron de golpe. Estaba tumbada en la hondonada del páramo, con ramas de espino sobre la cabeza y Corvino Plumoso a su lado. Tomó una bocanada de aire, aliviada. Luego se dio cuenta de que el guerrero del Clan del Viento estaba levantándose, con toda su musculatura en tensión, y que miraba fijamente a la oscuridad.

—¿Quién está ahí? —exclamó Corvino Plumoso con fiereza.

Hojarasca Acuática oyó unas pisadas acercándose. El guerrero se colocó delante de ella en un gesto instintivo de protección, y la gata se asomó a sus espaldas. Apenas pudo distinguir una figura oscura que se movía lentamente, como las de su sueño.

«¿Estoy despierta de verdad?».

Justo en ese momento, una nube que cubría la luna se desplazó, y su luz plateada bañó la hondonada, revelando a una criatura de gran tamaño y espeso pelaje, con una ancha franja blanca en su hocico puntiagudo. ¡Un tejón!

Esquiruela se puso en pie de un salto.

—¡Atrás! —bufó.

Corvino Plumoso ondeó la cola.

—No… no pasa nada, Hojarasca Acuática… —maulló—. Es Medianoche.

Sin dejar de temblar, Hojarasca Acuática observó a la vieja tejona. Medianoche vivía en el lugar donde se ahoga el sol; ¿qué estaba haciendo en aquel paraje desolado? La joven dio un paso adelante con curiosidad. Siempre había querido conocer a la tejona que había avisado a su hermana y a Zarzoso de que los Dos Patas estaban destrozando el bosque, y de que los clanes debían marcharse cuanto antes. Sin ella, jamás habrían encontrado el nuevo hogar que el Clan Estelar había escogido para ellos.

—Saludos, Corvino. —Los ojos de Medianoche brillaban sorprendidos—. Ni siquiera yo preveía aquí encontrarte.

—Saludos, Medianoche —respondió el joven—. Nosotros tampoco esperábamos verte. Y ya no me llamo Corvino —añadió—. Mi nombre de guerrero es Corvino Plumoso… en honor a Plumosa.

—Sí, todavía ella desde lo alto te observa.

Hojarasca Acuática se estremeció. Corvino Plumoso pareció percibir que estaba incómoda, y la atrajo hacia él con un movimiento de la cola.

—Ésta es Hojarasca Acuática —maulló—. Es la hermana de Esquiruela.

La joven inclinó la cabeza.

—Me alegro de conocerte por fin, Medianoche. He oído hablar mucho de ti.

—Tu hermana de ti hablaba a menudo —contestó la tejona—. ¿También el Clan Estelar parte del futuro te muestra?

—Sí, soy curandera.

Hojarasca Acuática parpadeó. «O al menos lo he sido hasta ahora».

La vieja tejona paseó la mirada entre ella y Corvino Plumoso.

—Habéis huido, ¿verdad? —quiso saber.

Hojarasca Acuática se puso tensa. ¿Es que Medianoche sabía que habían escapado de sus respectivos clanes? ¿Por eso había ido a buscarlos?

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó con cautela.

Antes de que Medianoche pudiera responder, Corvino Plumoso se adelantó.

—Lo único que podíamos hacer era marcharnos —explicó—. Pertenecemos a clanes diferentes, y era imposible que pudiéramos estar juntos si…

—Espera —lo interrumpió Medianoche, alzando una de sus grandes patas—. ¿Quieres decir que solos estáis aquí? ¿Dónde los demás están?

—En sus respectivos territorios, junto al lago. —Corvino Plumoso señaló con la cola.

—Entonces, ¿no lo sabéis?

—¿Qué es lo que no sabemos? —Hojarasca Acuática sacó las garras, empujada por el miedo.

La tejona bajó la cabeza.

—Un gran problema se avecina. Muchos de mi especie furiosos con los clanes están —dijo con voz ronca—. Los gatos a muchos de sus hogares han expulsado. Y ahora, a atacar y a echaros vienen, para recuperar lo que era suyo.

Hojarasca Acuática tomó una bocanada de aire, asustada.

—Nosotros echamos de nuestro territorio a una tejona con sus cachorros… —recordó.

—Y Alcotán echó a un tejón del Clan del Río —maulló Corvino Plumoso.

Hojarasca Acuática apenas lo oyó. Sintió un repentino ataque de vértigo al recordar su sueño de sangre y zarpas gigantescas.

—¿Y dices que van a atacar a los clanes? —preguntó en un susurro.

—¿De qué lado estás tú, Medianoche? —añadió Corvino Plumoso con

aspereza.

Medianoche lo miró fijamente.

—Yo de ningún lado estoy. Gatos y tejones en paz podrían vivir. He hablado con los míos y en contra del ataque me he mostrado, pero no quieren escucharme. De sangre y venganza han hablado durante muchos días.

Corvino Plumoso se acercó más aún a Hojarasca Acuática. Ella notó cómo temblaba.

—¿Qué planean hacer? —preguntó el guerrero.

—Muchos tejones se reúnen. Vuestras madrigueras atacarán, y a muchos gatos matarán para expulsarlos del lago.

«Nuestras madrigueras… ¡Se refiere a nuestros campamentos!». El pelaje de Hojarasca Acuática se erizó por completo. Ella y Corvino Plumoso estaban a salvo, pero los clanes que habían dejado atrás sucumbirían al ataque de los tejones, y muchos de sus compañeros de clan serían asesinados.

—No… —susurró—. ¡No es posible!

—¿Y qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó Corvino Plumoso a Medianoche.

—A advertir a los clanes voy, y a contarles lo que a punto de suceder está —contestó la vieja tejona—. ¿Me ayudáis?

Hojarasca Acuática abrió la boca para responder, pero Corvino Plumoso se le adelantó.

—No. Hemos dejado a nuestros clanes para siempre. No hay nada que podamos hacer.

—¡Corvino Plumoso, no! —Hojarasca Acuática sintió un escalofrío de espanto de las orejas a la punta de la cola—. Tenemos que ayudar a nuestros clanes, o muchos gatos morirán.

Los ojos ámbar del guerrero estaban llenos de dolor. Dulcemente, rozó el hocico de la joven con el suyo.

—Lo sé —maulló—. Pero Medianoche va a ir a avisarlos. Si la escuchan, estarán a salvo. ¿Qué más podemos hacer nosotros?

—Nosotros… —La joven curandera enmudeció, no muy segura de saber la respuesta.

—Hemos llegado demasiado lejos, Hojarasca Acuática —insistió Corvino Plumoso—. Si regresamos ahora, todos sabrán ya lo que hemos hecho, y no podremos marcharnos otra vez. Las cosas volverán a ser como eran… O peor incluso, porque no podremos seguir viéndonos como antes. Nos vigilarán

constantemente para impedir que nos escabullamos, y todos nuestros esfuerzos no habrán servido de nada.

La joven curandera dio un paso atrás, como si las garras de los tejones de su sueño le hubieran desgarrado la piel. Sabía que Corvino Plumoso tenía razón. Si volvían, lo perderían todo. Sin embargo, ¿cómo podían seguir adelante, sabiendo el horrible peligro al que se enfrentaban sus compañeros de clan?

Medianoche los miró a los dos. Hojarasca Acuática ignoraba cuánto sabía la tejona sobre las obligaciones de los curanderos o sobre el código guerrero, que decía que los gatos de distintos clanes no podían estar juntos. Pero en su mirada había calidez y comprensión, como si captara las penalidades que habían tenido que sufrir antes de tomar la decisión de marcharse.

—Que el Clan Estelar os acompañe —murmuró la tejona—. El futuro en las manos de los antepasados guerreros se halla. Todo lo que pueda haré.

—Gracias —maulló Hojarasca Acuática.

La joven curandera se quedó mirando cómo Medianoche ascendía pesadamente la ladera, en dirección al territorio que ellos habían abandonado. Le temblaban las patas de culpabilidad y tristeza; sus compañeros de clan tenían problemas, y ella estaba decidiendo conscientemente no ayudarlos.

Corvino Plumoso le tocó la oreja con el hocico.

—Vamos a dormir un poco más.

Hojarasca Acuática se ovilló junto a él debajo de los espinos, pero el sueño no llegaba. Su mente estaba llena de imágenes de tejones que irrumpían en el campamento del Clan del Trueno lanzando dentelladas a sus compañeros.

«¡Que el Clan Estelar esté con ellos!», rogó.

Su sueño le había mostrado lo salvaje que iba a ser el ataque. Recordó los sueños que los demás curanderos habían descrito en la Laguna Lunar, sueños de oscuridad y zarpas gigantescas. Y ahora ella había recibido el mismo mensaje del Clan Estelar. Sintió un cosquilleo: los guerreros estelares todavía le hablaban. No había mentido a Medianoche al decirle que era curandera.

Sabía que Corvino Plumoso tampoco estaba dormido. El joven no dejaba de moverse, desvelado, incluso lo oyó suspirar. Se apretó más contra Hojarasca Acuática, como si intentara reconfortarla, o reconfortarse a sí mismo.

Al final, Hojarasca Acuática se sumió en un sueño ligero y turbulento. Le parecía flotar en una bruma gris, sin nada que le indicara dónde estaba. De pronto, el vacío se quebró con un alarido de agonía.

—¡Clan Estelar, ayúdame!

Hojarasca Acuática se levantó de un salto, temblando, y vio las ramas del espino recortadas contra un cielo rasgado por las primeras luces del alba. Había reconocido la voz de su sueño: era Carbonilla.

—¡Corvino Plumoso! —exclamó con voz estrangulada—. No puedo quedarme aquí. Tengo que volver.

El guerrero se incorporó. Sus ojos ámbar estaban llenos de tristeza.

—Lo sé —maulló—. Yo siento lo mismo. Tenemos que ir a ayudar a nuestros clanes.

El alivio inundó a Hojarasca Acuática. Sintió que, en aquel momento, amaba a Corvino Plumoso más que nunca porque él la entendía, porque se preocupaba por sus compañeros de clan tanto como ella por los suyos. Restregó el hocico levemente contra el de él, con un ronroneo que no duró más de un segundo.

—En marcha —maulló el guerrero.



21

—¡Cagarrutas de ratón! —masculló Esquiruela.

El estornino que se le acababa de escapar revoloteó hasta una rama por encima de su cabeza, mientras las garras vacías de la gata se hundían en el musgo. ¿Cómo iba a concentrarse en cazar, si se pasaba el tiempo preocupada por su hermana?

«Debería haberla detenido», pensó, desolada.

—Mala suerte —maulló Cenizo a sus espaldas—. ¿Quieres que lo dejemos por hoy? Tenemos piezas de sobra.

—De acuerdo.

Esquiruela lo siguió hasta el arbusto en el que habían escondido y tapado con tierra las presas que habían cazado antes. Zancudo se les unió con una ardilla en la boca, y la patrulla se encaminó al campamento.

—Venga, Esquiruela —maulló Cenizo cuando dejaron las piezas en el montón de carne fresca—, Hojarasca Acuática estará bien.

—¿Cómo va a estarlo, si lo ha dejado todo atrás? —replicó la guerrera.

—¿Por qué no descansas un rato? —sugirió él, señalando con la cola un sitio soleado junto al muro rocoso de la hondonada—. Anoche apenas dormiste.

—Y ahora tampoco podré hacerlo. Voy a asegurarme de que Carbonilla coma algo.

Tomó un campañol del montón de carne fresca y cruzó el claro hasta la guarida de la curandera. Al traspasar la cortina de zarzas, se encontró a Carbonilla en mitad de su guarida, sentada sobre las patas traseras. Sus ojos azules estaban clavados en la nada. Esquiruela se estremeció; parecía como si la curandera estuviera contemplando horrores que sólo ella podía ver.

Carbonilla parpadeó y levantó la mirada hacia la guerrera.

—Esquiruela… ¿Hay alguna novedad?

—¿Sobre Hojarasca Acuática? —Dejó el campañol delante de la curandera—. No. Nada. Te he traído algo de carne fresca.

Carbonilla giró la cabeza.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—¡Tienes que comer! —protestó Esquiruela, preguntándose si la curandera se culpaba por la desaparición de su hermana, pues parecía haber perdido todo el valor y la energía—. Te necesitamos más que nunca, ahora que Hojarasca Acuática se ha ido.

Carbonilla soltó un largo suspiro.

—Pero he fracasado. Completamente.

—¡No es culpa tuya! —Esquiruela se retorció en el estrecho espacio para pegarse a ella y reconfortarla—. Tú eres una curandera magnífica. ¿Qué sería del Clan del Trueno sin ti?

Carbonilla le lanzó una penetrante mirada, y Esquiruela sintió como si fuera a ahogarse en las profundidades azules de sus ojos. La curandera parecía estar a punto de confesarle algo, pero lo único que dijo fue:

—Ojalá las cosas no tuvieran que cambiar.

—No tienen por qué hacerlo. No van a cambiar. Hojarasca Acuática regresará con nosotros. Tenemos que creer en eso.

Carbonilla negó con la cabeza y cerró los ojos.

Esquiruela alargó una pata para acercarle el campañol.

—Vamos. Te sentirás mejor cuando hayas comido un poco.

La gata vaciló, pero finalmente se inclinó a olfatear la pieza.

—Esquiruela, ¿te importaría ir a ver cómo está Acedera? —maulló un instante después—. Estoy preocupada por ella. Ya sabes que era muy buena amiga de Hojarasca Acuática.

—¿Sabe Acedera lo que ha pasado? —preguntó la joven. La guerrera parda estaba confinada en la maternidad porque sus hijos estaban a punto de nacer, y con un poco de suerte no se habría enterado de nada.

—Sí, se lo conté anoche —respondió Carbonilla, que, para alivio de Esquiruela, empezaba a sonar como la de siempre—. Se disgustó, y le di unas semillas de adormidera para que descansara.

—Claro. Le echaré un vistazo. Con una condición: quiero ver cómo te comes ese campañol antes de irme.

En los ojos de Carbonilla brotó un débil destello de alegría.

—Nunca te rindes, ¿eh? Está bien… pero llámame si Acedera necesita algo.

Cuando Esquiruela salía ya de la guarida, la curandera olfateó el campañol. Le dio un mordisco, y luego comenzó a devorarlo más deprisa, como si de repente se hubiera dado cuenta del hambre que tenía.

Esquiruela se dirigió a la maternidad. Justo en la entrada, Centella estaba inclinada sobre Bayito. La guerrera se incorporó en el momento en que la joven se acercaba.

—¡Ya está! —exclamó—. Esa espina no volverá a molestarte. Ahora, lávate bien la almohadilla con la lengua.

—¡Gracias! —El cachorro miró con admiración a la guerrera blanca y canela. Los gatos del cercado de los caballos parecían haber dejado de reparar en sus cicatrices—. ¡Eres la mejor curandera del mundo!

—Yo no soy curandera —lo corrigió Centella, mirando de soslayo a Esquiruela—. El Clan del Trueno ya tiene dos curanderas, y yo nunca seré una de ellas.

—Bueno, pues yo creo que sí lo eres —replicó el pequeño, lamiéndose la pata con vigor.

«Es una lástima que Centella no dijera eso cuando Hojarasca Acuática estaba aquí», pensó Esquiruela.

—Hola —la saludó—. Carbonilla me envía a ver cómo está Acedera.

—Está bien —respondió Centella—. Hace poco, ella y Dalia han compartido un conejo, y ahora está dormida. Por el Clan Estelar, ¡está enorme! —añadió—. No tardará mucho en dar a luz.

—Eso es… estupendo.

Esquiruela intentó mostrar entusiasmo, pero no consiguió sentirse emocionada por la primera camada nacida en su nuevo hogar. Estaba demasiado preocupada por Hojarasca Acuática y Carbonilla. Asomó la cabeza en la maternidad, y vio un bulto de piel parda durmiendo pacíficamente entre musgo y helechos. Dalia y Fronda estaban cerca de la joven guerrera, compartiendo lenguas y hablando en susurros. Las dos levantaron la vista y agitaron los bigotes para saludar a Esquiruela.

Cuando la joven salió de nuevo, Centella se había ido. Vio la punta de la cola de la guerrera desapareciendo tras la cortina de zarzas que cubría la guarida de Carbonilla. Confiando en que Centella informaría a la curandera sobre Acedera, Esquiruela se encaminó al montón de carne fresca para comer algo.

Allí estaba Estrella de Fuego, compartiendo una ardilla con Tormenta de Arena, mientras Zarzoso devoraba un tordo a una cola de distancia.

—Quiero que mañana dirijas la patrulla del alba —estaba diciéndole Estrella de Fuego a Zarzoso—. Inspecciona a fondo la frontera con el Clan del Viento. Es posible que encuentres algún otro rastro de Hojarasca Acuática.

Zarzoso tragó un bocado.

—Me llevaré a Nimbo Blanco. Es uno de los mejores rastreadores… —Y, vacilando, añadió—: Pero ya seguimos su rastro por las colinas durante un buen trecho. No creo que ahora encontremos nada.

—Tal vez sí —insistió Estrella de Fuego. Era como si no pudiese admitir que quizá no volvería a ver a Hojarasca Acuática nunca más.

«¿Como a Látigo Gris?», se preguntó Esquiruela de repente.

Tormenta de Arena levantó la cabeza.

—Quizá la veas regresar —intervino Tormenta de Arena—. Si es así, no te enfades con ella.

Zarzoso asintió.

—No te preocupes. Si la veo, haré que se sienta segura de volver a casa.

Esquiruela se dio cuenta de que el atigrado no tenía muchas esperanzas de encontrar a su hermana. Y ella estaba empezando a pensar lo mismo. Aunque se aferraba a la esperanza de que Hojarasca Acuática volvería, sabía lo duro que sería para ella, una vez tomada la difícil decisión de marcharse.

Escogió una urraca del montón y se sentó para comérsela.

—¿Estás bien? —le preguntó Zarzoso en voz baja.

—La verdad es que no.

—No deberías sentirte culpable —la tranquilizó Tormenta de Arena.

—Pero ¡es que es culpa mía! —Sus sentimientos se desbordaron, y tuvo que contenerse para no gimotear como una cachorrita perdida—. Yo sabía que Hojarasca Acuática estaba saliendo del campamento por la noche, y no hice nada.

Estrella de Fuego se inclinó para consolarla con un lametón en la oreja.

—Si hubieras hecho algo, quizá habrías provocado que se escapara antes. Nadie lo sabe.

El líder miró hacia la entrada del campamento, donde Cenizo acababa de aparecer con su aprendiz. Los dos se dirigieron al montón de carne fresca. Zarzoso se acabó su pieza, se pasó la lengua por la boca, y se marchó a grandes zancadas antes de que se acercase el guerrero gris.

—Has hecho un buen trabajo —le dijo Cenizo a Betulo—. Llévales carne fresca a los veteranos y habrás terminado por hoy.

Betulo tomó unas cuantas piezas del montón y cruzó el claro a toda prisa, mientras Cenizo se acercaba a Esquiruela. Estrella de Fuego y Tormenta de Arena se levantaron y los dejaron solos.

—Acabo de hacer una sesión de entrenamiento con Betulo —maulló Cenizo—. Aprende realmente deprisa.

—Eso es bueno —contestó ella, intentando sentirse contenta por el buen papel de Cenizo como mentor.

—Pareces agotada, Esquiruela. —El guerrero le tocó la oreja con la nariz—. Esta vez sí que vas a descansar, así que ni se te ocurra protestar.

La joven guerrera sentía como si le corrieran hormigas por la piel. Lo último que quería era tumbarse y no poder pegar ojo, pero, al ver la preocupación en la mirada de su amigo, suspiró y acabó cediendo. Después de acabarse la pieza, se encaminó al lugar soleado junto al muro, donde se tumbó de costado y dejó que los rayos del sol crepuscular calentaran su piel.

Cenizo se agachó a su lado y comenzó a lamerle el hombro con dulzura. A pesar de los pensamientos que zumbaban en su mente, Esquiruela empezó a adormilarse. Pero el zumbido se tornó más fuerte, y al final se dio cuenta de que no estaba dentro de su cabeza: un rugido quedo y sordo se aproximaba a través de los árboles.

Irritada, levantó la cabeza.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué es eso?

Antes de que acabase de hablar, el sorprendido alarido de un gato sonó fuera del claro. Los espinos crujieron violentamente, y Zarpa Candeal apareció derrapando por la boca del túnel, con las orejas pegadas a la cabeza y los ojos desorbitados de espanto. Fronde Dorado le pisaba los talones.

Esquiruela se levantó de un salto. El rugido era cada vez más nítido: era el sonido de muchas criaturas que llegaban gruñendo. Se volvió más sonoro aún, hasta que pareció llenar todo el bosque, acompañado del sonido seco de ramas quebrándose, como si algo estuviese aplastando la barrera de espinos que protegía la entrada de la hondonada. De pronto, Esquiruela vio que una criatura enorme se abría paso entre las zarzas. El sol crepuscular le mostró una cabeza con un hocico estrecho y rayado, unos hombros anchísimos y unas garras fuertes y romas.

—¡Un tejón! —aulló.

En el claro, los gatos salieron corriendo por todas partes. Estrella de Fuego saltó desde su guarida a la Cornisa Alta, y desde allí hasta el suelo. Zarzoso surgió de la guarida de los guerreros, seguido de Tormenta de Arena y Nimbo Blanco. Carbonilla y Centella aparecieron por la cortina de zarzas de la guarida de la curandera; la guerrera entornó su ojo bueno, gruñendo al intruso.

El tejón acababa de traspasar la barrera, y se detuvo girando la cabeza de un lado a otro, inspeccionando el claro con sus ojillos brillantes. Esquiruela estaba a punto de lanzarse sobre él, cuando un nuevo ruido de ramas rotas la dejó helada donde estaba. Había más tejones que intentaban colarse en el campamento, más de los que podía contar, y aplastaban los arbustos de espino como si fueran briznas de hierba.

Con un rugido que pareció salir de todas sus gargantas a la vez, la hondonada se llenó de fauces abiertas y zarpas gigantescas. Esquiruela vio cómo agarraban a Orvallo por una pata y lo lanzaban por el aire; el guerrero aterrizó con un golpe seco a un zorro de distancia, y no volvió a levantarse.

De pronto, una cara rayada se alzó ante Esquiruela. La joven retrocedió contra un zarzal, bufando mientras blandía las zarpas delanteras. El hedor rancio del tejón se colaba por su garganta.

—¡Fuera de aquí o te arrancaré la piel! —gritó con voz ronca.

Entonces notó que la apartaban de un empujón, y trastabilló antes de recuperar el equilibrio mientras un destello gris pasaba ante ella. Cenizo se había interpuesto entre su cuerpo y el del tejón.

—¡Yo puedo cuidar de mí misma! —bufó la guerrera, pero su amigo ya había saltado hacia delante para clavar sus garras en el lomo del atacante y los colmillos en su oreja.

El tejón soltó un alarido ronco y sacudió la cabeza para librarse de Cenizo.

—¡Esquiruela! —le susurró una voz al oído. Era Zarzoso, y estaba sangrando por un largo corte en el hombro—. Ayúdame. Tenemos que sacar de la hondonada a Dalia y los cachorros. Y también a Acedera.

Sin esperar respuesta, el atigrado echó a correr hacia la maternidad bordeando el claro. Esquiruela salió disparada tras él, sorteando a Zancudo y Hollín, que atacaban, cada uno por un lado, a una tejona enorme; la gran bestia lanzaba dentelladas al aire sin parar, frustrada por no poder atrapar a ninguno de los dos.

Zarzoso desapareció en la maternidad y Esquiruela esperó en la entrada, lista para defenderla. El claro bullía de gatos que luchaban por su vida y de tejones

que luchaban por matarlos. La guerrera se dio cuenta de que las paredes de la hondonada rocosa, que parecían ofrecer tan buena protección cuando la descubrieron, se habían convertido ahora en un callejón sin salida para sus compañeros. No podían huir ni evitar a sus enemigos trepando a un árbol. Vio cómo Betulo ascendía unas pocas colas por el muro de piedra, y cómo caía de golpe hacia las garras de un tejón. El aprendiz se puso a salvo apretujándose en una estrecha grieta, al pie de la pared, justo fuera del alcance de aquella zarpa negra.

«¿Cómo van a escapar Acedera, Dalia y los cachorros?», se preguntó Esquiruela. Dalia jamás podría defenderse contra una criatura como un tejón, y Acedera estaba demasiado cerca de dar a luz para poder pelear como era debido.

«¿Y si subiesen hasta la Cornisa Alta y se refugiasen en la guarida de Estrella de Fuego?». No, era demasiado fácil trepar por las rocas caídas, incluso para un tejón, y todos ellos podrían quedar atrapados allí arriba.

Había más tejones intentando colarse por el destrozado muro de espinos. Al menos, ésa era su única vía de entrada. Estrella de Fuego se lanzó hacia la boca del túnel, luchando furiosamente al lado de Espinardo, Manto Polvoroso y Tormenta de Arena. Una gigantesca zarpa agarró a Espinardo y lo lanzó volando hacia una mata de ortigas; los temblorosos tallos se cerraron alrededor del guerrero, que no volvió a aparecer.

Esquiruela vio entonces cómo Estrella de Fuego se aferraba desesperadamente a la espalda del tejón, mientras le propinaba zarpazos en los ojos. Luego, otra de las enormes criaturas se colocó entre ella y su padre, y la joven guerrera ya no pudo ver nada más.

—¡¿Dónde está Dalia?! —preguntó una voz ronca.

Al volverse, Esquiruela vio que Nimbo Blanco se le acercaba cojeando; tenía el pelo cubierto de tierra, pero la luz de la batalla seguía brillando en sus ojos.

—Ahí dentro —respondió la guerrera, señalando el zarzal de la maternidad—. Zarzoso ha ido a por ella.

En ese momento apareció el atigrado, empujando a Dalia y sujetando a Bayito por el pescuezo. El pequeño se retorcía, gimoteando.

Dalia abría los ojos de par en par, aterrada.

—¡Van a matarnos a todos! —chilló—. ¿Qué va a pasar con mis hijos?

—Nosotros los salvaremos —maulló Centella a su lado. Para asombro de Esquiruela, la guerrera había conseguido atravesar el claro desde la guarida de la curandera—. ¡No es culpa suya que su madre los haya traído aquí! —masculló

ferozmente mientras desaparecía en la maternidad.

Nimbo Blanco la siguió para recoger al tercer cachorro.

—Pero ¡no podremos salir de aquí! —exclamó Dalia, contemplando la batalla que se libraba en la entrada del campamento.

—Sí, sí que podréis —replicó Esquiruela. De pronto, había recordado cómo Hojarasca Acuática se escabullía del campamento para reunirse con Corvino Plumoso—. Yo conozco una salida.

—Enséñanosla —consiguió balbucear Zarzoso sin soltar al cachorrito.

Esquiruela se volvió hacia la maternidad para aullar:

—¡Vamos, daos prisa!

Centella reapareció al instante, pero no cargaba con ningún cachorro.

—Traed a Carbonilla —espetó—. Acedera va a dar a luz ahora mismo.

Esquiruela sintió una oleada de pánico. «¡Por el gran Clan Estelar! ¡No es posible!». No veía a Carbonilla por ningún lugar del claro, pero sí consiguió localizar a Fronde Dorado, el compañero de Acedera, que estaba combatiendo ferozmente con un tejón a sólo unas colas de distancia. Estaba claro que intentaba llegar a la maternidad.

—¡Fronde Dorado, corre! —le gritó Esquiruela, lanzándose contra el tejón y propinándole un zarpazo en las ancas.

La criatura se volvió hacia un lado aporreando el aire, lo que le dio a Fronde Dorado la oportunidad de rodearla.

Esquiruela soltó al tejón y regresó corriendo hacia la entrada de la maternidad.

—¡Acedera va a dar a luz! —le gritó casi sin aliento a Fronde Dorado, cerrándole el paso a la guarida—. ¡Ve a buscar a Carbonilla!

Fronde Dorado la miró con unos ojos llenos de miedo, pero finalmente reaccionó, dio media vuelta y salió disparado por el claro en dirección a la guarida de la curandera. Entre el polvo que levantaban los combatientes se abrió un hueco, y Esquiruela pudo ver cómo el guerrero encontraba a Carbonilla y le hacía gestos frenéticos con la cola. Luego, los dos se encaminaron hacia ella. Llegaron justo cuando salían Centella y Nimbo Blanco, cada uno con un gatito.

—Si es verdad que los cachorros de Acedera ya están en camino, no podremos moverla —maulló Carbonilla—. Uno de vosotros debe quedarse a vigilar la entrada. Los demás, haced lo que podáis para salvaros a vosotros mismos y a los cachorros. —Y desapareció en la maternidad sin esperar a ver si cumplían sus órdenes.

—Yo me quedaré —se ofreció Fronde Dorado de inmediato.

—Y yo volveré a ayudarte en cuanto les enseñe a los demás cómo salir —le prometió Esquiruela—. Seguidme, es por aquí…

Miró de un lado a otro, tratando de decidir cuál era la forma más segura de llegar a la salida secreta que utilizaba Hojarasca Acuática. «¡Está justo en el otro extremo del claro!». Por lo menos ya se había hecho de noche, y, aunque el centro del claro estaba iluminado por la tenue luz de la luna creciente, las sombras eran profundas en los bordes. Sabía que los tejones veían bien en la oscuridad, pero Esquiruela esperaba que estuvieran demasiado enfrascados en la batalla como para molestarse por unos pocos gatos que se deslizaban junto a las sombras.

—Mantente pegada a mí —le indicó a Dalia.

Bordearon el claro, aprovechando en lo posible el refugio que ofrecían las zarzas y matas de helechos. Esquiruela oía la respiración aterrorizada de la minina, y, un poco más allá, los maullidos de sus hijos, sofocados casi por los gruñidos y los gritos de los combatientes, a no más de un par de colas de distancia.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ratoncillo con un gemido—. ¿Qué es todo ese ruido?

—Sí, ¿y por qué tenéis que cargar con nosotros? —se quejó Bayito—. Yo ya soy bastante mayor para andar.

—Cargan con vosotros porque los tejones son unas criaturas muy grandes y patosas —le dijo Dalia por encima del hombro—. Podrían pisaros en la oscuridad.

Esquiruela sintió admiración por la manera en que la gata estaba ocultando su propio miedo a los cachorros.

—Si me pisara un tejón, ¡yo le pegaría un mordisco! —Fanfarroneó Pequeña Pinta.

—No tendrías esa oportunidad —maulló su madre—. Ahora guardad silencio y dejad de retorceros, pronto estaremos a salvo.

La gata miró a Esquiruela mientras hablaba, como advirtiéndole que no le llevara la contraria.

Se pegaron a la pared del campamento cuando un tejón pasó pesadamente ante ellos, rugiendo rabioso mientras intentaba librarse de Espinardo, que estaba aferrado a su lomo y le lanzaba arañazos a las orejas. Al pasar junto al avellano donde los veteranos habían instalado su guarida, Esquiruela vio a Musaraña

agazapada entre las ramas, con las uñas desenvainadas y un brillo de furia en los ojos. Flor Dorada y Rabo Largo estaban justo detrás de ella.

—¡Venid con nosotros! —maulló Esquiruela en voz baja—. Conozco una vía para trepar por el barranco.

Musaraña negó con la cabeza.

—Un gato ciego no puede trepar por las rocas… —replicó, mirando de soslayo a Rabo Largo.

—¡Entonces, marchaos vosotras! —contestó Rabo Largo—. Yo todavía puedo darle algún que otro zarpazo a un tejón si se me pone delante.

Musaraña le soltó un bufido.

—Vamos a quedarnos juntos, y no hay más que hablar.

Esquiruela no tenía tiempo para perderlo discutiendo. A su lado, Dalia estaba temblando de miedo, y apenas parecía capaz de controlar su pánico. Zarzoso, Nimbo Blanco y Centella las habían alcanzado, y se movían impacientes bajo el peso de los cachorros que cargaban. Bayito preguntó:

—¿Por qué nos paramos?

—Podéis esconderos en la Cornisa Alta —le sugirió Esquiruela a Musaraña —. Rabo Largo debería poder subir hasta allí si tú lo guías. —Todavía dudaba de que la guarida de Estrella de Fuego fuera muy segura, pero al menos los veteranos estarían mejor que allí abajo.

—De acuerdo —asintió Musaraña—. Rabo Largo, agárrate a mi cola con los dientes.

Esquiruela continuó adelante, con Dalia y los demás pisándole los talones. Tuvo que detenerse brevemente cuando un tejón irrumpió de pronto a través de las ramas, sangrando por un costado. Parecía a punto de rendirse. Tormenta de Arena apareció como un rayo tras él, aullando:

—¡Sal de aquí y no vuelvas!

Esquiruela movió las orejas mientras el tejón huía, pero no tenía tiempo de pararse a hablar con su madre.

Cuando ya habían rodeado más de la mitad de la hondonada, una figura gris claro surgió entre las sombras. Era Cenizo, con una oreja desgarrada y sangrando por un profundo corte en el flanco. Respiraba entrecortadamente, pero no parecía estar herido de gravedad.

—Esquiruela, ¿estás bien? —le preguntó el guerrero.

—Sí, estoy bien. Voy a mostrarles a Dalia y a sus cachorros una forma de salir de aquí.

—Te acompaño.

Esquiruela agitó los bigotes con impaciencia.

—No. Vete a la maternidad y ayuda a Fronde Dorado a protegerla.

Cenizo vaciló un segundo, y Esquiruela pensó que iba a negarse, pero el guerrero pasó ante ella y los demás y desapareció en la oscuridad. Un tejón lo vio, soltó un rugido y se lanzó tras él. Esquiruela no podía pararse a ayudarlo.

—¡Vamos! —masculló—. Ya no está lejos.

Se le contrajo el estómago al oír el alarido de dolor de un gato que sonaba por encima del clamor de la batalla. El caos se había adueñado del claro; las gigantescas siluetas de los tejones se abalanzaban sobre sus objetivos, con las pequeñas y ágiles figuras de sus compañeros de clan revoloteando entre ellas, corriendo para propinar un golpe y huir de nuevo. Desde allí, Esquiruela no podía distinguir la barrera de espinos, pero supuso que debían de haber entrado más invasores.

«Gran Clan Estelar, ¿es esto el fin?».



22

Esquiruela sacudió la cabeza para librarse del horror que la había paralizado por unos instantes. Su primera obligación era ayudar a sus compañeros de clan, antes de pensar en unirse a la batalla en el túnel de acceso a la hondonada. Movió la cola para indicar a sus acompañantes que la siguieran, con el estruendo de la contienda bombardeándole los oídos. Para su alivio, los zarzales que protegían la ruta de escape no estaban aplastados y dejaban el espacio justo para que todos se escondieran allí. Los gatos se apiñaron en el hueco rodeado de espinos y observaron vacilantes el muro que se alzaba ante ellos.

—No es tan difícil de trepar como parece —les aseguró Esquiruela—. Os lo enseñaré. Zarzoso, dame a ese cachorro. Si nos descubre un tejón, mantenlo ocupado.

La atravesó una punzada al comprender hasta qué punto confiaba en el atigrado para que cuidase de ellos mientras escapaban.

Zarzoso le rozó delicadamente la oreja con la cola y dejó a Bayito en el suelo para que ella pudiera cogerlo. Ahora, el cachorro había parado de quejarse y parecía aturdido de miedo.

Esquiruela lo agarró por el pescuezo y se lanzó hacia arriba, sorteando las zarzas y clavando las garras en un arbusto que había echado raíces en la pared, a un par de colas de distancia. Bayito soltó un chillido cuando su cuerpo chocó accidentalmente contra la roca.

—Lo siento —masculló la guerrera.

Impulsándose con fuerza con las patas traseras, alcanzó el repecho donde la roca había cedido, y desde allí pudo izarse gracias a unas matas de hierba que le sirvieron de agarre, hasta que por fin llegó al borde de la hondonada.

Se internó en las matas de helechos donde se había escondido el día que siguió a Hojarasca Acuática, y dejó a Bayito sobre el musgo, dándole un rápido y brusco lametazo.

—Muy bien, pequeño, ahora estás a salvo.

Se asomó con cautela entre los helechos. El rugido del combate en el claro quedaba ahogado allí arriba, y el olor de los tejones era mucho más tenue. No creía que en aquella parte del bosque hubiera ninguna de esas feroces criaturas. Se agachó hasta rozar la hierba con la barriga, y abandonó la protección de los helechos para asomarse de nuevo por el borde de la hondonada.

—¡Aquí arriba está todo bien! —anunció—. Podéis subir.

Nimbo Blanco ya estaba trepando con Pequeña Pinta entre los colmillos, izándose sin apoyarse demasiado en su pata herida. Esquiruela le enseñó dónde dejar a la cachorrita, al lado de su hermano, y el guerrero la depositó sobre el blando musgo bajo los helechos, lanzando un suspiro de alivio. Centella apareció pisándole los talones, cargada con Ratoncillo.

—Quédate aquí —le dijo Nimbo Blanco a Centella—. Dalia y los cachorros necesitarán contar con alguien si vienen los tejones.

—Pues entonces quédate tú —le espetó la guerrera, fulminándolo con la mirada—. Yo voy a unirme a la batalla. Tú estás herido.

—Por el Clan Estelar, éste no es momento de ponerse a discutir —exclamó Esquiruela—. Vamos a volver todos. Dalia tendrá que arreglárselas por su cuenta. El Clan del Trueno necesita a todos sus guerreros ahí abajo.

Centella dio media vuelta y desapareció por el repecho.

—¡Hembras! —masculló Nimbo Blanco, y la siguió.

Esquiruela observó a los cachorros, que formaban un montoncito agitado entre los helechos, y cuando comprobó que estaban bien volvió hacia la hondonada, justo en el momento en que Dalia se aupaba y se quedaba resollando en el borde.

—¿Dónde están mis hijos? —preguntó sin aliento.

Esquiruela señaló con la cola, y la gata corrió hacia los helechos.

—Gracias… —maulló, mirando atrás antes de desaparecer entre las largas hojas—. Y buena suerte.

—La necesitaremos —le contestó Esquiruela muy seria mientras se preparaba para descender de nuevo hasta el claro.

Al bajar, vio a Zarzoso montando guardia. Fronda y Betulo estaban con él. El aprendiz había sobrevivido al ataque del tejón, pero tenía arrancada parte de la

piel de las ancas, y un ojo casi cerrado del todo. Su madre sangraba por el lomo, donde había recibido varios zarpazos.

—Mira, Fronda, podéis trepar por aquí —les explicaba Zarzoso mientras Esquiruela daba los últimos saltos y aterrizaba limpiamente junto a él—. Llévate contigo a Betulo.

Éste parecía demasiado confundido para ver con claridad la vía de escape, pero Fronda lo empujó dulcemente hacia la pared rocosa.

—No te separes de él —le aconsejó Esquiruela—. Dalia y sus hijos ya están ahí arriba. Les alegrará tener a una guerrera que los proteja.

Fronda asintió agradecida y siguió a Betulo. El aprendiz comenzó a trepar entre los espinos.

Zarzoso seguía vigilando desde la cortina de zarzales.

—Voy a ayudar a Estrella de Fuego a defender la entrada —maulló.

Esquiruela respiró hondo. Se había temido lo peor.

—¿Estrella de Fuego… todavía está vivo?

—Lo he visto hace apenas unos instantes —la tranquilizó el atigrado—. La batalla todavía no ha terminado. ¡Te veo luego!

Y, con un coletazo, salió disparado.

A Esquiruela le dio un vuelco el corazón al verlo desaparecer en lo más encarnizado del combate. ¿Volverían a verse de verdad? ¿O ya era demasiado tarde para arreglar todo lo que se había estropeado entre ellos?

Incapaz de soportar la idea de perder a Zarzoso, la guerrera estaba a punto de lanzarse tras su compañero cuando oyó el lamento de un gato cerca de ella. Al mirar a su alrededor, entrevió a Hollín. Su pelaje oscuro era apenas visible en las sombras, pero parecía muy malherido, porque se arrastraba por el suelo como si sus patas traseras no le respondieran.

—¡Hollín, por aquí! —gritó la joven.

El guerrero negro levantó la cabeza, demasiado confuso por el dolor como para saber de dónde procedía el grito. Esquiruela corrió hasta él y consiguió que se pusiera en pie; luego dejó que se apoyara en ella y lo condujo hasta la protección de los zarzales.

—Puedes salir por aquí —maulló, señalándole con la cola la ruta, muro arriba.

Hollín parpadeó para librarse de la sangre que le entraba en los ojos.

—No… no podré trepar… —respondió con voz estrangulada.

—¡Tienes que hacerlo!

Esquiruela lo empujó hacia la pared. Hollín arañó desesperadamente la roca, pero sus patas traseras estaban rotas y no podía usarlas para impulsarse. Consiguió izarse unas pocas colas del suelo, y luego resbaló de nuevo lanzando un alarido de dolor.

En ese preciso instante, apareció una tejona, que aplastó la cortina de zarzas y se abalanzó hacia Hollín. Esquiruela vio unas cicatrices en el costado de la criatura, y flexionó sus garras instintivamente al recordar que, días atrás, había desgarrado ese áspero pelaje negro. Sin duda, era la hembra a la que habían echado del territorio del Clan del Trueno. Por un segundo, intercambió una mirada con aquella bestia furibunda. «¡Y pensar que sentí lástima por ti! —se dijo—. ¿De verdad nos merecemos esto?».

Hollín levantó la cabeza, gruñendo, y lanzó un zarpazo mientras Esquiruela saltaba sobre la tejona por detrás y le mordía con furia la pata trasera. La criatura se la quitó de encima como si fuera una mosca, y la guerrera chocó contra las rocas y se quedó aturdida unos segundos. Cuando logró ponerse de nuevo en pie, la tejona estaba internándose ya en la oscuridad con sus andares torpes, dejando al guerrero gris siniestramente inmóvil.

—¡Hollín, no! —Esquiruela trastabilló hasta él. El gato tenía un tajo en la garganta, y sus ojos sin vida miraban hacia el cielo—. ¡Gran Clan Estelar! —aulló—. ¿Por qué estás permitiendo que suceda esto?

Sin embargo, no tenía tiempo de llorar por su compañero de clan. Tenía que volver a la maternidad. En vez de hacer el mismo camino a la inversa, se arriesgó a atravesar el claro corriendo, esquivando aulladores bultos de pelo y garras.

«¡No podemos ganar! —chilló una voz en su cabeza—. ¡Son demasiados!».

Negándose a escuchar, apuntó a los ojos de un tejón que había intentado bloquearle el paso, bufando con fiereza hasta que la bestia retrocedió. Al llegar a la maternidad, se encontró con Fronde Dorado agazapado ante la entrada, gruñendo a un joven tejón. La criatura parecía vacilar, como si pensara que podía haber presas más fáciles.

A un par de zorros de distancia, Cenizo estaba luchando contra un tejón más viejo y grande. Abatida, Esquiruela vio cómo la bestia derribaba al guerrero golpeándolo en la cabeza.

La joven soltó un alarido y, con un ágil salto, se lanzó contra el costado del tejón, haciendo que perdiera el equilibrio y se tambaleara, dejando expuesta su barriga. Esquiruela aprovechó para propinarle unos buenos zarpazos, y la bestia

soltó un aullido de rabia y se revolvió. La joven guerrera sintió que la inundaba el dolor cuando unas largas garras se clavaron en su hombro y la tumbaron de espaldas. El peso del tejón la dejó sin aire al aterrizar sobre su pecho. Notó como si estuvieran hundiéndola en el suelo, y le pareció oír cómo crujían sus huesos. Se ahogó, con la boca llena de pelo áspero, y luchó por respirar mientras todos sus sentidos daban vueltas.

De pronto, el peso se esfumó y la gata pudo respirar de nuevo. Se puso en pie a trompicones, jadeando, y vio que Cenizo se aferraba con los dientes a la pata delantera del tejón, que intentaba quitárselo de encima sacudiéndolo de un lado a otro. Con un grito de furia, Esquiruela lo atacó por el otro lado. La bestia giró la cabeza con las fauces abiertas, pero la guerrera la esquivó, arañó el cuello del animal y se puso fuera de su alcance antes de que pudiera golpearla.

Mientras tanto, Cenizo había saltado al suelo para plantarse ante la criatura, distrayendo su atención lo bastante como para que Esquiruela pudiera atacar de nuevo y propinarle un zarpazo en el hombro. El tejón lanzaba manotazos de un lado a otro, sin conseguir dar en el blanco ni una sola vez. Sus gruñidos se convirtieron en un rugido de frustración, y acabó dando media vuelta y huyendo hacia la entrada.

Esquiruela intercambió una mirada triunfal con Cenizo, y luego fue a ver cómo iban las cosas en la maternidad. Fronde Dorado seguía enzarzado con el joven tejón, con los dientes clavados en su oreja, y, antes de que Esquiruela o Cenizo pudieran moverse, la criatura se libró del guerrero con un golpe de sus zarpas romas y se metió en la maternidad.

La joven guerrera se quedó helada cuando un chillido espantoso brotó del zarzal.

—¡Clan Estelar, ayúdame!



23

Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso se detuvieron junto a los pasaderos que cruzaban el arroyo hasta el territorio del Clan del Trueno. Había caído la noche, y una delgada luna creciente flotaba en lo alto del cielo. Los dos gatos habían caminado durante todo el día, y sólo se habían detenido a mediodía lo justo para comerse un conejo cazado por Corvino Plumoso en el páramo. La joven curandera tenía las almohadillas despellejadas, y el corazón le martilleaba con un miedo cada vez mayor.

—Adiós —murmuró, hundiendo el hocico en el pelo de Corvino Plumoso—. Volveré a verte cuando esto haya terminado.

—¿Qué quieres decir con adiós? —replicó él—. No pienso permitir que vayas sola sabiendo que hay tejones hostiles merodeando por aquí.

—Pero tienes que avisar al Clan del Viento.

—Lo sé, y lo haré. Pero primero voy a asegurarme de que llegas a vuestro campamento. No tardaremos mucho.

Al ver el obstinado brillo en los ojos del guerrero, Hojarasca Acuática supo que discutir sólo serviría para perder el tiempo. Saltó rápidamente de un pasadero a otro, descendió la ladera y se internó en la arboleda.

Fue un alivio entrar en el bosque después de viajar tanto tiempo bajo cielo abierto, pero la sensación de haber vuelto a casa no le duró mucho. Casi al instante, un hedor fétido los rodeó, enmascarando todos los demás olores del bosque.

—Tejones —gruñó Corvino Plumoso.

La joven curandera estaba demasiado aterrorizada para hablar. Aunque se sentía agotada por el largo trayecto a través del páramo, apretó el paso hasta

terminar corriendo entre los árboles, con el guerrero gris a su lado. Al acercarse al campamento, oyó el sonido de su sueño, que era lo que había temido durante todo el viaje: los alaridos de gatos combatiendo, mezclados con los rugidos más graves de sus enemigos. ¡Los tejones habían entrado en la hondonada!

Cuando llegó al borde del barranco, oyó un ruido entre los helechos y el gemido de un gato:

—¡Más tejones no, por favor! ¡Ayuda, ayuda!

Al volverse, Hojarasca Acuática vio a Fronda y a Dalia asomándose por debajo de una mata de helechos. Era la minina doméstica la que había gritado.

—¡Hojarasca Acuática! —exclamó Fronda—. ¿Qué…? —Se interrumpió de golpe y añadió—: No, no te pares. Ve a ayudar al clan.

La joven curandera y Corvino Plumoso siguieron adelante y bajaron la pendiente que llevaba a la entrada. La barrera de espinos, que supuestamente debía proteger el campamento, estaba destrozada por completo, aplastada por patas monstruosas. Más allá de las ramas desperdigadas, los tejones llenaban el claro; sus músculos se sacudían bajo el áspero pelaje mientras golpeaban y luchaban. Hojarasca Acuática entrevió a su padre, con una luz salvaje en sus ojos verdes mientras animaba a su clan con movimientos de la cola.

—¡Seguidme! ¡Echadlos de aquí! —aulló el líder saltando sobre el tejón más cercano, un macho enorme con el hocico lleno de cicatrices.

Manto Polvoroso y Zarzoso lo imitaron. El primero se abalanzó sobre el hombro del tejón y le desgarró la piel con las garras. Zarzoso se lanzó sobre otra criatura que gruñía a una cola de distancia, saltó cuando la bestia agachaba la cabeza para embestir y le clavó los dientes en la oreja.

Alrededor del claro, las guaridas que habían construido hacía apenas dos lunas estaban arrasadas, con las ramas esparcidas aquí y allá, de modo que a Hojarasca Acuática le costó reconocer su hogar. Un tejón gigantesco estaba destrozando la guarida de los guerreros, persiguiendo a Orvallo. Otro rodó por el suelo a una cola de la joven curandera, enzarzado en un combate sin cuartel con Espinardo, mientras Tormenta de Arena le mordía la pata trasera.

«¡He llegado demasiado tarde!», pensó, desesperada. No vio a Medianoche entre los tejones. Quizá sus vengativos parientes la habían interceptado de camino al territorio del Clan del Trueno y le habían impedido alertar a los gatos. ¡Tal vez incluso la habían matado!

Tras sacudirse el espanto que le paralizaba las patas, Hojarasca Acuática irrumpió en el claro atravesando los espinos aplastados. Debía de haber algo que

pudiera hacer para ayudar a sus compañeros de clan, algo más que morir a su lado. Estaba a punto de unirse a la batalla, cuando un alarido espeluznante se elevó por encima del clamor. Procedía de la maternidad, la única zona donde el muro de espinos seguía en pie.

—¡Carbonilla! —le dijo a Corvino Plumoso con voz ahogada.

Como si sus patas tuvieran alas, atravesó el claro, apenas consciente de que un tejón se abalanzaba sobre ella, aunque terminó en el suelo cuando Corvino Plumoso lo derribó bufando y arañando. El guerrero tuvo tiempo de alcanzarla antes incluso de que ella llegara a la maternidad.

Justo en la entrada, había una gata rojiza tendida entre el polvo, y un tejón que se alzaba sobre ella.

—¡Esquiruela! —aulló Hojarasca Acuática.

Mordió con fuerza la pata del tejón, que se revolvió lanzando una dentellada al aire. Corvino Plumoso lo atacó también, propinándole un zarpazo en los ojos. Con un alarido de dolor, la bestia retrocedió y se marchó dando bandazos.

Hojarasca Acuática corrió hasta su hermana. El vínculo que seguía conectándolas le dijo que no estaba muerta. La invadió un gran alivio cuando Esquiruela levantó la cabeza, parpadeando aturdida.

—Hojarasca Acuática… ¡Has vuelto!

—Sí, estoy aquí. ¿Estás herida?

La guerrera tomó aire con esfuerzo.

—Sólo… sin aliento. Hojarasca Acuática, ahí… —Miró hacia la maternidad—. Ahí… Carbonilla, con Acedera… Va a dar a luz, y ha entrado… un tejón.

Una oleada de pánico inundó a la joven curandera. «He llegado demasiado tarde».

Corrió a la maternidad. En el interior en penumbra resonaban unos gruñidos crueles, sólo interrumpidos por un chillido de terror. Hojarasca Acuática reconoció la voz de Acedera.

—¡Acedera, soy yo, Hojarasca Acuática! ¿Dónde está Carbonilla?

En la oscuridad, sólo pudo distinguir una figura enorme y encorvada. El hedor del tejón llenaba toda la maternidad. Hojarasca Acuática se lanzó hacia delante y chocó contra un flanco cubierto de pelo áspero, y, tras propinarle un largo zarpazo en el costado, gritó con voz ahogada:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

El intruso giró la cabeza hacia la joven curandera, que captó el destello de unos ojillos maliciosos y supo de inmediato que estaba reviviendo su pesadilla

de la densa niebla negra.

Lanzó un zarpazo al hocico de la bestia, del que brotó un chorro de sangre. El olor caliente de ésta se mezcló con la pestilencia del tejón, que alzó una pata para golpearla, pero justo en ese momento Corvino Plumoso apareció al lado de la gata y saltó a la cara del intruso.

El tejón soltó un bramido de dolor. Se volvió, dio un empujón a Hojarasca Acuática y salió corriendo hacia la entrada de la maternidad, destrozando más ramas mientras salía. Unos acuosos rayos de luna se filtraron a través de lo que quedaba del muro de zarzas, por donde asomaron los rostros horrorizados de Esquiruela y Cenizo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Esquiruela con voz ronca—. ¿Está herida Carbonilla?

—Todavía no lo sé —respondió Hojarasca Acuática. Le temblaba la voz de miedo—. Yo me encargaré de ella. Vosotros montad guardia.

Su hermana asintió y regresó a la entrada con Cenizo. Corvino Plumoso entrechocó su hocico con el de Hojarasca Acuática, antes de seguirlos.

—Llámame si me necesitas —maulló el guerrero.

El suelo de la maternidad estaba cubierto de una espesa capa de musgo y helechos. Acedera estaba tumbada en el extremo más alejado, con la cabeza levantada y los ojos desorbitados de terror. Un fuerte espasmo le sacudió el vientre, y Hojarasca Acuática se dio cuenta de que sus cachorros estaban a punto de nacer. Cuando iba a cruzar la maternidad, sus patas rozaron un cuerpo inerte y desmadejado.

Carbonilla yacía sobre el lecho de musgo, con las patas y la cola inmóviles y los ojos cerrados. Sangraba lentamente por una herida en el costado.

—Carbonilla… —susurró la joven curandera—. Carbonilla, soy yo, Hojarasca Acuática. Despierta.

La curandera abrió los ojos y la miró.

—Hojarasca Acuática… —dijo con voz quebrada—. No he dejado de rogar al Clan Estelar que volvieras.

—Jamás debería haberte abandonado. —La joven se agachó junto a su mentora, aspirando su reconfortante y familiar aroma—. Lo lamento. Lo lamento muchísimo. Carbonilla, por favor, ¡no te mueras! —Recogió un puñado de musgo del suelo y lo apretó contra la herida de la gata—. Vas a recuperarte —maulló—. En cuanto cese la hemorragia, iré a por un poco de caléndula para que la herida no se te infecte, y a por semillas de adormidera para el dolor. Podrás

dormir y descansar, y te sentirás mucho mejor cuando te despiertes.

—Déjalo… Hojarasca Acuática —susurró Carbonilla—. Es inútil. —Sus ojos tenían un brillo apagado en la oscuridad—. Voy a reunirme con el Clan Estelar.

—¡No digas eso! —protestó la joven, recogiendo más musgo y aplastándolo contra el flujo de sangre, que no daba muestras de detenerse.

La curandera intentó levantar la cabeza, pero el esfuerzo fue demasiado para ella y la dejó caer de nuevo.

—No te preocupes… —murmuró—. El Clan Estelar me dijo que vendría a buscarme pronto. Éste es el destino que ha trazado para mí.

—¿Tú… lo sabías? —Hojarasca Acuática sintió como si un negro abismo se hubiera abierto bajo sus pies y ella estuviera hundiéndose irremediablemente en sus profundidades—. ¡¿Sabías que ibas a morir y no me lo dijiste?!

—Es mi destino, no el tuyo.

—Pero ¡sabías que estaba viéndome con Corvino Plumoso! ¡Y que si me marchaba, el Clan del Trueno se quedaría sin curanderas! Carbonilla, deberías haberme obligado a quedarme.

Su mentora parpadeó despacio. Sus ojos azules tenían ahora un intenso brillo.

—Jamás te obligaría a hacer nada, Hojarasca Acuática. No quería que te quedaras si eso iba a hacerte desdichada. Debes desear ser curandera con todo tu corazón.

—Y así es —susurró la joven—. Así es… —«Sigue a tu corazón», le había dicho Jaspeada.

—Eres una curandera maravillosa.

—No, no lo soy. Me fui y te abandoné, a ti y a mi clan. Oh, Carbonilla, ¡no sabes cuánto lo siento!

La punta de la cola de la curandera se agitaba sin cesar.

—No hay nada que perdonar. Ahora sé que el Clan del Trueno estará bien cuidado, me alegro de unirme al Clan Estelar.

—¡No! —gritó Hojarasca Acuática, como si con la simple fuerza de su voluntad pudiera retroceder en el tiempo y evitar la muerte de su mentora—. Todo esto es culpa mía. Debería haber estado aquí. Debería…

Carbonilla negó con la cabeza.

—Eso no habría cambiado nada —maulló—. No podemos cambiar nuestro destino. Sólo hemos de tener el valor de saber cuál es, y aceptarlo. —Soltó un

largo suspiro—. El Clan Estelar me está esperando… Adiós, Hojarasca Acuática.

La curandera cerró los ojos. Su cuerpo se sacudió una vez, y luego se quedó inmóvil.

—¡Carbonilla!

Hojarasca Acuática enterró el hocico en el pelaje de su mentora. Sintió como si toda la escarcha de la estación sin hojas se le hubiera pegado a las patas.

Un instante después, notó el cálido roce de un cuerpo, y se dio cuenta de que Corvino Plumoso estaba a su lado.

—Lo siento mucho, Hojarasca Acuática —murmuró el guerrero—. Sé lo que Carbonilla significaba para ti.

—Ella me lo enseñó todo, y ahora está muerta —se lamentó la joven—. No sé qué hacer, Corvino Plumoso. Confié en Jaspeada. Ella me dijo que siguiera el dictado de mi corazón, ¡y sabía que Carbonilla iba a morir! ¿Cómo pudo hacer eso?

Corvino Plumoso se apretó contra ella y le lamió la cara y las orejas, acariciándola con dulzura.

—Has seguido a tu corazón, Hojarasca Acuática —maulló—. Tu corazón te dijo que volvieras a casa. Jamás habrías podido ser feliz lejos de tu clan.

La joven curandera volvió la cabeza y vio dolor en sus ojos ámbar.

—¿Y qué pasa contigo? —susurró.

Corvino Plumoso bajó la mirada.

—Tu corazón está aquí, no conmigo. Nunca ha sido realmente mío.

Hojarasca Acuática sintió como si estuvieran partiéndola en dos, pero sabía que Corvino Plumoso tenía razón. Ella lo amaba, pero no lo bastante. Se recostó contra él unos segundos, sintiendo su calor y su fuerza por última vez. Luego rozó a Carbonilla con el hocico.

—De acuerdo —murmuró, dirigiéndose a su mentora—. Me quedaré aquí y cuidaré del clan; lo prometo, Carbonilla. Algún día volveremos a vernos, paseando entre las estrellas.

Por un instante, creyó percibir el roce de dos cuerpos, y captó dos olores familiares mientras Carbonilla y Jaspeada se restregaban contra ella.

—El Clan Estelar está contigo, Hojarasca Acuática —murmuró Jaspeada.

—Siempre estaremos observándote —añadió Carbonilla.

Y luego desaparecieron de nuevo. La joven curandera se quedó agachada en el suelo de la maternidad, con el rugido de la batalla resonando todavía en el exterior, y con Acedera jadeando en el extremo más alejado mientras sus hijos

pugnaban por salir al mundo.

—Tu amiga te necesita —maulló Corvino Plumoso—. ¿Puedo hacer algo?

—Puedes ayudar a los otros a mantener a raya a los tejones. —A Hojarasca Acuática le asombró lo calmada que sonaba su voz—. En cuanto veas que es posible, pídele a alguien que te lleve hasta la guarida de Carbonilla y tráeme un poco de menta acuática. Pero, si no puedes, me las arreglaré sin ella. Lo más importante es mantener a los tejones lejos de aquí.

El guerrero gris oscuro inclinó la cabeza y salió. Hojarasca Acuática rodeó el cuerpo de Carbonilla y cruzó el lecho musgoso hasta Acedera.

—No te preocupes —tranquilizó a su amiga—. Ahora estoy aquí. Todo va a salir bien.



24

Esquiruela se dio la vuelta de un salto al oír pasos a sus espaldas. Corvino Plumoso estaba saliendo de la maternidad.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —quiso saber la joven.

El guerrero del Clan del Viento se quedó mirándola como si fuera transparente.

—Carbonilla ha muerto —maulló con la voz quebrada.

Esquiruela sintió un estremecimiento. ¡No podía ser cierto! ¡El Clan Estelar no podía ser tan cruel! Quería correr a la maternidad para verlo con sus propios ojos y consolar a su hermana, pero tenía que quedarse donde estaba, protegiendo a Acedera mientras nacían sus cachorros.

Delante de ella, la hondonada estaba empezando a vaciarse, como si algunos tejones ya hubieran huido, pero los gatos todavía no estaban ganando la batalla. Había demasiados cuerpos en el suelo, desmadejados e inmóviles, demasiada sangre empapando la hollada tierra.

A unos zorros de distancia, Esquiruela vio a Estrella de Fuego y a Fronde Dorado combatiendo juntos contra un tejón de largas patas, atacándolo por turnos para confundirlo. El tejón lanzaba mandobles con sus enormes zarpas; no tardaría mucho en acertar a alguien con un golpe lo bastante fuerte para destrozar el cráneo de un gato o partir una pata. Se le revolvió el estómago mientras buscaba con la mirada a Zarzoso, pero no consiguió verlo por ninguna parte.

Corvino Plumoso se agazapó a su lado, observando el claro con ojos llameantes.

—Me sorprende que esté tan afectado por la muerte de la curandera de otro

clan —le susurró Cenizo a Esquiruela.

Ella no dijo nada. Sabía que el guerrero gris oscuro no estaba lamentando sólo la pérdida de Carbonilla.

Entre las sombras apareció otro tejón con las fauces abiertas, mostrando dos hileras de colmillos afilados y amarillentos. Uno de sus hombros sangraba profusamente. A Esquiruela le dio un vuelco el estómago al pensar en lo que le habría sucedido al guerrero que le había hecho aquella herida. Cenizo saltó para enfrentarse a la criatura antes de que se acercase demasiado a la maternidad, y Esquiruela lo siguió.

—¡Corvino Plumoso, vigila la entrada! —gritó.

Sin embargo, antes de que pudiera unirse a Cenizo, un alarido de pavor llamó su atención. Miró por encima del hombro y vio a Zarpa Candeal pegada al suelo, junto a la barrera aplastada, paralizada de terror por un tejón que se alzaba ante ella. Esquiruela dio media vuelta y corrió hacia la aprendiza. Sacó las uñas, pero de inmediato volvió a envainarlas sin atacar y se quedó boquiabierta de incredulidad.

—No pasa nada, Zarpa Candeal… —consiguió decir al cabo de un instante —. Ésta es Medianoche.

—Saludos, pequeña guerrera —dijo la tejona con voz ronca.

La reacción instintiva de Esquiruela había sido de alivio, pero entonces se encendieron todas sus sospechas. ¿Acaso Medianoche había acudido a pelear a favor de su especie? La joven dio un paso atrás, hasta colocarse delante de Zarpa Candeal para protegerla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiso saber.

—No temas —la tranquilizó la tejona—. De mí no es propio luchar. Ayuda traigo.

Ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo, y luego se apartó para dejar que un río de gatos entrara en el campamento: eran guerreros fuertes y en forma, que cayeron sobre los tejones con alaridos de furia. Oreja Partida, Perlada, Cola Blanca, Estrella de Bigotes…

¡El Clan del Viento había acudido a ayudarlos!

El tejón que estaba peleando con Estrella de Fuego y Fronde Dorado retrocedió a trompicones, dio media vuelta y echó a correr. Estrella de Fuego y Manto Trenzado fueron tras él, bufando. Nube Negra y Estrella de Bigotes se unieron a Cenizo para neutralizar al tejón que se había acercado demasiado a la maternidad, y Esquiruela se apresuró a ayudarlos, pero entonces advirtió que

todos los intrusos estaban abandonando el claro. Frenó en seco y se quedó mirando cómo atravesaban ciegamente las ramas rotas que cubrían el suelo de la entrada.

La joven sintió una punzada de alivio al localizar a Zarzoso a poca distancia, resollando aún por el esfuerzo. Los dos intercambiaron una mirada, y en los ojos del guerrero la gata vio reflejada su misma sorpresa por la llegada del clan que hacía poco había rechazado su amistad.

El tejón que había peleado con Cenizo pasó torpemente ante ella, perseguido por Nube Negra y Estrella de Bigotes. Cuando la criatura cruzó los restos de la barrera de espinos y desapareció entre los árboles, el líder del Clan del Viento se detuvo delante de Zarzoso.

—Habéis venido —maulló el atigrado.

—Por supuesto que hemos venido —contestó Estrella de Bigotes con un destello de orgullo en los ojos—. En el bosque hay cuatro clanes, pero todavía podemos ayudarnos unos a otros.

Cenizo se acercó cojeando hasta Esquiruela, y ella le lamió las heridas. El guerrero gris había perdido pelo en el hombro y en un costado, y tenía un profundo corte en la pata delantera. Incluso mientras cuidaba de él, la joven trató de acallar la voz que le decía que no había tenido tanto miedo por Cenizo como por Zarzoso.

—Será mejor que… Hojarasca Acuática le eche un vistazo a eso. —Había estado a punto de decir «Carbonilla».

—Luego —respondió Cenizo—. No es grave. Casi no podía creerlo cuando he visto a Estrella de Bigotes y sus guerreros —añadió—. Pensaba que todos acabaríamos reuniéndonos con el Clan Estelar.

—Todavía no —lo tranquilizó Esquiruela.

Pero la dura realidad de lo sucedido cayó de inmediato sobre ella, y sintió deseos de llorar. ¿Cuántos gatos habían muerto, además de Carbonilla y Hollín? ¿Cuántos más morirían por las heridas sufridas?

El último tejón estaba huyendo, perseguido por los guerreros del Clan del Viento. Los exhaustos combatientes del Clan del Trueno empezaron a agruparse en el centro del claro, alrededor de Medianoche. Sus miradas aún se veían nubladas por el horror que acababan de vivir, como si no pudieran creer que la batalla había terminado.

Zarpa Candeal se puso en pie a duras penas y corrió hacia Nimbo Blanco y Centella, que se acercaban lentamente desde la guarida de los veteranos. El

guerrero blanco tenía el pelo rebozado de sangre y tierra, y se apoyaba pesadamente sobre el hombro de Centella. Musaraña guió a Rabo Largo en su descenso desde la Cornisa Alta, mirando a su alrededor con los ojos entornados, como si no estuviese segura de que todos los enemigos se hubieran ido. Flor Dorada fue tras ellos, y Zarzoso, Espinardo y Tormenta de Arena se les unieron.

Manto Polvoroso llegó cojeando, inspeccionando el claro con miedo en los ojos.

—¿Fronda? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Betulo?

—Están bien —lo calmó Esquiruela—. Se han refugiado fuera del campamento. Están cuidando de Dalia y sus cachorros.

El guerrero marrón se relajó visiblemente y se derrumbó en el suelo para lamerse una herida en la pata.

Estrella de Fuego avanzó tambaleándose y se detuvo ante Medianoche, mirándola con extrañeza y preguntándose por qué aquella tejona no huía. Cuando tensó los músculos, disponiéndose a atacar, Esquiruela se adelantó a toda prisa.

—Estrella de Fuego, ésta es Medianoche —le explicó—. La tejona a la que conocimos en el lugar donde se ahoga el sol. Medianoche, éste es el líder de nuestro clan, Estrella de Fuego.

Los ojos verdes de Estrella de Fuego se llenaron de alivio.

—¿La tejona que nos avisó de que debíamos abandonar el bosque? —Inclinó la cabeza—. Eres bienvenida a nuestro campamento, Medianoche.

—Bueno es aquí estar —respondió la tejona—. Y a los amigos del viaje otra vez ver. Sin embargo, ojalá más feliz fuera el momento.

—Ojalá. —El líder soltó un suspiro de agotamiento—. Entonces, ¿tú sabías que iba a ocurrir esto? ¿Has venido a avisarnos?

—No, ha venido a avisarnos a nosotros —intervino Estrella de Bigotes, colocándose junto a Estrella de Fuego—. Y a solicitar nuestra ayuda.

—Antes de lo que yo esperaba han atacado —explicó Medianoche—. Inútil era venir sola al Clan del Trueno. Mejor encontrar primero más gatos guerreros.

Estrella de Fuego parpadeó, agradecido.

—Nos alegramos de que lo hayas hecho. Gracias al Clan Estelar, descubriste lo que tu especie estaba planeando.

—Primero, en las estrellas lo veo —respondió la vieja tejona—. Luego, a ver a mis hermanos voy, intento de paz hablarles, pero no me escuchan y poco me cuentan. «Amiga de los gatos», me llaman, y otros insultos aún peores.

Esquiruela flexionó las garras.

—Ojalá les hubiera arrancado un poco más de pelo, sólo por ti, Medianoche.

La tejona se encogió de hombros.

—Importante no es. Excepto que antes debería haber venido. Más que a nadie, al Clan del Río odian —añadió—. Sus guerreros fueron los primeros en echar a los tejones cuando al lago llegar.

—Será mejor que le enviemos un mensaje a Estrella Leopardina —repuso Estrella de Fuego—. Los tejones todavía podrían atacarlos.

A Esquiruela se le cayó el mundo a los pies ante la sola idea de rodear todo el lago hasta el territorio del Clan del Río.

—Necesario no es —replicó Medianoche—. Mis hermanos en condiciones de luchar no están ahora. Dos veces se lo pensarán, antes de molestar a los gatos.

—Gracias al Clan Estelar por eso —murmuró Esquiruela.

Estaba preguntándose cuándo podría meterse en lo que quedaba de la guarida de los guerreros para dormir, cuando oyó la voz de su hermana a sus espaldas.

—¡Fronde Dorado! ¿Está aquí Fronde Dorado?

El guerrero estaba tumbado en una zona de helechos, en el lindero del claro. Estaba sangrando y parecía a punto de desmayarse. Levantó la cabeza cuando Hojarasca Acuática se le acercó.

—¿Acedera? —Con una sacudida, se puso en pie con esfuerzo—. Se trata de Acedera, ¿verdad? ¿Se encuentra bien?

Hojarasca Acuática se restregó contra Fronde Dorado. Ella también parecía exhausta.

—Acedera está bien. Ha tenido cuatro cachorros sanos.

—¿Cuatro? —Fronde Dorado enroscó la cola de alegría—. ¡Es estupendo! Gracias, Hojarasca Acuática. —Y cruzó el claro a toda prisa, en dirección a la maternidad.

Esquiruela se quedó mirándolo. Habían ganado la batalla gracias al Clan del Viento. El Clan del Trueno había sobrevivido a desastres mayores que aquél, y antes o después sería tan fuerte como siempre. Las cuatro nuevas vidas de la maternidad parecían una promesa del Clan Estelar.

Sin embargo, la vida también había terminado para algunos. El Clan del Trueno lloraría la muerte de Carbonilla durante mucho tiempo, pero habría sido aún peor si Hojarasca Acuática no hubiera vuelto.

Esquiruela pasó su áspera lengua por la oreja de su hermana.

—Me alegro muchísimo de que hayas regresado.

Hojarasca Acuática miró a Corvino Plumoso, que seguía agazapado ante la maternidad, y luego se volvió hacia su hermana.

—Yo también me alegro de haber regresado, Esquiruela.

Corvino Plumoso se levantó cuando los gatos del Clan del Viento se reunieron para volver a su campamento.

—¡Mirad, es Corvino Plumoso! —exclamó Cola Blanca—. ¿Qué está haciendo aquí?

Estrella de Bigotes se situó frente al guerrero gris oscuro.

—Corvino Plumoso, has vuelto… pero no al territorio de tu clan.

El joven le sostuvo la mirada.

—Primero quería asegurarme de que Hojarasca Acuática llegaba a su campamento sana y salva. Ahora estoy listo para volver a casa.

—Tenemos que hablar de algunas cosas, pero éste no es el momento —maulló Estrella de Bigotes.

Corvino Plumoso inclinó la cabeza y siguió a su líder, que se dirigió hacia Estrella de Fuego.

—Estrella de Bigotes, todos los gatos del Clan del Trueno te dan las gracias —maulló Estrella de Fuego—. Sin vosotros, el Clan Estelar habría sumado hoy muchos más guerreros a sus filas.

—Vosotros habéis ayudado al Clan del Viento en el pasado —contestó Estrella de Bigotes—. Era justo que ahora viniéramos nosotros a ayudaros.

—No olvidaremos…

Las palabras de Estrella de Fuego se vieron interrumpidas por un grito de sorpresa de Espinardo, que estaba junto a la entrada del campamento. Esquiruela se puso en tensión. «¡¿Es que han vuelto los tejones?!». No creía que ahora pudiera levantar una sola pata, ni siquiera para salvar su propia vida.

Pero su agotamiento se desvaneció al ver a dos gatos que avanzaban cuidadosamente por las destrozadas ramas de espino. El primero, un guerrero corpulento de espeso pelaje gris, se detuvo al borde del claro y miró en torno.

—Esto no es lo que esperaba encontrar —maulló—. ¿Qué ha ocurrido?

Esquiruela se quedó mirándolos con incredulidad. Después del ataque de los tejones, no creía que nada más pudiera impresionarla aquella noche, pero durante unos segundos se olvidó de respirar.

Mirando a su alrededor con curiosidad, lustrosos y tranquilos entre el destrozado clan, estaban Borrascoso y Rivera.